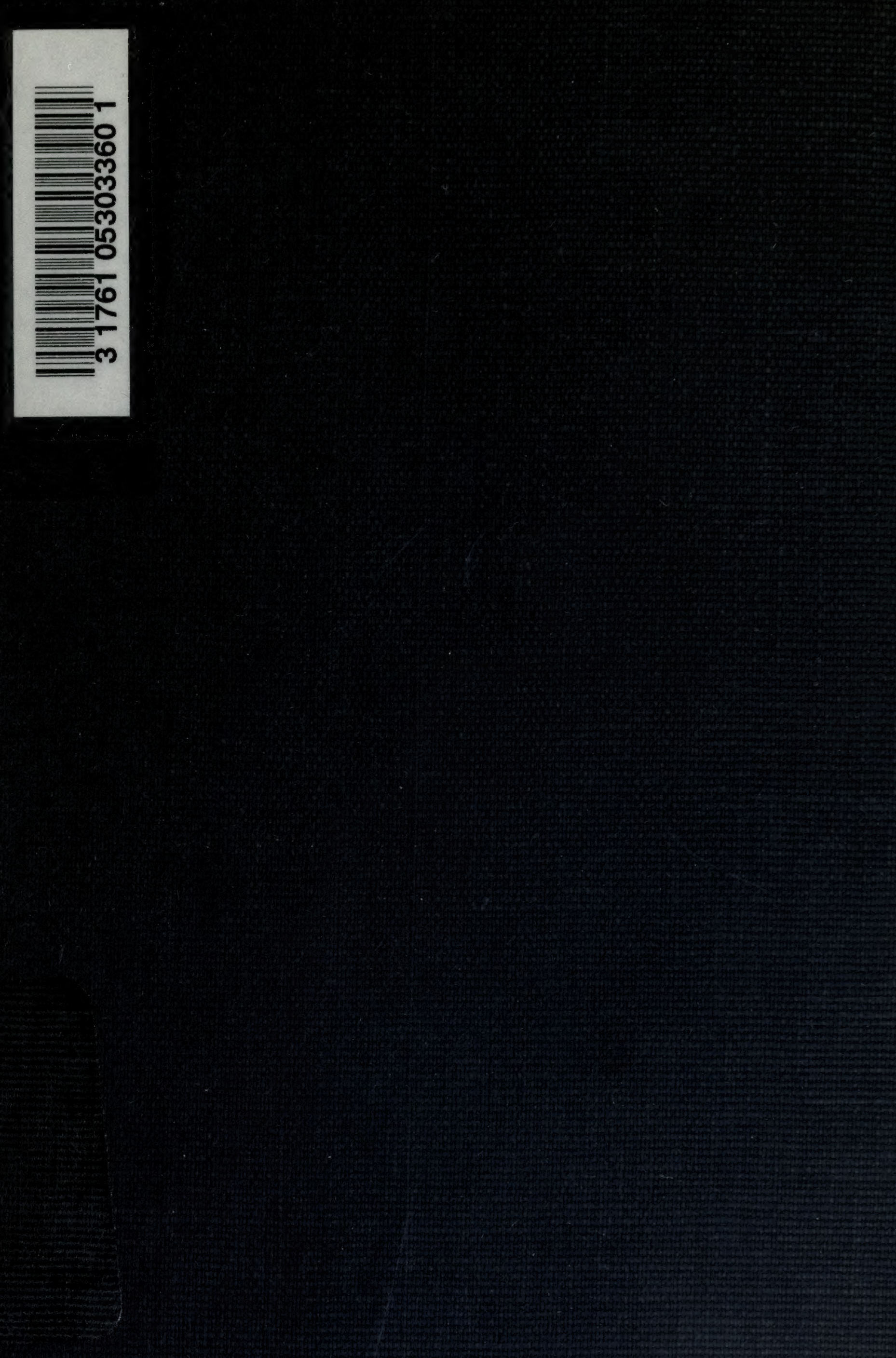

3 1761 05303360 1

# MI DIARIO

# POR EL MISMO AUTOR:

---

Del Natural, Esbozos Contemporáneos, 2a. Edición, Guatemala, 1889. . . . . . . . . . . . . . 1 volumen
Apariencias, J. Peuser, editor, Buenos Aires, 1892 . . 1 volumen
Impresiones y Recuerdos, A. Moen, editor, Buenos Aires, 1893. . . . . . . . . . . . . . . 1 volumen
Suprema Ley, Vda. de Ch. Bouret, editor, París-México, 1896. . . . . . . . . . . . . . . . . . . 1 volumen
Metamorfosis, Guatemala, 1899. . . . . . . . . . 1 volumen
Santa. R. de S. N. Araluce, editor, Barcelona-México, 1903. (12,000). . . . . . . . . . . . . . . 1 volumen
Reconquista. E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1908. . . . . . . . . . . . . . . 1 volumen
Mi Diario, edición de «La Gaceta de Guadalajara,» 1er. tomo, 1908. . . . . . . . . . . . . . . . 1 volumen

## TEATRO:

La Señorita Inocencia, arreglo del vaudeville-opereta «Mamz'lle Nitouche,» Mexico, 1888 . . . . . . agotada
La Moral Eléctrica, arreglo del vaudeville «Le Fiacre 117,» Guatemala, 1889 . . . . . . . . . . agotada
La Ultima Campaña, comedia original en tres actos y en prosa, México, 1894. 2a. edición, Guatemala, 1900 1 volumen
Divertirse, monólogo en prosa, original, México, 1894. 1 cuaderno
La Venganza de la Gleba, drama original en tres actos y en prosa, Wáshington, D. C. (E. U. de A.), 1904. . . . . . . . . . . . . . . . . . . 1 volumen
A Buena Cuenta, drama original en tres actos y en prosa, San Salvador, C. A., 1907 . . . . . . . . . 1 volumen

## PROXIMO A PUBLICARSE:

Mi Diario, 3er. tomo de la primera serie . . . . . 1 volumen

---

**En preparación: LA LLAGA**

---

Todas estas obras se hallan de venta en las principales librerías; para pedidos al por mayor, dirigirse á la casa editorial de Eusebio Gómez de la Puente, 2a. calle de Nuevo México, 32, en la ciudad de México, ó á las de sus corresponsales y agentes en la República y en el Exterior.

FEDERICO GAMBOA
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# MI DIARIO

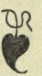
## PRIMERA SERIE.—II

*«. . . . ¡oh lector! criatura improvisada por
«Dios, obra mala de mala arcilla, mi seme-
«jante y mi hermano. . . .»*

EÇA DE QUEIROZ.

*«Ne vous laissez influencer par personne;
«soyez juge vous même de ce qu'il faut faire.
«Et que rien ne reste enseveli au fond d'un
«tiroir. Publiez tout ce que vous écrivez; faites
«connaître le dévelopement de votre persona-
«lité; sinon celle-ci vous échappera.»*

HENRIK IBSEN.





MÉXICO
EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR
2a Calle de Nuevo México, 32
1910

De esta obra fueron impresos, en papel especial de lujo, 25 ejemplares numerados por el autor.

TIP. Y LIT. "LA EUROPEA." MEXICO.

# PARA MI HIJO,

***cuando sepa leer*** [1]

Nunca, lo que se llama nunca—según podrás cerciorarte con la lectura de *«Mi Diario»*—me preocupé del público para mis actos ó para mis escritos; primero, porque como interrogaba Larra: «¿Quién es el público y dónde se encuentra?», y segundo, porque cuando infortunadamente se tropieza con alguno ó algunos de los que se disputan ¡y á muchísima honra! por representantes suyos, piérdese una ilusión y se gana una desesperanza.

Verás, pues, que mis escritos y mis actos siempre obedecieron á mis propias inspiraciones; por lo que en actos y escritos, más que los buenos abundan los malos. Y por mucho que todos los hombres produzcamos lo mismo: más malo que bueno, somos poquísimos los que lo confesamos.

Ignoro si saldrás literato; confío y deseo que salgas ar-

**1 Este prólogo-dedicatoria se publicó ya, aunque omitiéndose una palabra importante para su sentido, en el tomo I de «MI DIARIO.» Reprodúcese aquí con el objeto de que guarde su integridad de origen. —NOTA DEL AUTOR.**

tista. De cualquier modo, jamás conoceré tu juicio respecto de mi obra; pero sí quiero conocerlo—aunque ya me haya muerto—respecto de mis obras.

Mi obra ha venido siendo juzgada por propios y extraños, casi desde que imprimí la primera línea que dió suelta á mi primer pensamiento; hánme llamado desde ignaro hasta maestro—¡toda la gama de la censura y del elogio! —y yo, sin amedrentarme ni crecerme, he continuado sembrando mis pobres libros á la buena de Dios, con pausado ademán de obrero imperfecto, por los contrarios caminos de mi vida. A la fuerza, las páginas de los más habrán sido pisoteadas y á polvo reducidas, cual tantas hojas secas que á cada otoño caen y se olvidan; mas algunas habrán prendido en la tierra, cerca ó lejos de mí ¡qué se yo! y florecido un día, un minuto, un siglo—en razón de la savia que contuvieran y no obstante el tiempo y la distancia—en inteligencias que con la mía simpatizaron y en amigos espíritus remotos.

Por lo que á mis obras mira, el asunto varía: he sido malo.

¡Oh! un malo normal, con mis tropiezos y caídas, con mis ascensiones y triunfos, como todos. No me tengo por arquetipo de bondad ni de maldad, y así me he sentido bien, completo, humano, hombre en fin!

Escucha, ahora, á lo que atribuyo mi maldad.

Desde luego, á mi temperamento, y á quién sabe qué leyes de herencia—¡métete á averiguar si en mí resucitaron debilidades y vicios ancestrales! . . . .!—Después, á que yo perdí á mi madre siendo muy niño, y aunque tu abuelo—á quien quise más que á mi madre en razón á

que más lo traté—se esmeró en suplir aquella falta, no pudo lograrlo; que no se ha descubierto hasta hoy ni paréceme fácil que nunca se descubra, un substituto de nuestra madre, especialmente cuando es, como lo fué la mía, mujer virtuosa y santa.

Por ser yo hijo de hombre honrado, y pobre consiguientemente, en uno de los tantos tumbos que le imprimió la suerte, con él fuí á playas de Nueva York y en ellas desembarcaron, de bracero, mi temperamento y mi orfandad. Observador por instinto, precoz por latino y amoroso por dicha mía, ahí me tienes mordiendo á plena boca, á destiempo, en Cosmópolis tan corrompida é inmoral, todos los frutos del Arbol de la Vida; encaramándome en todas sus ramas; ajando todas sus hojas; gustando de sus frutos en sazón y de sus frutos en flor aún, los permitidos y los prohibidos, ¡todos! . . . . De mis labios corrió en ocasiones la sabrosa miel de algunos de los primeros, y de mis ojos de adolescente escapáronse á las veces, las lágrimas con amargo dejo que los otros ¡los más! nos proporcionan! . . . .

A poco, á los dieciocho años, quedé huérfano del todo, sin Rey ni Roque que obedecer, pero también ¡ay! sin canas amadas que respetar, sin dolorosa experiencia en que aprender y acurrucarme, sin sabios y desinteresados consejos que seguir . . . . Nada eran la soledad de mi persona y de mi cuerpo, si á la interna de mi alma en formación comparábalas. E imagina mis tristezas de sentir por compañeros únicos y por únicos guías, dentro de mí, recuerdos de recientes ternuras perdidas para siempre, amotinamiento de buenos y malos instintos,

una voluntad pequeñina, tirando á enferma, balbuceante, torpe, y una ausencia total de dineros, de ropas, de casa ¡teniendo que alimentar y que vestir á toda una juventud libre! . . . .

En mis noches, oía yo la descomunal pelea, que no duró mucho, nó; pues al igual de lo que en el mundo acontece, también dentro de mí vencieron los malos á los buenos. ¡Es la ley!

¿Hubieras visto los efectos de la rota? . . . . ni la de Maratón, á pesar de las tropelías de Darío que la sucedieron. Los vencedores impusieron tremendas condiciones á mis humildes vencidos, y éstos desertaron mi corazón juvenil y mi despierto cerebro—¡su patria antigua!—vacilantes y sin consuelo. Fué un exilio trágico.

Presa de los malos, me abandoné á todos los oleajes y probé de todas las espumas. Hanme doblegado muchos huracanes y sin piedad me han azotado no menos tempestades . . . . Muy de cuando en cuando, los alisios buenos han oreado mi alma.

Por mi ventura, te apareciste en mi vida; á partir de aquí, mi espíritu serénase y confía; pues tu aparecimiento, que con ansia tanta esperaba asomado á la ventana de mi Arca, para saber si se *«habían cerrado los manantiales del abismo,»* me indicó que *«las aguas habían cesado de cubrir la Tierra,»* y que era ya tiempo de que yo edificara *«mi altar al Señor.»*

Sólo una parte publico ahora de este «Mi Diario» que por entero te pertenece y que á tí únicamente, interesará en su totalidad. Cuando yo muera, haz del resto lo que mejor te cuadre: desde leerlo á la ligera y olvidarlo, hasta

sacarlo á luz, íntegro, y defenderlo si es atacado. Hoy por hoy, de antemano me alzo de hombros con que la parte que se imprime agrade ó no, con que la tachen de vacua, de insoportablemente egotista, *et sic de cæteris*... Quédome tan tranquilo como siempre me quedé al venir al mundo mis demás libros. ¡Bah! . . . .

Juzga tú de mí, solamente tú, y dentro de tu criterio de hombre—cuando lo seas—condéname si crees que lo merezco. Pero atiende esta súplica: si el hombre me condena, que el hijo me absuelva!

Después de que te hayas penetrado de mi fisonomía moral, anda á mi sepulcro, si, conforme á mis anhelos, duermo «*el sueño de la paz*» en nuestra tierra de México; si no, anda á tu memoria—que calculo yo, la memoria de un hijo ha de ser el más dulce sepulcro de un padre—y en la manera cómo poses tus flores filiales sobre la tumba que encierre mis despojos, para casi todos olvidados, ó en la manera cómo en mí pienses, lo que hay en mí de inmortal, adivinará tu fallo, y sea éste el que fuere, seguirá velando por ti y bendiciéndote ¡á pesar de la muerte! cual ahora velo y bendigo, ángel mío, tu inteligente cabecita rubia.

FEDERICO GAMBOA.

Washington, 21 de Marzo de 1903.

# MEXICO

## 1897

4 DE ENERO.—Mal principio de año. Por meterme á negociante, perdí $200.00, y «El Noticioso» de hoy reproduce la paliza máxima que á propósito de mi «Suprema Ley» me propina Leopoldo Alas («Clarín»), desde «El Imparcial,» de los «Madriles.»

8 DE ENERO.—Segunda embestida de mi señor de Alas, más acerba, si cabe, que la primera. Entre otros sabios consejos, destácase el de que no deberé escribir más novelas.

«El Tiempo,» de México, es quien reproduce esta crítica número dos.

10 DE ENERO.—Hoy, en cambio, «El Tiempo» de Buenos Aires, que acaba de llegarme, trae en sus columnas una muy encomiástica crítica de la propia «Suprema

Ley» tan abominada del Sr. Clarín. Y á su autor, por más que yo ni de vista lo conociese cuando mi larga permanencia en tierras del Plata, no se le menoscaba en lo mínimo su legítima notoriedad y su competencia innegable para discurrir y juzgar, en estos achaques de letras (me refiero á don Leopoldo Lugones), aunque aplauda las mías.

Total: un Leopoldo á favor y otro Leopoldo en contra; frente á Madrid, Buenos Aires.

—¿Y el público?—preguntaránme ustedes.

A lo que no tengo otra respuesta que preguntarme á mi vez:

—En efecto ¿y el público? . . . .

Pues ya irá decidiendo, conforme compre el libro.

«El Monitor» (á secas), y «El Universal» reprodujeron la diana.

12 DE ENERO.—¡Ah, la desgarradora entrevista que celebramos hoy!. . . . Cuando le dimos término, creí advertir, allá, muy al fondo de unas pupilas idolatradas, un relámpago de la antigua pasión prohibida. . . .

¡Bah!. . . . si no puede ser, señor, si no puede ser. . . .

Me eché á la calle, disparado, y sin percatarme de que era la calle. Alguien me detuvo, y con toda la impertinencia de los que nos son extraños, púsose á charlar, á contemplarme, despaciosamente:

—«¿Qué tiene usted en los ojos? ¿lágrimas?». . . .

Yo, reí, alto, y le repuse:

—«¿Lágrimas?. . . . ¡qué ocurrencia, será este viento condenado. . . .»

El impertinente agregó:

—«Como que es un viento precoz, diríase que estamos ya en Carnaval. . . .»

De oír la involuntaria y amarga ironía, yo reí, de veras, y me despedí repitiendo la frase tonta:

—En Carnaval hemos de hallarnos, seguramente.

1º DE FEBRERO.—En abierta pugna con mi voluntad claudicante! No puedo dejar de hacer lo que no debiera, y, á cierta hora, voy y hago, fatalmente, lo que de antemano sé que es indebido. . . .

Personaje grave afirmóme que el jugar en «círculo,» casino ó club, no es censurable.

1º DE MARZO.—A los 78 años de edad murió hoy en su casa de Tacubaya, nuestro popular y coronado poeta Guillermo Prieto, «Fidel,» el autor del Romancero.

8 DE MARZO.—Ayuno de sueño por la trasnochada de ayer en un baile de máscaras, al que fuí por esta empecatada costumbre de frecuentarlos, medio dormido levántome á abrir mi balcón, en cuyos cristales alguien golpea con insistencia. . . .

Es Jesús Contreras—con quien me pasé buena parte de la noche—que demudado me pregunta si nada me ha ocurrido y si sé lo del crimen. . . .

—¿El crimen?. . . . ¿qué crimen?. . . .—le digo yo tratando de averiguar en su mirada noble y leal de amigo sin tacha, si habla en serio ó en broma.

Y asido él á los hierros del balcón, me narra el suce-

dido, á grandes rasgos, instándome porque me vista de prisa y salga pronto.

Ya en mi cuarto, Jesús descíframe el enigma: Esperanza Gutiérrez, guapa moza del partido, nativa de Málaga, y con quien anoche conversamos en el sarao de disfraces y de paga, fué muerta esta mañana por María Villa, de Guadalajara, y también pecadora é irredenta.

En un principio, la noticia no me impresiona mayormente; mas conforme analízola dentro del *simón* en que Jesús me lleva al Ministerio, me alarma la posibilidad de que me citen del juzgado instructor, y con ello y el aparecer de mi nombre en diarios y papeles «de información,» la *gente de buena conciencia* ponga el grito en el cielo y á mí me pongan en disponibilidad, que es prima hermana de la cesantía absoluta. El caso es grave.

Y mi miedo, llevadero á sus comienzos, tórnase en pánico, me miro envuelto en una averiguación criminal fisgona é implacable, como testigo, sí señor, pero como testigo de cosas si no falsas, sí mal hechas. Al toro por los cuernos, y al juzgado por el juez, que es persona de mi estimación y conocimiento. . . .

—Vaya usted tranquilo, el delito está perfectamente comprobado y no le resulta á nadie cita ninguna. Y entre sonrisa y sermoneo, me agrega:—Pero que el sofoco el sirva de escarmiento, más juicio, hombre, más juicio. . . .

Para que el asunto no se complique, prescindo de provocar discusión sobre si será falta de juicio el. . . . Jesús halla sabia mi resolución de haber dejado pendiente ese punto de vista, y porque el día pasó ya de su mi-

tad y estamos invitados á comer con Gostkowsky, que se parte en breve hacia sus penates de Lutecia, enderezamos nuestro andar á la «Maison Dorée.»

Somos cuatro los comensales: Manuel A. Mercado, el anfitrión, Jesús y yo; la comida no es maleja ni despreciables los caldos, por lo que mucho antes de los postres, mis aprehensiones se han desvanecido y la endiablada y entretenida verba del barón, el atinado discreteo de Manuel, que no con todos muestra su intelectualidad, y las salidas de Jesús, repónenme en mis cimientos y sólo de cuando en cuando una ráfaga de tristeza por esa pobre juventud tronchada, me azota la memoria y me enseria unos segundos.

¿Por qué al levantarnos de la mesa, plácidos, le ocurrió á Jesús que fuéramos al anfiteatro del hospital Juárez para ver en la «plancha» á la mujer asesinada? . . . .

Ello es que fuimos, que el empleado que nos concedió acceso hasta el local siniestro, hízolo por amistades con Jesús y porque había leído un libro mío . . . .

Dos muertas veíanse en la sala de autopsias, ó «depósito,» según nos explicó el «muertero» que nos escoltaba; una mujer del pueblo, cosida ya y de una anatomía lamentable, que la tuberculosis le diera fin; en la otra plancha, con forzada postura, *reposaba* la «Malagueña,» en desnudez absoluta sin tentaciones, desnudez de cadáver, los pies exangües, tirando á marfil viejo, las carnes exúberas manchadas de sangre; el rostro con horrible huella, abajo del ojo izquierdo, la huella del balazo que la quitó de penas; los labios, entreabiertos, con el rictus de los que se van de veras, y que lo mismo puede

traducirse por sonrisa que por mueca, según lo que nos toque vislumbrar en la hora suprema . . . .

Tan emocionado como yo, púsose Jesús á dibujar un croquis á lápiz, de la muerta.

Y mientras Jesús dibujó, no aparté mis ojos de la «Malagueña,» mirando cómo las moscas, oh! pero centenares de moscas tercas y medio borrachas de sol poniente, de olores sospechosos y de sangres antiguas y resecadas, paseábanse y revoloteaban por el cuerpo desnudo é indefenso; mirando sus carnes, ayer no más complacientes y sedeñas, y hoy rígidas, en descomposición palpable, en camino de los gusanos que han de devorarnos á todos, cuando nos llegue la vez . . . . Atraíame, fatídicamente, la cicatriz de su ojo herido, cicatriz diminuta sobre la que caían, revueltos, los cabellos rubios de la soberbia cabellera deshecha y sucia . . . .

Detalle desagradabilísimo: el empleado que nos libró la entrada y que nos alcanzó en el anfiteatro para hacernos los honores de la casa, en tanto que Jesús dibujaba y que yo pensaba en un mundo de cosas, púsose conmigo al habla, qué sé yo qué me decía del «Sardín» de mi «Vendía Cerillos!», fuma que te fuma un grueso cigarro que al fin se le concluyó entre los dedos amarillentos. Y con una incuria, espantosa por lo sincera, arrojó la colilla baboseada al charquerón de sangre semi-coagulada que en la coladera del piso, bajo la «plancha» de mármol veteado por muchas sangres anteriores, correspondía á la cabecera de metal en que yacía la cabeza por su parte posterior destrozada, de la «Malagueña,» y que goteaba aún, tercamente . . . .

Esto, y las moscas en su festín, échanme del local siniestro, me clavan en el jardín anémico, donde espero que Jesús dé los últimos toques á su boceto fúnebre.

Regresamos á pie, atardeciendo, por las calles tristes y populosas de la Buena Muerte—¡qué horror, *la buena muerte!*—Cuadrante de San Miguel y Aduana Vieja, donde nos separamos casi mudos, pensando cada cual de modo diverso tal vez, en un propio asunto.

9 DE MARZO.—Todos los periódicos de estos días se han ocupado con elogio del ilustre fallecido Guillermo Prieto, y á mí me parece muy bien. Fué una figura nacional y tuvo la suerte de vivir mucho. ¡No hay como vivir, para triunfar; sobre que sólo el hecho de prolongarse es ya un triunfo grandísimo! Veremos á ver cuánto tiempo perdura su recuerdo.

Muy niño yo, conocí al poeta, engrandecido ya, ya circundado de gloria y colmado de aplausos. Lo conocí, al igual que á don Sebastián Lerdo de Tejada, en la casa de mi tío don José María Iglesias, por los «setentas,» según suelen decir los ingleses, antes del 75 en que perdí á mi madre y que por eso no se me olvida.

El señor Lerdo nos encontraba á mis primos, á mis hermanos y á mí, á los hijos de don Francisco Zarco, á los Bárcena, en los anchos corredores sombríos de la aduana de Santo Domingo—de que mi tío fué administrador y en la que siguió viviendo recién elegido para la Suprema Corte de Justicia—y Presidente de la República y todo se inclinaba hasta la pequeñez de nuestras infancias y nos acariciaba al pasar, dejándonos noción confu-

sa de su persona y de su cargo; instintivamente, me anticipaba á la profunda exclamación de «*es el rey, como un hombre cualquiera* . . .» pero, en el fondo, halagado con la idea de que un presidente me hubiese dado la mano . . . El saludo del prócer interrumpía nuestra algazara, que tal es la fuerza de lo convencional y facticio cuando de antiguo viene consagrado, impresionar á su paso hasta la misma niñez; y nos mirábamos entre risueños y encogidos frente al suceso; nos asomábamos, luego, á los barandales, y oíamos, en la escalera, un repetido frotar de fósforo contra marmaja—el señor Lerdo, detenido en el descanso, encendía su cigarrillo—y en el vasto patio colmado de mercancías y sombras de la noche, oíamos el rodar de la victoria descubierta, en cuya testera distinguíase apenas la figura enlutada y aristocrática del Presidente, apoyada en el respaldo del carruaje, y veíamos su brazo derecho subiendo y bajando en el aire con luz diminuta—la del cigarrillo aprisionado en los dedos de la mano—para saludar al inválido centinela de la puerta interior que tributaba trabajosamente, por su manquedad ó cojera, los honores de ordenanza al jefe supremo.

Con Guillermo Prieto, mi conocimiento fué mucho más completo é íntimo, á pesar del medio siglo que nos distanciaba; veíalo muy á menudo; le oía tutear á mis primos, á nosotros, á mi tío, al género humano; á cada instante se hablaba de él, de sus versos, de sus proezas, de su talento; me acostumbré á reputarlo como hermano de mi tío, salían á diario, de bracero, charlándose sabe Dios cuántas intimidades, juntos regresaban, juntos estaban casi siempre. Me acostumbré á su figura, á su voz,

á sus canas, á su descuidado pergeño. Luego, estos condenados años inatajables, quieras que no, fueron desbastándome el entendimiento y despertándome observación y análisis; años, libros y hombres dieron principio á su enseñanza—nunca perfecta ni agotada—y yo, con Guillermo Prieto, entre otros, ensayé mi criterio, erigíme en tribunal y fallé sobre virtudes y defectos suyos, olvidándome ¡ay de mí! de los propios que me adornan y afean.

Probablemente, dentro de poco no se ocuparán ya de él, según es de regla entre nosotros echar al olvido á los muertos—que nada pueden darnos—y sólo ocuparnos de los vivos, que dan y quitan. De ahí que yo me empeñe en consignar en estas páginas mi juicio sobre el bardo nacional por excelencia.

Desde luego, Guillermo Prieto, según dije arriba, tuvo la gloria de vivir 78 años; lo raro es que disfrutara también de la otra gloria: ser aplaudido, y popular, y amado. ¿Lo mereció? . . . Conforme á mi leal saber y entender, sí!

De todas sus obras, me quedo con la poética, no obstante que mucho hay de notable, y aun de plausible, en su obra de prosador y en su larga obra política. De sus versos, prefiero sus romances, y los que ensalzan á nuestro pueblo; gusto más del cantor popular que del poeta con vistas á Tirteo. Prieto es tal vez de todos nuestros hombres de letras—sin incluir al «Pensador»—quien más se ha inclinado á escuchar los latidos de nuestros humildes, las picardías de nuestros «léperos,» las abnegaciones y ternuras de nuestras «chinas.» las heroicidades de

nuestros guerrilleros, y las excelencias y defectos de los de abajo; por tal causa, sobrevivirá, y cuando dentro de muchos años, alguien quiera tener idea de lo que fué y de lo que á cabo llevó nuestra masa, irá á sus romances, en peregrinación devota, y entre las páginas de ellos, entre las líneas desiguales de sus versos, encontrará material bastante para reconstruir toda una época—bien azarosa por cierto—y todo un pueblo, ignorado mucho tiempo, calumniado á las veces y al que nunca se ha querido comprender á las derechas.

Prieto fué, por temperamento, un amoroso (y aun á cuenta de esta cualidad, que, extremada, en defecto se torna, perpetró algunos delitos pasionales que algo ennegrecen su fisonomía moral). Tuvo por nodriza á la miseria, pero engrandecida por un verdadero culto á su madre, lo que sin duda hizo que pudiera vencer á la primera. Y así, enamorado y miserable, entró en la vida y con la vida luchó á brazo partido ¿cómo no había de triunfar? . . . Por escaso de dineros y abundante de cariños, su primera juventud se la pasó muy cerca de los pobres, ¿qué de extraño hay en que desde entonces se diera á amarlos y los amara siempre? Ah, yo estoy cierto de que en muchos labios humildes y rojos, libaron los juveniles y hambrientos suyos esos primeros besos de amor que jamás se olvidan, los que mejor nos saben, los que con su dejo de llama se nos quedan en la memoria de los sentidos, para recordarnos, cuando ya no lo somos, que también fuimos jóvenes, alguna vez, y que en esa vez nos quisieron y besaron por nosotros mismos. Yo estoy cierto de que pechos sanos, trigueños y mórbi-

dos, palpitaron precipitadamente y se anegaron en sollozos, y se abandonaron temblorosos y vírgenes á la magia traicionera de sus primeras rimas, improvisadas á la luz de la luna, junto á las chisporroteantes lumbraradas de nuestras verbenas populares y místicas, frente á las ventanas enrejadas de las casucas de nuestros arrabales, á hurtadillas de los santos en procesiones irreverentes, al arrullo dulce y melancólico de las cuerdas de alguna guitarra quejumbrosa, en las altas horas, cuando las doncellas despiertan en sus lechos, turbadas por los arpegios y por sus propios anhelos, y lloran sin consuelo, en la tiniebla, porque el padre y las rejas se oponen á que sean felices según lo prometía el galán que canta y se va, la música que se apaga . . . . Y estoy cierto también de que de tales amoríos nacieron las endechas mejores de nuestro muerto bardo, sus romances más perfectos, sus letrillas más patrióticas, su encantadora y única «Musa Callejera.» Sus versos todos—pongo aparte los políticos, los que él mismo quizá no estimó mucho—sus versos son una redención y una acción de gracias; acción de gracias á las «chinas» que lo amaron cuando joven, que se le entregaron rendidas y deslumbradas por su talento, que le dejaron gustar las mieles de su querer semi salvaje y desinteresado, que lo enloquecieron con sus caricias y sus enojos y sus celos . . . Todas esas zagalas que «Fidel» no pudo olvidar nunca, á pesar de años y triunfos, sin duda ajustaron con él misterioso pacto sin palabras escritas ni conminatorias cláusulas, en la hora solemne y augusta del espasmo; sin duda le suplicaron al oído:

—«Tómame toda, gusta de mi cuerpo y de sus hechi-

«zos, sé feliz entre mis brazos trémulos; y no me pagues «ni me des en cambio nada por ahora, fuera de tu juven«tud y de tu fuego . . . pero, júrame que mañana, «cuando crezcas y subas, cuando llegues á las alturas y «tus versos que hoy nadie aplaude, sean aplaudidos y re«petidos en esta tierra nuestra, júrame que entonces me «cantarás á mí, á mi raza, á mis parientes y allegados, «á mi padre que es guerrillero, á mi hermano que es con«trabandista, á mi hijo que será tal vez soldado á la fuer«za ó héroe voluntario, á mi novio que es «lépero,» á mi «primo que es bandido, á todos los míos, á partir de hoy «tuyos también por el parentesco que con ellos te impon«go, á todos nosotros que somos pueblo, que somos los «humildes, que somos los más, pero que también somos «¡ay! los desamparados, los calumniados, los sin ventu«ra, carne de cañón y frutos de horca, carne de placer y «de miseria . . . Cántanos tú, ampáranos y embelléce«nos, que en alguna parte y por alguna vez se nos tolere «y se nos mire sin ascos ni repugnancias; que de entre «las páginas de tus libros y de entre las cuerdas de tu li«ra, salgan nuestras virtudes y nuestros vicios, y sepa «México lo que éramos, lo que somos; sepa lo que fui«mos, cuando nuestro total desaparecimiento que poco «á poco realízase, se haya consumado . . . ¿Me lo pro«metes? . . . ¿me lo juras? . . .»

Y Guillermo Prieto ha de haber jurado que sí, ha de haber prometido que lo haría. Lo raro, lo extraordinario no es que prometiera y jurara; no hay hombre nacido que se resista á formular juramentos tales si labios que acaban de besarnos, húmedos todavía de los

besos nuestros, nos lo suplican; lo raro y extraordinario es que el poeta cumpliera y cantara al pueblo. Tal es para mí la génesis de su musa callejera, de sus letrillas patrióticas, de sus romances nacionales; creo más, creo que hasta su pseudónimo es el símbolo de su promesa: «Fidel» . . .

Después, el talento de Prieto se impuso, y, por poeta, por literato, principió su encumbramiento, su bajar y subir en la política tumultuaria y ardiente de aquellas épocas de formación y de combate.

Otras calidades poseyó que le dan lugar estimabilísimo en la vasta galería de personajes de antaño: me refiero á su honradez. Es probado que pasaron por sus manos cerca de ¡¡¡300.000,000!!! de pesos, cuando la desamortización de bienes eclesiásticos, y que no sólo no conservó ni uno de ellos, sino que renunció á la suma de $200,000 que de gratificación le correspondía como á ministro de Hacienda por llevar á cabo la desamortización famosa. Y sin que de maldiciente se me tache, puedo afirmar que no siempre ha sido de práctica honradez tamaña.

Ya hemos visto su fortuna: sus rimas, su biblioteca, su modesta «Casa del Romancero,» en Tacubaya, y una corona de laurel.

Porque fué coronado, con aplauso grandísimo; una manifestación espontánea y sin precedente entre nosotros.

Cuentan, los que saben de esa coronación, que cuando el poeta salió á la calle seguido de sus admiradores literarios, al concluirse el banquete en que le ofrecieron

ese premio precioso, no bien la gente del pueblo se enteró de lo que motivaba esa agrupación de personas de levita y chistera caminando por mitad del arroyo en pos de un viejo que les era conocidísimo, empezó á engrosarse la cauda que lo seguía y empezaron á cruzar por los aires gritos de «Viva Guillermo Prieto,» «Viva nuestro poeta,» «Viva el poeta del pueblo,» hasta el punto de que los gendarmes tuvieron que encauzar el curso de ese río voluntario, y Guillermo Prieto, conmovido, al aire sus canas mal defendidas por la montera y en la diestra temblorosa su polvoriento sombrero hongo, no atinaba á responder y á pagar tales muestras de cariño, sino con sonrisas truncas por la emoción y lágrimas de dicha que de sus ojos cegatos é inquietos le resbalaban lentamente.

La idea de ofrecerle una corona, fué genial y llevada á muy feliz término, no obstante que se empleó el defectuosísimo sistema del sufragio. Meses antes, un periódico redactado por escritores entusiastas, propuso que por medio de cédulas, los pobladores de esta buena ciudad de México, designaran bajo su firma, quién era, en su concepto, el mejor poeta nacional y consiguientemente el más acreedor á que se le obsequiara con una corona.

Guillermo Prieto—fuerza es que hable yo ahora del reverso—tuvo defectos, es innegable. Desde luego y principalmente fué un incurioso; descuidaba de las ropas que cubrían su cuerpo desmadejado y tardo, se descuidó en política más de una vez, y ¡ay! descuidó siempre el aliño de sus trovas.

Sus malquerientes—¿cómo no había de tenerlos si

valía tanto?—achacábanle otro: cierta falta de sinceridad para con literatos y personas que diputaba por sus admirados y por sus amigos más caros. No me es dable rectificar ni ratificar especie tan grave, pues por lo que á mí se refiere, y debido quizá á los vetustos lazos de cariño que á él me ataron siempre, no conservo de él á este respecto sino el recuerdo luminoso de un cariño nunca desmentido y de un trato benévolamente paternal.

Que Guillermo Prieto quisiera conservar en las masas el culto que éstas nutrían por él de antaño, es humano y no es censurable. De ahí tal vez que llamara hijos á todos sus interlocutores; de ahí que en la confusión que este rodar y rodar de años trae consigo, afirmara á muchos que había tenido intimidades con sus padres; de ahí que reclamara el brazo indistintamente de humildes ó poderosos para andar una ó dos calles, para dar alcance al tranvía que lo llevaba á la ciudad de los Mártires, para ir á sentarse á la Botica de Llamas, para entrar y salir de la Cámara de Diputados, vibrante en tantas ocasiones con el fuego de su palabra y la energía de su retórica romántica. Todo esto quería decir que el *Romancero* no se resignaba á que su ancianidad naufragara contra los implacables escollos de la ingratitud y del olvido. Buscaba indudablemente que no se borrara de las memorias de los hijos lo que los padres habían oído ó habían presenciado; que él, Prieto, era «el de la larga fama,» el cantor de nuestro pueblo, el salvador del Presidente Juárez, el Tirteo de la Reforma y del Imperio que entusiasmaba á las huestes con sus rimas inflamadas y su palabra de oro de convencional irreducible.

Cierto que en ocasiones extremaba la nota; que gustaba de aparentar más achaques y más vejez en momentos solemnes, por ejemplo en la memorable sesión de la Deuda Inglesa, que cruzó á rastras el salón de la Cámara sostenido por dos amigos, y, muy trabajosamente, á modo de quien se ase á un leño salvador, se asió él con los brazos trémulos á los barrotes de la tribuna, desde la que disparó, declarándose muy cerca de la muerte y del sepulcro, uno de los discursos que él sabía por larga y gloriosa experiencia, habían de despertar en sus oyentes las energías amodorradas y las decisiones dignas; cierto que fué innecesario el que se retratara en la fotografía de Manuel Torres, apoyado en un desarrapado granuja voceador de diarios y en un grueso bastón, cual si ya sus fuerzas estuvieran á punto de abandonarlo; pero ¿con todas estas perdonables *teatralerías*, empequeñecíase por ventura su valía como hombre y como poeta? Entonces, ¿por qué censurarlas, si tengo para mí que antes contribuían á imprimirle carácter nuevo y á no dejar que se le borrara el antiguo?

Su fama transpuso mares, de ello pude cerciorarme por mí mismo cuando mi prolongada y gratísima permanencia en Buenos Aires.

De cuatro poetas, principalmente, me pedían noticias y descripciones, en nuestras inolvidables reuniones literarias de que hablo en el tomo primero de este «Mi Diario:» de Manuel Gutiérrez Nájera, de Guillermo Prieto, de Juan de Dios Peza y de Salvador Díaz Mirón. De los cuatro y de muchos más, prosadores inclusive, dí muchedumbre de pormenores, hasta donde mi memoria ó

mis noticias alcanzaban; y se leyeron composiciones suyas, algunas merecieron la reproducción en diarios ó revistas. Aun recuerdo que esta suerte corrieron «Las Mariposas» de Manuel.

Guillermo Prieto los interesaba excepcionalmente por su activa y sonada participación en nuestra lucha épica contra la Intervención, que tanto nos ha dado á conocer en esos países surianos y tanta simpatía les han engendrado hacia nuestro México. Hay, además, la circunstancia de que en rimas, en edad, en manera de vestir (siendo aseado Guido y Prieto, nó,) y hasta en un remoto parecido físico, Guillermo Prieto ofrece varios puntos de contacto con Carlos Guido y Spano, un poetazo bonaerense ya mencionado en estas páginas, de toda mi admiración y mi cariño.

Quiso Guillermo Prieto, según rezaban sus letras, que algún entendido porteño hiciese la crítica de los escritos encomiadísimos de nuestro D. Agustín Rivera; y yo quería, en retorno, que Prieto me obsequiase con un ejemplar dedicado de su «Romancero,» con cuya lectura proponíame—y lo conseguí—proporcionar á mis amigos ratos de esparcimiento positivo.

A esos dos empeños se contrae la carta que aquí se exhuma y reproduce, y que es un retrato de *su manera*, más fiel que la mejor fotografía:

«Señor D. Federico Gamboa.

«Tacubaya, Casa del Romancero, febrero 4, de 1892.

«Muchacho muy querido de mi corazón:

«Tu estimable de 4 de novbre. fué recibida y agasaja-

«da en esta casa á su llegada, hace muy pocos días, y no «la había contestado por la dificultad casi insuperable de «encontrar á ningún precio un solo ejemplar del Romancero, hasta ayer que por una verdadera casualidad conseguí el que te remito por conducto del Ministerio de «Relaciones.

«Quedo en espera del juicio crítico de la obra del P. «Rivera.

«Con ansia espero las poesías de Rafael Obligado: es «un poeta eminente que me admira por su inspiración y «patriotismo. Sus obras, como las de Olegario Andrade, «son aquí escasísimas, y no sé qué hiciéramos para que «nuestra comunicación fuese más extensa y activa.

«Como te dije al principio, va el Romancero con las «expresiones más sinceras de mi tierno y paternal cariño.

«Quedo con la mano extendida para recibir tu novela, «y leerla, y releerla, y saborearla á mis anchas.

«Te quiere y admira, tu viejo,

GUILLERMO PRIETO.

«A Rafael Obligado, dale un abrazo de exprimirlo!»

Cuántos aplausos no provocó la epístola, cuando el propio Rafael Obligado le diera lectura en uno de sus «lunes» . . .

Cuántas ocasiones posteriores, el nombre de Guillermo Prieto fué amistosamente aclamado á orillas del Plata, al desgranarse los versos dulcísimos de su «Romancero» . . .

La prosa de Prieto no me convence, y en su obra de

historia patria, menos, no obstante que posee lo que sus rimas, y su palabra familiar, y sus discursos, y su ser entero poseían: fuego y amor, alma y entusiasmo . . .

Creo que deben excepturse del entredicho, los «Viajes de Orden Suprema,» por desgracia incompletos, y el «Viaje á los Estados Unidos,» que es de enjundia regocijada y sabrosa.

Hánme asegurado que el poeta dejó, manuscriptas pero íntegras, sus «Memorias.» ¡Quiera Dios que ello sea cierto y que sus ejecutores testamentarios no demoren el aparecimiento de esas hojas vividas!

Por lo demás, son tan fugitivos nuestros entusiasmos y de tal naturaleza nuestros buenos sentimientos, para con los muertos particularmente, para con los muertos, que, fuera del recuerdo, nada tangible pueden ofrecernos, que ya ustedes lo verán (señalando al público que haya de leer impresos estos renglones cuando el actual tomo segundo de «Mi Diario» salga á luz en traje de calle, es decir, para dentro de diez ó doce años), Guillermo Prieto continuará volviéndose polvo en su fosa, y ni en calle, jardín ó plaza, se alzará el monumento á que tiene derecho y que hoy por hoy todos declaran acto de justicia.

No importa, ya nos dejó bastante, y mucho imperecedero; nuestra congénita ingratitud no ha de hacerle mella, quizá lo haga reír, allá, donde esté reposando su alto espíritu poético y enamorado de su país y de su raza; quizá repita él mismo las palabras con que dió punto á su Romancero:

« . . . Si fuere así, tendré un desengaño más, desen-

«gaño cruelísimo, porque he vertido en mi Romancero lo «que había de mejor y más puro en mi corazón de me«xicano.»

15 DE MARZO.—Una semana de gran desgaste nervioso, durante el día, temor de que los periódicos «de información» al ocuparse en el crimen de la «Malagueña,» me saquen á figurar según convenga á sus intereses, regularmente contrarios á los míos; y durante la noche, miedo pueril por la pobre muerta que se me ha quedado grabada según la ví en la «plancha» del hospital Juárez.

29 DE MARZO.—Propónenme un negocio que, por bueno, no ha de realizarse: escribir yo un libro que han de declarar texto en las escuelas, y que me ha de producir un 60 por ciento de utilidades.

2 DE MAYO.—Al cabo de cinco días de gravedad suma, á las 11 y media de esta noche sucumbe á su dolencia cardíaca mi hermano político don Ramón Alcalde. Ha muerto en mis brazos, materialmente, que no parece sino que estoy predestinado á que tal me acaezca con los míos . . . .

3 DE MAYO.—Regreso del entierro de Ramón. Un entierro modesto, sin aparato ni asistencia de comisiones ó elemento oficial; sin elogios fúnebres con esperanza de medro para los oradores, sólo concurrido por amigos de verdad.

El hecho póneme meditabundo. Comparo esta inhumación y la de mi jefe Sánchez Azcona, en Orizaba, con tantas otras que me ha tocado presenciar. La diferencia es enorme. Y cuenta que Ramón era uno de los contados supervivientes de aquel grupo patriótico que el entusiasmo de otrohora bautizó con el envidiable apellido de «inmaculados,» vale decir, de individuos que en los días negros de la Intervención y el Imperio, ni un solo instante dejaron de hallarse con el gobierno trashumante y agónico del señor Juárez, con él compartiendo toda clase de vicisitudes, y que en Paso del Norte permanecieron fieles y agrupados al pabellón de la República...

Y ni un periódico ha mencionado el fallecimiento!

16 DE JUNIO.—*Oh, les femmes!* La visité hoy, á la tarde, y después de dos años y medio de rigor, me permitió que la besara.

Causóme mucha menos impresión de la que esperaba. Ella me aseguró que tendría que confesar ese último pecado: mis besos, que no me fueron devueltos siquiera....

18 DE JUNIO.—Con motivo de una agravación en los síntomas del mal que según los facultativos que he consultado «no será nada,» vuelvo á que me examinen, y, entre otras prescripciones, díceseme:

—«De faldas, la estrictamente indispensable . . .»

¿Cómo se hará tal dosificación?

20 DE JUNIO.—Serio comienzo de conflicto sentimental con una americana encantadora; conflicto que, en

previsión de estragos mayores, oblígame á seguir el sapientísimo consejo de Ripalda contra las tentaciones, y huyo á todo el correr de un tren de vapor, hasta una finca amiga en el Estado de Veracruz, en cuyas cercanías van á volar un trozo del cerro de la Peñuela.

Aún me dura la impresión. Llegamos á Córdoba la tarde del 14, á las cinco, y ya todos sus pobladores, instruídos del caso, aguardaban con cierta zozobra la explosión anunciada para esa misma fecha. Nos apeamos frente al propio cerro, que se me antojó mal encarado y doliente por efecto del cohete formidable que le habían inyectado en sus entrañas: unas treinta toneladas de dinamita y pólvora!

Francisco Pardo—el ingenio á que fuí pertenece á Pardo Hermanos, con quienes me liga amistad de escuela y familia—estaba esperándonos á su hermano Luis y á mí. Los ingenieros británicos y yanquis, autores de la inyección; el jefe político de Córdoba; el jefe de la estación; dos ó tres gendarmes desmontados y varios charros del lugar, garantizáronnos á una que «no había riesgo» . . .

Y á pesar de la afirmación, se notó algo de nerviosidad en casi todos, mirando de reojo el granítico é inmóvil monstruo.

Nos partíamos ya hacia el ingenio en una plataforma «Decauville» tirada por mulas bravas, cuando un atleta de aquellos, con camisa de franela y botas fuertes, gritó desde lejos:

—Mr. Pardo! Mr. Pardo!!

—Qué ocurre?—repuso Pancho sin que la plataforma se detuviera.

—*You dont have but fifteen minutes!* . . .

—Pues, apura, tú, azótalas!—ordenó Pancho al auriga.

Como demonios arrancaron las bestias castigadas, y las azuzamos en coro, al aire los relojes cual si se tratara de observar las postrimeras pulsaciones de un desahuciado; sobre que en determinada curva tendríamos que pasar *vellis nolis* por frente á la cubierta boca de la mina y á distancia de pocas varas . . .

Y fué en la fementida curva de peligro donde la plataforma se detuvo con brusquedad que á poco no nos derriba . . .

—¿Por qué paras?—inquirió Pancho, irritado.

Por una nonada, otra plataforma, salida de los carriles y cargadísima de caña olorosa y recién cortada, obstruía el paso, totalmente . . .

Al descubrimiento siguieron ansiedades y una desbandada. Yo, sin hacer caso á llamamientos me incorporé, aquí cayendo y allá levantando, á un cordón de gente: jinetes, hembras, varones con los críos á cuestas, un éxodo de pavor, y con ellos acerté á guarecerme junto á los anchos troncos de mangos corpulentísimos y recargados de frutos de oro olientes á resina, cuyas copas balanceábanse indiferentes y rumorosas en medio de los campos de caña susurrante y erecta. La coparticipación de lo que se suponía un peligro, hizo que nos viéramos con buenos ojos, que nos consideráramos con mutua piedad por las próximas y espantosas mutilaciones . . .

Nada se oía, sin embargo, con lo que la tensión nerviosa aumentaba y aumentaba. A qué hora caíamos destrozados por la explosión? . . .

De súbito, un gran trueno, y otro, y ciento . . . y desatóse una tormenta impetuosa, estival, legítimamente costeña, que nos caló hasta los huesos. De la explosión, ni noticia, sólo los truenos celestes retumbando por montes y cañadas. A mi alrededor, llanto de criaturas, clamoreo de madres, roncas invocaciones místicas de campesinos.

—¿Nos caerá un rayo, señor?—me preguntó una lugareña aterrorizada.

—¿Por qué vino usté?—me interrogó un charro reclinado en las crines de su penco, para librarse las espaldas de los escurrimientos del árbol que nos cobijaba.

Y al primer diluvio sucedió un segundo, y del rumbo de la Peñuela, terco mutismo.

Propuse una retirada, so pena de ahogarnos si allí permanecíamos, y á la cabeza del rebaño, resbalando en los barrizales hondos que el agua excavaba en su correr enloquecido, dimos con nuestros cuerpos en el ingenio, al cabo de una hora de trastabilleo y caídas, en plena noche obscura, por entre surcos y sementeras hartos de tanto beber.

Por suerte, me curaron la mojadura con varios tientos á un Martel del 45, con sabrosa cena y unas fricciones de aguardiente de caña, *fatto in casa*, que me permitieron dormir como un conde del Medioevo de regreso á su «torre,» bien molido después de larga y hazañosa cacería.

Al día siguiente, á las diez, se procedió á la voladura,

muy inferior en sus resultados—como todas las cosas humanas—á lo que la imaginación habíala aumentado. Apenas si hubo truenos; una sacudida en la tierra que abarcó amplia zona y una catarata de bloques enormes cayendo con cierta solemnidad pausada, cual si el cerro se hubiera tornado en telón de teatro y tras el desgajamiento fuera á aparecer alguna alegoría.

Los tres días más que permanecimos en el ingenio, los consagré á practicar la vida del campo, excursiones á caballo, nutrición sana, lectura bajo los árboles, vagabundeo; y para conciliar el sueño, sesiones espíritas en el corredor, después de la cena, los campos ya en silencio, sin nubes el cielo, y la atmósfera, esta atmósfera *sui generis* de la tierra caliente, saturada de aromas ignotos y suaves.

Y mientras Luis Pardo, con su voz monorrítmica de *blasé* prematuro, me narraba su regreso del Japón por el Canal de Suez, la finca ya recogida, partían del establo con expresión de infinita angustia, los vagidos de las reses; las luciérnagas, por entre los troncos de los árboles y por entre los tallos de las flores que no podían precisarse, manchaban el fondo diáfano de la noche portentosa, con su luz de rubí pálido, y yo, á medio cerrar los ojos, creía olvidarme de la americana que hasta Córdoba me hizo huir, pensando en que la olvidaba . . .

27 de junio.—El conflicto sentimental ha recorrido su ciclo y háse transmutado en un *collage* rabioso; que tal es el término de todos los de su especie. Hemos experimentado en los tres meses que lleva de crecimiento y

desarrollo este absceso pasional, los síntomas conocidísimos que los caracterizan: anhelo secreto de destruirse en un beso, de aniquilarse en un estrechamiento; la existencia haciéndose voluptuosamente intolerable en los breves veranos del tempestuoso período; confidencias, promesas y juramentos, ternuras, sueños quiméricos, proyectos de vivir siempre juntos y de alcanzar y aprisionar la dicha. He averiguado que el nombre que lleva, es nombre de guerra, el suyo verdadero es * * *; que está casada, casada legítimamente, y que el marido—guapo mozo á quien conozco en fotografía—es el causante de la caída. Sabedor de en lo que ella ha parado, en carne de alquiler y de deleite, le escribe, no obstante, día á día. No puedo dudarlo, he leído más de uno de los párrafos de sus cartas, hondamente desgarradoras, que revelan en él una pasión incurable y un remordimiento tal vez sincero:

—«Tú no eres mala—escríbele—no has de serlo ahora, aunque te halles donde te hallas, en esa casa en la que á nadie puedes rehusarte y que yo maldigo desde aquí, porque me parece que te llevé hasta sus puertas y por la fuerza te hice entrar en ella . . . »

Y como brutal ritornelo de macho abandonado y miserable, una súplica tenaz:

—«Vuelve, mi * * *, vuelve conmigo, nunca hablaremos de esto; pero *for heaven's sake*, vuelve, vuelve.»

Lo doloroso del caso, en vez de despertarme celos, despiértame interés en mi doble fondo de novelista, cuando leemos estas cartas, ella y yo, de codos sobre las almohadas: es un marido en quien persiste el amor, y en corres-

pondencia con su esposa, que se ha transmutado en la esposa de todo el mundo.

29 DE JUNIO.—*La chose tourne au tragique.* Anoche hubo, fingido ó real, un conato de envenenamiento por parte de ella. ¡Ah! la reconciliación horriblemente bella que siguió al dramático incidente.

1º DE JULIO.—La certidumbre de que todo amor es fugitivo y perecedero, ¡hasta el amor más puro y mejor nacido! háceme llevar á * * * al estudio de Jesús Contreras, para que en un medallón me plasme su perfil; que aun cuando la obra artística será hecha en barro, como de barro somos hechos ella y yo, más ha de durar, sin embargo, aquél que nosotros.

7 DE JULIO.—Lo previsto: ha habido ruptura y al parecer definitiva. Mis sentidos, ya habituados á ella, niéganse á olvidarla, y así las cosas, entrégame Jesús el medallón concluído, un perfil en relieve, con el peinado á la «Cleo de Mérode» y con esta inscripción burilada en el exergo: «*Temptation.*»

17 DE JULIO.—Perdido de mi neurastenia, con pánicos terrores de morir súbitamente al acostarme, voy y me refugio en la casa de mi hermana Virginia, para que el cariño de la familia opere con su magia la cura de que tanto he menester.

18 DE JULIO.—Con hoy son ya varios los domingos que nos reúne á comer en su casa de san Pedro de los Pinos, Jesús E. Valenzuela, un chihuahuense que comenzó por

tirar su fortuna á manos llenas y ahora vive en el campo, risueño de ese auto-desastre, cultivando la poesía.

Yo no recuerdo del aparecimiento de Jesús; cuando mutuos amigos nos acercaron, ya él llevaba algún tiempo de venir derramando á los cuatro vientos una fortuna considerable. Amador del verso, no cuidó de reservarse sino la pequeñísima cosa que sus allegados le dejaron, y se entregó á hacer rimas y á querer y proteger á gente de pluma. Consérvanse de él rasgos que mucho lo singularizan y ennoblecen: á quién le pagaba la casa; á quién la ropa; á quién ambas cosas; aun se rememora el detalle de una *victoria* con tronco de caballos que regaló á un poeta metropolitano, y de fuste por cierto, que en alguna ocasión manifestó el deseo de ser dueño de un carruaje. Jesús se lo obsequió, y es fama que el obsequiado, después de disfrutarlo sólo una mañana yendo de Plateros hasta la Reforma y de la Reforma hasta Plateros, poco antes de que el Monte de Piedad cerrara sus puertas, á las dos y media de la tarde, fué y empeñó el carruaje, consignó los caballos á una *pensión*, y todo compungido entregó á Jesús el billete de empeño del vehículo y la dirección del sitio en que los caballos pacían descansando del paseo matinal.

Jesús E. Valenzuela, ó «Tute,» según sus íntimos lo denominamos, ríe filosóficamente de éstas y otras aventuras peores; con nadie se queja, y á pesar de que lleva cosechadas no pocas ingratitudes, todavía hoy, en la florida *villa* en que se ha refugiado con su familia y algunos restos de su espléndido mobiliario, nos ofrece domingo á domingo una comida cariñosa; no abandona su

devoción por los versos y persiste en dar de lo poco que le queda en los bolsillos y de lo mucho que le queda en el corazón, á cuantos á él se acercan tendiéndole la mano en demanda de un peso duro ó en demanda de un apretón efusivo de amistad y de afecto.

De ese numeroso grupo, hoy y otros domingos anteriores, hemos venido una media docena, que nos reputamos los constantes y que, entiendo, nunca hemos beneficiado de las prodigalidades del bardo empobrecido. De mí sé decir que sólo le debo un sabio consejo que me dió cierta noche que salíamos de una tertulia y juntos divagábamos por las desiertas aceras de la Reforma; consejo que seguí al pie de la letra y que quizá me lleve á la realización de destinos soñados en horas ambiciosas: entrar en el Cuerpo Diplomático Mexicano, donde á tan gusto me encuentro ya. Y no digo que le debo también afecto, porque el que él me profesa, procuro pagárselo con réditos inclusive.

Está Julio Ruelas, un dibujante educado en Alemania, taciturno y talentoso, aunque con un talento que si no todos comprenden desde luego, sí á todos hace sufrir; es esencialmente un atormentado. Sus dibujos parecen ideados por el Dante, Edgar Allan Poe ó Baudelaire; son siempre cráneos perforados por picas retorcidas; mujeres que sonríen mientras á su vista se despedazan los cortejos enfurecidos; sujetas con cadenas implacables, madres desventuradas que presencian cómo canes hambrientos y flacos devoran á sus hijos, florecillas de carne sonrosada que patalean y lloran ante las dentelladas feroces; artistas que se arrojan á simas de infierno y de des-

esperanza; una obra que lo sobrevivirá, que lastima la vista y el espíritu pero que revela gran posesión de la técnica é imaginación á todas luces excepcional y alta.

Está también Leandro Izaguirre, pintor que comienza bajo muy buenos auspicios, recio de cuerpo y plácido de espíritu, risueño con todos, trabajando confiado en que alguna vez arribará.

Está también Jesús Trillo, conterráneo de Jesús Valenzuela, que ha llegado á guardador de la fe pública, léase notario, sin adquirir gravedades ni rigideces protocolarias, sino conservándose sano por fuera y por dentro, regocijado y un tantico asustadizo frente á nuestras réplicas vivaces, nuestra intemperancia de lenguaje y nuestras carcajadas ruidosas.

Está Balvino Dávalos, exquisito y exigente en literatura, que á gran prisa viene abriéndose camino desde su rincón colimense. Su aspecto físico llama la atención: es anguloso y de carnes escasas; de inquisitiva y fija mirada de miope que perfora los cristales de sus lentes y diríase que se clava en las entrañas de sus interlocutores; sus manos ofrecen vida propia y rara, como de animales inteligentes y flacos que estuvieran siempre en busca de calor y siempre en acecho; indistintamente pudiera tomárselas por manos de mago ó de noble italiano del Renacimiento; parece que hubieran recorrido muchas morbideces, muchos objetos de arte, muchos documentos antiguos y frágiles, y, ¡Dios me lo perdone!, hasta algunos cuerpos humanos que sucumbieran á tósigos de Médicis y á torturas inconfesables. Son manos bellas á veces y á veces aciagas.

Fué conmigo Antonio de la Peña y Reyes, en cuyos talentos y fondo moral no he de ocuparme, porque lo quiere tánto, que cualquier cosa que dijera resultaría parcial; es espíritu similar al mío, amigo inmejorable, de esos en cuya amistad fidelísima se piensa como en un refugio para cuando la vida nos hiera con sus ingratitudes y asperezas, y para cuando los desencantos de los días viejos, si á ellos hemos de llegar, no nos brinden más que contadas dulzuras junto á multitud de acíbares y recuerdos tristes.

Después de la comida, es regular que nos vayamos al gabinete de trabajo de Jesús, para hablar en él de nuestras chifladuras respectivas, para leer algo propio ó algo ajeno . . .

Luego, conforme la tarde va muriéndose, nos encaminamos á la sala, en la que preside, sobre su estrado, gran pintura al oleo, inspirada en unos versos de Jesús Valenzuela y ejecutada por el pintor yucateco Juan Gamboa y Guzmán. Allí nos entregamos al *inocente* placer del «monte,» nos despojamos de los cuatro cuartos que cada cual lleva consigo, contraemos deudas insolubles por toda una eternidad, negociamos empréstitos y hasta nos injuriamos cuando el naipe nos es adverso, agrupados en la mesa del centro, bajo la hospitalaria luz de una lámpara de petróleo que la esposa de Jesús ha colocado por sí misma, sonriendo caritativa y bondadosa, de esta falta de juicio de su esposo y de la no menor de sus amigos.

Otras ocasiones, al concluir la charla de sobremesa, nos lanzamos en conjunto hasta Tacubaya, frente al puente de la Morena, donde habita Justo Sierra, maes-

tro y amigo de todos, que nos recibe abiertos los brazos para que más pronto lleguemos á su cuerpazo de gigante bondadoso, en tanto que de sus labios dispárase un tiroteo de improperios para cada uno de los que vamos saludándolo.

Cuando no hacemos esta excursión, abandonamos los lares de Jesús Valenzuela ya tarde, en la noche, el pueblecito de san Pedro quieto, silencioso, los perros guardianes de sus casas, alborotados y ladrando á nuestra algazara. Jesús en persona nos acompaña hasta que no tomamos el tranvía, y cuando desde él decímosle adiós á grandes voces y á grandes ademanes, se destaca en la sombra su cuerpo enhiesto y ancho de hombre fuerte, y, al fondo, en la distancia, reverberan, echados de bruces hasta media calle, los lampos del jardín de su *villa*, que por no poder moverse, desde sus cimientos también nos despide con idénticas palabras que su soñador inquilino:

—«¡Hasta el domingo próximo!»

19 DE JULIO. —Tarde agradablemente artística, en la casa de Luis Galván. Música, versos, charla literaria, proyectos peregrinos y quimeras, desde que nos sentamos á almorzar. Comensales: Justo Sierra, Luis G. Urbina, Jesús Contreras, Jesús Valenzuela, Paco Mas, —pintor español,—y yo.

La casa, con mucho gusto puesta; antigüedades y cuadros; rancios y abaciales sillones; chimenea fabricada con molduras y tallas de altar colonial, que acaricia la vista con sus destellos opacos de oro envejecido. Además, porción de muebles y *bibelots* que reconozco: son los que vi

y gusté en la casa que Galván tuvo en París por las cercanías del Parque Monceau, en el boulevard de Courcelles.

20 de julio.—La reacción esperada: hoy continúo el capítulo II de mi tan interrumpida «Metamorfosis.»

26 de julio.—Pésima noche, de la que me liberté esta mañana.

En vez de mis palpitaciones reglamentarias, sensación extraordinariamente rara, al apagar la vela, sin duda resultante de mal oídas teorías espíritas.

Sentí que iba desencarnándome muy poco á poco, pero por completo. En la obscuridad del cuarto y con mis ojos cerrados, individuos, sucesos y lugares veíalos muy lejos, mucho, á las distancias inconmesurables que sólo en sueños se divisan; á pesar de lejanía tamaña, era la precisión admirable, no se perdían detalles ni contornos.—Lugares, sucesos é individuos no me interesaban, á lo menos con el humano interés que estamos habituados á experimentar frente á ellos; sentía yo más bien una piedad de ser superior hacia nuestras miserias, y, al propio tiempo, algo como una lápida desmesurada, aunque liviana y agradable, que entorpecía todos mis miembros y adormecíalos delicadamente.

Al cambiar de postura, el sueño me invadió de súbito . . .

Pusilánime y triste he despertado esta mañana, sin la conformidad que de antaño la idea de la muerte me ha-

bía producido, antes con ansias de seguir viviendo á cualquiera costa.

—¿Será neurastenia?

3 DE AGOSTO.—Ayer fué la segunda *comida artística* en la casa de Luis U. Galván. A los postres llegó Linda Montanari, una de las primeras tiples de la actual compañía de opera italiana.

Llegó también un pianista español, un señor Mañas, que se las traía maravillosas en los dedos. Y toda la tarde resultó musical, pues hasta la lluvia de afuera, como que ejecutaba un número del concierto improvisado, con su tamborileo tenue en los cristales de la vivienda.

Salimos juntos Paco Mas el pintor, y yo, y nos marchamos de bracero por las calles empapadas, hasta la Maison Dorée, donde él se atizó un púlpito de café con leche. Con ibérico desprendimiento me ofrece ilustrar mi novela próxima, sin que los editores le paguen nada por su trabajo.

—Yo soy así—me declara sosteniendo á pulso un pedazo de *brioche* que goteaba café—te quiero y basta; si el hecho de que en la portada de tu libro se lea: «Ilustraciones de Mas,» te significa el aumento de un duro ó de mil, ¡mejor! Y al público no se le dice nada, que ni esta, ni una porción de cosas le importan tres pepinos. ¡Si hubiera de decírsele al público todo lo que merece! . . .

Y al separarnos en la puerta de la Maison Dorée, agrega:

—Por lo pronto, ven á mi estudio el lunes, quiero hacer tu retrato al blanco y negro.

5 DE AGOSTO.—En carta que me escribe de Europa mi sobrino José J. Gamboa, comunícame que durante la travesía que hizo á bordo de un trasatlántico español, vió en la biblioteca del barco algunos ejemplares de mis «Impresiones y Recuerdos,» y que los oficiales del vapor recomendábanlos á los pasajeros.

Nota *oceánica.*

6 DE AGOSTO.—Arturo Palomino, Canciller de nuestro Consulado General en la Habana, llegó ayer de Cuba y me trajo una visita y una carta de Andrés Clemente Vázquez, Cónsul General de México allá. Con la carta viene un folletín harto encomiástico de mi «Suprema Ley,» subscrito por Eva Canel, escritora á quien yo no conozco personalmente.

10 DE AGOSTO.—Concluyó Paco Mas de pintar mi retrato.

16 DE SEPTIEMBRE.—Al entrar á comer en un restaurant, me dan la noticia del atentado de esta mañana contra el Presidente de la República!

Parece que el hecho fué inopinado y brutal. Llegaba el Presidente al Pabellón Morisco de la Alameda, de uniforme, rodeado de los miembros de su Gabinete y de los de su Estado Mayor, caminando por en medio de una valla de tropa de línea armada, cuando al entrar en la Alameda, un individuo mal trajeado y sin arma ninguna en la mano, según se vió después, rompió la muralla humana, la valla de soldados, y con rapidez incontrastable echóse encima del Presidente, á quien golpeó en la nuca con los puños. Fué tan violenta la agresión, que

nadie pudo estorbarla; el Presidente, á pesar de su fortaleza corporal, vaciló y perdió el sombrero montado que rodó por los suelos . . .

Todo fué instantáneo. En seguida, los oficiales del Estado Mayor sujetaron al agresor, y cuando alguno de ellos trataba de desnudar la espada para ultimar sin duda al delincuente, tuvo el General Díaz un altísimo rasgo de valor personal y de conciencia de su puesto: impidió el inmediato y merecido castigo, con ademán sobrio y estas palabras memorables, que mucho lo honran:

—«A este hombre, sólo la ley puede tocarlo!»

(Hay que reconocer que en identidad de circunstancias, no digo yo un presidente de república, militar y vestido de uniforme, cualquier hijo de vecino, con la sangre subida á la cabeza por la agresión, habría castigado hasta con sus propias manos).

El individuo en cuestión, que revelaba hallarse alcoholizado, fué conducido por la policía hasta la guardia del Palacio Nacional; el Presidente siguió hasta el Pabellón Morisco, donde se conmemoraba nuestra independencia; la conmemoración se llevó á término, observándose los números todos del programa, aunque los ánimos no estaban bien dispuestos, y la noticia del hecho se propagó por la ciudad con velocidad grandísima y comentarios exagerados que producían estupores, alarmas y qué sé yo cuántos sentimientos más.

Al regresar el Presidente al Palacio, se empeñó en que no lo acompañara nadie en el coche en que montó, y cuando este coche desembocaba en las calles de san Francisco, por espontáneo movimiento el público aclamó al

caudillo y de todos los balcones de las casas del trayecto, una lluvia de flores, que arrojaban manos femeninas y blancas, bañó el carruaje y alfombró el adoquinado.

Cuéntanme que en la esquina de la calle de la Palma, un grupo de hombres del pueblo detuvo el trote del carruaje presidencial y que al sacar el Presidente la cabeza para averiguar la causa de la detención, esos mismos hombres del pueblo le hicieron noble ofrecimiento de sus personas y de sus vidas . . .

Por la tarde me echo á andar calles y á observar la fisonomía de la ciudad; lo que siempre acontece cuando un individuo ó un pueblo ha salvado de un peligro y considera á éste retrospectivamente: la ciudad respira miedo por lo qué pudo haber sucedido.

¡Cuánto no habría yo dado por asomarme á los interiores psicológicos del General Díaz en los momentos que siguieron al atentado! ¿A costa de qué esfuerzos habrá dominado la indignación y la ira que ha de haberle causado el hecho? ¿qué pensaría al pronto? ¿qué habrá pensado después? ¿qué estará pensando ahora? Su espíritu de ayer, del que nunca ha de poder despojarse por más que hoy dormite en las profundidades de su individuo, su espíritu de ayer, valeroso y militarizado, hecho á toda clase de peligros, que con la muerte se ha enfrentado más de una vez, ¿qué sentiría con la brutal agresión?

Su espíritu de hoy, incenzado con todas las mirras de la adulación, del interés egoísta, del miedo por pecados antiguos y actuales que no han sido perdonados á las derechas, del cariño sincero por mercedes recibidas, ora

con merecimientos, ora sin ellos, su espíritu de hoy, en la plena conciencia del encumbramiento, de la enorme suma de poder de que disponen su voluntad y sus manos, ¿de qué contienda muda y formidable entre su cerebro, su corazón y su voluntad, no habrá sido testigo? ¿cuántos esfuerzos extraordinarios no habrá tenido que emplear para permanecer sereno é impasible á raíz del atentado, serio y grave, en su papel de magistrado supremo, cuando la lluvia de flores y los vítores que siguieron al abortado delito?

He ahí para mí, el aspecto más interesante del sucedido.

17 DE SEPTIEMBRE.—Cuando cruzo el jardín de la Plaza de Armas, rumbo al Ministerio de Relaciones, después de mi desayuno en el café del Cazador, dos reporteros amigos detiénenme para enterarme de la nueva tremenda: á la madrugada de hoy fué *lynchado* en las antesalas del Inspector General de Policía—dentre del Palacio Municipal—el autor del atentado contra el Presidente de la República! . . .

Lo burdo é increíble de tal suceso, oblígame en un principio á echarlo á la broma, pero los reporteros se me formalizan, me prueban con líneas impresas de periódicos del día que la noticia es cierta; y al seguir mi camino, despedido ya de mis amigos, siento que me invade una indignación tristísima y un anhelo de no oír ni presenciar cosas tales, si no ha de serme posible castigarlas.

Llego á mi sección de Cancillería y en el acto entro á hablar del asunto con el actual Subsecretario de Relacio-

nes Exteriores, D. Manuel Azpíroz, que es hombre honrado, de verdadero carácter é incapaz de mentir á sabiendas contra sus convicciones y sus ideas. Y con grandísimo contento descubro que su incredulidad y su indignación acerca del pretendido *lynchamiento*, corren parejas con las mías.

El resto de la mañana va de júbilo en júbilo, en escala ascendente: el Ministro, D. Ignacio Mariscal, en una de sus vehemencias de espíritu recto, ha llegado á manifestarse hasta iracundo en contra de la policía á la que tildó de puniblemente descuidada.

Y llega á mi noticia, de muy buena tinta, que el Presidente de la República resolvió ya la destitución del Inspector General.

Dentro de mi conciencia, se han escuchado aplausos.

En la ciudad, excitación grandísima. En cuanto se ha hecho público el desagrado presidencial, todas las bocas sólo vierten censuras é iras que brotan en los grupos, en las reuniones, en los cafés; que se escuchan en calles y tiendas, en parques y esquinas, en tranvías y en teléfonos; hasta los periódicos que sin comentarios anunciaron esta mañana el pseudo-*lynchamiento*, al anochecer, desátanse con reprobaciones, razonadas ó líricas, en sus sobretiros respectivos.

Yo soy también víctima del contagio y cuando me recojo en casa, me noto preocupado é intranquilo. Al apagar la luz, ya entre sábanas, á la hora de los soliloquios rara vez confesados, la tragedia ésta oblígame á pensar en las curvas irregulares de la existencia, lo que Eça de Queiroz acostumbraba á denominar *os fados*, es decir, en español, los hados, y en latín *fatum;* pensé, por

ejemplo, que Arnulfo Arroyo, autor del atentado contra el Presidente, y Eduardo Velázquez, autor del atentado contra Arroyo, si es que la opinión que de tal lo acusa no se engaña, fueron condiscípulos míos y fueron condiscípulos entre sí. ¿Habrán recordado ellos tal circunstancia? Con rara precisión veo á Arroyo, hace muchos años, salir de la sastrería que su padre tenía establecida en la segunda calle del Reloj, bajo el modesto rótulo de «La Corta Utilidad,» y veo asimismo á su padre, un hombre excesivamente grueso, moreno de tez, con aspecto de laborioso y de tranquilo; veo, por último, al propio Arnulfo, cuando hace algunas tardes en que yo me encaminaba á la Escuela Nacional Preparatoria á dar mi cátedra, me detuvo en la calle, con todos los signos del alcoholismo incurable grabados en su rostro y en sus movimientos, y empleando el tuteo viejo de la escuela, me interrogó con cierta acritud para saber si porque él andaba pobre y náufrago en los fangos metropolitanos, ya no quería yo saludarlo. Y me costó un triunfo convencerlo de que sólo veía yo con tristeza que él se hubiera dado á la mala vida; reflexiones que por cierto recibió con sonrisa de menosprecio, que tanto quería decir que él era muy dueño de sus actos, ó yo un farsante que por mejor librado en esta lucha que con la vida tenemos que sostener todos á brazo partido, habíame metido á diablo predicador y me le ponía como ejemplo de «arribista.» Quedamos en que él me esperaría en las afueras de la Escuela, hasta que yo no concluyera de dar mi clase, pero por fortuna mía, cuando salí del aula, ya Arnulfo Arroyo había desaparecido.

Y hoy que rememoro ese incidente, bien penoso desde que se produjo, me pregunto: ¿en aquella tarde germinaría ya en la mente naufragante de Arroyo la idea de este atentado? . . .

Por natural asociación de ideas, reconstruyo mi amistad con Eduardo Velázquez, á quien en público se señala como autor de la horrorosa muerte de Arroyo; y al recordar de nuevo, palpo que el colegio es un verdadero almácigo de donde salen los espíritus infantiles á seguir cada cual la trayectoria que su destino le tiene reservado; quién pára en el altar, quién en la sabiduría, quién en los altos puestos del gobierno, quién en la fortuna, quién en el crimen y en el patíbulo; distanciados todos entre sí, uno aventado á un rumbo, otro aventado á otro rumbo, todos esparcidos y todos conservando el recuerdo de los días puros que persiste en atar al grupo entero, á modo de una cinta blanca y luminosa.

Y al revolverme en la cama, presa del insomnio de los recuerdos y de los presentimientos, duélome, de veras duélome, de la suerte alcanzada por Arroyo y por Velázquez, y ora me felicito de ir caminando yo por distinta senda, ora tiemblo de extraviarme por una mala ó de tropezar en la que considero buena. ¡Somos tan poquita cosa y estamos todos tan expuestos á caer! . . .

Eduardo tomó distinta orientación de la de Arroyo. Era ambicioso, nada tonto y quería subir. Le faltó calma para recorrer uno por uno los peldaños del encumbramiento, y quiso aventurarse de una buena vez hasta la altura que perseguía.

Y así como la sastrería del padre de Arroyo surgió ne-

ta, clara y precisa en la nocturna evocación, así también volví á ver á Eduardo, de empleado muy subalterno en la Secretaría de Hacienda, primero; de hijo mimado siempre; de asociado después al General D. Sóstenes Rocha en el semanario político que lanzaron al mundo bajo el título de «El Combate.» Con la resurrección de aquella hoja periódica, volví á vivir las horas pasadas en la redacción que por lo pronto establecióse en la calle del Cinco de Mayo, próxima al Teatro Nacional, y volví á codearme con sus redactores. Fué la época en que Juan de Dios Peza publicó su para mí mejor poesía «En Mi Barrio,» cuando Emilio E. García gozaba de que por su aspecto le llamáramos el «Coronel» ó el «Gobernador,» que ambas cosas parecía entonces ese regocijado y feliz jalisciense venido á México con la aureola de hombre afortunado en amores, de juerguista y escritor. Todos pasamos por ahí: Luis G. Urbina, concluyendo su «Ultima Serenata,» que tan dulcemente recitaba él mismo; Enrique Sort de Sanz, prematuramente muerto y prematuramente ascendiendo; José R. del Castillo, muy devoto de teatros, bambalinas y *ainda mais;* Javier Osorno, con buen caudal para crítico, y árbitro de elegancias en nuestro cenáculo de bohemios que no sabíamos preocuparnos de la ropa, sino de los plazos en que había que pagar los trapos muy de tiempo en tiempo estrenados . . .

«El Combate» trasladó su lar á la calle de Ortega, en donde el General Rocha nos narraba noche á noche algo de su vida civil y mucho de su vida militar. Allí fué donde una noche, los que estábamos al cabo de la polémica engendrada por el artículo «Esos son otros López,» que

tanta ámpula levantó, supimos que dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes, Rocha se batiría en duelo á pistola con el General Gayón. El propio Rocha nos comunicó los últimos detalles y aun nos dijo:

—«Siento lo del duelo, porque quiero á Gayón, y no sería difícil que lo matara.»

Y efectivamente, por poco no lo mata.

Cuando este asunto trágico y los muchos agradables de escribir artículos guerreadores, de frecuentar actrices y teatros, de comer de fonda y hacer otras mil perrerías que no son para enumeradas, la figura de Eduardo Velázquez ocupaba lugar principalísimo: era jovial, dicharachero, largo en el gastar y nada corto en el querer, valiente y decidido. Y á nosotros, los del grupo predilecto, hay que confesar que nos trataba con distinción señaladísima, lo mismo para mejor pagarnos un artículo, que para venir en ayuda de nuestros bolsillos, siempre flacos, á cuenta de futuras páginas literarias que nunca llegaron á saborear la luz . . .

De ahí que esta persistencia en la opinión para señalar á Eduardo como responsable de la muerte de Arroyo, á mí me sea muy particularmente penosa.

La gente, esta «gente» que todos mencionamos y que nadie puede precisar, se manifiesta con las iras y enconos de que hace gala para cualquier suceso de importancia; todos piden un castigo severo, todos claman porque el rigor de la ley caiga sobre los culpables.

¡Pobre gente y pobres de los culpables, sean quienes fueren!

24 de septiembre.—A las diez y media de la mañana, con rapidez de rayo, se ha esparcido por toda la ciudad la noticia sombría del suicidio de Eduardo Velázquez. Dicen los bien informados que se mató dentro de la habitación que ocupaba, con carácter de incomunicado, en la cárcel de Belem.

Dicen otra porción de cosas; conjeturas que acusan, sospechas que absuelven, juicios temerarios, afirmaciones gratuitas. Que si el revólver le llegó de ésta ó de aquella manera; que si nadie oyó la detonación; que si debe dudarse acerca de esto ó acerca de aquello . . .

Y á decir verdad, la impresión general es de estupor.

¡Pobre de Eduardo! ¿Sería el suicidio su única salida, atentos los hechos? . . .

27 de septiembre.—Luis Galván, de regreso á México, de nuevo nos reune á comer en su artística vivienda. Y por la tarde volvemos á tener música y conversaciones gratas, que yo deseo sean precursoras de cambio de impresiones.

2 de octubre.—Del modo más inopinado, me reconcilié con ***, la que me asegura partirá mañana á San Francisco de California, para nunca volver.

Héme aquí por tercera vez uncido á esta mujer que me atrae con su belleza á la vez provocante y delicada de hembra del Norte, con sus cabellos rubios y el color de su tez, que parece formado de rosas, leche y mármol; con sus ojos azules que miran hondamente, y su boca impecable,

y su peinado á la griega, y su cuerpo altísimo, y su busto estatuario.

En prosaico coche de punto vamos á esconder los rubores que á ella y á mí nos impone esta reconciliación indigna, hasta los Baños del Peñón, á los que llegamos al filo de las dos de la mañana, con gran escándalo del portero que nos franquea la entrada creyéndonos prófugos de algún manicomio.

5 DE OCTUBRE.—En carruajes distintos hemos regresado hoy de los Baños del Peñón ella y yo.

¡Cuántos besos y cuántas ilusiones hemos sepultado ambos en ese cuarto prosaico y semidesnudo, en el que hemos permanecido, rabiosamente unidos, estos tres días, como para despedirnos de una pasión que á ninguno conviene!

Cuando esta mañana nos dijimos «hasta luego,» en aquella lejanía árida, á la puerta del establecimiento termal y casi milagroso para el concepto de los antiguos pobladores de México, ¡cuánta tristeza había en nuestras palabras y en nuestros ademanes, cuánto cansancio en nuestros cuerpos maltratados por la onda de lujuria, cuántas cosas inconfesadas en el mirar azul de sus ojos rasgados, cuántos conceptos, que, á formularse, hubieran sido irónicos ó crueles en mis labios que temblaban al besarle su mano blanca y casi exangüe!

7 DE OCTUBRE.—Para proveer algunas vacantes que se han registrado en la Secretaría de Relaciones, nos han nombrado jurado calificador á los jefes de sección.

Y el día de hoy he logrado que Balvino Dávalos—que á mi juicio fué el mejor sustentante—quede admitido como oficial segundo del Ministerio.

11 de octubre.—*** contra lo que era de esperar y yo esperaba, cumplió su promesa. Esta mañana, á bordo de un *pullman* del ferrocarril Central, se me ha ido rumbo á San Francisco de California. Sin cuidarme de los que pudieran verme, la acompañé hasta su tren, medio ebrio aún de nuestra última temporada amorosa, en la que nos hemos jurado cuanto un hombre y una mujer pueden jurarse, sin hartarnos un sólo instante de la continua vecindad de nuestros labios.

Como dos que de veras se quieren, nos hemos despedido, entre besos y lágrimas, y cuando el tren se hundió en el glorioso horizonte de la mañana que sonreía, palpé que había yo perdido algo muy grande y muy hermoso, que no se recobra nunca: mi juventud!

*** representaba mi última pasión desinteresada, libre y completa, de las que no necesitan para florecer, ni dinero, ni misterio, ni recatos; á las que no les importa la edad, ni las obligaciones; época que no puede reaparecer, en la que ama uno con la misma naturalidad encantadora con que respira.

Tristísimo he regresado á la ciudad, como regresamos de los cementerios cuando en ellos dejamos para siempre algún ser querido. ¡Y vaya si quería yo á mi juventud! . . .

22 de octubre.—Se desenlazó la tragedia de la Inspec-

ción General de Policía. El Jurado, (¡oh imbecilidad democrática, sólo comparable al Sufragio Universal!) en lugar de veredicto, ordenó una hecatombe: de los trece acusados, salieron diez condenados á muerte.

Los moralistas y los sabios, opinan beatíficamente que la sentencia, aunque no se ejecute, está muy bien dictada porque significa un moral escarmiento que no podrá pasar inadvertido para los países cultos. Europa y los Estados Unidos de América, tendrán que aplaudir nuestra energía para castigar esta clase de delitos.

Cuánto me felicito de no advertirme punto alguno de contacto con los moralistas y sabios que así opinan!

8 DE DICIEMBRE.—A vuelta de muchas reflexiones, asesto á mi juventud el tiro de gracia.

Hoy me presenté en el Registro Civil para contraer matrimonio, y el mes entrante seré un hombre casado.

22 DE DICIEMBRE.—Cumplí 33 años de edad.

En mi interior, profunda sensación de inquietud.

31 DE DICIEMBRE.—Veo terminar el año en el teatro Principal, en medio de una bronca originada por una tiple que cantaba la danza del café en «El Certamen Nacional;» bronca muy semejante á la que yo describo en el final de mi «Suprema Ley.»

# 1898

1º DE ENERO.—Con malísima noticia se inaugura el año: por fidedigno conducto sé que Jesús Contreras, amigo mío muy predilecto, presenta síntomas de cáncer en un brazo.

8 DE ENERO.—El arreglo de mi casa conyugal me trae, de cuando en cuando, ráfagas de alborozo por mi nuevo estado próximo. ¿Será buen augurio?

Conforme doy término á la instalación de mi gabinete de trabajo, el sinnúmero de objetos que manoseo me revive muertos recuerdos é historias viejas, muchos secretos, que, con excepción de mí mismo, nadie conocerá. Bien es cierto que en su gran mayoría sólo á mí pueden interesarme.

12 DE FEBRERO.—Hoy me casé.

2 DE MARZO.—Balvino Dávalos, que en la actualidad hállase de secretario particular del Subsecretario D. Manuel Azpíroz, en recompensa á mi pequeñísima ayuda para que entrara en el Ministerio, me da el soplo de que

las conferencias sobre historia de la Geografía, en la Escuela Nacional Preparatoria, van á quedar vacantes.

—Muévete, para que, si las logras, también en la Escuela seamos compañeros.

El, Balvino, da una cátedra de latín.

9 DE MARZO.—Obtuve el nombramiento de profesor conferenciante sobre descubrimientos geográficos en la Escuela Nacional Preparatoria; nombramiento que, aparte de realizar una de mis más viejas y secretas aspiraciones, me aporta con su sueldo un gran nivel á mi presupuesto doméstico, harto desequilibrado por el demoníaco microbio de mi afición al *bacará* y al *poker*.

Fenómeno extraño: sólo en México el tal microbio se acomoda en mi organismo, pues jamás, hasta hoy, he jugado á nada en los varios países extranjeros en que he vivido.

18 DE MARZO.—Terminé esta noche el capítulo segundo de «Metamorfosis,» recluído yo en mi apartada y silenciosa casita, este primor diminuto que me he encontrado en barrio naciente de la ciudad, más allá de la estación de Buenavista, y que, dentro de su pequeñez, permíteme el lujo de ostentar hasta jardín y verja.

Con cuánto gusto me he instalado en ella, amueblándola y decorándola conforme á mis escasos posibles y á mis exagerados caprichos, procurando que no huela ni á burgués ni á tapicería. En mi gabinete de trabajo, especialmente, traté de echar el resto, y si así hubiera de continuar por siempre la vida del matrimonio, pues la ver-

dad que la encontraría yo superior á mi larga y tormentosa existencia de célibe.

No hay luz eléctrica, pero á la claridad blanda de una lámpara que compré en el «Louvre» de París, y que ha viajado conmigo medio mundo, yo escribo en mi mesa y la «parienta» me acompaña, con la eterna labor inacabable que toda mujer teje ó cose para que le sirva de coraza y de refugio.

26 de marzo.—Precisamente porque está prohibido que los alumnos aplaudan á los profesores, más me supo la salva con que mis discípulos me recompensaron la conferencia de hoy. Es justo consignar que no los reprimí.

29 de marzo.—En la cátedra de esta tarde me vi forzado á expulsar á dos alumnos turbulentos. Ni ellos mismos han de imaginar lo que mi arranque de energía me ha contrariado; todavía en la noche, con mucho de tristeza los recuerdo saliendo encogidos y avergonzados.

20 de abril.—Es particular! La guerra que sostiene España contra los Estados Unidos de América, interésame como si se tratara de cosa propia. Con la ansiedad de quien se halla en gravísimo peligro personal, me echo sobre los telegramas de los periódicos.

¿Herencia ó atavismo? . . .

30 de abril.—Hay en la calle de la Palma una cervecería teutona, en la que se come bien y no se bebe mal,

y en la que hemos sentado nuestros reales—esto es un decir—casi todos los escritores metropolitanos.

Hoy me encontré instalados ya en una mesa, á Jesús Urueta, á Ciro B. Ceballos y á Bernardo Couto Castillo; Urueta, nuestro genial orador próximo á partirse para Europa por cuenta y riesgo de un banquero chihuahuense que lo admira y protege; Ciro B. Ceballos, autor de «Claro Obscuro» y literato que aduna á una forma demasiado castigada y por lo mismo un tanto confusa, un carácter independiente y valeroso para juzgar de cosas y de hombres; Bernardo Couto Castillo, joven escritor que ya ha dado á luz un libro, «Asfodelos,» y que por abolengo tiene que escribir bien y que escribir mucho. Tal vez hoy por hoy, á Ceballos y Couto pudiera tildárseles de un tantico simbolistas.

Siéntome con los tres á tomar mi cerveza y en nuestra charla, que á poco se encrespa, advierto, no por la primera vez, la maligna acritud que este condenado oficio de escribir nos despierta en palabra y en juicios. Hoy, por ejemplo, se consumó la vivisección de un poeta provinciano, que se ha hecho de envidiable lugar en nuestro parnaso. ¿Para qué mencionarlo? . . .

Escucho á sus impugnadores, hasta yo he de haber dado una dentellada que otra, y más me descorazona el oficio que tan pronto nos envenena y que produce este devoramiento mutuo, característico de los literatos del mundo entero.

Rumbo á mi casa, tropecé con Rafael Delgado, el talentoso autor de «La Calandria,» y al pie de un foco eléctrico me leyó fragmentos benévolos de una carta que

acerca de mi «Suprema Ley» le escribió el anciano erudito. D. Silvestre Moreno Cora: «que mi libro hace pensar,» «que puede llamársele novela trascendente, aunque manchada de un defecto grandísimo: su materialismo excesivo, que hace odiosos á todos los personajes, sin otra excepción que Carmen Terno» . . .

9 DE MAYO.—Con una comida en el nuevo Restaurant Recamier, despedimos esta noche á Jesús Contreras y á Jesús Urueta, que saldrán para Europa en el próximo vapor francés.

Seremos hasta dieciséis comensales, y cuando nos disponíamos á sentarnos, muy enfracado apareciósenos el respetable General de División D. Mariano Escobedo, nuestro ilustre veterano, el que venció al Archiduque frente á Querétaro. Sorprendido de vernos sin traje de etiqueta (nuestro banquete es un banquete casi bohemio), nos explica que ha confundido fechas y por eso nos ha caído de tiros largos y tan inopinadamente, estaba invitado para una comida que en el mismo local darán mañana al Gobernador de un Estado fronterizo. Y como pretendiera retirarse, todos nos oponemos, todos le rogamos que nos acompañe y presida, y él, al fin, accede y benévolo sonríe á nuestra juventud y á nuestra alegría.

Mientras se cambia la instalación de cubiertos, yo lo interrogo sin parar sobre la para mí interesantísima época de la Intervención; y á grandes rasgos, interrumpiéndose para contestar á otras preguntas, para agradecer con la mano en alto las muchas copas que á su salud se vacían, con modesta entonación de valiente y calmada voz

de viejo que repasa recuerdos, nárrame un puñado de cosas interesantes, entre ellas, con una naturalidad y un candor encantadores, cuéntame como, cuando las Cortes Marciales francesas comenzaron á ejecutar á patriotas mexicanos, él, Escobedo, mandó prevenir á un general enemigo que por el primer mexicano que fusilaran á partir de su aviso, Escobedo fusilaría á un francés, por el segundo á dos franceses y así sucesivamente, hasta ver quién se ablandaba primero.

—¿Y quién se cansó, señor?—le pregunto yo.

—Pues supongo que ellos, porque cuando me mataron á un muchacho estudiante de medicina, que era el séptimo, yo despaché siete franceses de un solo avío . . .

En el propio momento nos sentamos á cenar, juntos Luis Urbina y yo.

Comida sabrosa, con chisporroteo de ingenio.

A los postres, alud de brindis, encabezados por el General Escobedo, que nos abandonó á la media noche.

Más en confianza, dieron principio las discusiones, las batallas intelectuales, el desperdicio á gritos de materia gris que es de rigor en gente de pluma; y, según tenía que ser, paró la pelea de palabras en el candente asunto de actualidad, en la guerra hispano-americana.

Observo que muchos de nuestros talentos se hallan por los Estados Unidos y lo peor es que casi me ganan á su causa, pues conforme doran la píldora, de veras parece que los Estados Unidos encarnan el progreso hasta en sus acorazados, y la pobre España al atraso en todos sus actos, hasta en el heroísmo innegable de que á diario viene dando pruebas.

A la madrugada terminó nuestra fiesta y apenas si noté cuando nos despedimos, dos ó tres heridos del champaña, que procuraban no dar á conocer totalmente la pérdida de su equilibrio.

16 DE MAYO.—Comenzaron esta tarde en la Escuela Nacional Preparatoria los exámenes correspondientes al primer semestre del año escolar, y á mí me tocó en suerte ir á integrar el jurado de Geografía General y de México, en unión de Alberto Escobar, conferenciante de sociología y espíritu muy cultivado, y Miguel E. Shultz, geógrafo de los más eminentes que poseemos y que fué mi maestro hace bastantes años, cuando él principiaba á ser un buen profesor y yo á ser un pésimo estudiante; aun me dura el recuerdo de que, en lugar de atender á su interesante curso de geografía, me encaramaba hasta la grada superior para leer á hurtadillas «El Judío Errante» y la «Historia de Veinte Siglos» de Eugenio Sue.

1º DE JUNIO.—Mal va la inauguración de exámenes, hoy hemos tenido que reprobar á un pobre muchacho que nos aseguraba que en China se encuentra el tipo blanco y á medio Mediterráneo la isla de Madagascar. Afligía verlo, ya formal, entre los diecisiés y los dieciocho años, enrojecido el semblante, reventándole las orejas, sin atinar con nada, muy vestido de negro.

A los tres sinodales nos interesó el asunto y tratamos de averiguar quién era, pues no figuraba en las listas del curso; sus amigos nos pormenorizaron el caso, tratábase de un supernumerario de escuela profesional, deudor

aún de geografía que no pudo preparar, y por eso cometió tales desaciertos; pero tenía una atenuante, hoy era el primer aniversario de la muerte de su padre, de ahí el luto . . .

El suspenso en persona, nos detuvo á la salida para excusarse con toda caballerosidad y noblemente significarnos que, lejos de hallarse resentido, encontraba muy justificado nuestro veredicto. Efusivamente nos despedimos de él y vimos que se alejaba meditabundo, muy pensativo para su juventud en plena florescencia, muy respetado de sus compañeros, que lo dejaron ir solo, sin saludos ni alusiones al descalabro, como para endulzárselo.

Son una bendición los afectos de colegio.

11 DE JUNIO.—Aprovecho una interrupción de los exámenes y esta tarde me voy por el ferrocarril de Hidalgo á una hacienda de los Llanos; necesito una pequeña tregua á mis urbanas obligaciones, que el campo me cure, como siempre me ha curado. También ahora cumple, generoso y grande; desde que llego á la finca siéntome otro, con razón, llego cuando atardece, cuando el crepúsculo lo mismo esfuma el horizonte de montañas y cielo, que las serranías de penas que en ocasiones se nos aglomeran en el alma.

De pronto, y saliendo de muy lejos, pasando por barrancos y hondonadas, óyese imponente, musical y triste, extraño rumor que me clava en medio del patio de la hacienda.

—¿Qué es eso?—pregunto.

—Son los «peones,» señor,—me responden.

—¡Los peones! . . . ¿pero qué les pasa á los peones?

—De pasarles, no les pasa nada, es que concluyó ya el trabajo, se retiran á descansar, y vienen antes, cantando el *Alabado*, á dar gracias en la capilla . . .

El rumor, al aumentar, se precisa, ya es canto, pero canto desolador, de sufrimiento, de infinita miseria, que, sin darme yo cuenta de mi ademán, oblígame á escucharlo con la cabeza descubierta.

A poco, por el recio portón del enorme patio colonial, desemboca un montón humano que apenas si puede determinarse entre las sombras. Son muchos hombres, muchos, que avanzan en ondulación de endriago, adivinándose entre ellos mujeres y chiquillos. De dos en dos y siempre cantando, pasan junto á mí con su sombrero en la mano indios á medio vestir, los parias, los ilotas que trabajando de sol á sol, no disponen de tiempo para pensar nunca, los que no conocen de esta vida más que el trabajo bestial, los que con razón entonan fervorosamente el *Alabado*, á cuenta de un premio tardío que venga á indemnizarlos, alguna vez, de su esclavitud sin término.

Si se les suprime ese premio que, es de esperar, les llegue después de su muerte, ¿qué sería de ellos? ¿á dónde se volverían en demanda de un poco de misericordia, de un poco nada más?

Ya entraron en la capilla, ya están dando gracias.

Si ellos dan gracias, nosotros ¿qué deberíamos dar?...

15 DE JUNIO.—De regreso en México, después de tres días de vida rural é intensamente mística, pues la due-

ña de la finca distínguese por su piedad religiosa, ferviente y sincera.

Tuvimos comunión de indios; pláticas sagradas de predicadores nada atrasados; rosarios vespertinos; escolta al Viático por entre las humildes viviendas rancheras, en que la muerte parecía instalada; bendición del tinacal de pulque todo enflorado en tinas, ventanas y puertas, y ostentando en sus muros recién refrescados con enjalbe, pinturas de coloración bárbara y dibujo primitivo; fuegos artificiales en dos noches estrelladas; muchos paseos á caballo por magueyales bravíos y dulces sementeras susurrantes con el ondular de las espigas; y en los pocos momentos de descanso, largas charlas enjundiosas con los sacerdotes venidos ex profeso, á los dos crepúsculos, la noche callada ya, á la sombra de los portales del patio ó de las copas de los árboles viejos, á la hora en que el calor amodorra á los hombres, derriba á las bestias y enloquece á las cigarras que se desgañitan.

Sobre todo ese conjunto, tuvimos una gran procesión fantástica, conduciendo bajo palio al Diviníssimo, dentro del patio colosal de la hacienda, de noche con faroles que oscilaban en las manos de sus portadores, á modo de coleópteros luminosos que ensayaran un torpe volar, y grandes hachones que sobrepasaban las cabezas de la multitud y que sacudían en la diafanidad de la atmósfera su melena de chispas; con orquesta de viento, una murga numerosa y desafinada que tocaba música casi apocalíptica, de puro inharmónica y lúgubre; con centenares y centenares de fieles, y una campanilla ambulante y angustiosa que parecía quejarse de algún mal sin

remedio. Procesión nocturna inolvidable, que me acobardó y me hizo pensar más de una vez en la que pinta el maestro Zola en su libro sobre Lourdes.

En mi corta temporada, trabé excelentes amistades con los sacerdotes. El más ilustrado de los tres, hame servido inmensamente, sin saberlo; era lo que yo necesitaba para mi novela en preparación, al que haré confesor del convento, declarándolo jesuíta, para que ni él mismo, si lee esas páginas, se reconozca.

20 DE JULIO.—Concluí el capítulo IV de «Metamorfosis.»

3 DE AGOSTO.—Concluí el capítulo V de «Metomorfosis» y, con él, la primera parte de la novela.

15 DE AGOSTO.—Desde la rendición de Santiago de Cuba, España se me ha alejado extraordinariamente; la miro ahora mejor como recuerdo que como actualidad, y mucho témome, por lo que la quiero, que á partir de hoy se convierta en otra Grecia moderna, vale decir, en un pretérito más ó menos glorioso, pero siempre pretérito.

Y me entristecería que ello así fuese, pues aparte mi afecto, considero que para una porción de cosas trascendentes los pueblos hispano-americanos habemos menester de que España *siga siendo* y no que *haya sido.*

2 DE SEPTIEMBRE.—La comisión organizadora de las fiestas anuales con que la Escuela Nacional Preparatoria conmemora nuestra Independencia, cuando llegaba yo á dar mi cátedra, me ataja el paso.

Quieren que este año sea yo el del discurso, y por mucho que me defiendo, tánto y con tan buenas maneras insisten ellos, que cedo y me comprometo, no obstante que fuera de las conferencias que vengo dando, jamás ocupé tribuna.

15 DE SEPTIEMBRE.—Fuí invitado,—y atribuyo la invitación á mi nuevo estado civil,—á asistir desde los balcones del salón de embajadores de nuestro Palacio Nacional, á los fuegos artificiales que anualmente se queman en esta fecha en la Plaza de Armas, y á la serenata que las bandas unidas de la guarnición ejecutan frente al viejo edificio.

El espectáculo que contemplé es tan grandioso é imborrable, me hace sentir por modo tal, y con tal cantidad de impresiones hondas obséquiame, que juro aprovecharlo en la novela que hoy tengo en el yunque, ó en «Santa,» que, si Dios no lo remedia, será la próxima.

29 DE SEPTIEMBRE.—Anoche se efectuó la velada conmemorativa de la Escuela Nacional Preparatoria, en el salón que llaman «El General» y que posee una de las más artísticas sillerías que conozco (la que perteneció al templo de san Agustín), y una cátedra de caoba maciza y tallada, tan soberbia como la sillería.

Allí, bajo ornato adecuado y severo, la fiesta, que presidió el propio Presidente de la República, acompañado del Secretario de Justicia, D. Joaquín Baranda; del de Hacienda, D. José Ives Limantour; del de Gobernación, del de Comunicaciones y del Gobernador del Distrito,

D. Rafael Rebollar. Estaban, además, una porción de profesores, un apiñado racimo de familias de alumnos, y éstos en su respetable totalidad.

Descontado un temblor que algo entorpecíame la voz á los comienzos, logré serenarme en seguida y leer mi discurso con tranquilidad perfecta. Sospecho que agradó porque lo aplaudieron, y como no me conformo con echarlo en la inclusa de la prensa periódica, ni puedo proporcionarme el gusto de hacer una edición especial de él, aquí lo consigno, para que cuando estas páginas se encaren con el público, le lleven de la mano.

« Ley universal es—señor Presidente de la República, « señores,—que un beneficio despierte en el beneficiado « odio y rencores en vez de cariño y gratitud, porque, con « excepciones contadas, patentiza la superioridad de quien « lo lleva á cabo, y lo mismo individual que colectiva- « mente, nos es muy doloroso reconocernos por bajo de « un benefactor.

« La conquista realizada por España en América fué un « beneficio, por mucho que lamentemos, víctimas de un « mal entendido americanismo, el desaparecimiento de « civilizaciones indígenas todo lo adelantadas que se quie- « ra, pero de las que no hemos podido aprovechar sino « los estudios aislados de algunos especialistas—que no « siempre se hallan á nuestro alcance—y las múltiples le- « yendas más ó menos mentirosas con que pretendemos « engalanar un pasado que no es nuestro, que nos queda « tan distante casi como los esplendores del Egipto anti- « guo y al que queremos dar forzada carta de naturaleza « en nuestros antecedentes de familia, para pavonearnos

«con títulos de nobleza originaria, y penetrar en el gran «escenario del mundo revistiendo un disfraz de mal zur«cidos guiñapos que oculten nuestro traje de pueblo jo«ven, libre y viril. Tiempo es ya de que tal disfraz des«aparezca en el tristísimo guardarropa de las edades «muertas, donde yacen, hacinados, pedazos de tro«nos, fragmentos de coronas, jirones de púrpura y en«mohecidos despojos de preocupaciones y quimeras. «Tiempo es ya de que tal disfraz desaparezca y de que «sigamos nuestra ruta convencidos de que al igual de la «gran familia americana, somos un pueblo advenedizo, «es cierto, pero que ha nacido rodeado de genios protec«tores, que practica el trabajo, ama la libertad y respe«ta el derecho.

«Si España al conquistar América hizo un beneficio, «al conquistar nosotros nuestra Independencia cumpli«mos un deber ineludible: el que la vida, potente é infi«nita, nos impone cuando nos da, con la juventud, la «fuerza y los anhelos; con el cerebro, la inteligencia, y con «la inteligencia el discernimiento suficiente para decla«rarnos á nosotros mismos que, antes que ser esclavo, es «mil veces preferible nada ser, volver á la tierra de la «que somos hechos, y en sus mudas entrañas amorosas «dejar que por inútil se pudra y corrompa una vida «que no supimos llevar con el valor y dignidad á que «ella es acreedora.

«Y así como nadie tilda de ingrato ó desnaturalizado «al hijo que al ajustar la mayor edad se aparta de sus «padres y en busca de sustento se marcha solo, sin otro «caudal que sus músculos y su cerebro—los que al oído

« le susurran que vencerá en la lucha, —sin otra herramien-
« ta que su juventud y su esperanza, las cuales, á la ma-
« nera de arcángeles bíblicos, van abriéndole el incierto
« camino; sin otra escolta que su ansia secreta de vivir
« por sí mismo, como viven los hombres libres, y sin
« otros recursos que la canción dulcísima de los pocos
« años, que todo lo hermosea, y las lágrimas materna-
« les que más y más se le acurrucan en el fondo del al-
« ma conforme más y más se aleja de la vetusta casuca
« en que nació; así tampoco nadie tilda de desnaturali-
« zado ó ingrato al pueblo que sacude las cadenas de tres
« siglos, porque ellas son débiles para su hermoso cuer-
« po de adulto sano y porque aprendió ya que las tales, de
« cualquier metal que estén forjadas, envilecen y man-
« chan. Además, que ni la conquista ni la paternidad va-
« len nada en abstracto, ni la una ni la otra se emprenden
« por altruísmo; aquélla puede realizarla una agrupación
« poderosa, aunque inculta; ésta es realizada y repetida
« hasta por los animales inferiores. Nó, la conquista pa-
« ra ser aplaudida *debe* preocuparse prácticamente por el
« bienestar y adelantamiento del país conquistado; la
« paternidad para ser respetada *tiene* que traducirse en
« protección, educación y amor.

« De modo que, aun suponiendo—lo que es muchísi-
« mo suponer,—que España nos hubiese tratado diversa-
« mente de como nos trató, la insurrección fué justifica-
« da y la expulsión de sus gentes una necesidad biológica;
« necesidad de tal suerte invulnerable, que no cabe lu-
« char en su contra, pues semejante á esas rocas solita-
« rias que en los desiertos del océano sirven de asiento

« á otros tantos faros salvadores, las más furiosas tem-
« pestades, las olas más gigantes no pueden arrancarlas
« ni menos extinguir la luz que las corona, porque esa luz
« brilla por encima de ellas, en la altura, como en la al-
« tura brillan, en sacrosanto consorcio, el supremo dere-
« cho de los pueblos y la justicia eterna de los dioses.

« Acabo de decir que las civilizaciones indígenas des-
« truidas por los españoles, nos quedan tan lejos como
« los esplendores del Egipto antiguo, y en efecto lo creo,
« en razón á que nuestro modo de ser, es español y espa-
« ñol ha sido. No hallo en la República entera vestigios
« ó hábitos indígenas; veo, sí, muchos degenerados to-
« davía, un empobrecido rebaño de indios, el lamentable
« fin de una raza que apenas vestida de cuerpo, desnuda
« de inteligencia y exhausta de sangre, agoniza en silen-
« cio, sin dejar nada, ni siquiera deudos que la lloren.

« Como excepciones que confirmen la regla, veo de
« tiempo en tiempo colosales figuras de indios puros. Veo
« á Juárez, que me obliga á cerrar los ojos y á humillar
« la cerviz, por la inmaculada aureola de patriotismo que
« lo envuelve, pues personifica lo ideal, lo grande. Veo
« á Ignacio Ramírez, á Ignacio Altamirano, y elevan mi
« espíritu, les doy complacido mi admiración y mi aplau-
« so, pero fuera del tipo físico, no me resultan indios; si
« acaso ellos alardean de serlo, es por inocente coquete-
« ría de hombres superiores; son los primeros en com-
« prender que su raza no produce individualidades de su
« talla; que ellos son la prodigiosa resultante de ignora-
« dos antecesores, la cristalización inaudita de algún gran-
« de hombre de hace muchos siglos, y no obstante su

« alarde, ignoran el habla de sus padres, visten como nos-
« otros, se ilustran, piensan, escriben y obran mejor que
« nosotros; interésanse por sus pseudo-hermanos, con el
« mismo compasivo interés que despiertan en blancos y
« mestizos, sobre los que ostentan superioridad innega-
« ble. Su opaco color, no es sino una equivocación de la
« naturaleza.

« Veo asimismo, que durante los once años de recio
« batallar por nuestra Independencia, casi todos los cau-
« dillos, los héroes, los próceres, son blancos y mestizos.
« Veo después, cómo el mestizo avanza en la escuela y en
« el taller, cómo escala puestos y gana honores, cómo es
« un civilizado en la elevada acepción de la palabra. En
« cambio, el indio sin mezclas, el primitivo y legítimo,
« me apena; en ocasiones me avergüenza, y hasta pienso
« que los Estados Unidos, la República Argentina y la
« República de Chile quizá han estado en lo exacto, cuan-
« do los han destruído ó los han relegado á los desiertos,
« aunque con medida tal no se hayan acreditado de hu-
« manitarios.

« De consiguiente, para mí, hispano-americano, la
« destrucción de las civilizaciones indígenas no me con-
« mueve directamente; hasta para recrearme en la con-
« templación de las ruinas de sus monumentos, mi cri-
« terio es otro, muy distinto del que pueda tener el vás-
« tago póstumo y rezagado de algún emperador azteca,
« que coloca una artística piedra de ese propio monu-
« mento sobre los rieles de un tren de vapor ó se aloja co-
« mo una fiera, dentro de las profundidades de una pi-
« rámide.

«Parece ocioso detenerse ante las causas que motiva-
« ron nuestra Independencia, que, aparte lo conocidas
« que son, participan de las características que distinguen
« á ese fenómeno. Toda independencia es en su principio
« idea vaga, informe en cuanto á los medios de su ejecu-
« ción, y que generalmente nace en dos ó más personas.
« Trae consigo, desde luego, el renunciamiento de la pro-
« pia existencia, la que ha de sacrificarse en aras de lo
« que será patria para los que vengan detrás de nosotros,
« sea á vengarnos y á inmortalizarnos, á disfrutar de sus
« ventajas inapreciables, si el éxito la sanciona, sea á no
« mentar ni nuestro nombre, si el que triunfa es el opre-
« sor. De todos modos, el acto inicial es acto heroico. Si-
« guen la ejecución y su desenvolvimiento. Aquí empieza
« lo cruel, lo primitivo, lo salvaje; la imperiosa necesidad
« de destruir para crear; el eterno «Mar Rojo,» el mar de
« sangre que conduce á la «Tierra de Promisión.» Por so-
« bre ese mar, cual desamparados restos de un naufragio
« de la civilización, todas las grandezas y todas las mise-
« rias, todos los heroísmos y todas las flaquezas; un mun-
« do de pasiones entrechocando con ira acumulada y odio
« insaciable; una nación armada y guerrera, en singular
« combate con un pueblo exasperado; frente á generales
« veteranos, un viejo párroco; frente á la bandera de Cas-
« tilla y León, la imagen de una virgen india que enlo-
« quece á las multitudes, las fascina; que todavía hoy, á
« los tántos años, y descansando en la Basílica de la lar-
« ga y santa cruzada, es vista con entrañable y respetuo-
« so afecto, y aunque la Iglesia dice capciosamente que
« no es fuerza creer en ella, como el pueblo agradecido

« dice que sí, que sí es fuerza, el pueblo triunfa y Méxi-
« co la venera por lo que simboliza: ¡¡toda una patria!!

« Tremolando la sacra enseña está Miguel Hidalgo, el « primer sacrificado, pero nunca muerto; el que por ma- « ravillosa gracia vive en el corazón de catorce millones « de individuos y cuando éstos van muriendo, sálese él « de la tumba de los padres para instalarse en la cuna de « los hijos y continuar así, por una eternidad, una su- « pervivencia de gloria en el pecho de los libertos. Tras « de Hidalgo, y con mayores proyecciones, avanza José « María Morelos, y luego los Allendes, Rayones, Licéa- « gas, Verduzcos, Galeanas, Guerreros, Matamoros; Mina, « el español que viene á combatir con nosotros las iniqui- « dades de España; Nicolás Bravo, el que venga la muer- « te de su padre perdonando prisioneros realistas, que no « creían en tan alta misericordia, á quienes hubo de re- « petírseles la sentencia magnánima una vez y otra vez, « hasta que de ella se penetraron y cayeron de rodillas « frente al jefe insurrecto y lo colmaron de bendiciones, « bendiciones que abrazadas al llanto del huérfano, tienen « que haber sido las mejores preces y los sufragios mejores « por el alma del bárbaramente ajusticiado de la víspera.

« No hay para qué continuar la enunciación de nues- « tro martirologio, del arco-iris soberano que entre nu- « blazones de oro, destácase allá, en el celeste horizonte « de nuestro nacimiento político. Lo mismo los más cons- « pícuos que los más humildes, mentira es que murieran, « resucitaron antes de tercero día á contemplar su obra: « la República, inconmovible, próspera, grande; la Re- « pública de hoy, en marchas forzadas hacia el sumo

«progreso; la de entrañas de oro y plata; la que posee «todos los climas, todas las riquezas y todas las liberta- «des; la que convierte los imperios en cadalsos; la que «resiste invaciones extranjeras y lejos de perecer ó de «implorar clemencia, después de mutilada, sangrando «todavía, deja épicos recuerdos de pundonor y patriotis- «mo: ¡¡La Angostura, Chapultepec, 5 de Mayo, 2 de «Abril!!

«Ya la gratitud nacional consumó una gran repara- «ción; ya los restos bendecidos de nuestros padres repo- «san donde debían reposar, al lado de los santos, hasta «que un monumento más digno de ellos los encierre para «siempre en lugar especialísimo. Por lo pronto, ven- «ció la justicia inmanente en que creía Gambetta: la «puerta mayor de la Metropolitana, que sólo se abría «para dar paso á las procesiones y á los virreyes, tam- «bién se abrió para dársela á los huesos de los excomul- «gados de hace ochenta años, y ese mismo clero los re- «cibió, hízoles los honores de la casa, cedió para ellos «una de sus capillas principales.

«Ahí están bien, y si las plegarias de los creyentes, la «fragancia del incienso y las harmonías majestuosas del «órgano, antes de escapar por los ventanales multicolo- «res de los muros y de las bóvedas, imprimen un beso «fugitivo y extrahumano en las urnas que los guardan, «ello no es una irreverencia, y Dios mismo, si vivos les «concedió la victoria, muertos no ha de enojarle que esas «devociones lleguen hasta sus pies, más purificadas to- «davía con el contacto de unos héroes.

«Ahora, el problema para nosotros es averiguar si he-

« mos sido dignos y fieles depositarios de la independen-
« cia heredada; y digo nosotros, todos, porque en la vida
« política de las naciones libres, tan responsables son los
« gobernantes como los gobernados. Vuelvo la cara atrás
« y á pesar de una mancha que otra, indispensable para
« que resalte la blancura del conjunto, la respuesta, di-
« chosamente, es afirmativa. Pasemos, pues, de prisa,
« junto á los errores del partido conservador, que ya no
« existe más que en las sabrosas pláticas de algunos an-
« cianos, y detengámonos frente á la trascendente labor
« del partido liberal. ¿Qué se descubre? Un adelanta-
« miento contínuo; una moralización que antes conocía-
« mos sólo de nombre; una paz viva, no como la del se-
« pulcro, que es equivalencia de podredumbre y de
« gusanos; una nación que camina hacia adelante, con-
« gestionada de salud y de fuerza; un pueblo que traba-
« ja y aprende á leer.

« De donde resulta que no hemos malgastado la heren-
« cia recibida, antes al contrario, por virtud de sabia y
« atinada administración la hemos acrecentado á un pun-
« to, que no sólo los capitales y los brazos extranjeros
« vienen confiadamente á nosotros, no sólo hemos llega-
« do á tener crédito, no sólo la estadística en su lengua-
« je abrumador de guarismos acusa nuestros avances y
« nuestro bienestar; hemos alcanzado algo más: el respe-
« to en el exterior, no somos ya el paisecillo turbulento
« al que se le atreve cualquiera potencia, somos una se-
« ria unidad en el hermoso conjunto de los pueblos civi-
« lizados.

« Señor Presidente de la República: usted es el prin-

« cipal responsable de este progreso positivo; así como en « sus épocas de guerrero, en medio de los campos de « batalla, serena y valerosamente no temió la muer- « te, con idéntica serenidad y con idéntico valor empren- « dió usted la obra magna de la pacificación nacional. La « recompensa no podemos darla nosotros, los contempo- « ráneos; la recompensa se la ha adelantado á usted la « historia patria, llevándolo á sus primeras páginas.

« Y por lo que toca al aniversario que conmemoramos, « grato es consignar que precisamente por hallarnos en « pleno período de inteligencia y adelanto, hacemos á un « lado los odios y en vez de insultar á España, significa- « mos nuestro justificadísimo júbilo felicitándonos del « hecho, y nada más. Allá en los primeros tiempos de in- « dependientes, sí se comprende que el suceso se celebra- « ra de manera agresiva; eran los últimos cartuchos, los « que se tiran á la polvareda que levanta el enemigo en « su huída, cuando el enemigo nos ha hecho sufrir mu- « cho; la herida no cicatriza aún, nuestra arma se quedó « cargada, tendido el brazo, y, maquinalmente dispara- « mos.

« Pero con el rodar de los años, bríndanos el tiem- « po su bálsamo de olvido; hállase la ofensa tan lejos, « que hasta se nos antoja muy pequeña. Y luego, como « ya nosotros somos felices y el humano corazón no está « conformado para amar y odiar eternamente, realizamos « un ligero esfuerzo y la reconciliación se produce. Hay « tantos recuerdos! . . .

« Por otra parte, en estos momentos España está de « duelo; aun no da supultura á todos los cadáveres de sus

« soldados; aun hay muchas madres, ciegas casi de tan- « to llorar, atentas al lejano transatlántico que por fin « llega al puerto, echa anclas en las azules aguas de la « bahía y con ellas echa esperanzas en la pobre vieja atri- « bulada. Y bajan los heridos, los enfermos, pero su hi- « jo no vuelve, nadie la informa, señálanle el cielo, la « inmensidad del mar, y silenciosamente desaparecen los « repatriados, tristes, muy tristes, ante el trágico derrum- « bamiento de su España.

« Conformémonos con festejar esta fecha, imperecede- « ra para nosotros, sin evocar dolorosas recordaciones á « la Península; imitemos á las aguas de nuestro Golfo, « tinto en sangre americana y sangre española, que ha « dado por igual á los unos y á los otros la hospitalidad « postrimera; sea nuestra fiesta grande y serena, sin ex- « temporáneos ruidos, cual conviene á una nacionalidad « cuyo sol de ventura ni siquiera amenaza ocultarse. Re- « cibamos en nuestro suelo á cualquiera de los comba- « tientes si á nuestas puertas llama en demanda de asi- « lo, ¿qué nos importa saber dónde nació? Vienen del su- « frimiento y eso basta; México puede permitirse el pla- « cer de cobijar á los que sufren, es rico en tierras y es « rico en corazón.

« Sobre todo, ni la Escuela Preparatoria, ni la juven- « tud que nutre su intelecto en sus aulas, pueden hacer- « se el eco de iras muertas, de enconos que no están á su « nivel; la una enseña, la otra aprende, entrambas viven « en apretado y cariñoso grupo, no tienen tiempo para « odiar. Y cuando se presenta una fiesta como la que hoy « nos congrega, la escuela abre los brazos para que la ju-

«ventud cumpla su misión; y la juventud, que es sinó-
«nimo de nobleza y amor, arranca de la Flora nacional,
«para ofrendarlo á los caídos, el ramo de olivo, que sal-
«va las distancias, borra los odios y reconcilia los espí-
«ritus.

«No seremos menos que los vencedores Estados Uni-
«dos, y si ellos se llegan al vencido llenos de humanita-
«rismo, distribuyendo raciones de alimento entre los que
«se mueren de hambre, alojando á los prisioneros con
«exceso de consideraciones y respeto, ellos, los actuales
«enemigos de España, nosotros, sus hijos emancipados,
«no insistamos en nuestro triunfo—que á nadie hemos
«de consentir que lo arrebate,—distribuyámosle también
«raciones, pero de afecto y simpatía, y así habremos
«cumplido altamente con lo que ordena el Decálogo en
«su cuarto mandamiento:

«Honrar padre y madre!!»

2 de octubre.—Un diario metropolitano, el «del Hogar» y un talentoso amigo mío, catedrático de Historia en San Ildefonso, Manuel Sánchez Mármol, impugnan mi discurso; el «Diario,» consagrándome todo un amargo editorial; el amigo, dedicándome una de sus clases, siempre aplaudidas y luminosas, que Manuel Sánchez Mármol es ático en el decir y hondo en el saber.

Los dos síntomas me hacen creer, vanidosamente quizá, que el pobre discurso puede valer algo.

Carlos Díaz Dufóo, Luis G. Urbina, el Dr. Manuel Flores y Javier Santa María, redactores de «El Mundo»

y «El Imparcial;» Balvino Dávalos, Javier Osorno y yo, fundamos una «Asociación de Escritores.» En la casa de Javier Osorno festejamos con champaña el nacimiento de ella, y el proyecto—como todos los proyectos—presenta un sinnúmero de atractivos, entre otros, adueñarnos de la escena nacional en forma de autores ó traductores, y de los teatros de la capital, en forma de empresarios.

La desgracia está en que necesitaríamos para ello de unión, constancia y trabajo; y nada de esto existe dentro de ningún mexicano, mucho menos si es literato.

Por lo pronto recomiéndanme la traducción de un *vaudeville* de Labiche, que se intitula en francés *«J'ai compromis ma femme.»*

3 DE NOVIEMBRE.—Entregué la traducción del *vaudeville*, que en español habrá de denominarse: «Mi mujer comprometida.»

10 DE NOVIEMBRE.—De improviso, en la mañana de hoy me llamó el señor Ministro D. Ignacio Mariscal, á su gabinete, y sin preparativos ni eufemismos, me dió la buena nueva.

—¿Quiere usted ir á Guatemala de Encargado de Negocios? . . .

El Subsecretario, D. Manuel Aspíroz me indicaba con la cabeza que dijera yo que sí . . .

Ya lo creo que lo dije, claro, sonoro, entero; como que es mi *resurreccit*.

Se me recomendó una absoluta reserva:

—Lo mismo que si ya estuviera usted en funciones—me agregó sonriendo el señor Ministro.

30 DE NOVIEMBRE.—Mi partida se ha hecho pública y lo único que la amarga en estos momentos, es la suma gravedad de mi padre político, á quien hay que ocultarle los periódicos que comentan aquélla, recomendando á la vez á las visitas que acuden á felicitarnos, que no mencionen el punto.

1º DE DICIEMBRE.—Conforme se aproxima el viaje y conforme vendo muebles, liquido acreedores, (oh, ¡no todos! ¡son tantos! . . .) y concurro á banquetes, comidas y cenas en mi obsequio, siéntome deprimido; me descubro hondas raíces echadas en mi tierra, sin las energías de hace unos cuantos años para aventurarme solo y contento al último rincón del mundo; me asaltan ideas de muertes tristes, allá, quién sabe dónde, sin más compañía que la de mi esposa. . .

Atribúyolo á lo que yo creo padecimiento cardíaco, y procuro hacerme ruido, pensar en triunfos posibles, en horas alegres. ¡Qué diablo! no he de desperdiciar esta ocasión inesperada, que quizá me permita para dentro de poco realizar mi ideal burgués de ser dueño de una casita, mía de todo á todo.

Los errores que he cometido para conmigo mismo, bien purgados quedarán con mi destierro próximo; pues la tal diplomacia, á pesar de su disfraz de dorados y plumas, á pesar de lo que encumbra y de lo que halaga la vanidad, que en dosis mayor ó menor todos amaman-

tamos en nuestras entrañas, destierro ha sido, destierro es, y destierro seguirá siendo siempre.

Lo que más me seduce hoy, es poder libertarme en un año ó dos de deudas, vencimientos y agiotistas. Verse librado de tales amos, es sueño gratísimo y no debe haber perdón para los que reinciden después de haberse visto alguna vez á distancia de sus garras. Lo que sí no me complace es la idea de llevar hasta el extremo mi involuntaria imitación de Balzac, quien, cuando por fin asió la fortuna y solventó deudas, no pudo hacer lo propio con la deuda tremenda que al nacer traemos de morir, precisamente en el momento en que menos falta nos hace. . . pero, ¿hace falta morir en algún tiempo?

22 DE DICIEMBRE.—Hoy ajusté treinta y cuatro años y ni quién me lo recuerde; esta mañana y en estado delicadísimo partió mi suegro con su familia rumbo á Cuautla, en busca de un alivio que me parece muy difícil de alcanzar.

Persiste el decaimiento de mi estado nervioso.

24 DE DICIEMBRE.—Navidad lamentable: el monstruo, causa de mi ruina, imprímeme su mordizco de despedida.

25 DE DICIEMBRE.—¡Partí!

Mi corazón, acobardado, protestaba; diríase que desde el fondo del pecho se oponía á esta aventura.

27 DE DICIEMBRE. (8 y 30 p. m.)—Llegada á El Paso de Tejas, después de dos días monótonos de inacción.

30 DE DICIEMBRE.—A bordo de un carro dormitorio del Ferrocarril Suriano del Pacífico, camino de Benson, en Arizona. En plena tierra yanqui, la de los honorables *cowboys*, región que cruzamos en vertiginosa carrera, debido á un atraso del tren.

Inesperado y original encuentro: un obispo catalán que lleva más de treinta años de residir en los Estados Unidos. Nos tropezamos en el fumadero, encendiendo él un puro, después de haber cenado en su asiento del salón, y liando yo un cigarrillo para ahuyentar la murria.

—¿Con que usted es cónsul de México?—me dice inopinadamente, sin presentación previa, ni nada que lo valga.

Lo saco de su error, y con amistosa entonación añade:

—Siéntese y charlaremos.—Yo quiero mucho á México. . .

Instalados frente á frente, sacudidos por los tumbos del tren que corre cual un desesperado, charlamos, de generalidades primero; luego, de México, que el Obispo conoció por haberlo visitado cuando la famosa Coronación de nuestra Virgen de Guadalupe; luego, del atentado contra el Presidente Díaz, y de Eduardo Velázquez. El Obispo duda que ese suicidio haya sido cierto:

—A ése lo despacharon, créame usted á mí,—insiste, empleando el tono autoritario propio á todos los eclesiásticos.

De súbito se me viene encima. México es un país católico; exceptuando á diez ó doce liberales, que más alardean de serlo que lo son en realidad, la nación entera tornaría de buen grado al dulcísimo yugo de Roma.

Por acabar de conocerlo y porque me preocupan sus opiniones, le rebato sus teorías, y él, se excita, se crece, alza la voz, echándome en cara nuestra intolerancia política hacia la gente de iglesia.

—¿Por qué no dejan ustedes que los sacerdotes vistan en la calle traje talar? . . . ¿Por qué nó esto? . . . ¿Por qué nó estotro? . . . ¿Por qué nó lo de más allá? . . . Aquí, en los Estados Unidos, yo, por ejemplo, que soy cura gachupín (sic), puedo subir á un púlpito á censurar abierta y acremente al mismísimo Mac Kinley. . . ¿Podría hacer en México otro tanto? . . .

Por mi impasibilidad, sin duda, aquiétase á poco y varía de rumbos. Quiere mucho á nuestro Presidente, al que llama «Díaz» á secas, conserva de él muy grata impresión:

—Nos recibió á los Obispos—explícame—y yo que iba á hacer de intérprete, me ví chasqueado, porque mis compañeros lo entendieron á maravilla, habla con majestad y reposo. . .

Después se recoge unos instantes, al cabo de los cuales estalla, para, como buen español, resollar por la herida:

—Júntense ustedes, los hispano-americanos, porque el gigante éste (*apuntando al través del cristal de la ventanilla hacia la inmensidad de tierra yanqui que continuamos devorando*), se los tragará á todos, hijo, se los tragará sin remedio en el mundo. ¡Es una fiera insaciable!

Al concluir su tabaco, me pide que lo presente á mi mujer, á la que obsequia con la imagen de un santo Niño que veneran en Praga:

—Este es el rival del que veneran en Atocha—agrega en broma.

Y sentados ahora en el salón, me cuenta por último de sus pobrezas: vive modestamente, forma su palacio episcopal una casucha de madera, y el pastoral y la cruz que luce, lo mismo que el báculo que va guardado en la maleta, se los han regalado; cuando viene, como ahora, á California, es que sus antiguos feligreses de los Angeles, que lo aman todavía, le remiten dinero para su viaje; carece de familiares y desconoce el lujo:

—Sólo poseo mis canas, mis recuerdos y mi fe infinita en Dios; y, ya me ven ustedes, tan feliz, esperando la muerte. . .

Nos da las buenas noches, y mientras llega hasta su camarote, el tren con su correr lo sacude y dobla; pero él, aquí me agarro, allá me detengo, se endereza y continúa, fuerte, erguido, viejo y creyente. De pronto, diríase que las entreabiertas cortinas de su lecho se lo han tragado, porque se hunde dentro de éstas y nada más puede mirarse de él.

Un obispo así, que no percibe diezmos, que no conoce el lujo, que viaja casi de limosna, lo lleva á uno hasta las páginas de «Los Miserables,» que iluminan la figura de *Monseñor Bienvenido.* Y para desengañarme de que éste es de carne y hueso, releo su tarjeta:

«P. Verdaguer,
«Bishop of Aulon,
V. A. of Brownsville, (Texas, U. S.)»

Cerciorado de que no es *Monseñor Bienvenido*, aunque

mucho se le parezca, releo su lema, que aparece sobre el nombre circundando el escudo que sirve de marco á un corazón y un áncora. ¡Qué sincero y qué humilde es!

—*«Speravi in te Domine»*—

31 DE DICIEMBRE.—En Benson de Arizona, á las dos y media de la madrugada, con un frío glacial.

Nos transbordamos al ferrocarril de Sonora.

A las siete y quince de la mañana, arribamos á Nogales, donde esperamos media hora en un cafetín, al que nos condujo bondadosamente el Cónsul de México.

Seguimos viaje á Guaymas, á la que llegamos alumbrados por una luna encantadora, y muy molidos y maltrechos, á las nueve y media.

Dificulto que pueda encontrarse en parte ninguna un ferrocarril peor que éste de Sonora en el año de 1898.

# CENTROAMERICA

## 1899

1º DE ENERO.—(Guaymas.) Murrio día de Año Nuevo, en un hotel—el primero de este puerto delicioso—que será un mesón á todo rigor.

Estábamos invitados á comer en la casa del señor don Agustín Bustamante, quien, según lenguas, es uno de los mayores capitalistas del Estado de Sonora. Comida de familia, sin etiquetas, sazonada con la franqueza que es tan común á los habitantes de nuestras costas.

Largo paseo por la bahía, á la tarde. Visitamos el trasporte de guerra «Oaxaca» y el cañonero «Demócrata,» cuyos comandantes y oficialidades nos colmaron de atenciones y á mí no me apeaban el tratamiento de «Ministro,»

—¿Ministro? Ojalá! . . . qué bien suena!

Anochecido ya, regresamos del varadero en un remolcador, y como teníamos la mar encontrada, nos resultó el tal regreso un desagradable baño de agua salada que

nos azotaba el rostro con escupitajos que no podían castigarse.

De vuelta al hotel hémonos encontrado en el salón de su *restaurant* con las postrimerías de un baile vespertino y las destemplanzas de una gran borrachera. Son compatriotas, alemanes y yanquis que celebran á su modo el Año Nuevo. Hasta en nuestro cuarto escuchamos los gritos, silbidos, taponazos y música.

Y el viento formidable que tanto azota á Guaymas, el Noroeste, bufa y hace temblar al apartado puerto sonorense.

4 DE ENERO.—(Guaymas.) En el Varadero Nacional presencio cómo ponen en seco al vaporcito «Manzanillo,» que vino á limpiar sus fondos cuajados de millones de unos moluscos que los marinos llaman «broca» ó «broma» y que entorpecen notablemente la marcha de cualquiera embarcación.

Este «Manzanillo,» juguete metálico no mayor de quinientas toneladas, es el que ha de llevarnos á Mazatlán.

Por la tarde, paseo de tranvía hasta la quinta «Aurora,» coqueta propiedad del Lic. Nieto, juez de Distrito aquí y persona emprendedora é inteligente.

5 DE ENERO.—Visita á una bellísima finca de campo que se llama «Aranjuez» y que pertenece á la acaudalada familia Bustamante. Es de tal importancia, que sólo en naranjas puede rendir al año de veinte á treinta mil pesos.

En esta africana y desolada aridez guaymense, qué lin-

das manchas de verdor y frescura las de «La Aurora» y «Aranjuez.»

Después de comer en el hotel, vamos á instalarnos á bordo del «Manzanillo» en nuestro camarote de primera clase, diminuto é infecto.

Hasta muy tarde permanecemos en la toldilla, con añoranzas medio confesadas, por nuestro México y nuestra gente.

7 DE ENERO.—Desde muy temprano fondeamos en la bahía de La Paz, Baja California, después de una travesía tan espantosa, que hasta el cocinero del barco se mareó.

Saltamos á tierra, recorremos la ciudad, comemos en un hotel cuyos dueños son patriarcales hasta en su moderación para cobrar; pero las ilusiones que desde muy pequeño alimentaba yo por este remoto pedazo de tierra mexicana, se me vienen abajo:

La Paz, es una ciudad muerta.

A las seis de la tarde levamos anclas y enderezamos la proa rumbo á Altata.

8 DE ENERO.—Medio día. Altata.

De lejos, caserío miserable de aspecto lacustre; techos de paja requemados por el sol, paredes de junco y lodo, blanqueadas.

En el bote de la aduana fuimos á tierra, no hay muelle; se desembarca haciendo encallar al bote en la arena, y los mismos bogas lo cargan á uno en sus brazos nervudos para depositarlo en el suelo. Sensación de naufragio.

El lugar es horrible; aún palpita el recuerdo del último ciclón, que hará unos seis años arrebató muelle, aduana y casas, resquebrajó la tierra convirtiendo en isla á una península, é hizo zozobrar á barcos fondeados y cambió la entrada del puerto y los bajos de la barra.

Veo llegar el tren de Culiacán, que con sus pitazos y su ruido peculiar de máquina progresista, parece en esta ocasión un anacronismo. La gente apenas si se reanima; dos ó tres granujillas en cueros, con los dedos dentro de la boca sucia, contémplanlo encaramados en un montículo de arena candente. Una bandada de tordos iende el vuelo.

Al decir de los pobladores, no escasean por aquí las alimañas ponzoñosas.

9 de enero.—Hasta las tres de la tarde de hoy no pudimos continuar nuestro camino.

10 de enero.—Con la bruma del amanecer avistamos Mazatlán, y á eso de las ocho, en que lo permitieron la Sanidad y el Resguardo, abandonamos el «Manzanillo» con el secreto anhelo de no volver jamás á navegar á su bordo.

Mazatlán, tan agradable y atrayente como cuando lo ví hace once años, por primera vez, y hace nueve, la segunda. Viniendo de Altata, adquiere belleza indecible.

Somos alojados graciosamente, en la magnífica morada que la familia Redo posee en este puerto.

«El Correo de la Tarde,» diario de Mazatlán, en afec-

tuosos términos anuncia mi llegada y hasta menciona que soy autor de la novela «Suprema Ley.»

14 DE ENERO.—Cinco días de descanso pasados en esta vasta casona, perfectamente amueblada y con inmejorable servicio de criados y alimentos. Solos mi mujer y yo en morada tan amplia, que presenta entre sus atractivos el de un dilatado y cuidadísimo jardín, hace que muy poco nos separemos. Y como el calor aquí obliga á buscar refugio bajo los techos, nada más por las noches salimos, á la Plaza, y una que otra tarde hasta el paseo de las Olas Altas.

Nota desagradable: cuando encienden las lámparas de nuestras habitaciones abiertas, lámparas cuyas flamas palpitan dentro del cristal de los guardabrisas, hemos visto cruzar con su siniestro aleteo estrindente á más de un murciélago de medianas proporciones.

La velada pasámosla en la sala, donde hay un buen piano que permite á mi mujer tocar sus piezas favoritas de cuando soltera, en tanto que yo la oigo desde una mecedora que coloco junto á la mesa del centro, y consumo página á pagina «La Casa de los Muertos» de Dostoïewski, que me encontré en uno de los muebles de la vivienda.

Aquí, más que en Guaymas, hemos descubierto sinnúmero de parientes de mi mujer, cuya madre era oriunda de Culiacán. Tal circunstancia nos ha permitido tener algo más de arraigo que el que tendríamos si fuéramos simples viajeros.

15 DE ENERO.—A las ocho de la noche, acompañados

de algunos amigos de Mazatlán y del Lic. Alcalde, hombre de gran saber, muy hospitalario y amable, nos dirigimos hasta el «Acapulco» surto en la mitad de lo que aquí llaman bahía; barco que tal vez sea el más viejo de los que la Mala del Pácífico tiene á su servicio en esta costa.

El «Acapulco» es de ventiséis años de edad y de trágica historia: á su bordo asesinaron años há, en San José de Guatemala, al General Barrundia, que había sido Presidente de aquella República. Regresaba Barrundia de una larga emigración en México, con el propósito de ir á establecerse en Costa Rica, y temeroso de los implacables odios y atroces persecuciones de sus compatriotas—pasiones y odios que de memoria conocía por haber sido él cuando en el poder estuvo, cruel y apasionado,—creyó que no tendría consecuencias su estadía en puerto guatemalteco yendo cual iba amparado bajo «la bandera de las estrellas.» Pero contaba sin la huéspeda, porque según entonces se afirmó, atribuyéndolo unos á debilidad ó ignorancia, y otros á cosa peor, el Ministro de los Estados Unidos en aquella época (un californio medianamente enriquecido que yo conocí y traté), cedió á las instancias del Gobierno cerca del que estaba acreditado y subscribió una orden de entrega que el capitán del «Acapulco» obsequió sin más averiguación, permitiendo que los soldados del puerto, al mando de un oficial, extrajeran al refugiado. Y se desarrolló una lucha instantánea y salvaje: Barrundia, pensó en un principio hacer resistencia, pero al ver por la ventanilla de su camarote, en que se atrincheró lo mejor que pudo, que sus apre-

hensores eran muchos, renunció á defenderse y se ocultó debajo de la litera, conservando en la mano su revólver. En esa posición lo acribillaron á tiros, como á perro rabioso; cargaron luego con el cadáver ensangrentado, y el mar no se tragó al buque, ni al capitán le ocurrió nada, ni hubo nadie que protestara! El Gobierno de Wáshington retiró á su torpe representante; el cuerpo de Barrundia fué inhumado por sus deudos, y al capitán del «Acapulco» retirósele del servicio, al cabo de los años de reglamento, con la pensión que le correspondía.

La leyenda de este asesinato todavía perdura entre alguno de los servidores del «Acapulco» y como que afeara á todo el barco, no obstante los esfuerzos de su actual capitán, un simpático triestino naturalizado americano, que jura y perjura no entregaría á ninguno de sus pasajeros, así se lo pidieran de palabra ó por escrito todos los ministros diplomáticos que pueda ostentar Centro-américa.

16 DE ENERO—Desde muy temprano, frente á San Blas, donde me propongo no desembarcar.

Doyme á la instructiva tarea de pasar una revista de mis compañeros de viaje, y he aquí lo que saco en limpio:

Primero y principal grupo: un caballero que con nosotros subió anoche en Mazatlán y que hoy seguirá su camino rumbo á Guadalajara, acompañado de su esposa y de catorce descendientes. Forma parte de la colonia un perro precioso de muy respetable tamaño.

Segundo: dos jóvenes salvadoreños de buen aspecto y buen pergeño, que á la legua se adivina son hermanos. Este es grupo interesante, porque el hermano menor viene loco perdido y el mayor custodiándolo con toda delicadeza.

Tercero: diez agustinos españoles, que huyendo de las Filipinas, van á establecerse en tierra de Colombia.

Cuarto: un viajante de comercio, francés.

Quinto: el Cónsul de Guatemala en Manzanillo.

Sexto: hasta seis americanos de los Estados Unidos, dos señoras y cuatro varones.

Séptimo: un muchacho nicaragüense, á quien todos llaman familiarmente Horacio, que va á pasar á su tierra las vacaciones.

Octavo: Mi mujer y yo.

Total: cuatro gatos, sin ofender á nadie.

Cimento francas y amistosas relaciones de amistad con los diez agustinos; de ellos, cinco son muy ilustrados. Cautívame oirlos hablar de los usos y costumbres del archipiélago asiático que la guerra acaba de amputarle á España; oír sus impresiones de la propia guerra; saber de qué manera milagrosa salváronse ellos, que estaban esparcidos á los cuatro vientos, y escuchar cómo, por remate, todos juntos evocan sus épocas de estudiantes en el Escorial de Madrid.

Con excepción de dos, completamente afeitados, los demás hánse dejado la barba y visten al igual que cualquiera de nosotros; en un principio, los tomé por actores, equivocación que mucho los regocija.

18 DE ENERO.—Manzanillo.

Saltamos á tierra é invitados por el Cónsul de Guatemala, almorzamos en el hotel del villorrio.

¡Qué triste es todo esto, Dios mío, qué salvajemente triste!

20 DE ENERO.—Acapulco.

Desde á bordo, tan encantador como hace diez años, y ya dentro de él tan feo como hace diez años, ni más ni menos.

Aquí nos abandona casi todo el pasaje; sólo quedamos los padres agustinos, el pobre loco y su hermano, Horacio y nosotros.

También para los patrones de los botes que rodean el vapor, el aspecto de los padres los hace suponer que se trata de una compañía de teatro, de la que me diputan empresario, á causa de mi gorra, será; y como los padres me autorizan para ello, llevo adelante la broma, anuncio que desembarcaremos en la tarde y que hemos resuelto dar una sola representación en Acapulco, poniendo en escena «La Tempestad.»

Esto nos permite alcanzar un precio más reducido para transportarnos hasta el muelle, y el que cuando nos instalamos en las afueras de un hotel á tomar refrescos, porque el calor es ecuatorial, se agolpe en nuestro alrededor el pueblo entero, que no se conforma con que no seamos en realidad lo que parecíamos.

22 DE ENERO.—Frente á Ocós, primer puerto guatemalteco sobre el Pacífico, viniendo de México.

Todo el día anclados, sufriendo de un balance rudo, que en estas latitudes genéralo la mucha mar de fondo que domina en ellas cuando se acerca uno á su costa; asediados por cinco ó seis tiburones que rodean perezosamente nuestra nave, casi á flor de agua, enormes, repugnantes, muy marcado su carácter bestial y feroz. Por poco no pescamos á uno, pero de una dentellada partió el alambre del anzuelo, y con éste clavado en la boca, desapareció, ¿narraría el percance á sus congéneres,?... porque todos se marcharon, inopinadamente. Quedáronse los peces menores, muchos, muchísimos, hambrientos todos, persiguiéndose entre sí por engullir los desperdicios de la embarcación.

23 DE ENERO.—Frente á Champerico, otro puerto guatemalteco, no obstante que por la estructura de su nombre pudiera parecer de origen galo ó franco.

Día gris.

Por la noche y siguiendo la costumbre inaugurada desde Mazatlán, nos estuvimos las horas sentados en rueda los padres y nosotros, con la obligación cada cual de contar algo que entretuviera al auditorio. El padre López, á quien sus compañeros denominan *Abate*, se ha sacado el premio, lo mismo que en noches anteriores. ¡Qué deliciosa manera de contar la suya ó de improvisar historias interesantes y tiernísimas, formadas de una nadería!

El superior, fray Paulino Díaz, que es el varón de más virtudes y de más sabiduría del grupo, ha sido, sin quererlo, un modelo continuado para el padre que yo ne-

cesitaba en mi próxima novela «Metamorfosis.» Cuánto he sacado de él y cuánto he aprendido.

24 DE ENERO.— A las cinco de la mañana fondeamos en San José de Guatemala.

Vienen á recibirnos hasta á bordo, Luis G. Ricoy, que es segundo Secretario de la Legación de mi cargo y condiscípulo mío de primeras letras; y un mexicano establecido desde hace muchos años en Guatemala, D. Carlos M. Trejo, que quiso gastar conmigo tal galantería. Ricoy me presenta al Comandante Militar del puerto, que pone á mis órdenes su falúa.

Antes de desembarcar, despídome del capitán y de la oficialidad del «Acapulco;» de Horacio; del salvadoreño cuerdo y del pobre salvadoreño loco, quien, muy risueño desde que respira aires centroamericanos, se limita á sonreírme y á apuntar, no muy lejos, hacia su tierra, donde saltará mañana.

Mi despedida de los padres es algo más dilatada. Obséquianme á mí con una pluma de oro, «para mis libros,» y á mi mujer con una preciosa tela de seda tejida por los indígenas de las Filipinas; entréganme, además, la carta que aquí reproduzco y que conservo como grato recuerdo, subscrita por las firmas autógrafas de los diez trashumantes sacerdotes. Dice así:

«Enero 24 de 1899.

«Señor D. Federico Gamboa.

« Muy señor mío y distinguido amigo: Como prenda « de buena amistad y como recuerdo de los buenos ratos

«que en su grata compañía hemos pasado en los pocos «días de travesía en el «Acapulco,» le ofrecemos una pie«za de tela que no tiene más mérito que haber sido teji«da en Iloilo de Filipinas, para su digna esposa, y la «pluma para usted, deseándole que con ella dé días de «gloria á su querida patria, hija predilecta de España, «por cuya prosperidad hacemos fervientes votos.

«Excusamos decirle que todos hemos sentido en el al«ma la separación de ustedes, quedando aquí un vacío «imposible de describir. ¡Mentira parece que un cono«cimiento de tan pocas horas haya echado tan hondas «raíces! Quién sabe si aun tendremos el gusto de estre«charnos las manos, bien en México ó en España.

«Entretanto, donde quiera que sea, cuente con nues«tra incondicional adhesión y sincera amistad, y ponién«donos á los pies de su digna señora, nos repetimos de us«tedes afectísimos seguros servidores y amigos q. s. m. b.»

«Firmados—Fray Paulino Díaz.—J. M. Jiménez.—M. A. López (*Abate*).—Fray Rufino Santos.—Fray Dionisio Ibáñez.—Fray Benigno Díaz.—Fray Urbano Solís.—Fray M. Torres (*El Doctor*).—Fray Wenceslao García.—Fray Joaquín Díaz»

En la falúa de la Comandancia y con el mar muy tranquilo, nos encaminamos al muelle metálico que se adelanta en el agua y que despide innúmeros destellos con las caricias matinales de este solazo.

Muy peligroso el procedimiento para desembarcar: meten al arribeño dentro de jaula alámbrica que iza un motor manejado por indios y negros; se balancea uno en el

espacio por instantes, se acuerda de sus pecados principales y se arrepiente de ellos, y de no haber hecho testamento. En uno de tantos vaivenes, caese sobre el muelle y le dan á uno salida lo mismo que si se tratara de ave amaestrada.

En tren especial partimos hasta Escuintla, que es la estación en que sirven de almorzar. Mientras almorzamos, se produce grato detalle: un mexicano humilde y anónimo, le brinda á mi mujer un ramo de flores que viene atado con cinta de los colores nacionales . . .

Cuatro y treinta p. m. Guatemala! . . .

Mucha gente á esperarnos: mexicanos; individuos particulares que me trataron hace diez años; D. Agustín Gómez Carrillo en su doble carácter de amigo mío y de Alcalde primero de la ciudad; el Subsecretario de Relaciones y una porción más de personas que me abren los brazos.

En elegante carruaje puesto á mi disposición por el Gobierno, llegamos á nuestra casa.

Después de un viaje de veintinueve días, ya era tiempo. ¡Dios sea loado!

25 DE ENERO.—Al despertar y convencerme de que me hallo en Guatemala, experimento lo mismo que experimenté en ella hace once años: considérome, no obstante su vecindad geográfica con México, en un país muy remoto, muchísimo, cuya mayoría de pobladores, por una causa ó por otra, más bien ha de reputársele hostil hacia los mexicanos.

Nuestra residencia es más que aceptable; fórmala un

gran edificio en la calle principal, amueblado de arriba abajo y con porción de comodidades.

Empleamos el día en abrir baúles y cofres, y cuando comenzamos los arreglos de instalación, me arrepiento de no haber traído conmigo todos mis libros y *bibelots.*

Es que secretamente me he propuesto no arraigar demasiado, sólo pasar aquí un par de años.

Por la tarde y acompañado de Luis Ricoy, dí principio á mi *tournée* oficial y á mi *tournée* diplomática, cosas ambas que más bien podrían denominarse *corvées.* Mañana seré recibido en audiencia privada por el Presidente de la República.

26 DE ENERO.—D. Francisco Anguiano, Ministro de Relaciones Exteriores (y Ministro Diplomático que fué de Guatemala en México cuando D. Justo Rufino Barrios, de célebre recordación), me llevó ante el actual Presidente, D. Manuel Estrada Cabrera.

La entrevista efectuóse en lo que aquí llaman Palacio Nacional y que no tiene de palacio más que el nombre, pues es caserón destartalado y feo, de los viejos tiempos coloniales, sin un solo detalle que lo haga agradable á la vista.

En su interior, es otra cosa; los muebles modernos, los espejos y los dorados, transmútanlo en pasadero.

Al fondo del espacioso patio, y á su izquierda, atravesamos una antesala llena de oficiales y jefes militares de grados diversos, empujamos una mampara-vidriera y de manos á boca me hallé con el Presidente que se incorporó en su escritorio para recibirme.

—El Señor Ministro de México!—dijo en alta voz el Doctor Anguiano, y sin esperar á más desapareció.

La entrevista, como todas las de su especie, sin sabor ni color, con su buen acopio de lugares comunes y de frases hechas. La sola diferencia que advierto, estriba en la amabilidad que el señor Estrada Cabrera emplea para tratarme, hasta recordándome los dos años juveniles que en Guatemala pasé hace mucho tiempo.

31 DE ENERO.—Visito el paseo nuevo de la Reforma, bellísimo, como bello es en este país privilegiado todo lo que la naturaleza ha hecho por sí misma. La vegetación, los horizontes y la luz son únicos en esta comarca que de poco necesitaría para ser una tierra de promisión.

El paseo, en sí mismo, trazado á la europea, ofrece dos defectos: no se descubre alma viviente y adviértese, en cambio, descuido notorio.

Al lento rodar del *landeau* descubierto en que vamos charlando Luis Ricoy y yo, miro tres ó cuatro edificios buenos, en cuenta el hospital militar, que ya era mi conocido; veo también los restos mutilados de lo que fué Exposición Centroamericana, uno de tantos rasgos de la manía de grandezas que padeció el infortunado General Reyna Barrios durante su presidencia. Contemplo, á la mitad del paseo, monumento muy merecido y severo: «Al Libertador Miguel García Granados»; y á los términos de la calzada, dándole la espalda á edificio de líneas agradables, que me asegura Luis es un museo, otro monumento muy italiano en su factura y en sus componentes, erigido á la memoria del General D. Justo Rufino

Barrios. Allí está él, cabalgando en brioso bridón que parece fuera á despeñarse, y empuñando en su diestra la bandera de esta patria suya, que él trató con tantísima crueldad y dureza tanta.

¿Será de veras la muerte un Leteo? . . . Lo pregunto porque aún existen centenares de familias que le narran á usted pormenorizadamente las persecuciones horrorosas y los tormentos bárbaros que el General Barrios consumó en sus deudos muertos, y sin embargo aquí está él, en monumento de bronce y mármoles, en actitud heroica, con coronas de flores agostadas que indican que la gratitud nacional viene y las deposita en el pedestal, de cuando en cuando; y una agrupación política, que se llama á sí misma liberal, ha hecho de la memoria de Barrios, tan escarnecida por algunos, su símbolo, su arquetipo y su modelo.

Si se tratara de escribir la historia de este país ¿á quién habría que hacerle caso, á los que atacan al hombre con pruebas fehacientes en su contra, ó á los que lo defienden y dignifican? . . .

¡Allá ellos!

4 de febrero.—Apunta la reacción que yo anhelaba, vuelvo á ser el trabajador de mis propios libros.

Ya saludo á mi próxima novela en la que adelanto noche á noche.

14 de febrero.—Gran baile en el Club Guatemalteco, al que concurrió el Presidente de la República. Los maleantes, que aquí abundan en cantidad y en ingenio, aseguran que el Presidente asistió porque mi presencia era

la garantía de que sus enemigos nada harían por volar el edificio.

15 DE FEBRERO.—Primera remesa de dinero á mis acreedores de México. Si así sigo, dentro de un año no deberé *nada á nadie.*

Bendito sea este destierro, y aun peor que fuera, si en compensación he de recuperar mi independencia individual.

Toda deuda es una humillación para el deudor.

«No deber nada á nadie». . . ¡Qué himno tan dulce!

18 DE FEBRERO.—Después de quince noches de trabajo sostenido, dí término la noche de hoy al capítulo segundo de la segunda parte de mi «Metamorfosis.»

23 DE FEBRERO.—A la mitad de nuestro almuerzo, llégame un mensaje por el cable, anunciador de que á las ocho de la mañana falleció en México mi padre político.

La lectura de tan fúnebre noticia algo ha de haber hecho cambiar mi semblante, porque mi mujer, con su amante instinto de hija, lo adivinó. . .

Y tarde y noche, lágrimas melancólicas, ansias de suprimir esta ausencia y de irnos con los nuestros á reclamar el lugar que de derecho nos corresponde en el duelo íntimo.

26 DE FEBRERO.—Atácame inopinadamente una instantánea paralización circulatoria que me acobarda y obliga á desabotonarme el cuello de la camisa.

¿Será la muerte? . . .

El Doctor me aplica un cáustico y yo aplícome á la labor de terminar mi próximo libro.

28 DE FEBRERO.—Curioso y nuevo. La rara noche en que interrumpo mi novela y no hago absolutamente nada, duermo á maravilla; mi aguda neurastenia, ó lo que sea, no me importuna.

Carta de mi hermano Pepe, en que me anuncia que desde el día 4 fué nombrado Subsecretario de Relaciones Exteriores, en substitución de D. Manuel Azpíroz, partido á Washington como Embajador. ¡Pudiera mi pobre padre contemplarnos á Pepe y á mí en las respectivas posiciones que ocupamos y que nos hemos ganado por nuestro propio esfuerzo! ¡Pudiera, sobre todo, contemplarme á mí, ya que Pepe fué siempre un estudiante ejemplar y un muchacho modelo, en tanto que yo fuí un aturdido y en ocasiones algo peor que un aturdido!

5 DE MARZO.—Al cabo de otras catorce noches de trabajo, concluyo el capítulo III de la segunda parte de «Metamorfosis.»

9 DE MARZO.—Es extraordinario cómo recupero el sentido moral viviendo en país extraño, en el que mis actos é inclinaciones, juzgados por gente poco amiga, pudieran resultarme completamente perjudiciales.

No llego al catonismo, nó, pero sí me acerco mucho á la línea recta que mi criterio de filósofo (¿quién no es algo filósofo en su fuero interno?) se sabe de memoria.

25 DE MARZO.—¡¡Memento!!

Comida diplomática en la Legación de *** para despedir al Ministro de ***

Mi carrera, decididamente, es *le monde ou l'on s'ennuie.* Casi todo se vuelve vaciedad y *pose.*

Anselmo de la Portilla, escritor mexicano que como yo pertenece al Ministerio de Relaciones Exteriores y que con pocos días de diferencia de mi salida salió él para los Estados Unidos de América á ocupar su nuevo puesto de cónsul en Nueva Orleans, me escribe desde este último punto pidiendo mi retrato con objeto de que aparezca en un libro que va á publicar, reproduciendo las biografías de literatos nacionales que vieron la luz en «The Two Republics» de México, bajo el título colectivo de «Mexican Living Authors.»

26 DE MARZO.—Notícianme la posibilidad de que me envíen de París las *Palmas Académicas.*

Si se obtienen, las deberé, lo mismo que mi título de académico correspondiente de la Real Española, á Don Agustín Gómez Carrillo, el notable historiógrafo y académico centroamericano, con quien me ligan viejos y afectuosos vínculos de cariño.

Concluí el capítulo IV de la segunda parte de «Metamorfosis»; represéntame veintiuna noches de yunque.

28 DE MARZO.—Dí término á la lectura de los dos tomos de las «Memorias» de Goethe.

¿Por qué no le hallaré á tan reputadísimo escritor la

genialidad y grandeza que le reconocen sus muchos admiradores?

Dios me lo perdone y los manes de Goethe también, pero á mí me resulta un enorme egoísta y un escritor poco sincero.

Si no hubiera creado entre las páginas de su «Wilheim Meister» á ese tipo de *Mignon*, que me encanta, y si por civilización no hubiera hecho la campaña de Francia del 1792, tal vez no leería yo una sola línea suya.

Su temperamento es opuesto al mío.

Anoche comencé á leer «Las Confesiones» de san Agustín, traducidas al francés por un jansenista de Port Royal, d'Arnauld d'Andille.

¡Ah, los odios literarios! Leo en «El Mundo,» de México, acerba crítica contra el último poema de Luis G. Urbina, subscrita por Jesús E. Valenzuela, que era antaño su entusiasta amigo y defensor, hasta hace poco en que Jesús comulga con los modernistas mexicanos desde las columnas de «La Revista Moderna» que dirige.

Por unos instantes tiemblo por la suerte que podamos correr mis pobres libros y yo mismo, aunque por fortuna tengo una invulnerable coraza íntima para las censuras enderezadas á mis obras.

Si, como yo creo honradamente, mis libros esconden alguna savia ¿por qué no habían de triunfar alguna vez? . . .

4 de abril.—Pero, señor, ¿hasta cuándo dejará uno de gozar con determinadas puerilidades? . . .

Al pasar esta tarde por la librería de D. José M. Lardizábal, en la Quinta Avenida, ocúrreme informarme en ella acerca de un libro de la Pardo Bazán que hace tiempo deseo comprar; el dependiente que me atiende y que en el acto me llama «Señor Ministro,» al mostrarme diversos volúmenes, me dice:

—También tengo á la venta una novela de usted.

—¡Mía! ¿cuál? . . .

Y me muestra dos ejemplares empastados de «Suprema Ley,» que están hombreándose en los anaqueles con las novelas de Pérez Galdós.

—Mandamos pedir cincuenta y sólo esos tres nos quedan, los hemos vendido mucho . . .

Para que el infantil regocijo que me invade no me traicione y me ponga en ridículo, márchome en seguida sin comprar nada, rumiando á solas mi inocente satisfacción.

5 DE ABRIL.—En estos momentos, doce y treinta de la noche, concluí el capítulo V de la segunda parte, y la segunda parte también, de «Metamorfosis,» trabajado en diez días.

Ahora á la tercera y última parte.

17 DE ABRIL.—Once y cincuenta de la noche. Acabé el capítulo primero de la tercera parte de «Metamorfosis.»

20 DE ABRIL.—Abigarrado.

En el incesante desfile de mexicanos que presencio en esta Legación, cada día se me presenta un tipo nuevo é interesante.

Hoy es un doctor en Medicina, D. A. de la Fuente, á quien nuestra colonia de Quezaltenango pretendía asesinar (es versión de él), que viene á mí con todo un laboratorio de química industrial para fabricar en mi presencia licores varios en aparato que es de su invención, á lo que asegura. Podría calificársele de aventurero científico. El me garantiza que saldrá rico de aquí.

Hace pocas noches fueron otros dos mexicanos, Juan López y Ubilio García, sentenciados á muerte por un consejo de guerra guatemalteco, indultados después, gracias á las gestiones de D. Carlos Américo Lera, Ministro nuestro en aquella época, é inquilinos en la Penitenciaría Central de esta ciudad durante dos años, hasta la tarde de hoy en que los saqué libres y en que ellos se preparan á regresar á algún rincón de su Estado natal, Chiapas, á pie y andando. López, que es un hércules, representa la fuerza de esta curiosa pareja, y García, que sabe escribir, representa la intelectualidad. Como no sería probable que los admitieran en mesón ninguno, por sus antecedentes, y si pasaran la noche á la luz de las estrellas, volverían á arrear con ellos á alguna sección de policía, les brindo alojamiento dentro de mi casa y los instalo en uno de los cuartos del piso bajo, no obstante las protestas de mi mujer y de la servidumbre que se consideran en peligro con esta proximidad de dos señores licenciados de presidio.

Cuando regresé del Club, tarde ya, advertí luz encendida en el cuarto destinado á estos *Juanes Valjean*, y recatando mis andares, después de asomarme por la ventana que cae al patio, entré á sorprenderlos.

—¿Qué haces?—le pregunté á Ubilio, sentado junto á una mesa en la que una vela sin candelero lloraba lagrimones de estearina.

—¡Le escribo á mi madre que ya estoy libre!

—¿Pues no me has asegurado que vas á verla?

—Pues ya lo creo que iré—me agrega—pero la carta ha de llegar mucho antes que yo y no quiero retardarle la noticia, porque la pobrecita estará contando los días, con miedo de que, primero que yo, la vea la muerte . . .

¡Qué hermosos *documentos* para mi pensada novela sobre el presidio, que escribiré, Dios sabe cuándo, y que se llamará «El Licenciado,» «Parias» ó «La Llaga.»

Para que la impresión sea completa, ya que interrumpí la epístola de Ubilio, interrumpo el pesado sueño de López, que roncaba, contra lo que reza el refrán, no á pierna suelta, sino á piernas encogidas; los despabilo con cigarros é inicio una sabrosísima charla, escarbando en sus cerebros rudos de primitivos; charla que nos lleva hasta las tres de la madrugada en que les digo adiós, pues probablemente nunca volveré á verlos: tienen que salir de Guatemala antes de que la aurora ilumine este cielo.

Otro mexicano, inteligente, instruído, educado, D.*** vino á decirme hace unos cuantos días que los enemigos del actual Gobierno guatemalteco, no sabiendo cómo derribarlo, han resuelto utilizar los servicios de algunos *honorables* italianos viciosos, y piensan arrojar en la casa del Ministro de Alemania, ó en la mía, bomba de dinamita que dé al traste con edificios y representantes, para que Alemania ó México se vean obligados á de-

clarar la guerra á Guatemala y acabe su actual administración.

Aunque me resisto á creer en acto de barbarie tamaña, la verdad es que algunas noches, ya acostado y á obscuras, cuando imagino la explosión y sus resultados, un ligero escalofrío me recorre la médula; porque, no digo la policía de aquí, la mejor del mundo, es impotente para prevenir un hecho de esta especie.

1º DE MAYO.—Faltan veinte minutos para las doce de la noche, acabo el capítulo II de la última parte de «Metamorfosis.»

5 DE MAYO.—Para conmemorar nuestro aniversario de hoy, recibí á toda la colonia mexicana durante el día y en la noche obsequié con una comida á individuos mexicanos también, pero de más subidos quilates que aquellos pues hay de todo en la viña del Señor.

12 DE MAYO.—Terminé el capítulo III de la última parte de «Metamorfosis» y cerré trato con la Tipografía Nacional para la impresión de mi novela; impresión esmeradísima y de gran lujo, sólo mil ejemplares en un precio reducido, setecientos pesos de esta moneda. Pero me empeñé en lo del precio, porque siendo como es la Tipografía Nacional propiedad del Gobierno, la circunstancia de que medie un recibo timbrado y firmado, me pone á cubierto de que mañana unos ú otros puedan decir que acepté un obsequio (siquiera sea de este orden,) que me está vedado por mi propia voluntad y por el reglamento del Cuerpo Diplomático á que pertenezco.

El próximo primero de julio entregaré los originales.

13 DE MAYO.—Indudablemente los pueblos del Norte, dígase lo que se diga, tienen manifestaciones, en sus júbilos sobre todo, mucho más toscas que las que gastamos los que pretendemos ser descendientes de latinos.

Asistí esta noche al baile con que el Club Alemán obsequió al comandante y oficiales del buque de guerra «Geier,» anclado en San José. En la cena brindaron el Ministro de aquel Imperio y el capitán del barco; el Ministro, por galantería, en español, y el capitán, por no poder hacer menos, en su idioma. Al concluir entrambos brindis, diplomático y marino provocaron destemplada grita entre sus paisanos, tres exclamaciones aun más informes que el *heep*, *heep*, *heep*, *hurra!* de ingleses y americanos de los Estados Unidos, que hicieron estremecer el edificio íntegro.

—¡*Ha! ¡ha! ¡ha!*

No hubo un solo alemán que permaneciera mudo, cual si el alarido removiera en todos ellos ignoradas herencias imperecederas de sus antepasados los hunos.

16 DE MAYO.—Visité esta tarde en su elegante quinta «Villa Algeria» del paseo de la Reforma, á mi buen amigo el Ministro de Alemania, A. von Voigts Retz, que es, además de doctor en Derecho, antiguo capitán del ejército prusiano que sitió á París en 1870.

Según su costumbre, me recibió con mucha cortesía y afecto. Durante la visita llamó mi atención un raro prensa-papeles de mármol, con un pedazo como de carbón de

piedra encima, y dos rótulos en letras de oro, que decían: «París.—1870-1871.»

—¿Qué significa esto, doctor?

—Ah!—me responde con el semblante iluminado— eso es un pedazo de chimenea francesa y un fragmento de obús parisiense . . .

Los odios de raza ¿serán inextinguibles?

24 de mayo.—Concluído el capítulo IV de la última parte de «Metamorfosis.»

30 de mayo.—Hoy ha sido para mí día gratísimo. Logré la terminación feliz de una añeja reclamación diplomática que teníamos pendiente y en la que estaban envueltos los dos pobres presidiarios García y López; obtuve veinte mil pesos de indemnización, la libertad de los sentenciados y su rehabilitación completa, publicada en el diario oficial de este Gobierno, rehabilitación que no puedo resistir á transcribir y que apareció hoy en «El Guatemalteco.» Dice:

«Error judicial.—Los ciudadanos mexicanos Ubilio García, Juan López, Gilberto R. Paniagua y Arnulfo Castañeda, que á fines de 1897 fueron condenados á muerte por un consejo de guerra de Quezaltenango y que después de indultados por la Administración del General Reina Barrios, sufrieron dos años de reclusión en la Penitenciaría Central, han sido absueltos por los tribunales competentes y puestos en absoluta libertad por acuerdo justiciero del señor Presidente constitucional de la República, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera,

quedando repuestos en la buena opinión y fama de que disfrutaban respectivamente antes de sentenciárseles á la última pena, debido á las circunstancias políticas por las que atravesaba el país en aquella época, cuando el tribunal que dictara dicha sentencia no estaba poseído de toda la serenidad que en tiempos normales han tenido y tendrán las autoridades guatemaltecas, mientras en la Nación imperen la justicia y el derecho, como por fortuna sucede ahora bajo el ilustre Gobierno de su Primer Mandatario.»

2 DE JUNIO.—A la una y veinte minutos de esta madrugada concluí, á Dios gracias, mi novela «Metamorfosis.»

Mañana, con los originales, á la imprenta.

Hasta ahora, es este libro el que más esfuerzo nervioso me ha significado; ninguno de los anteriores exacerbó tanto mi neurastenia, aguda de suyo; ninguno corrió tanto riesgo de quedar trunco; ninguno ha presenciado tantas borrascas y tempestades materiales, morales y monetarias de su autor; con ninguno me había obsesionado tanto la idea de mi muerte. Y al contemplar la montaña de manuscriptos, acaricio las hojas, las recuento, las remiro.

Cuando temprano anoche escribía yo la última página, tuve un fetichismo, hacer dos renglones con la pluma de oro que me regalaron mis compañeros de travesía de Mazatlán á San José de Guatemala, aquellos padres españoles que venían huyendo de las Filipinas. Emplee su obsequio como un amuleto favorable para ver de que

se realizasen los augurios de su carta expresiva. Reconozco que ello es una niñería, pero, ¿qué otra cosa somos los *plumitifs* sino unos niños grandes? . . .

Hoy mismo entregué á la imprenta la parte manuscripta, recopiada ya, de «Metamorfosis.»

Encomendándome á toda la Corte Celestial, esta noche concedí asilo en la Legación á tres políticos desafectos al actual Gobierno de Guatemala, cuyas vidas, según ellos y según una porción de personas fidedignas me aseguran, peligraban de veras.

Es el primero, un hábil doctor en Medicina, D. José Llerena, candidato á la presidencia, del partido «cachureco.» (Bueno es que aquí quede explicado una vez por todas el significado de este término y el de su contrapuesto «panterista;» cachureco, quiere decir conservador, y panterista, radical). Llerena es hombre de valer y de valor; serio, caballeroso, de gran juicio y de mucho partido.

El segundo, D. Juan Francisco Ponciano, propietario y muy entendido en cosas de electricidad, es agente general del partido «castillista,» cuyo jefe, D. José León Castillo, encuéntrase emigrado en Honduras ó El Salvador.

El tercero es D. José Esteban Sánchez, hombre de dineros, de carácter y también connotado «castillista.»

4 de junio.—En un banquete diplomático que se celebra en el Gran Hotel—atravesamos ahora por epidemia de banquetes—en prueba de rectitud y honradez,

comunico en persona al Ministro de Relaciones Exteriores que he concedido asilo, ignorado todavía por las autoridades; y con objeto de que se juzgue de mi conducta franca, solicito una audiencia presidencial para llevar la noticia de mis actos al jefe del Gobierno de Guatemala.

5 DE JUNIO.—Visitantes matinales infórmanme de que reina la alarma en la ciudad, y me piden que me asome á los balcones para ver mi calle cercada de agentes de policía, uniformados ó vestidos de paisano.

A las tres de la tarde me encamino á la casa presidencial, para mi audiencia.

¡Qué fisonomía más curiosa la de la tal casa! Desde su arquitectura, que es moderno-rococó, hasta sus interiores, todo es curioso.

El vestíbulo, mírase convertido en cuerpo de guardia; sentados en sendas bancas, hay á un lado y á otro filas de soldados con el arma cargada, entre las piernas; en el patio y corredores abundan jefes y oficiales de todos grados. En las puertas, pasillos y ángulos, se advierten centinelas, y en varios canapés, individuos que se delatan á sí mismos como agentes de policía secreta. En México los delata el sombrero «jarano» y aquí el sombrero de Panamá, y tanto los de allá como los de aquí delátanse también por cierto aire de ferocidad en el semblante que por más que dulcifican, los traiciona.

Después de subir una preciosa escalera, instálanme en salón soberbiamente decorado, que ostenta muebles de

calidad; sin embargo, hay detalle censurable: «tres estrados» con sillas alineadas y varias escupideras *de peltre*. . .

Durante la entrevista, el Presidente se manifiesta hasta jovial conmigo; cree que mis asilados se alarmaron fuera de medida, pues no existe dictada en su contra ninguna orden rigurosa y me emplaza para resolución final dentro de algunos días; quiere pensar con calma qué será más conveniente para el buen nombre de su Gobierno, si que los asilados sean devueltos á las autoridades, previa la demanda de extradición en forma, ó que yo, como muy atentamente se lo suplico, les procure puerta franca á fin de que se marchen á donde gusten y no vuelvan á alterar, ni teóricamente siquiera, según lo han hecho hoy, la tranquilidad actual del país.

Después de mi entrevista, un coronel del Estado Mayor me hizo los honores hasta la puerta de la calle, y á mi segundo paso por el vestíbulo, la guardia fué formada y me terciaron armas.

15 DE JUNIO.—Días de incertidumbre, en la duda de si me consentirá el Gobierno guatemalteco que mis asilados se expatríen. Todas estas noches, escenas de ternura justificadísimas: las familias de los señores Llerena, Ponciano y Sánchez han venido á visitarnos y á hablar con ellos de quién sabe cuántas intimidades, que nosotros hemos advertido, discretameute recluídos en nuestras habitaciones, por los ojos llorosos de las señoras al despedirse y por la emoción manifiesta de los varones.

El compromiso que contraje con el Presidente, lo he llevado á cabo al pie de la letra, mis asilados no han re-

cibido ni comunicádose por escrito ó de palabra con simpatizadores suyos en asuntos de política.

Poco antes de la comida, un ayudante del Presidente de la República vino á llamarme de su parte; acudí inmediatamente y el propio señor Estrada Cabrera me dió la buena nueva de que podía yo embarcar á mis asilados, dentro del término de veinticuatro horas y aprovechando la salida de mañana de un vapor de la Mala del Pacífico, que va á Panamá.

Con los apresuramientos naturales hízose saber á las familias de los asilados la resolución presidencial, y hondamente conmovidos, presenciamos una escena íntima inolvidable: la despedida acongojada de las hijas de Llerena, á su padre; de la esposa de Ponciano, y de la hermana de Esteban Sánchez, anciana respetabilísima en la sociedad guatemalteca.

¡Cuántos encargos amantes, cuántas inquietudes para el futuro incierto, cuántas recomendaciones para esa ausencia indefinida preñada de peligros y de puntos negros!

16 DE JUNIO.—Hasta el puerto de San José, en coche especial agregado al tren ordinario de la mañana, en el que México, por mi indigno y pecador conducto, saca de su país de origen con toda clase de seguridades á los tres refugiados que se acogieron á mí.

En cuanto llegamos al puerto, condújelos en persona hasta á bordo del vapor «Colón,» y contra lo que me esperaba, la noticia ha cundido de tal modo, que el capitán del barco me ovaciona, me agasaja, me invita á co-

mer; una señora de San Francisco de California, pasajera á bordo, exige que me presenten á ella y me llama en mi cara: *¡Philantropist!*. . .

Devuelvo lo mejor que puedo felicitaciones y cumplidos, pues es difícil de desempeñar el papel que me adjudican de sucursal de la Divina Providencia.

Hasta las nueve de la noche no regresé á tierra, en el botecito de la Comandancia. Llerena, Ponciano y Sánchez, muy emocionados, me despidieron en el «portalón» del barco, acompañados en sus adioses del capitán y de mi admiradora de California.

El mar, el inquieto mar centroamericano, me empapa y salpica, juega con mi bote en la breve travesía del barco al alto muelle metálico; con muchos trabajos por lo obscuro y desplegando mucha fuerza para impedir una caída, subo trabajosamente la escala vertical . . . Estoy en salvo, pero mis asilados están en salvo también.

Desde la *verandah* del hotel, á las diez, veo zarpar el «Colón,» corpulento animalazo taladrado por mil luces, que se hunde en la noche; tres veces pita su ronco silbato, como si cada uno de los desterrados guatemaltecos me repitiera su adiós. . .

Indefectiblemente vuélvense mis pensamientos hacia México. Y de repetir su nombre, de imaginármelo á donde es fuerza que llegue, de pensar que él, la Patria, aprueba mi conducta, siéntome por dentro muy satisfecho, pues considero que he cumplido con un deber.

20 de junio.—Conozco al célebre escultor español Justo de Gandarias, individuo más viejo que joven; inteli-

gente en su dislocada charla de artista; con marcadas ráfagas de melancolía que lo invaden de cuando en cuando por haber encallado en esta Guatemala á la que por contrato hiciéronlo venir lleno de ilusiones, y en la que ahora permanece aguardando á que le liquiden sus créditos, mientras desesperanzado y triste, con forzada ociosidad para sus actividades de artista y para su espíritu habituado á otros medios, va aquí tirando del carro de su vida.

Que no es cualquiera, compruébalo lo que de él dicen los diccionarios enciclopédicos. Tanscribo al azar: [1]

«Gandarias (Justo de) Biog. Escultor y pintor espa-
« ñol contemporáneo. Nació en Barcelona. Llevó á la Ex-
« posición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid
« en 1881, las siguientes obras: *Plus Ultra*, grupo alegó-
« rico en yeso del descubrimiento y civilización del Nue-
« vo Mundo; *Anfítrite*, grupo que fué premiado con me-
« dalla de tercera clase; *El niño y el pato*, bronce; *La*
« *Música*, estatua en bronce; *Japonés*, *Japonesa*, *Moro*, *Chu-*
« *la y Un parisién;* adquirió los seis últimos Alfonso XII;
« *La Armonía*, estatua en mármol. Algunos de estos tra-
« bajos habían figurado con elogio en anteriores Exposi-
« ciones de París. En la de Madrid de 1887 presentó
« Gandarias una pintura, *Cabeza de Estudio*, y estas es-
« culturas: *El amor y el interés*, estatua en mármol; *Japo-*
« *nesa*, busto en mármol; *Carlos I de España*, busto en
« bronce; *Confidencia*, *La Fama*, y un *Retrato*, bajos re-
« lieves en bronce; *León y Aguila*, grupo en yeso; el *Pa-*
« *dre Feijóo* y el *Cardenal Cisneros*, bocetos en yeso, y un

1 «Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano,» pág. 110, columna 1a., tomo IX, Montaner y Simón, editores, Barcelona, 1892.

«boceto alegórico en yeso ejecutado para el panteón de «don F. Moyano, en Medina del Campo. Balsa de la Ve-«ga juzga el mérito de Gandarias en las siguientes líneas: «Rápido en concebir y en ejecutar, Justo de Gandarias «es un escultor que ha merecido recompensas en expo-«siciones internacionales que ningún otro escultor espa-«ñol ha logrado todavía. Con ser un devoto del clasicis-«mo, sus estatuas, sin embargo, no tienen la rigidez y «frialdad de líneas que distingue las de esos seudoclási-«cos que aun pasan hoy por inspirados artistas y que «ocupan puestos académicos; nó, las mujeres que mode-«la Gandarias son finas de línea, carnosas, elegantes de «proporción y de traza; en fin, mujeres de carne y hue-«so, no de mármol.»

29 DE JULIO.—¡Dos y veinte de la madrugada!

¡Hijo mío! acabas de nacer, te saludo con un raudal de lágrimas. Eres EL ESPERADO, EL ADORADO, EL BIENVENIDO!

¡Quiera Dios bendecirte como te bendigo yo, en estos momentos en que tus ojos se abren por primera vez á la luz y á la vida!

5 DE AGOSTO.—Es increíble la cantidad de vulgaridades que oye uno á propósito del nacimiento de su hijo. Toda la incomensurable estulticia burguesa asoma su simiesca cara en fisonomías, cartas y palabras. Hay de todo: altruísmos trasnochados; conjuros y augurios huecos; deseos que trascienden á falsos.

*¡Pauvres gens!*

6 DE AGOSTO.—Fenomenal. Recibo un gran servicio desinteresado de la parte de un judío auténtico!!!

14 DE AGOSTO.—En la tribuna presidencial del hipódromo.

Cosa rara, que se acentúa más conforme prolongo mi permanencia en Guatemala: siéntome invadido de un inmenso desinterés olímpico por todo y por todos. El mundo, contemplado al través de este agujero centroamericano, antójaseme una *ménagerie* inacabable. Fuera de mis gentes, mis íntimos, lo restante me resulta zoología pura. . .

Lástima que esto sea sólo mental, que no pueda dominar en la práctica, mi altruísmo ingénito, el que hace que me interese y dé ayuda aun á lo infinitamente pequeño.

24 DE AGOSTO.—A las once de la noche terminé la copia de mis manuscriptos de «Metamorfosis.» Hay probabilidades de que concluyan de imprimir la obra para el 3 ó 4 de septiembre.

Anoche terminé la lectura de los «Episodios Nacionales» de Pérez Galdós. No me lo imaginé tan descuidado en ellos. ¡Qué diferencia, en cuanto á estilo, con cualquiera de sus «Torquemadas,» por ejemplo!

Tampoco me lo imaginé nunca tan descreído. ¡Mire usted que se trae una guasa con la Iglesia y con la Divinidad misma! . . . Su «Un Voluntario Realista» deja muy atrás á mi «Metamorfosis;» mi «Sor Noeline» junto á su «Sor Teodora de Arancís» es un espíritu puro. Así

y todo á mí me han de dar tanto del inmoral, que no habrá por donde cogerme.

El talentazo de Galdós es verdaderamente poco común, y su temperamento no me es nada antipático, sino al contrario; en tanto que los temperamentos de Pereda y de Valera, el de Valera sobre todo, en ocasiones llega á serme insoportable; el de Pereda, ó me abruma ó me cansa, á pesar de sus excelencias.

30 DE AGOSTO.—Alarmados porque nuestro hijo sólo ha aumentado una libra de peso en el espacio de un mes, consultamos con el doctor, que ordena se le ponga nodriza.

Con tal motivo hay lágrimas de la mamá, que no se resigna á este primer abandono de su muchacho.

¡Qué dirá de los abandonos posteriores, que mucho me guardo de anunciarle!

1º DE SEPTIEMBRE.—Entrada triunfal de la nodriza.

Es una vasta y colosal india de Mixco, vestida de colorines, según aquí visten todos los de su raza, que entiende al nombre de Jerónima Corona. Una verdadera vaca humana, que en cuanto llega ejerce sus funciones, sacando á luz una de sus ubres enormes y repletas para amamantar al hambriento.

Nuevo llanto de mi mujer, que contrasta con la voracidad de nuestro hijo pegado al pecho y tragando vida glotonamente, glotonamente, en plácida inconsciencia de ser racional sin cerebraciones todavía.

16 DE SEPTIEMBRE.—Celebración de nuestra Independencia, siendo yo por primera vez representante de México.

Sensación de pequeñez y de carencia de merecimientos para empresa tan grande . . . Oleadas intermitentes de orgullo . . . La idea de Patria—la patria en forma de carta geográfica á veces, y á veces de abstracción luminosa—acariciándome de lejos . . . Desligamiento con gobernantes y partidos políticos . . . Rostros amados visitándome de cuando en cuando en el corazón y en el cerebro . . . Auras inconfesadas de megalomanía . . . Mezcla de certidumbre de llegar á mucho, y de miedo de caer de improviso . . .

Y al escuchar el Himno Nacional que al pie de mis balcones ejecuta la banda que me ha sido enviada por el Gobierno de Guatemala, lágrimas en los ojos y la imagen de mi viejo padre resguardándome en los aires, allá, en su otra vida, mientras nuestra bandera izada en el asta, ondea blandamente sobre el fondo estrellado de esta tibia noche de los trópicos.

26 DE SEPTIEMBRE.—Concluyo la corrección de las pruebas de imprenta de mi «Metamorfosis.» Nada menos que 727 páginas.

Prepárome ahora á resistir censuras, desahogos, apasionamientos é insultos . . . y prepárome también á comenzar el próximo libro.

4 DE OCTUBRE.—«Metamorfosis» es puesta á la venta en las librerías de Guatemala.

17 DE OCTUBRE.—Parece que se vence. Los periódicos de aquí han saludado á mi novela con nutrida salva de aplausos; y á pesar de que «en estos reynos» apenas si debieran preocuparse de un libro meramente literario, en razón á su crisis económica y á otras varias crisis, se habla mucho de él.

Detalle mercantil de cierta importancia: van vendidos cuarenta y ocho ejemplares.

¿Triunfaré en México por modo análogo?

20 DE OCTUBRE.—El Ministro de Italia, Massiglia, y el de Chile, Mathieu, felicítanme por mi libro, en términos que me estimulan; quisieran que fuera traducido.

Massiglia, que no puede negar lo italiano en su vehemencia para quererme, me consigna á la supervivencia, y el chileno, que acaba de remitir á su país seis ejemplares de «Metamorfosis,» se me declara muy contento de que un hispanoamericano sea el autor.

Continúan las dianas. De entre los muchos particulares que en la calle me aplauden el libro, hay un francés, Mr. Briot, que se manifiesta especialmente expresivo.

¡Que acaezca otro tanto en mi tierra!

Inaudito! El agente librero que vende «Metamorfosis,» entregóme esta noche los primeros cien pesos; ofréceme otro tanto para mañana y me asegura que realizará quinientos ejemplares en breve plazo, porque la venta diaria no baja de tres á cinco, y hay días, como el de hoy, en que se han vendido ocho.

1º DE DICIEMBRE.—Durante el pasado mes de noviembre, vendiéronse dos centenares de «Metamorfosis;» hánse publicado cuatro ó cinco artículos con marcadas tendencias al elogio. Sólo el actual director de «La República» que es un doctor ibero, afirma en uno de sus «Paliques» semanales, que mi libro no es lectura adecuada para señoritas! . . .

Pero ¿acaso se anunció como lectura para doncellas?

2 DE DICIEMBRE.—En vísperas de emprender una jira diplomática por orden de mi Gobierno á las otras cuatro repúblicas centroamericanas; viaje que puede convertirse en muy honorífico si hay triunfo, ó en un fiasco si fracaso: seré portador de la oliva de la paz.

Ya estamos aquí en revolución, y yo de nuevo desempeñando funciones de abogado de afligidos.

Una señora de la mejor sociedad, confíame que estoy ganándome sinnúmero de bendiciones.

No me parece mal!

El aspecto de las calles no es halagüeño, hay mucho aumento de agentes de policía, y los pobladores, aun los más denodados, delatan á la legua el terror que los paraliza.

Presencio la salida de algunas tropas: puñados de indios, que sin entusiasmos, en resignado silencio desfilan con el rémington á cuestas, por los guijarros de las calles de esta antigua Capitanía General de las Españas.

15 de diciembre.—Durante los últimos días ha habido en casa continuo entrar y salir de madres y esposas, en demanda de que interponga yo mis buenos oficios para que el Gobierno mejore la suerte que están corriendo los muchos prisioneros á diario capturados. Las desventuradas señoras lloran sin consuelo contándonos sus temores y sus cuitas.

Después de algunas entrevistas con el Presidente Estrada Cabrera, obtengo de él que los presuntos responsables de la intentona revolucionaria de Jutiapa, sean juzgados, aunque militarmente, en esta propia capital. La gente se alegra, pues esposas y madres abrigaban una porción de sombríos presentimientos si hubieran llevado á sus deudos á juzgarlos hasta aquel Departamento.

19 de diciembre.—Mañana me embarcaré para El Salvador.

Según mis cálculos y deseos, la ausencia no ha de prolongarse más allá de tres meses. A pesar de ello, no puedo ver serenamente á mi hijo, aflíjome de considerarme lejos de él, y cada vez que su nodriza me lo acerca, huyo. . .

20 de diciembre.—Esta mañana, muy de mañana, cargándolo mi mujer, me llevó á mi hijo hasta mi cama, me hizo que lo besara. . .

Me vestí de prisa y aunque no les dije adiós materialmente, porque odio las despedidas, procuraba entrar á menudo en su habitación para deleitarme en la contemplación del grupo: impresionada mi mujer, y mi

hijo mirándome con su mirar casi inexpresivo de criatura. . .

Alguna gente en la estación augurándome buen éxito; en el puerto, mucho calor y ansias de que la cosa empiece de una vez.

A eso de las ocho de la noche levó anclas el vapor «Loa» de la Compañía Chilena de Navegación, en que me marcho.

21 DE DICIEMBRE.—(Frente á Acajutla). Miguel Meneses, escribiente de la Legación que me he traído en calidad de secretario particular, á las seis de la mañana se apresura á llevarme la noticia á mi camarote:

—Salga usted, señor, y verá qué adornados están el muelle y el puerto. . .

La noticia y lo irrespirable de mi camarote violentaron mi *toilette*, salí á cubierta y miré hacia la playa. . .

El altísimo muelle metálico, todavía más alto que el de San José de Guatemala, se halla todo empavesado y en el mástil de honor del «Loa» flota la bandera de México.

En la falúa del puerto, gobernada por el comandante en persona, que fué á bordo á saludarme y ponerse á mi disposición, desembarcamos, y camino del muelle, en la diafanidad de la mañana, advertí á mi izquierda una montaña coronada de enorme penacho de humo denso y de color plomizo, que á duras penas se remontaba sin disgregarse, pesadamente, cual si estuviera tallado en un solo bloque.

—¿Y eso? . . .—pregunté á mis acompañantes, apuntando hacia el volcán en erupción.

Con orgullo en el ademán y en el tono, como si se tratara de la presentación de un soberano, me respondieron en coro:

—El Izalco! . . .

Atracamos bajo el muelle; de uno de sus portales descendió en una cuerda sillón de bejuco que en los aires giraba y mecíase. Lo sujetaron los bogas, me empaquetaron á mí, dieron el grito de aviso, y, lentamente, con vaivenes que producían vértigo, principió mi ascenso en el vacío, unos diez ó doce metros. Al pisar el muelle y después de ser muy saludado, caí en los robustos brazos de mi viejo y amado amigo el General D. Juan J. Cañas, actual Subsecretario de Relaciones Exteriores y muy aplaudido literato salvadoreño.

Luego, una multitud de personas me fueron presentadas, en tanto que los trabajadores del puerto contemplábanme curiosos . . .

En verdadera procesión emprendimos la marcha al pueblo; y al llegar al fin del muelle, una valla de soldados me presentó armas, en tanto que el oficial saludábame con la espada desnuda y el corneta tocaba marcha. Hallé muy en su lugar honores tales, me erguí y avancé tranquilamente, penetrado de que al representante de una nación le son debidas cualesquiera consideraciones.

Es también muy de notar que tan en seguida pueda uno acostumbrarse á corresponder—en la actitud cuando menos—á los honores. Yentonces comprendí por qué tanto gobernador y funcionario cursi y vulgar de

nuestro México, y del mundo todo, pronto adquieran hasta cierta majestuosa elegancia para presidir las ceremonias oficiales á que concurren; es que la propia personalidad, por humilde é inútil que sea, desaparece amparada bajo la cubierta moral que la engalana; surge el símbolo y la multitud aplaude al que lo lleva, así sea éste monarca, presidente ó simple mortal, porque lo que la multitud cree ver es la dinastía, la república ó el cargo elevado. Y el rey, el presidente ó el simple mortal, á su vez, cree en serio que es la dinastía, la presidencia ó el cargo elevado; olvidándose unos y otros de que en nuestra eterna comedia humana, somos á este respecto lo que esos pobres hombres que en las grandes ciudades populosas sirven de anuncios ambulantes—medio comprimidos entre dos bastidores de madera ó lienzo pintarrajeados—á la alegría, á la dicha, á la riqueza. . .

Y allá van, en muda marcha trágica, paso á paso, ocultando sus miserias morales y materiales, pero anunciando en cambio lo que quizá les queda más distante: la buena comida, las joyas baratas, las ropas que no se acaban nunca, los antídotos para las peores dolencias. . .

Encerrado yo dentro de mi doble y nobilísima coraza —¡la representación diplomática!—también me olvido de mis defectos é imperfecciones y me creo merecedor y digno de ella. . .

Dichosamente, la ilusión desvanecióse pronto, mi vanidad sufrió tremenda embestida de mi análisis, y volví á verme lo que soy: modestísima unidad, no ya para el mundo ni para mi país, sino hasta para mi ciudad natal, para la apartada calle y la vetusta casa en que nací. . .

Entonces, reaccioné; se impuso el idolátrico culto que profeso á México y me equiparé á uno de esos sacerdotes que en las imponentes solemnidades religiosas caminan bajo palio con la Custodia entre sus manos profanas é impuras, defendidas con paño de seda para que el irrespetuoso contacto sea inofensivo. . .

Y pude ya contestar los saludos, agradecer con la mirada y con el gesto los vivas á México que hendían los aires.

Acompañado de todas las autoridades y después de apurar un refresco en la comandancia, nos instalamos en tren especial, que en tres cuartos de hora nos depositó en la ardientísima ciudad de Sonsonate.

En Sonsonate, gran almuerzo en el *restaurant* del hotel, colgado de los colores mexicanos, luciendo en los testeros de la espaciosa sala un cuadro de los héroes de nuestra Independencia, en litografía, y el retrato, en cromo, del señor General D. Porfirio Díaz.

Allí fueron los primeros brindis, los primeros elogios inteligentes á México y sus hombres, nuestro Himno Nacional vitoreado por un pueblo amigo.

Tuve un encuentro gratísimo: abracé á Vicente Acosta, el delicado poeta salvadoreño que tanto se dió á querer en México hace unos cuatro ó cinco años y que ahora hállase recién llegado de Honduras. En un aparte rápido, desentendiéndome de las conversaciones serias, saboreamos con delectación de antiguos bohemios nuestro anciano tuteo. En un instante nos preguntamos una porción de cosas, con inquietos y afectuosos:

—¿Te acuerdas? . . .

La Ceiba.—Ahí concluyó, por este lado, el camino de hierro.

Desembarcamos de los trenes frente á menguado caserío, á cuyo alrededor miré porción de personas que me esperaban, muchas caballerías ensilladas y dos ó tres diligencias. De entre las primeras, distinguí al doctor Llerena y á José Esteban Sánchez, que vinieron á mí con los brazos extendidos, palpando yo, al estrecharlos, la sinceridad de la caricia.

Luego, el Gobernador de la provincia y el jefe del Estado Mayor del Presidente Regalado, más autoridades militares, diversos particulares que me saludaban calurosamente.

Por un instante notóse alboroto inaudito en las bestias, y gritos, latigazos; una partida de ganado que desfilaba lentamente á cierta distancia, nos contempló con azoramiento, deteniéndose y mugiendo. . . Hacia la estación, la máquina arrojaba sostenida columna de vapor; hacia el monte próximo, la ceiba secular que da nombre al sitio, con sus ramas tensas y su tronco rugoso y grueso, simulaba imperfecta columna envejecida de un templo que no existiera ya. . .

Asunto de calarnos las botas y de despachar un *Ginger Ale*, y á caballo todo el mundo, en marcha á Santa Tecla, en alegre tropel de cabalgata de paseo. . .

Gracias á la bondad de mi cabalgadura, un tordillo peruano de bríos que con silla mexicana destináronme especialmente, en unión del jefe del Estado Mayor y de otro coronel me adelanté al resto de la caravana por el

delicioso camino de herradura que comenzaba á obscurecerse con la puesta del sol *tras os montes*.

Fué hora y media de plática sabrosa, á buen andar por ancha y oliente vereda, casi á la falda de enorme serranía, en una de cuyas revueltas asomó el Izalco, muy á lo lejos, siempre mandando á las nubes su inmenso penacho de humo denso y de color plomizo, que á duras penas se remontaba sin disgregarse, pesadamente, cual si estuviera tallado en un solo bloque.

Santa Tecla.—(Al atardecer). Salgo de mi peruano para entrar en una «victoria» de la presidencia, en la que á todo el trote de sus caballos atravesé media población de Santa Tecla á la luz vacilante de la prima noche.

Aspecto de tristeza; las calles largas y rectas; casas bajas, en lo general; alumbrado escaso y de aceite. Cruzamos ancha plaza manchada de tiendas de lona, iluminadas, de las que salían tufos de fritos, y voces y risas de parroquianos alegres.

—Los chinamos—me explicaron, señalándolos.

Y durante un buen rato, quedéme en la duda de cuáles serían los «chinamos,» ¿los tendajos? . . . ¿los que los recuentan? . . .

Descanso de pocos minutos en una posada, casi en su totalidad habitada por emigrados guatemaltecos. Rumor de su charla y de los cubiertos y platos de su comida.

Media hora en tren expreso hasta San Salvador.

Antes de penetrar en la ciudad, descubrí á la izquierda su cementerio, muy poblado con sus monumentos fu-

nerarios, los que le prestaban á la dulce claridad de la noche, apariencias de taller de sepulcros ó de cantera de mármol en descanso.

Benévola recepción en el paradero; además del mundo de gente que me aguardaba, acércanse á saludarme todos los Ministros del Gabinete.

En el carruaje del propio Presidente, condúcenme al hotel del «Nuevo Mundo.»

Impresión de grata sorpresa al contemplar su elegante y espacioso comedor iluminado hasta el derroche.

El edificio entero, en obsequio mío, adornado con banderas mexicanas y salvadoreñas.

Nos han destinado para alojamiento una serie de habitaciones; en la sala, figura entre los muebles un piano, y entre los cuadros, un retrato del General Díaz, haciéndole *péndant* el del General Regalado; en seguida, mi dormitorio; luego el dormitorio para Meneses, y al fin, un dormitorio para el Cónsul de México en El Salvador, D. Tomás Ugarte, jalisciense establecido en Sonsonate hará seis años y á quien he autorizado para que me acompañe mientras dure mi permanencia en esta República.

Molidos los huesos por el cansancio del viaje, recójome temprano; durante largo rato, en la soledad de mi estancia, persíguenme los recuerdos de mi mujer y de mi hijo; el fantasma de la fiebre amarilla, que bien puede estar asechándome hasta debajo de mi mismísimo lecho, y el estridente silbido de alacranes invisibles y ponzoñosos que quizá me acometan durante el sueño. . .

22 DE DICIEMBRE. —Despertar fantástico, á los acordes

de orquesta ambulante que pasa por frente á mis ventanas tocando música fúnebre; deben detenerse en cada esquina, pues oigo intermitentemente que los ejecutantes entonan algo á modo de salmodia.

En la duda de que ello fuese demostración en mi honor, con apresuramiento salto de la cama, mal me lavo y visto, y salgo al corredor en busca del hostelero, que es español, cojo y simpático. Sin el menor disimulo se me ríe en las barbas á carcajada tendida cuando le pregunté si la música y los cantantes que acababa yo de escuchar formaban parte de alguna manifestación con que me felicitaran.

—¡Qué manifestación ni qué ocho cuartos!—me dice en medio de sus carcajadas,—esto es un entierro, señor Ministro. Aquí lo entierran á uno con cante y música, y esta calle queda camino del cementerio.

Para neutralizar su risa y dándomelas de filósofo, le replico:

—Así quedan las calles de todas las ciudades del mundo.

Regresé á mis habitaciones, me encontré levantados ya á Meneses y á Ugarte. Meneses me pregunta con asustada cara si he oído la música, y Ugarte, que ríe de modo *sui géneris*, en do mayor sostenido, confirmó las explicaciones del hostelero á propósito de los entierros con *canto*.

El resto de la mañana, lo empleo en recibir á todos los Ministros del Gabinete que vienen á saludarme.

Después de almorzar, voy á Santa Tecla á visitar al Presidente Regalado, en compañía del Dr. D. Fran-

cisco A. Reyes, hermano político de Regalado y excelente amigo mío desde su llegada á Guatemala como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de El Salvador. Reyes ha hecho el viaje conmigo.

En cuanto llegamos, fuimos recibidos por el General, después de que la guardia del cuartel que se halla al lado de la modesta casa presidencial, y la del cuartel de Policía, que se halla á su frente, presentaron armas á mi individuo. Ya me acostumbré á esto.

Muy interesante la figura del joven General D. Tomás Regalado. No representa más de treinta y cinco años de edad; es excesivamente flaco, de rostro exangüe, de grandes ojos interrogantes y dulces, y tan parco en carnes como en palabras; habla en voz más bien baja, despaciosa, sin perder de vista á su interlocutor y llevando de tiempo en tiempo, por nervioso tic, la mano derecha á su mutilada mano izquierda que conserva siempre sobre el muslo del mismo lado, y á la que, con excepción del pulgar, fáltanle los demás dedos; falta que él disimula infantilmente llevándola enguantada. Precisamente á causa de esa extrema frialdad, compréndese al verlo que ha de ser, en efecto, hombre inconmovible frente al peligro y frente á la muerte, á la que ha galanteado de cerca tantas veces. Se comprende que se haya lanzado solo casi, á la toma de un cuartel; se comprende que cuando lo agredieron á tiros en las calles de San Salvador, ni por un instante violentara su moderado andar de valiente; y enternece el recuerdo de la poética leyenda que corona su juvenil matrimonio por amor; leyenda que consiste en suponer que uno de sus sonados triunfos de guerrero

adelantóse á perturbar los castos sueños de la entonces doncella recatada y hoy dignísima esposa suya, la que entre pudores y alborozo quiso presenciar desde la ventana de la casa paterna la triunfal entrada del soldado victorioso, y al conocerlo—la realidad no le deshizo la quimera!—prendóse de él, y como á él le ocurriera otro tanto, al poco tiempo estuvieran unidos con indisoluble y legítimo lazo.

No puedo decir si Regalado será un talento, pero sí digo que al despedirme de él en aquella primera entrevista, al estrechar su diestra completa y franca, sentí que estrechaba la mano de un hombre, y, cualidad mucho más estimable para nosotros, que estrechaba la mano de un hombre que ama á México.

A mi regreso á San Salvador, aguardábanme en el hotel con serenata y banquete inesperados, que mis nuevos y expresivos amigos los salvadoreños tenían preparados para recordarme que hoy ajusto 35 años de vida.

Con el champaña que bullía á los postres, con los brindis íntimos que se pronuncian sin levantarse de la silla, sobre la mesa las copas, los semblantes muy cerca y muy plácidos, y los espíritus todavía más plácidos y más cerca, deseáronme una porción de cosas, bebieron por mi porvenir, por mi carrera literaria y por mi carrera diplomática, por México; y como á alguien le ocurriera brindar también por mi hijo—el rey de mi alma de quien acabo de separarme—sólo les contesté con la mirada, y, á semejanza del enamorado de Rubén Darío, bebí el vi-

no y bebí una lágrima, que me supo mucho más dulce que el vino.

23 DE DICIEMBRE.—Invitado por el Presidente Regalado, en unión de varios amigos, estuve en la tarde de hoy en Santa Tecla, donde asistí en calidad de actor á unas fiestas que se celebran aquí todos los años y que se llaman «entradas.»

Cada barrio de la ciudad y de los pueblos vecinos, celebra la suya; hasta San Salvador, la capital, contribuye.

Consisten las tales en una pintoresca procesión que mucho evoca la dominación española. Encabézala la banda militar que aquí se denomina «Banda de los Altos Poderes;» siguen á ésta muchachos del pueblo quemando cohetes; después, los miembros de la Municipalidad; detrás de ellos, el Presidente de la República, algunos de sus Ministros, invitados de categoría y el Gobernador de la provincia; luego, en deliciosa promiscuidad, las damas principales, las jóvenes más bellas, las mujeres del pueblo con trapos de cristianar.

De estas últimas descuellan por su lujo y garbo las muchachas trabajadoras que en El Salvador portan el eufónico nombre de «mengalas.»

Inmediatamente después, van los «Gigantes y Cabezudos» y una partida de «Moros y Cristianos» que á cada esquina, en que detiénense á bailar baile epileptiforme, tíranse fingidos mandobles con fingidos espadones, que se estrellan en fingidos escudos y corazas.

Mientras dura la pelea, los gigantes y cabezudos de car-

tón pintarrajeado y de vestimenta de pesadilla, ora oscilan á modo de ebrios ó de sombras, ora asómanse á los tejados de las casas bajas, como para aspirar el perfume de las copas de los árboles, que los monigotes sobrepasan con su artificial estatura. A lo último va el pueblo: hombres, mujeres y chiquillos, encantados todos con la diversión; y por remate, en un carro alegórico del que tiran bueyes, —lo que le da aspecto de carro sagrado,—encaramada en tosco y primitivo trono, mírase, haciendo el grave papel de divinidad, á alguna chiquilla agraciada y rubia, vestida de blanco.

La luenga procesión, contemplada según yo la contemplo, desde unos portales que bostezan sobre la plaza principal del pueblo, despierta ideas de existencia patriarcal y anterior á éstas de luchas homicidas que han ensangrentado y ensangrentando siguen á toda nuestra neurasténica Hispanoamérica; se siente uno criatura y casi lo asusta la talla desmesurada de los gigantes y cabezudos que continúan su marcha á trompicones; dan ganas de eternizar la diversión y esos momentos tan candorosos, inocentes y puros.

Y por lo que hace á la democrática mescolanza de gobernantes, damas y pueblo, experimenta uno deseos de aplaudir, sobre todo, si como yo, se viene de país en el que su presidente, por temores más ó menos justificados, la rarísima ocasión que en público se presenta, realízalo tras de triple y circular muralla de militares y policías.

La confianza que el General Regalado demuestra tener entre sus gobernados, trae fatalmente á mi memoria a no menos absoluta del General Díaz, quien, sin som-

bra de recelos y lo mismo á pie que en carruaje, á diario mézclase y confunde con el pueblo mexicano, de cuyo seno ha subido hasta la presidencia de la República, y que bien merece, por esta y otras causas, que en lugar de temérsele, lo estimen y reverencien.

27 DE DICIEMBRE.—Tres días de vivir sonambúlico casi, saliendo de una manifestación espontánea y cariñosísima de las autoridades ó de los particulares, para entrar en otra no menos cariñosísima ni menos espontánea de los particulares ó de las autoridades. De todas las calles, de todas las casas, de todos los corazones salvadoreños, un inmenso, múltiple y noble himno de gratitud hacia México; condición que trueca mi permanencia en esta ciudad, en una especie de ensueño; que engendraría en mí, si no fuera mexicano por los cuatro costados, un culto á ese México tan amado en país distante; el sufrido y heróico centinela de nuestra raza en el Continente, según puede demostrarlo con las elocuentes cicatrices de determinadas fechas que responden á determinados períodos luctuosos de su vida, en los que su independencia háse hallado á punto de zozobrar; y que ahora, en su actual período de progreso y acrecentamiento de fuerza, se acuerda de sus hermanos más pequeños, contempla simpáticamente á los más remotos y anhela que agrupados todos en un solo cuerpo, reciban de buen grado en su frente de naciones libres el desinteresado ósculo de paz, que por ejemplo en el viaje mío, envía desde luego á estas cinco feraces repúblicas centroamericanas.

Pero ninguna de las manifestaciones con que hasta hoy he venido siendo honrado, impresionáronme al punto que me conmovió la de esta noche, la que el pueblo en masa de la capital (más de cinco mil personas), llevó á cabo en plena calle, frente á mis habitaciones del hotel del «Nuevo Mundo.»

Ha habido de todo: cohetes de luz, serenata, discursos entusiásticos, y en el centro de la muchedumbre aglomerada, el retrato del General Díaz en hombros de un grupo de salvadoreños, alumbrado por candelabros con bujías de cera y sirviendo de lazo de unión á las banderas de los dos países.

Cuando, después de los discursos de ellos, me exigieron que hablara, no supe lo que contesté; sólo sé que durante unos veinte minutos dí suelta á mi agradecimiento y les hablé más con el corazón que con palabras.

El pueblo, igual en esto á todos los pueblos, se conmovió; los próximos á mí me aplaudieron porque me oían y los demás porque oían aplaudir; el pueblo, digo, exigió mi salida, y yo salí para caer en brazos desconocidos que me inspiraban confianza absoluta, que me estrechaban, que me estrujaban, que tiraban de mí, y que por último colocáronme en el mismísimo centro de la impenetrable masa humana, con la que emprendí, en vilo ó poco menos, triunfal paseo por las principales calles de San Salvador. Instantes de delirio inolvidable: el espíritu de un pueblo exteriorizando su gratitud por otro, bajo la bóveda estrellada de un cielo tropical.

En el parque de Morazán, donde nos desbordamos, el entusiasmo rayó en locura, pero locura benigna, la

que ataca á las multitudes cuando no están animadas de una mala pasión. Desde las gradas del pedestal que corona la figura en bronce del prócer que da nombre á la plaza, arengué de nuevo á este amigo múltiple y formidable, en cuyas entrañas había peregrinado por la ciudad; contestáronme ministros del gabinete, individuos particulares, obreros inteligentes; las notas de nuestros respectivos himnos, por la millonésima vez, subieron hasta los astros en portentosa ascensión de símbolo, y el retrato del Presidente de México, siempre en hombros y siempre alumbrado por las bujías de cera, veíase á lo lejos, por sobre el encrespado mar de cabezas, que se inclinaba, cual si hasta el cromo sintiérase entusiasmado y rindiera gracias mudas á la imponente y solemne manifestación popular.

29 DE DICIEMBRE.—En camino de hierro hasta Santa Ana, capital del Departamento del mismo nombre, al Occidente de la República y á la falda de uno de sus volcanes en actividad.

Famosa por la exagerada valentía de sus hijos y por encontrarse muy próxima á la histórica Chalchuapa, que á su vez hállase á unos cuantos pasos de la frontera con Guatemala. Chalchuapa es histórica, porque allí encontró la muerte el dictador guatemalteco J. Rufino Barrios, el año de 85.

En Santa Ana, aunque con menores proporciones que en San Salvador, fuí festejadísimo.

Sólo permanecí dos días.

31 DE DICIEMBRE.—En el nuevo club de San Salvador, en el baile con que despiden al año que se consume.

No obstante que señoras y caballeros logran con su extremada cortesía hacerme pasar muy agradable velada, cuando á las doce de la noche, reunidos en el *buffet*, se apuró la tradicional copa de champaña, símbolo de deseos que se formulan en frases cortas por nuestras dichas recíprocas, al mirar cómo los novios se buscaban y los matrimonios estrechábanse las manos, y se abrazaban los amigos, nube de tristeza invadió mi espíritu; me reconocí viajero y solitario, me hacían falta los adorados huéspedes de mi alma, que á esta hora, ella estaría pensando en el ausente, y él, confiado ha de dormir en su cuna sin saber todavía ni por qué ha nacido ni por qué vive. . .

Y abandoné el baile, sin abrigo ninguno porque el cálido clima no lo consiente, pero bien envuelto en melancolía dulcísima que me adormeció y arrulló en mi vulgar cuarto de hotel, hasta el que penetraba, por la ventana abierta y poetizada con tiestos de geranios y violetas, un desmayado rayo de luna.

# 1900

1º DE ENERO.—(San Salvador.) En una quinta de Santa Tecla, propiedad del adinerado y hospitalario súbdito británico, Mauricio Duke, que ha ofrecido almuerzo patriarcal para reunir á sus hijos y á sus nietos. Los extraños somos pocos, de ellos el General Regalado y yo.

Una llamarada, despedida por las cenizas de mi juventud: tengo el esbozo de un idilio, que dura menos que la fugaz llamarada.

En la noche, gran banquete que el casino Salvadoreño ha organizado en mi honor, con absoluta exclusión del elemento oficial, para que no pueda interpretarse que la fiesta fué aconsejada ó ayudada por miembros del Gobierno.

Pequeña *eironeia:* un intelectual salvadoreño que estuvo hace varios años de ministro plenipotenciario de su país en el mío y que en ese carácter fué invitado á uno de los banquetes anuales con que se obsequiaba entonces á nuestro ministro de Justicia é Instrucción Pública, don Joaquín Baranda, pronunció un brindis que le fué muy aplaudido. Algún comensal me presentó á él, explicán-

dole que yo pertenecía al Cuerpo Diplomático Mexicano y que á principios de mi carrera había visitado estos países de Centroamérica. A pesar de tal explicación, el ministro salvadoreño no me hizo gran caso, y ahora que con parecida brillantez á la de que hizo gala en su brindis de México, le oigo brindar por mí, aquella reminiscencia se me aparece con precisión cinematográfica y me obliga á formularme esta pregunta dentro de mí mismo: ¿Será que por lo mucho que me ha costado, después de vivir en tierras bajas, este mi ascenso á una cumbre, aunque sea temporal, que no padezco vértigo de las alturas y por ello me fijo y aprecio á hombres y cosas?...

Detalle benévolo: en el *menú* del banquete hay un plato «á la Gamboa» y otro á «la Metamorfosis.»

2 de enero. —En el Palacio Municipal, un baile de *Mengalas.*

Llámase aquí mengalas á las muchachas del pueblo que trabajan. Forman verdadera categoría y son, en lo general, agraciadas de rostro y muy airosas de cuerpo; distinguidas á su manera en el vestir; llevan desnudos los brazos y la garganta; tienen marcada predilección por los colores fuertes para la enagua y para el chal, que saben terciarse con señorío, y algunas no carecen de elegancia.

Ningún salvadoreño, por elevado que se halle, desdéñase en tratarlas con cierta igualdad afectuosa y recíproca. Aunque de cuando en cuando una de ellas se descarríe, es lo común que contraigan matrimonio legítimo, con obreros, y que sin dejar de pertenecer á su

gremio popularísimo, se olviden de las alegrías juveniles y se transmuten en buenas madres de familia.

Poseen otra cualidad que las hace por todo extremo simpáticas: son patriotas y son valientes; y en más de una ocasión, de las muchas en que se han ensangrentado las calles y los campos de este levantisco y batallador rinconcito centroamericano, se las ha visto animando á los hombres (que poco necesitan de semejante estímulo), y se las ha visto igualmente, en lo más empeñado de la refriega, cargar rifles, recoger cartuchos, curar heridos y endulzar agonías.

El baile resultó animadísimo; bailamos unas cuadrillas de honor en las que la mengala que acompañaba al Presidente de la República lucía en su chal los colores mexicanos y la mengala que á mí me tocó en suerte, ostentaba en el suyo los colores salvadoreños. En la cena, rociada con más brindis que vinos, todo se volvió frases de encomio para México y sus héroes, para su pasado, para su Gobierno. Y como quien no quiere la cosa, cuando salimos á la calle nos encontramos con que la luz del nuevo día salía también.

Mientras más observo al pueblo salvadoreño, más simpático me resulta. Me refiero al pueblo legítimo, al de verdad, no al falsificado que nos sirven en sus decretos y en sus discursos casi todos los gobiernos y casi todos los parlamentarios hispanoamericanos.

3 DE ENERO.—Ni el General Cañas ni Vicente Acosta han dejado de verme un solo día.

El General, que es un gran madrugador, no comprende cómo puedo quedarme en la cama hasta después de las diez, en este clima tórrido. Y cuando entra á despertarme á diario, lo hace regañándome á gritos; gritos y regaños que me obligan á abrir los ojos quieras que no, sonriente y agradecido á este viejo honorable y talentoso, que al igual de una criatura, lleva el corazón en la mano con inmenso cariño para sus amigos, por mucho que intenten disimularlo sus grandes voces destempladas y las palabrotas de campamento con que entrevera su hablar inteligente y pintoresco.

En la mañana de hoy, que hemos hablado sobre Rubén Darío, mientras yo me afeitaba, por poco no me degüello de la risa que me provocó oirle contar la receta propinada al poeta para que se marchara á Chile, hace varios años. Debo advertir que el General Cañas es un idólatra de Chile, en donde estuvo de joven, y de México, en donde ha estado de viejo.

Me contó que Rubén Darío anhelaba ir á Santiago de Chile, pues no consideraba que los horizontes de Centroamérica fueran bastantes para el completo desarrollo y perfecto lucimiento de su inteligencia. Y como los dineros de que dispusiera en aquella época estuviesen en razón inversa de sus anhelos, consultó el problema con Cañas, y se registró el siguiente diálogo:

—(*Cañas*) ¿Por fin te vas á Chile? Ya te he dicho que allí está tu porvenir; que por estas tierras nuestras no harás letra nunca; que tu talento reclama escenario más amplio, etc., etc., etc.

—(*Rubén Darío, muy compungido*) Pero, General,

¿con qué quiere usted que me vaya, si no tengo una peseta?

—(*Cañas*) Que te mande el Gobierno.

—(*Rubén Darío*) Ya lo intenté, pero no lo consigo.

—(*Cañas*) Procura que la compañía de vapores te lleve gratis, aunque te exijan que trabajes tu pasaje.

—(*Rubén Darío*) También lo intenté ya y he obtenido la misma negativa. . . ¿Cómo irme, General? . . .

—(*Cañas, después de instantes de reflexión*) Pues á nado, ¡ajo! pero vete. . .

Vicente Acosta también está hoy de vena.

Después de saludarme con los aires medio hipnotizados que á las veces se gasta; después de apurar dos *whiskies* dobles, con trágica reserva anúnciame que sabe de muy buena tinta que el Gobierno de El Salvador, como me ha declarado huésped de la nación, no consentirá que yo pague ni mi alojamiento.

—Hay orden—me dice bajando la voz cual si me propusiera que juntos perpetráramos algún asesinato,—hay orden, te digo, de que en este hotel hasta dinero te den si lo solicitas. . . (*en voz más baja todavía*) creo que por lo pronto deberías pedir unos cinco mil pesos. . .

A mi regreso de una tarde de campo que me ofrecieron en los alrededores de San Salvador, en el precioso sitio que se llama «Los Mexicanos,» porque, dícese, allí acamparon las fuerzas invasoras del General Filísola, encuéntrome en el hotel con una pastorela infantil que una agrupación me ha organizado.

Por lo pronto interésame; chiquillos y chiquillas en traje de carácter cantando y bailando no del todo mal; pero la cosa se prolonga durante dos horas y el interés se esfuma para dejar el puesto al cansancio.

4 DE ENERO.—Almuerzo íntimo con el General Regalado y su familia.

Por la tarde visito, en unión de los Ministros del Gabinete, diversos edificios públicos, en cuenta el famoso *Hospital Rosales*, aún por inaugurarse, que llama mi atención no tanto por su distribución científico–moderna de pabellones aislados, habitaciones octágonas, pisos asépticos, etc., etc., cuanto por ser todo él fabricado de lámina, cosa que veo por primera vez.

Todas las planchas que componen el enorme inmueble y sus múltiples dependencias, fueron importadas de Bélgica, de donde también vino un ingeniero encargado de armarlo. Como observara yo que en su interior no se experimenta ni mucho calor ni mucho frío, explicáronme el secreto de la igualdad en la temperatura, mostrándome que las paredes entre sí tienen un hueco de medianas proporciones.

Por la noche, la guarnición de la capital ofréceme una retreta, y el Subsecretario de Guerra encargado del Despacho, Coronel don Jacinto Castro, en unión de toda la oficialidad vestida de gala, me la dedicó con el siguiente expresivo discurso:

«Señor Ministro:—A nombre del Ejército Salvadore-

«ño, á cuya cabeza se halla hoy el señor General Rega-
«lado, vengo á presentaros como al representante de la
«Nación Mexicana, el homenaje sincero de su cariño y
«admiración hacia aquel querido pueblo hermano, que
«siempre ha tenido impulsos generosos y palabras de
«aliento para El Salvador.—Vos, que representáis tan
«dignamente á vuestro Gobierno y á vuestro Pueblo, re-
«cibid el homenaje del soldado como prueba de la grati-
«tud imperecedera que abriga en el fondo de su cora-
«zón.»

5 DE ENERO.—Despedidas y arreglo de baúles; me embarco mañana en Acajutla, rumbo á Costa Rica.

Iré con D. Francisco A. Reyes, nombrado Plenipotenciario de El Salvador en la misma Costa Rica. Entre él y yo obtuvimos del General Regalado que Vicente Acosta vaya como Secretario de esa Legación.

Desde el tren especial que nos conduce á Sonsonate, donde sé que me han preparado gran ovación de despedida, contemplo uno de los espectáculos más grandiosos que me haya sido dable contemplar.

El Izalco, el viejo volcán incansable é iracundo, que á mi llegada tanto me sorprendió con su penacho de humo denso y de color plomizo, ahora, en plena noche, acaba de seducirme por completo. En vez de ese penacho, veo intermitente y colosal columna de llamas, que por la fuerza y derechura con que sube, diríase que fuera á vengar añejos resentimientos subterráneos contra la bóveda celeste, cuyas estrellas palpitan como amedrenta-

das de que en efecto fuera la cólera de Atlas á alcanzarlas y á herirlas en su alto trono . . . La llamarada se cansa, no sube más, y, de súbito, de un solo golpe, se viene abajo y se desgaja por la abrasada cima de la montaña; ya no son llamas, lo que rueda es una babilónica lluvia de oro, millones y millones, que antes de que mi fantasía y mi codicia atinen á evaluar, apáganse y desvanécense, con la misma rapidez y el mismo silencio con que se desvanecen y apagan todas las riquezas y las glorias todas de la vida. . .

Llegamos á Sonsonate, que por nosotros se encuentra enfiestado.

Hay comida, alocuciones, iluminación, y una copa de champaña en el Casino, donde los francmasones me agasajan por haber procurado la libertad de un hermano suyo que llevaba tiempo de encarcelado en la Penitenciaría de San Salvador.

6 DE ENERO.—El propio tren expreso que anoche nos llevó hasta Sonsonate, hoy nos dejó en la mañana en el nuevo muelle metálico de Acajutla, algo distante del muelle en que yo desembarqué, situado en lo que se llama Puerto Viejo. Declaráronme padrino del flamante brazo de hierro.

Como todavía no está en servicio, el descenso á la barca no deja de ofrecer sus peligros, que nosotros sorteamos entre risas y ficticias valentías.

Con porción de honores llegamos á bordo del «Mapocho,» sucio y descuidado inválido de la Compañía Sur–

Americana de Vapores, y á las cuatro de la tarde, con mar tranquilo y hondamente azul, levamos anclas.

8 DE ENERO.—Frente á Puntarenas, de Costa Rica, después de haber hecho escalas en el puerto salvadoreño de la Libertad y en el nicaragüense de Corinto.

A pesar de que equivocadamente anunciamos Reyes y yo al Gobierno de San José que llegaríamos por la vía de Panamá y Puerto Limón, circunstancias de orden privado nos obligan á desembarcar en el ardientísimo lugar de Puntarenas, donde las autoridades, aunque desapercibidas á recibirnos, en cuanto saben de nuestra presencia á bordo, se nos muestran muy atentas y benévolas.

Ganamos el muelle luchando con furiosos tumbos; saltamos á tierra, más bien dicho, nos encaramamos en ella, y mientras aguardamos que llegue de Esparta el tren expreso que ha de venir por nosotros, con una temperatura digna del Congo recorremos el puerto pintoresco, que por lo poblado y espacioso es, sin disputa, el mejor de los puertos centroamericanos sobre el Pacífico, excepción hecha de Panamá que no conozco, pero incluyendo á Corinto, que sólo como puerto y gracias á las muy buenas condiciones de su pequeña y abrigada bahía, supera á Puntarenas.

Tres cuartos de hora en camino de hierro y hétenos en Esparta!!! . . .

Esparta, ¡oh irrisión! resulta un poblacho, á pesar de su pomposo nombre y de ser cabecera de un cantón con 1245 habitantes.

Llegamos al obscurecer y nos instalamos en un pseudo-hotel, tan desaseado é incómodo, con habitaciones tan imposibles, que las fementidas ventas del «Quijote» resultan alcázares junto á esta *trattoria.*

Para colmo de desventuras, nos lo encontramos atestado de comediantes; unos cuarenta, entre actores, actrices, chiquillos y empresario. Casi todos son españoles, con lo que queda dicho que hablan á gritos ó insolencias. Pronto hacemos amistades y somos informados de que la tal compañía es ambidextra, y lo mismo se tira sobre «La Verdad Sospechosa» y «Mar sin Orillas,» que sobre «Marina» y «Marcha de Cádiz.»

Sin poder remediarlo, debido á mi eterna debilidad por la gente y las cosas de teatro, en seguida se me hacen simpáticos y en seguida me interesan; póngome á despotricar con el barítono, corpulento mocetón de botas amarillas, camisa de franela, sombrero de palma, barba de tres días y polvo de penosa caminata, circunstancias las tres que más bien préstanle aspecto de capitán de bandoleros.

Todos van contentísimos, parece que los sueldos han andado al corriente y que el clima no los ha perjudicado. Ahora se lanzan á Nicaragua nada menos.

Es bien curiosa la fisonomía del grupo: el empresario con su poquillo de despotismo; los actores y actrices—según sus jerarquías é historias particulares—mal encarados ó risueños, cuidando las solteras con verdadero cariño de los hijos ajenos; actuando los solterones de filósofos, sólo preocupados de un buen trago, de un mediano cigarro, de una copiosa cena y de que en su cuar-

to cuelguen una hamaca para dormir frescos; se encuentran rendidos, magullados, renegando de lo largo del camino y del homicida trote de sus caballerías. El tenor cómico no se despega de las nalgas entrambas manos.

Después de acostar á la chiquillería, échanse sobre la cena con tan recio apetito, que en un tris estuvo el que nosotros nos quedáramos ayunos de alimento.

Vicente Acosta, que no les ha despegado la vista, opina, y con razón, que el conjunto es un cuadro arrebatado á páginas del «Gil Blas de Santillana.»

Mientras los comediantes hacen la digestión sentados en medio de la calle, entre conversaciones tumultuosas, humo de cigarros y proyectos de enriquecimientos próximos, nosotros despachamos nuestra colación, nos ajustamos las sobrecalzas de cuero, y con la esperanza de ir á dormir en San Mateo, caballeros en sendas mulas de alquiler, nos partimos entre ocho y nueve de la noche del pobre parador *espartano.*

Es la primera vez de mi vida que en larga extensión cabalgo de noche. Lo encuentro delicioso; como no hay sol, tampoco hay calor, y á la luz de la luna hemos venido recorriendo anchos senderos misteriosos, hemos cruzado dos puentes y tres arroyos, y á la una de la madrugada hemos dado con nuestros cuerpos molidos en uno de los *soi-disant* hoteles de San Mateo.

Porque ya funcionó el telégrafo, el Gobierno costarricense instruído de nuestro arribo, ha *corrido* las órdenes necesarias para que se nos trate lo mejor posible. De ahí

que saliera á encontrarnos hasta las goteras del pueblo un individuo que nos atajó el paso y que,—cúlpese á las sombras del camino,—en un principio diputamos por malhechor. Por suerte nos identificamos á tiempo mutuamente; éramos, nosotros, *los altos personajes* que él aguardaba, y él resultó ser mi señor jefe político del partido; nos resultó algo más: varón cortés, y, por añadidura, veracruzano de nacimiento, arrojado hasta estas comarcas al cabo de algunos tumbos y de un puñado de años en Panamá y Venezuela. Condújonos hasta el hotel, participó del tenteempié que en él se nos brindó y se despidió diciéndonos:

—«Hasta luego» . . .

Preocupado desde mi salida de Guatemala con la ponzoñosa fauna diminuta de los climas intertropicales, vengo con la obsesión de víboras, tarántulas, alacranes y demás bichos que en estos lugares fama es que se producen á millones; por lo cual mi miedosa curiosidad no resistió, y antes de que se marchara mi compatriota veracruzano, lo interrogué en forma, aunque echando la cosa á la broma:

—¿Y qué tal de víboras, paisano? . . .

—¿Aquí? . . . Muchísimas, San Mateo es famoso por ellas, hasta en la calle se las encuentra usted . . . A eso obedece que no haya yo prohibido el que los cerdos vagabundeen, dicen que se las comen. . .

Y se fué, tan fresco, cual si me hubiera instruído de que en San Mateo aún se ataba á los perros con chorizos de Extremadura.

Francisco A. Reyes, más que de mi pregunta, rió del efecto que me causaba la respuesta, y aseguróme, con su tantico de filosofía, que el que víboras busca, encuentra víboras.

Vicente Acosta titubeaba entre reírse á su vez de mis pavuras ó quedarse serio; transigió comiéndose su cena y buena parte de la mía, y dando orden de que lo que deja se lo guarden para cuando despierte mañana. . .

¡Vaya una noche la que paso! Tumbado en un temblequeante camastro, que soporta colchón relleno de guijarros, según lo que se me hincan sus duros promontorios cada vez que me muevo, no puedo pegar los ojos, á pesar de mi grandísimo cansancio . . . Parece que todos los animales de San Mateo se propusieron darme en notas altas la bienvenida, y ha sido una de ladrar de peos, cacarear de gallinas, cantar de gallos, mugir de bueyes, y mayar de gatos que ni Noé en su arca los oiría mejores . . . En la estancia, Reyes, Vicente Acosta y Meneses roncaron desaforadamente. . . hubo momento en que me creí transportado á planeta diverso.

9 DE ENERO.—Cuando conciliaba yo el sueño y apenas divisábase luz palidísima de aurora, por las rendijas del balcón colándose en el cuarto, llamaron á la puerta.

Era el Jefe Político que iba á despertarnos para que siguiéramos nuestro camino hasta San Jose. Salté de la cama y le franquee la entrada.

—¿Pues, qué hora es?

—Las cinco y media, paisano; por eso cuando me despedí de ustedes, hace poco, les dije: «hasta luego» . . .

Y dió principio el ajetreo previo á nuestra partida.

Arriba, en donde nosotros hemos pasado la noche, mientras nos preparaban los desayunos, lavámonos sucesivamente en un solo barreño y nos vestimos de prisa, víctimas del característico afán de llegar al término de un largo viaje. Vicente Acosta, reclamó la porción de cena que había mandado guardar la víspera.

Abajo, en el corral y en el patio, pusiéronse á asear y á enjaezar á las bestias. El oficial ayudante que de orden de las autoridades de Puntarenas viene acompañándonos, no nos permitió que liquidáramos el importe del alojamiento.

Con la fresca, á las seis, salimos de San Mateo en alegre cabalgata; á la delantera Vicente Acosta, caballero en un mulo poco afecto á caminar acompañado, y carente de boca, de obediencia y de pelo en muchas partes de su cuerpo anguloso; por lo que Vicente resuelve dejarlo hacer lo que mejor le plazca.

A cierta distancia se nos separó el Jefe Político, y al cabo de la hora y media de trote, dimos principio, á fuerza de espolazos, á la fatigosa ascensión de la por todos títulos endiantrada y tremenda *Cuesta del Aguacate*, en la que á cada paso veíamonos forzados, so pretexto de que las bestias respiraran, á interrumpir la marcha, para, en realidad, respirar y descansar nosotros. La vegetación exuberante.

Meneses, á causa de su flacura extrema, de las polainas que le vienen grandes y del cansancio, ha ido estirándose hasta lograr sobrada semejanza con el ingenioso hidalgo manchego. Iba sin chistar palabra y sólo

reanimábase cuando de tiempo en tiempo determinábamos dar un tiento á las cantimploras.

En la cima de la cuesta, en un ventorro, cruzámonos con otra caravana de la que formaba parte chica guapísima que nos alegró la vista y el espíritu con su saludo y su apostura. Reyes, de puro entusiasmo, resolvió comerse en honor de la muchacha una caña de azúcar; Vicente Acosta improvisóle medianejo madrigal; yo, suspiré de admiración y de lo adolorido que me tenía mi mula; Meneses se descubrió con respeto, y el oficial ayudante, á guisa de estímulo, nos aseguró que en la ciudad de San José abundan las jóvenes de ese porte.

A las diez de la mañana y con un sol que no nos merecíamos, concluímos de transponer la cuesta; y por más que arreamos á nuestras cabalgaduras, no pudimos llegar á Atenas hasta cerca del medio día.

¡¡¡Atenas!!! . . . Y cuán distante quedas del Pireo. . .

Es un villorrio, aunque infinitamente superior á Esparta, también infinitamente inferior á lo que nombre tan sagrado prometiera.

—¿Por qué habrán padecido en Costa Rica de esta manía de helenismo agudo? . . .

En el ancho y bien cuidado camino carretero que desde la falda de la cuesta del Aguacate conduce á Atenas, adviértese á cada kilómetro un poste metálico elegante que marca el número de aquéllos; las malas lenguas costarricenses cuentan, sin embargo, que los tales no son muy verídicos y que las leguas que anuncian, en ocasiones son más largas y en ocasiones más cortas que las legítimas; la gente del pueblo llámalas «leguas del ca-

cho» en memoria de un celebérrimo cuerno de buey siempre lleno de *wiskey*, que el ingeniero que trazó la ruta apuraba cuando tenía sed; como su sed, dado su origen británico, era, aunque constante, muy irregular, donde le apretaba requería el *cacho* y donde vaciaba el *cacho* clavaba el poste.

Nos recibieron en Atenas con espléndido almuerzo guisado por negro de Jamaica, *cordon bleu de son état* y músico de afición, pues al acabar de servirnos la comida hizo gala de sus talentos en el acordeón regalándonos con algunos aires casi intraducibles.

De acuerdo con la universal costumbre en países cálidos, de hacer la siesta, hasta después de ella no se nos presentó el Jefe Político *ateniense*, llevándonos dos buenas noticias: primera, la muy atenta respuesta que el Presidente D. Rafael Iglesias se había servido enviarnos por el saludo telegráfico que desde Puntarenas le dirigimos Reyes y yo: segunda, el halagüeño anuncio de que para concluir el viaje, disponíamos de magníficos caballos que el Gobierno puso á nuestra disposición.

Aupándonos mutuamente, nos encaramamos en ellos, y salvo una furiosa caída que sufrió el sirviente de Reyes, no registramos más novedad en este viaje *equinorial* principiado á las cinco de la tarde y terminado en Alajuela á las nueve de la noche.

En Alajuela aguardábanos un hermano del Presidente de la República, un edecán del mismo y las autoridades locales.

No obstante la fiebre amarilla que está devastando la

comarca, afectuosamente obligáronnos á aceptar cena copiosa.

Media hora de camino de hierro y arribamos á San José de Costa Rica. En la estación había diversas personas y aun personalidades, de éstas el Subsecretario de Relaciones Exteriores.

Nos empacaron en un carruaje de la Presidencia, pero yo estaba tan horriblemente cansado, que apenas si me percaté de que la ciudad prometía ser bonita. Todo derrengado, llegué al «Imperial Hotel,» de aspecto agradable.

No hubo descanso todavía, sino una copa más de champaña, de bienvenida.

Sonambúlico, dí al fin con mis huesos en cama mullidísima, y en seguida, como un chiquillo, sin pensar, me invadió sueño de plomo.

10 DE ENERO.—(San José de Costa Rica.) Mi fantástica impresión de anoche, lejos de desvanecerse, se ha acentuado en el curso del día de hoy. La ciudad de San José, dentro de su pequeñez, no sólo es bella sino simpática al extremo. Tiene mucho de las ciudades nacientes de los Estados Unidos, con la circunstancia á su favor de no haber perdido este sello español común á toda nuestra América; sello de que es moda maldecir, pero que á mí me subyuga.

Y al César lo que es del César: ha sido aquí, en San José, donde por primera vez contemplo un tranvía eléctrico.

El Subsecretario de Relaciones Exteriores, encargado ahora del Ministerio, es Justo A. Facio, colombiano de origen, con lo que dicho queda que es literato de buena cepa. Desde luego, hicimos buenas migas que me prometo amasar hasta lograr que formen, si no buen pan, buena levadura siquiera.

En unión suya fuí á saludar al Presidente de la República, D. Rafael Iglesias, quien, *prima facie*, paréceme ser el gobernante más inteligente y progresista, hoy por hoy, de toda Centroamérica. Es joven, de buena cuna y buena moral, á lo que parece talentoso é instruído, sin duda ninguna trabajador, y lo que más conviene en un gobernante, ambicioso en el buen sentido de la palabra. Creo no equivocarme al profetizarle que está llamado á representar con brillantez papel principal en Costa Rica, su tierra, y en los demás Estados centroamericanos; mira lejos y no se doblega; nutre planes vastos y amplísimos, nada menos que edificar patrias grandes y fuertes.

Pronto nos hemos entendido y juntos hemos combinado un proyecto de protocolo al que habrán de adherirse los cinco gobiernos de estas regiones, á efecto de deponer antiguas ó modernas rencillas, las rivalidades perennes que entre sí los distancian y los odios que, creeríase, fueran inextinguibles.

Como caso que la reconciliación se lleve á cabo, toda ella será bajo la égida de México, yo trabajo con extraordinario ardimiento; pues México en este caso, no sólo no amenaza á ninguno de los cinco países, ni por débiles pretende humillarlos, ni los obliga á plegarse á exigencias ominosas, sino que se concreta á proponerles que

honradamente se abracen y se lancen de buena fe, por ahí, en busca de más progreso y de un poquito de dicha.

Esta noche, diversos literatos costarricenses me fueron presentados en el «Club Internacional.» Sin contar á Máximo Soto Hall, escritor guatemalteco á quien conocí en su país hace unos doce años y que hoy es aquí Cónsul General de su tierra, llamó particularmente mi atención un joven, Agustín Luján, hijo de viejo mexicano avecindado de muchos años atrás en Costa Rica, en la que alguna vez ha sido Cónsul de México.

12 DE ENERO.—Paseos incesantes por este diminuto paraíso centroamericano. ¡Qué aseo y qué coquetería! ¡Cuánto no diera Guatemala—á pesar de su innegable mayor importancia—por lucir la fisonomía que luce esta ciudad sin pretensiones, en la que á gusto respírase cultura, tranquilidad y adelanto!

Lleváronme á la mejor librería «metropolitana,» que es también casa editora y que pertenece á la señora viuda de Lines.

Más que por mi carácter de representante de México, fuí muy bien recibido en ella por mi carácter de literato americano. Mostráronme cuatro ó cinco ejemplares que les quedan del ciento que tenían de mi novela «Suprema Ley.» La certidumbre de haber sido leído tan lejos de mi tierruca, hace que me corra yo hasta gastar algunos pesos, comprando revistas y libros españoles.

He observado con extrañeza que aquí los cuarteles se hallan cerrados á piedra y lodo, costando un triunfo y

una porción de requisitos la admisión de un extraño dentro de su recinto.

Explícanme la cosa: en Costa Rica, lo mismo que en el resto de Centroamérica, y lo mismo que en México allá por los años de su Alteza Serenísima, los derrocamientos y revoluciones han tenido siempre su cuna en la toma ó pronunciamiento de los cuarteles, de tal suerte, que hasta se ha formado y está admitido el vocablo «cuartelazo,» connotativo de revuelta, del eterno «quítate tú para ponerme yo. . .»

A ese propósito narráronme audaz cuartelazo llevado á cabo por un señor Guardia, hace relativamente pocos años. Era el Guardia, jefe popular y amado del ejército, y, lo que no sobra nunca para esa clase de empresas, hombre de pelo en pecho; jugándose la vida, resolvió adueñarse del cuartel más importante, y para lograrlo, ideó la estratagema de penetrar en él oculto dentro de una carreta que llevaba heno para los caballos de los oficiales. Pensado y hecho; así penetró en las barbas de guardias, centinelas y jefes, y una vez adentro, bien armado y mejor resuelto, se dió á reconocer, y aquí mato y allá degüello, aquí prometo y allá amenazo, tomó el cuartel, cundió el movimiento y á las pocas horas mi señor de la Guardia imponía condiciones de vencedor al entonces presidente de la República!

Esto, que conseja parece, es evangelio; y de esos rasgos, en México hemos tenido nosotros más de uno.

—¡Qué salvajes somos, Señor, qué salvajes! ¡Cómo nos sale á la cara nuestra progenitura goda!

Camino de mi albergo, ya tarde, en la noche, llamaron mi atención dos hechos:

Primero: los agentes de policía, que durante el día sólo ostentan revólver al cinto, me los encontré á esas horas de la noche armados de carabina y á pie firme en medio de las bocacalles.

Segundo: las calles todas, á partir de la media noche en punto, conviértense en otros tantos ríos caudalosos; ignoro qué llaves abrirán, ello es que el agua brota de las rejillas de las esquinas é inunda los arroyos con rumor de avenida.

14 DE ENERO.—Segunda entrevista con el Presidente Iglesias.

Decididamente simpatizo con este caballero.

Después de tratar de asuntos oficiales, comunícame que ha mandado preparar un paseo en Puerto Limón, de cuyo ferrocarril muéstrase muy ufano, y con justicia, sobre que Costa Rica es hoy la única República centro-americana que disfruta de las ventajas de camino de hierro al Atlántico—así llaman en estos rumbos istmeños al mar Caribe,—y que cuando regresemos ofrecerame una *serata d'onore*, con estreno de obra nacional, en el soberbio teatro de San José, que aun no visito.

Más tarde, en unión de Reyes, de Vicente Acosta y de Meneses, y piloteado por Máximo Soto Hall, fuimos á conocer el tal teatro, que es simple y sencillamente precioso.

No digo Centroamérica, México se complacería en poseerlo. Gratamente impresionados, lo recorrimos de

arriba abajo. Cuéntannos que el coste del teatro excedió de tres millones de pesos. Mármoles, terciopelos, pinturas, su gran escalera, su *foyer* de magnas dimensiones, todo es modelo de lujo y de buen gusto.

Paréceme rival del de la «Opera» que conocí en Buenos Aires, y capaz de hombrearse con el «Eliseo» de Barcelona.

Es demasiado teatro para esta entera República minúscula; para su pequeñísima capital, es un desmán.

Dije ya que Justo A. Facio es Subsecretario encargado de la cartera de Relaciones Exteriores, y ahora, más en calma, á propósito de la nocturna excursión á que nos ha llevado y del lugar que ocupa en nuestro parnaso americano, quiero hablar de él con un poco de detenimiento.

Repito que por el hecho de ser de Colombia, puede diputársele por hombre de talento; no conozco á ningún colombiano—y he tratado á centenares de ellos—que sea tonto; he tropezado con pícaros, con farsantes y con ignaros (pues ni más ni menos que cualquier viñedo hispano, de todo hay en la colombiana viña), pero, tontos, ¡ni para remedio!...

Facio vive en Costa Rica desde hace un puñado de años, aquí ha casado y procreado una familia. A fuerza de méritos—que ni los postergados por causa de su encumbramiento le disputan,—ha venido sube que te sube hasta donde ahora posa; pero no ha podido olvidarse de su amor incurable á las letras—que tan desastradamente pagan á sus enamorados,—y entre convenciones, protoco-

los é intrigas centroamericanos, cultívalas á hurtadillas. No conforme con tener ya publicado y aplaudido su tomo: «Mis Versos,» tomo que se subdivide en «Crespones,» «Bronces,» «Adelfas,» «Medallones,» «Tapices,» «Sonetos Grises,» «Facetas,» «Flores de Llanto,» y «Torsos,» dado á la estampa en esta ciudad de San José de Costa Rica en 1894, todavía rima y todavía fabrica elegante y artística prosa.

Y en cuanto puede, hace lo que yo, huye de su investidura de subsecretario y échase á elaborar, á discutir, á idear planes de obras venideras. Con mi arribo y el de Vicente Acosta—á quien conoce, trata y tutea de lustros atrás,—después de habernos protocolizado con todas las consideraciones huecas y desaboridas que reclaman nuestros puestos oficiales respectivos, se ha colgado del pescuezo la parte sosa del suyo y ha dejado que el literato aparezca. No se nos separa; comemos juntos, charlamos durante horas y horas esta invariable, universal y deliciosa charla literaria, con más cerveza que compostura, más paradojas que teorías estéticas, más fragmentos de las propias vidas que reminiscencias ó citas de otros hombres de letras; en la que escribimos, mentalmente, nuestras mejores obras que no publicaremos nunca; en la que tuteamos á Goethe y al camarero que nos atiende; cuando en los funerarios mármoles blancos de las mesas de cualquier taberna derramamos ceniza de cigarros y cenizas de nuestras vidas muertas ó de las que jamás habremos de vivir, porque no es posible que existan fuera de nuestros cerebros excitados de intelectuales, de independientes y soñadores. . . en ese sabroso calor, Fa-

cio encréspase, porque le sostengo que su obra es romántica y su persona epicúrea.

Tarde ya, encamináimonos diz que *á observar* de cerca la vida galante de San José de Costa Rica.

Cruzamos por el Parque Nacional, el que luce en su centro el monumento á los héroes de 1856–57, erigido en memoria de los patriotas que vencieron al filibustero yanqui Walker; monumento expresivo: cuatro figuras que representan á El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala en actitud de ayudar á que Costa Rica haga morder el polvo al invasor. Transpuesto el Parque, llegamos al *Lago*, diminuto charco artificial en que es moda agruparse por las noches. Nada extraordinario; de empinadísima pendiente, resbalan los botes que desde arriba impulsan, ya tripulados, y que al hendir las ondas, chapotean primero alzando espumas, y después, por el impulso adquirido, agítanse y navegan.

Los tripulantes ríen y gritan, las tripulantes sólo chillan, y los espectadores, aplauden ó silban. La diversión sería infantil si la mayoría de los que navegan no estuviera formada de mozas del partido que van á pescar parroquianos. Nos embarcamos todos y después de la jacarandosa travesía, el único pescado, ó pescador—depende del punto de vista,—es Vicente Acosta, que se hunde, calles adentro, del brazo de una dulcinea sospechosa.

Al propósito, Justo A. Facio nos explica que ese elemento en Costa Rica deja mucho que desear. Y los cuatro que quedamos, sea por falta de disposición, ó por exceso de la hipocresía de que todas los hombres echamos mano cuando delante de prójimos nos hallamos,

es el resultado que, consagrando suspiros á las cónyuges ausentes, emprendemos la marcha á nuestros domicilios respectivos, filosofando, por las calles anegadas, sobre el socorrido tema de las mujeres que caen y de los varones que las empujan para que caigan.

15 de enero.—Después de haber trabajado toda la mañana en asuntos oficiales, la tarde se ha empleado en recorrer calles, edificios y parques de San José.

A la noche, invitados á comer en la legación de los Estados Unidos de América en Nicaragua, Salvador y Costa Rica, cuya sede principal encuéntrase fijada en esta ciudad y cuya gerencia está á cargo de un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, Mr. W. L. Merry, capitán retirado de la marina mercante de su país.

Eramos pocos en la mesa: el anfitrión, tipo acabado de su raza; el Secretario de la legación, Mr. Rufus A. Lane, que ha visitado el extremo Oriente; Francisco A. Reyes; Vicente Acosta; mi secretario particular Meneses, y yo. La esposa é hijas del señor Merry hállanse ausentes de Costa Rica.

La comida igual á todas las de su especie. El servicio, con mucho color local, redúcese á una agraciada costarricense, descalza, muy limpia, de camisa con escote que ostenta tejidos indios, tan indios como ella. Cháchara más bien que conversación y algo tediosa para mí que hago de intérprete; mucho hablar sobre el canal ístmico que tienen que abrir los Estados Unidos (el señor Merry es decidido partidario de la vía de Nicaragua); alabanzas al General Díaz, que yo devuelvo remontándome

hasta Wáshington nada menos, por no encontrar de pronto qué virtud alabarle al señor Mc. Kinley; aplausos verbales por el progreso de mi tierra; brindis obligatorios en loor de México y del Salvador, que se retornan con frases de estampilla. . .

Sobremesa rápida.

Velada en el *parlor*, hasta las once.

*Wiskey* y *Apollinaris;* más canal interoceánico; se nos enseñan cartas geográficas y nos demuestran A+B, la superioridad indiscutible de Nicaragua con respecto á Panamá.

*Apollinaris* y *Wiskey*.

De labios del señor Merry llega á mi noticia que su colega y mi decano en Honduras y Guatemala, mi conocido Mr. Geodfrey Hunt, es un irlandés naturalizado.

*Wiskey* y *Apollinaris*.

Retirada.

16 DE ENERO.—La prensa costarricense publica á diario algo acerca de Vicente Acosta ó de mí, por nuestra condición de literatos militantes.

Cuando concluyó una visita oficial al manicomio, que no ofrece nada anormal, resolvimos dar un paseo por la Sabana, primorosa llanura á cuyos lindes termina la línea de tranvías eléctricos de San José y donde piensan construir para antes de mucho un hipódromo.

A fin de mejor gozarla, nos sentamos bajo el emparrado de una mediocre cantina italiana y desde allí pudimos ver la caída de la tarde en este incomparable horizonte, limitado por volcanes, montañas, colinas de ce-

rros y muchedumbre de árboles erguidos, copudos y verdes.

Cuando anochecía, cobijada por la media tinta del crepúsculo, cruzó la silueta del poeta Máximo Soto Hall, muy del brazo de su mujer, caminando de prisa rumbo á su *dimora*, que apenas se divisa en los confines de la Sabana, muy escondida por enredaderas y flores, totalmente esfumada por las melancolías de este atardecer josefino.

—¡Hasta mañana!—nos gritó—¡sin falta! . . .

Y la pareja se desvaneció casi tan pronto como nuestra coral respuesta:

—¡Hasta mañana, sí, sin falta!

17 DE ENERO.—Después de anochecido, nos transladamos en tranvía Vicente Acosta y yo á la casa de Soto Hall, que ayer divisábamos esfumada y oculta desde la cantina italiana de la Sabana.

A campo traviesa, dimos con la casita del poeta, muy iluminada para recibirnos; y así, de lejos, su pequeña galería ó grande ventana, brillaba en las sombras del bosque á modo de incendiada vivienda de luciérnagas ó de almacén de luz gratuita al que las mismas luciérnagas fueran á proveerse de la poquísima que han menester para sus cuerpos diminutos; tal era el enjambre de las que revoloteaban frente á los cristales.

De pie y sin sombrero, Máximo nos aguardaba en el umbral con los brazos tendidos, su melena romántica al aire y su alta estatura llenando el marco luminoso de la puerta abierta de par en par.

En el cielo no cabían las estrellas, y en las indecisas crestas de la sierra que limita el horizonte, parecían despeñarse en guirnaldas, en cadenas, á puñados, cual si la solemne bóveda azul, cansada de esa riqueza, en inconsiderado arranque de pródigo se hubiera puesto á derramar astros y astros en esta sabana, pensativa, silenciosa y grave.

Percibíanse perfumes simples de flores salvajes y de hojas silvestres; rumor de follajes de árboles; latidos de perros distantes; y como una nota de plata, cuando Máximo nos dió la bienvenida abrazándonos, se escuchó el argentino reir de su hijito, un precioso diablillo de cabellos de oro, que huyó para ocultarse de nosotros.

La morada, pobre, con pobrezas de artista: un cuadro —¿retrato?. . .—al óleo, pendiente del muro, y en el suelo la estera rota; junto á un mueble fino, que parece escritorio mujeril, mi mecedora renqueaba; un florero de porcelana con violetas, mustias por el hálito de la noche tibia que se entraba en la casita.

Nos presentó á su esposa. Bella costarricense con la que ha casado por amor y contra las oposiciones que se lo atajaban; toda una historia sentimental que sus amigos cuentan y que él jamás menciona; boda de poeta, é idilio que él hace perdurar en el apartamiento, no obstante las censuras de parientes y bienintencionados, los que por lo general sólo sirven para amargar nuestras vidas, ya de suyo harto amargas.

Su hijito—que mucho me recuerda al mío,—se nos acercó, ya humanizado con nuestro aspecto de intrusos,

y Máximo se olvidó de nosotros, lo alzaba en vilo, nos enumeraba sus gracias, comíaselo á besos. . .

Después, hablamos de lo único de que podíamos hablar, de literatura, de nuestros libros, de los ajenos, de lo que de bueno y malo dicen los críticos. . .

Y como todo tiene término, lo tuvo nuestra visita con el estruendo que originó en la pastoril quietud de las afueras, la llegada del carruaje que iba á recogernos. Al salir, nos conmovió un espectáculo bien sencillo: la iluminación eléctrica del vecino pueblo de Heredia, al otro lado de la Sabana y casi frente á frente de la casita de Máximo. Los focos amontonados por la distancia, y aun así abarcando regular extensión, simulaban joya fantástica ó el sumidero por el que desaparecieran los astros que continuaban cayendo del cielo! . . .

Montamos en el carruaje; Máximo, de pie en el umbral de sus dominios, daba á su hijito la una mano y con la otra estrechaba el talle de su esposa. Apuntando al mismo espectáculo, nos gritó:

—¡Vean la *rivière* de diamantes que le tengo prometida á ésta, para cuando sésmoa ricos. . .

¡Para cuando sea rico! . . . ¿Y cuándo hemos de serlo los que en nuestra América adolecemos de la manía literaria? . . . Enriquécense, y pronto, los que en todas latitudes hánse enriquecido: los gobernantes malos y aun los medianejos; sus brigadas respectivas de paniaguados; más, los extranjeros analfabetas y nunca los sabios; aquéllos, en América encuentran amplios campos ya rozados de sangre de revoluciones y apatías indígenas con prodromos de incurables! . . .

Vicente Acosta lanzó un terno sonoro y yo escupí en el aire, á la legión de los que así se enriquecen.

El camino por donde nos llevó el carruaje era sencillamente espantoso, arrabales de ciudad pequeña y pobre. Vicente y yo entramos en muda, posesionado cada cual de un ventanillo.

Seguía yo pensando en Máximo, á quien en uno de sus dos tomos de «Cartas Americanas» ha juzgado ya el teatral maestro–escritor D. Juan Valera; seguía yo pensando que Máximo es bastante conocido, en Centroamérica sobre todo; que ya tiene obra más ó menos perfecta, pero obra al fin; sus primeros «Poemas y Rimas» han alcanzado la segunda edición; los cuentos y semblanzas que él bautizó de «Dijes y Bronces,» asegura que se han agotado; posee tres novelas: «El Ideal,» «El Problema» y «Catalina,» de ciento cincuenta á doscientas páginas cada una, y lleva publicadas diversas poesías, un poema «Amores Trágicos,» y un estudio «De las Coquetas» algo más que discreto. Pues, sin embargo, ahí lo tienen ustedes, soterrado, viviendo como se puede; un sueldo flaco por la dirección de la Biblioteca Nacional, un articulejo en este diario ó en aquella revista, que con trabajo liquidan á sus colaboradores, y su puesto principal, Cónsul de la República de Guatemala, su patria, antes le quita que le da.

Entristéceme considerar que todas sus independencias de artista luchador no den al traste, si, como me lo temo por algo que le he oído, se embarranca Máximo en la política sanguinaria de alguno de estos países crueles.

20 DE ENERO.—Almuerzo de fisonomía curiosa con el que nos brinda la compañía del ferrocarril en construcción al Pacífico. Seríamos unos cuarenta comensales, Mr. Merry, Justo A. Facio, Ricardo Pacheco, que es Ministro de Fomento y de la Gobernación, representantes de casi todos los periódicos costarricenses, dos ó tres norteamericanos de viso y particulares eminentes.

Hasta determinado punto del camino fuimos en ferrocarril, muy cerca del alto puente bajo el cual divisábase la mesa aderezada en el fondo de la sima.

Con trabajos grandísimos realizamos el descenso, asiéndonos los unos á los otros, hincando en la tierra nuestros bastones y amparados de tres ó cuatro negrazos formidables (ingleses jamaiqueños empleados en las obras) que reían de nuestras torpezas é inseguridades y lucían al reír sus dentaduras iguales á mazorcas de maíz tierno, dentro de sus inconmensurables bocas abiertas.

El almuerzo resultó debajo de ese gigante de hierro desarticulado á trechos; flotaba un peligro improbable, pero posible, de que la grúa se desprendiera ó uno de tantos músculos de acero en paciente espera del martillo ó cincho que para muchos años lo aprisione, se nos cayera encima; había nervios y tendones del puente que amenazantes oscilaban. . .

A la hora de los brindis pitó una locomotora encima de nuestras cabezas asustadas, allá, arriba, en el puente inconcluso. Fué una broma ferrocarrilera: mientras comíamos y sin que lo advirtiéramos, afianzaron los carriles del primer tramo y nos soltaron á la máquina, la que veíase tan alta, que hasta se antojaba inofensiva; y cuen-

ta que desde donde la veíamos azorados, bien que se advertían sus entrañas ígneas y las brasas que asomaban por parrillas y ceniceros. . .

22 de enero.—Comunícame Facio que á la vuelta de nuestra proyectada jira á Puerto Limón, el Gobierno ofrecerá un gran banquete, por mí principalmente, y que si ello no ha de figurar en las invitaciones, débese á que yo he venido como encargado de negocios, y Reyes y Merry son ministros plenipotenciarios.

—Pero en el brindis-ofertorio,—me agrega,—he de procurar una rectificación. . .

Gran serenata frente á nuestros balcones, esta noche, dada por la banda militar, en obsequio á Francisco Reyes, Plenipotenciario del Salvador.

Tuvimos muchas visitas.

Incidente desagrabable: por galantería á mí, después de que la banda ejecutó el himno del Salvador, ordenáronle que tocara el mexicano, y la mísera se arrancó con *The Star Spangled Banner*. . .

Silencio en todos y polar indiferencia en mi individuo.

Facio reprochóme en broma mi insensibilidad hacia la música patria, y cuando lo saqué de su error y le demostré que lo que me habían servido era música de los Estados Unidos, su furor no reconoció límites, ordenó que al director de la banda me lo encerraran en un calabozo.

El pobre diablo, que lucía aspecto de buen filarmóni-

co, se nos presentó todo confuso, con este argumento concluyente:

—«Cuando me hice cargo de la dirección de la banda, me entregaron por inventario los himnos americanos rotulados uno por uno, y juro á ustedes que hasta el día de hoy los músicos y yo hemos tenido por único y genuino himno mexicano el que acabamos de tocar» . . .

El argumento poderoso, todavía aumentó la iracundia del buen Facio, que no se apeaba de su macho:

—A este me lo deben encerrar.

Por supuesto que la orden no se llevó á efecto y mi querido director lleno de compunción y de propósitos de enmienda, se retiró dándose por compurgado con el sofoco.

23 DE ENERO.—Segunda gran serenata frente á nuestros balcones, desde las ocho hasta las doce. Esta vez en obsequio mío, digo, en obsequio del representante de México. Y á fe que mi himno, el legítimo, lo tocaron maravillosamente, quién sabe si en prenda de gratitud del director de la banda, sano, salvo y libre junto á su atril—desde el que me saludó con extremado respeto,—ó en prueba de arrepentimiento por su ignorancia acerca de cuál era la sonata sacra de mi tierra.

¡Y yo, que no supe nunca escuchar sereno esa música, mucho menos cuando la tocan por mí, (según tantas veces la han tocado en este viaje inolvidable,) no pude impedir que unas cuantas lágrimas se me saltaran con las notas bélicas y dulcísimas que se remontaban á la altura; que resucitaban á mi madre, la santa y la fuerte;

á él, mi viejo, el general herido, el honrado sin tacha, el vencido de la vida y de la suerte, acabando en la pobreza y en el olvido; que me acercaban á mi hijo, ídolo y objeto de mi existir, sin duda á esta hora adormecido en el regazo de mi mujer, la que esta misma tarde me ha telegrafiado su frase diaria, la frase que aprendió á decirme desde novia:

—«Vuelve pronto! . . »

Entre los concurrentes que asistieron á la serenata, había una señora europea, de sospechosa conducta y cautivante físico, á quien prodigué—¡maldita costumbre ésta de cortejar al otro sexo!—una porción de galanterías. Sin inmodestia ni jactancia, el asunto marchaba á pedir de boca, pues no hacía yo otra cosa sino pedir y pedir lo que todos pedimos á la fragilidad femenina; con los labios, los que de honrados nos la damos; con procedimientos tortuosos, los que de moralistas y honestos alardean hipócritamente, y con el pensamiento, lo que dentro de los claustros de piedra ó dentro de los claustros aún más recios de la voluntad, piden los castos y los justos. . .

Pero advertí una extraña inquietud en la hija que acompañaba á la señora,—una encantadora rubia de 14 á 15 años que ya no era la chiquilla y todavía no era la mujer,—al escuchar alguna palabra mía ó de Vicente Acosta, de interpretación equívoca. Sin comprender á las derechas su significado, pero sí comprendiendo que era palabra indebida, de las que injurian y ruborizan, de las que suplican lo que no debe suplicarse delante de una hija, rompió de pronto á llorar sin censurarnos nada, re-

fugiándose en su madre que resistía sonriente el bombardeo; y yo adiviné Dios sabe cuántas negruras dentro de su temperamento asustadizo de virgen.

Era una *Ivette;* la Ivette admirable de Guy de Maupassant, que no podía dejar de querer á su madre aunque ésta fuera ligera y casquivana, y que, cuando creció, poseyendo su propio pudor y el pudor que debiera de haber poseído la otra, llegó hasta sacrificarse, hasta perder á su novio y su idilio, hasta ahogarse por las faltas de la mujer que había amado tanto. . .

Y porque á esta Ivette de hoy no le ocurra, por mi culpa á lo menos, lo que á la de Maupassant, recogí velas y me recogí yo mismo, arrepentido de mi mala acción frustrada.

24 DE ENERO.—En tren especial, con música y *buffet* á bordo, diversos miembros del Gobierno costarricense, varios particulares de distinción y nosotros, partimos la mañana de hoy rumbo al Puerto Limón, situado sobre el mar Caribe ó de las Antillas.

Doce horas interesantes de continuo caminar dentro de esta zona tórrida, lujuriante y enfermiza. En las cercanías del puerto, sobre todo, era tal la cantidad de bananeros, que el aroma del plátano embalsamaba los aires, y las hojas de esos árboles, cayendo y mezclándose hasta lo inverosímil, llegaron á engendrarme la idea de que me hallaba prisionero en el bosque inmenso, y que ni el tren mismo, á pesar de su furioso empuje, era bastante á abrir brecha en la oliente muralla de oro.

Casi me alegré de que al fin aquello se abriera de sú-

bito, como decoración de teatro que invisibles manos gigantescas rasgaran por su mitad, y me fuera permitido ver á alguna distancia el mar infinito, con sus espumas, sus ondas y sus tumbos; con sus azules, sus verdes y sus blancos; con una vela que otra, pequeñísima, y con su horizonte amplio, amplio, ilimitado, saturado de fósforo, de luz y de perfumes extraños. . .

¡Bravo por el excelso Artista!

Durante el largo camino, observé alarmante abundancia de negros pululando á entrambos lados de la vía, en las estaciones, los campos, los caseríos cercanos y distantes, que regocijaban mi vista por estar formados estos últimos de características y rientes habitaciones de madera: su fondo rojo ó café; las persianas claras; los techos, de pizarra y en declive, con chimeneas empenachadas de humo plomizo y ágil; los *belvederes* y *verandahs* albeando de limpios, colgados de hamacas, manchados de mecedoras con moñas ó lazos en sus respaldos; las casas de madera que los ingleses y americanos de los Estados Unidos siembran y avientan por donde quiera que moran y por donde quiera que ambulan, vale decir, por el mundo entero.

Porque todos esos negros eran ingleses, de Jamaica, y americanos, del Sur de los Estados Unidos, de la Louisiana, de la Florida y del *Old Kentucky*. Y allí estaban, trabajando, viviendo con sus mujeres, con sus chiquillos, con sus *banjos* entre cuyas cuerdas dormita el *home* que ellos saben evocar en su canto monorrítmico y tristísimo, aunque ningún hogar posean en la tierra nativa; allí estaban su *whiskey*, su pipa y sus músculos férreos de ra-

za fuerte que no ha de extinguirse nunca, que sobrevivirá quizá más que las otras, para sojuzgarlas y absorberlas; allí estaban inundando de ébano las privilegiadas y admirables sabanas tropicales, empapadas de sol, desde el Principio.

Bien que los ví: en la labor, el hombre, descubierto su busto de bronce oxidado, que el sudor estriaba barnizándolo como con pátina especial, y de lejos á lo menos, sin afearlo ni volverlo asqueroso.

Veía yo al hombre en la labor ó meciéndose en la hamaca ó leyendo y dormitando en las pajizas *rocking-chairs* que se movían lenta y perezosamente para compensar de las recientes fatigas al rayo de este sol inhumano de puro humanitario.

A la mujer, veíasela doblada sobre las hortalizas, en los liliputienses sembrados que, sin acusar las amputaciones, deslindaban á las rientes casas de madera, humeantes y fingiendo apartados centinelas que todo lo desafiaran, sin cesar en su vigilancia de cuidar lo que les pertenece.

Los mocosos, desnudos y sin embargo castos por ser negros (diríase que aun necesitarían pelarse la piel para quedar indecentes), divagaban á modo de tiernos gorilas, entre juegos y gritos.

Y cuando pasó el tren, altivo y sonoro, los hombres divisábanlo con afectuosa confianza; ellos herraron la vía y armaron los puentes y lucharon con el clima, con el idioma, con las fieras, con las alimañas venenosas; sonreíanle desde su asiento y desde su hamaca; desde los surcos, firmemente enclavados en la tierra en que han ido quedando y multiplicándose. . .

Las mujeres, pesadamente, se enderezaban en todo su volumen de hembras fecundas, de buenos y mansos animales primitivos; las manos, descansando en sus extensas ancas de paridoras incansables; oscilantes bajos sus corpiños, las disformes ubres hechas para amamantar glotonas bocas de muchachos toscos y sanos, y no para alegrar vistas ni tactos de amantes exquisitos que en el seno de la mujer blanca y harmónica admiran una de las más grandes bellezas que es dable admirar. También sonreían al tren: ellas parieron á los constructores; ellas viven con los hombres fuertes que las fecundan y que las harán parir por los siglos de los siglos más hombres fuertes, más trabajadores resistentes que hayan de seguir construyendo ferrocarriles, sin curarse de clima, de latitudes, de fieras y de alimañas.

Allí estaba la obra de ellas: los racimos de negros pequeños que reían casi estúpidamente de tanto abrir sus bocazas, que nos saludaban con sombreros rotos y guturales gruñidos ingleses, que se encaramaban en las cercas y trepaban en las plataformas inmobles, con agilidad de simios incontables y vivaces. . .

Y el cuadro fué de mayor á menor: azul, el cielo; verde, el campo; de oro, los platanares; la región, inundada de ébano purificado por lo blanco de tantos ojos que nos miraban, por lo blanco de las dentaduras de tantas getas que se reían. . .

De pensar que la invasión negra es un serio peligro, apenas si me fijé en el camino, que es bello, sí, pero sin nada extraordinario en el panorama ni en la construcción.

¿Qué camino de hierro no es más ó menos bello en nuestra montuosa América?

Arribo á Puerto Limón, al atardecer. ¡Qué cierto es el axioma de que «todo es la mitad de su duplo!» En la pequeñez é insignificancia de casi todos los puertecillos centroamericanos, Puerto Limón viene á ser un Liverpool formidable; hay en sus muelles dos ó tres vapores de la United Fruit Co., de Nueva Orleans, que cargan ó descargan bananos; hay un buen hotel, un bello parque minúsculo, un grato paseo en la playa y animado comercio.

Persisten el diluvio de negros y las habitaciones de madera.

Revestidas del grotesco estiramiento propio de los habitantes de poblaciones cortas, nos recibieron las autoridades locales dándonos habitaciones no malas y muy bien de comer. Anunciáronnos para mañana en la noche un baile en el salón del mismo hotel.

Salimos á hacer la digestión en las calles de esta Liverpool centroamericana, que por el calor tomaríasela más bien por la prolongación del Congo. Se respira fuego.

No carece de animación la localidad, míranse varios cafés *convenables*, sus mesitas al aire libre, sus camareros limpios; en uno de esos cafés apuramos hasta media docena de refrescos cuajados de hielo.

Provistos de abanicos que compramos al pasar por una tienda china, coronamos la noche yendo á asomarnos á un baile público, cuyos concurrentes contemplaban estupefactos tamaña colección de ministros nacionales y extranjeros.

25 DE ENERO.—La mañana en los muelles, amenazados de un magnífico almuerzo que devoramos al mediodía en punto.

Sólo una nota cruel: muchos brindis.

Poco antes de la puesta del sol, en escuadrilla de botes, tuvimos un paseo muy agradable por el mar. Llegamos hasta un islote frontero al puerto.

—¿Isla qué. . . ?

Hay en ella pocas habitaciones y muchos cocos.

Después de la comida, al baile, muy concurrido por los de Puerto Limón y por golpe de colombianos—célibes y casados,—que han emigrado á Costa Rica huyendo de las *dulzuras* del gobierno católico de su país. La reina del baile es una bogotana bellísima.

Yo bailé tres piezas y subí á mudarme cuatro camisas; aquello no era baile, era una licuefacción. A punto de escurrirme hasta mi cuarto y dormir antes que continuar en la *ardorosa* fiesta, hube de detenerme sin embargo para cumplir la promesa que tenía yo hecha al transformista de la Presa.

Toda una historia.

Desde nuestra llegada á San José supimos que había una compañía de verso, y á ella asociado, el joven de la Presa. Este muchacho, quiso la casualidad que habitara en el hotel que me cobijaba, pared de por medio con el saloncito privado donde yo recibía, y por la vecindad, enteréme de dos cosas: de que vivía con su padre—señor maduro, de luenga barba y musulmana actitud,—y de que se gastaba una querida, no fea, con quien regañaba veintiséis horas de las veinticuatro del día. Entre

disgusto y altercado, él estudiaba su violín, sin desagradar á los que le quedábamos inmediatos; hacíalo con maestría y con intermitencias, pues á la mejor, estallaba una riña, enmudecía el instrumento y escuchábase la voz del padre del artista—única ocasión en que yo la oía,—intentando el avenimiento, alcanzado casi siempre.

Hasta que por conducto de Meneses no me significó Presa que le urgía hablarme á solas, no habíamos pasado de una inclinación de cabeza al tropezarnos por escaleras y pasillos.

Y me habló. *Déche* tremebunda; explotado por la compañía de verso, que tampoco descansa en lecho más mullido; extrema urgencia de abandonar Costa Rica é ir á probar fortuna en mejores países, los Estados Unidos, la República Argentina.

—«O su país de usted, (*por México,*) que hace años anhelo conocer. . . »

Pero no era dueño un real y deseaba que interponiendo yo mi influjo para con este Gobierno (¡hum! ¡hum!), le procurara pasajes libres de la capital á Puerto Limón y de Puerto Limón á Nueva York.

El muchacho no me era antipático, al contrario; y luego, que no puedo, está probado que no puedo negar nada á gente de teatro. De antemano los quiero y de antemano me conformo con la ingratitud que, es regla general, gasten para con los que los sirven. De consiguiente, le ofrecí que me interesaría por su salida.

Y aquella misma noche nos cayeron dos actores de la tal compañía de verso á proponernos cosa idéntica á Re-

yes y á mí: toda la compañía había menester de pasajes libres!! . . .

Como uno de los solicitantes fuera Ernesto Valero, que en el estreno y demás representaciones de mi «Ultima Campaña,» en el teatro Principal de México, por el 94, hizo de *Abogado Ismael Caramillo*, mi empeño en conseguirles lo que querían fué mayor.

Obtuvimos para gran parte de ellos pases libres hasta Puerto Limón únicamente, figurando entre los favorecidos de la Presa y sus gentes, quienes apresuráronse á marcharse en seguida.

—Ya en Puerto Limón, Dios dirá! . . .—me dijo el violinista.

Cuando me retiraba yo á medio baile me aconsejó Meneses que iniciara una subscripción á favor de la Presa, preso aún en tierra costarricense, y no por falta de vapor que de ella lo aparte, sino por falta de monises con que emprender la marcha. En pleno sarao llevé á cabo la subscripción y la verdad es que reuní algunos duros, los que el pobre artista recibió de mis manos, conmovido. Para ahorrarme sus agradecimientos, violenté mi encierro y subí á acostarme y á batirme infructuosamente contra el calor y los mosquitos de mi cuarto.

20 DE ENERO.—Regreso á San José, donde nos espera para esta noche el banquete con que va á obsequiarme el Presidente Iglesias.

Aunque el viaje es dirigido por el mismísimo Ministro de Fomento, quien ordenó que nuestro tren especial marchara á todo vapor y con vía libre, á pesar de ello su-

frimos dos ó tres trastornos en el camino y hemos llegado con notable retraso, recompensado, sin embargo, con las amabilidades y atenciones que no han cesado de prodigársenos.

Mientras vestíame en mi cuarto, apareció Justo A. Facio:

—Lea mi brindis, Federico, y prepare su respuesta. . .

—¿Prepararme? ni por pienso. ¿Quién prepara discursos en unos cuantos minutos? Diré lo que buenamente salga, que con este viaje temo parar en orador, con h.

El banquete fué abajo, en el *restaurant* del hotel.

De setenta á sententa y cinco comensales; orquesta en el interior del edificio y banda militar en las afueras, *menú* escogido y caldos auténticos. Declaración de justicia: frente á la cultura de buen tono de la reunión, me afirmé en lo que he venido notando en diversos detalles: que la supremacía de la cultura centroamericana radica en esta diminuta y civilizada República de Costa Rica, pésele á quien le pesare.

A los postres, Justo A. Facio, á vueltas de lo que no he cesado de escuchar en mi jira: ditirambos para el General Díaz, galanterías para México—¡tan admirado en estas sus vecinas latitudes!—terminó su brindis con el siguiente párrafo:

«. . . Esta demostración, pues, es hija, señores, del sentimiento de fraternal simpatía que nos inspira el Pueblo Mexicano, del aprecio muy alto que tenemos á su esclarecido Jefe y del deseo de ofrecer al honorable señor Gamboa, su representante, un testimonio de la particular estimación que él merece.»

Contesté yo *comme de rigueur* y el capitán Merry, en nombre de la Gran República, vertió un acendrado amor de ella para todos los países hispanos del Continente

¡Los Estados Unidos nos aman!

*Oremus.*

27 DE ENERO.—Función de gala en el precioso teatro de San José, con estreno de un drama de autor nacional, el joven poeta Pacheco Cooper, y en las localidades del teatro, lo mejor de la sociedad.

El Presidente nos invitó á su palco y llevó su atención al grado de concurrir con su familia.

¡Qué teatro tan bello! ¡Qué ganas de cargar con él en mis baúles, mañana, y remitirlo á México donde buena falta que nos hace para lucirlo! Su *foyer* y su salón para señoras, nada dejarían que desear en ninguna parte.

El drama de Pacheco Cooper, no de lo mejor, igual á casi todos los intentos de nuestros dramaturgos en Hispanoamérica, ráfagas aquí y allá, esperanzas de que lleguen á serlo por completo, andando el tiempo.

Sin embargo, obsequiámoslo con una corona.

Baile en el club.

El Presidente Iglesias en *vrai gentil homme* dirigía la fiesta.

Reyes y yo, modestamente, y por no faltar á las hábitos contraídos en El Salvador, salimos del baile cuando ya era amanecido.

28 DE ENERO.—Rumbo á Puntarenas, donde habré de embarcarme para Corinto de Nicaragua.

Hasta Alajuela me acompañaron Reyes y Vicente Acosta; allí nos despedimos, despedida sinceramente triste.

El Gobierno Costarricense puso á mi disposición carruaje y caballos. ¿Cómo deseaba yo viajar? . . .

—De las dos maneras, con tal de que cuanto antes me pusieran á bordo.

No hay idea de la ferocidad con que la fiebre amarilla estaba asolando esas regiones, desde Alajuela hasta Puntarenas; baste saber que á guisa de medida de salud, por orden de las autoridades se mandó incendiar predios enteros con semovientes y todo!! El Presidente Iglesias, al despedirnos ayer, me dijo con cierta gracia:

—«Ay, Gamboa, ¡qué diera yo por poder mandarlo á usted en globo! . . .

¡Bah! Si el vómito no me atrapó en El Salvador, ¿por qué había de atraparme aquí? . . . y si me diera, ¿por qué había de matarme? . . .

Al soslayo examiné á Meneses y lo hallé dormitando plácida y tranquilamente, con la cabeza apoyada en el testero del carruaje que nos sacudía.

Procuré yo hacer otro tanto, mas los tumbos impidiéronmelo.

El camino era tan hermoso y se hallaba tan inundado de sol, que preferí dar suelta á «la loca de la casa» y echarme á filosofar á mis anchas. El representante del Gobierno de Costa Rica que había de acompañarme hasta á bordo, era D. Enrique Montealegre, chico de humor excelente y alto empleado en el ramo de Fomento, que prefirió recorrer todo el trayecto, caballero en una

mula episcopal por lo magnífica. Iba yo, pues, completamente á solas con mis recuerdos y con mis pensamientos.

—¡Arrea, cochero! . . .

Desde luego, por ser lo más inmediato, llamó mi atención un prosaismo: la cuenta enorme que me dispararon en el hotel Imperial, ¡caracoles!, mil y pico de pesos plata por una veintena de días, se me antoja excesivo! Y el antojo sube de punto por la comparación con lo que acaba de acaecerme á este respecto en El Salvador, donde me decretaron huésped del Estado, y, literalmente, no consintieron que yo pagara ni los cigarrillos. . . Después, pensé en mi próximo arribo á Nicaragua, país del que me han dicho sólo horrores desde Guatemala; y pensé también en lo probable que sería un fracaso para la misión pacificadora é internacional que me ha lanzado por estos andurriales.

Añada usted que es Nicaragua un país excesivamente ardiente, colmado de animales ponzoñosos, toda una fauna fantástica, pequeña, invisible, traicionera y homicida.

¡Qué climas, santo cielo, qué climas y qué tierras!

Almuerzo en Atenas.

Dormimos en mi ya conocida posada de San Mateo.

29 DE ENERO.—Madrugada y caminata á caballo, hasta Esparta; de allí á Puntarenas, en ferrocarril.

Puntarenas. Adiós á Costa Rica; salgo de ella á bordo del vapor americano que lleva su nombre.

1º DE FEBRERO.—Nicaragua.

Apenas echamos anclas hoy, en cuanto hubo claridad suficiente en este abrigado y primoroso puerto de Corinto, cuando notamos desde á bordo inusitado movimiento en tierra y en el buquecito de guerra *Momotombo*, que nos quedaba muy inmediato.

—*It is for you, Mister Minister*—me declaró el rubicundo y jovial capitán del *Costa Rica,—they were anxious to have you*. . .

Conforme aclaró el día, nos percatamos de que en tierra y en el *Momotombo* había mucho maniobrar de soldados, mucho redoble de tambores y toque de cornetas. Vimos que izaban el pabellón nicaragüense; llegábannos fragmentos de música militar, el himno nacional, sin duda. . . Y con anteojos, descubrimos en la playa banderas, flámulas y gallardetes que ondeaban en los aires sobre mástiles engalanados de flores. . .

A las seis y media, una falúa empavezada atracó á la escala del *Costa Rica*; el capitán y la oficialidad bajaron al portalón á recibir á los recién venidos que eran, el comandante del Puerto, el capitán del *Momotombo* y algunos oficiales. Todos iban en pos de mí; presentaciones, saludos, conatos de discursos, general *shake-hands*.

—Cuando el señor Ministro lo disponga. . .

—A las órdenes de ustedes, señores. . .

Transbordo á la falúa. Los bogas empuñaron los remos y comenzaron á remar á «la generala,» pausadamente; el comandante se quitó su sombrero, hizo con él una señal en el vacío, y del *Momotombo* dispararon una salva en mi honor de veintiún cañonazos, que retumbaron for-

midablemente dentro de la abrigada y plácida bahía. M descubrí y puse en pie para corresponder á la cortesía, sólo lamentando que el número de disparos anduviera equivocado, pues si tántos me correspondieran, ya sería yo embajador ó nuncio.

Saltamos á tierra. Toques marciales, presentación de armas, lento caminar hasta el hotel, siempre descubiertos, no obstante que mi calva protestaba contra el golpe de fuego que la abrasaba.

En el hotel, más presentaciones; campanilleo telefónico avisando á Managua mi desembarco sin novedad y mi propósito de pernoctar en la capital hoy mismo; aparecimiento de una bandeja con innúmeras copas de coñac y de champaña. Eran las ocho de la mañana.

—El tren está listo, señor Ministro. . .

—Pues al tren, mi estimado amigo! . . .

Arrancó el tren y para amenizar el trayecto volvió á aparecer la bandeja con copas.

El camino, una delicia, cuajado de flores, de árboles, de lianas estrangulando á éstos ó pendientes de sus ramas á modo de víboras adormecidas—un camino análogo á todos los de la hechicera tierra centroamericana.

Chinandega. Detúvose el tren y en el acto fué invadido por una porción de caballeros; las autoridades, el Ayuntamiento en masa, muchos particulares de suposición.

Forzoso apeadero, el Ayuntamiento teníame preparado un refresco.

Felicítome de ello, casi iba sofocado, ¡mire usted que

éste es calor! Y bajamos al andén, y el aspecto de la «histórica» ciudad de Chinandega (¿por qué histórica?..) era de fiesta. Habían levantado arcos, enflorado los suelos, colocado flámulas á entrambos lados del camino. Millares de cohetes saludaban mi presencia; hubo vivas á México, apiñamiento de multitud y la banda tocó el himno de Nicaragua.

—¡Al Cabildo! ¡Al Cabildo! . . .

Al Cabildo—distante algunas cuadras que á mí figuráronseme interminables,—enderezamos nuestros pasos en lenta y ruidosa procesión, sobre arenal candente, bajo los rayos de un sol capaz de derretir todos los hielos del Artico y del Antártico.

El Cabildo, más enflorado aún que las calles, con sombra bienhechora, que casi podía paladearse; sin metáfora, era una sombra que sabía á recompensa y premio.

El Cabildo, no de lo mejor, que como edificio apenas si lo es, y como mobiliario, pues, no tenía mobiliario.

Discursos en toda forma y galantísimos hacia México y su Gobierno.

Entre dos arengas, quise ilustrar mi ignorancia y que me dijeran por qué Chinandega es histórica.

—Porque aquí se firmó uno de tantos pactos de concordia centroamericana, roto al poco tiempo; y aquí celebró sus sesiones un congreso importante.

Al cabo de prolongada estancia y con mayor número de personas dentro del tren—la banda inclusive—continuamos viaje hasta León, donde nos esperaba el almuerzo.

León, la metrópli nicaragüense.

También en procesión, pero esta vez por calles de veras y dentro de una ciudad en forma, caminamos bastante. Mostráronme los principales edificios, descollando la Iglesia Catedral. Narráronme la vieja historia de odio que de tiempo inmemorial convirtió en rivales á León y Granada, porque ambas disputábanse la preferencia de ser la capital de la República. De esa disputa nació Managua, capital actual, que, anúncianme, apenas si puede denominarse ciudad, pues lleva muy pocos años de inaugurada y aunque se halla en plena formación, ella es más lenta de lo que quisieran los buenos deseos de sus hijos.

Después de. copioso almuerzo, que nos cayó, dígolo por mí, como maná preciadísimo, embarqué de nuevo con mi gran comitiva, que tenía resuelto acompañarme hasta las orillas del lago.

De improviso, el lago de Managua, con el Momotombo enhiesto y humeante en su centro. El Momotombo es un volcán que Víctor Hugo hizo célebre citándolo en sus «Cuatro Vientos del Espíritu;» mis acompañantes apresuráronse á mencionarme el hecho.

—¡Ahí tiene usted á nuestro Momotombo, el cantado por Víctor Hugo! . . .

¡Qué bellos son, en efecto, el volcán y el lago, así no los hubiese cantado Víctor Hugo ni nadie! Son por sí mismos un canto.

Mientras más avanzábamos, más desnudábase el lago y más me enamoraba. Para no perder detalle, no me aparté del ventanillo y más me recree á cada paso, á cada línea. Esa contemplación me indemnizó de moles-

tias y calores, y cual siempre acontéceme con espectáculos de esa talla, mi admiración, para no menoscabarse, cerró mis labios.

Hasta el vaporcito no me dejaron mis acompañantes de la larga caminata; á bordo, descorchamos juntos las primeras cervezas heladas.

El vapor tocó su campana, mis acompañantes despidiéronse, luego se agruparon en el muelle, descubiertos, agitando sus pañuelos afectuosamente. Yo en la borda, asistido de Meneses, hice otro tanto, y el vaporcito, después de desamarrado, viró todo tembloroso, cual si el volcán lo asustara, se salpicó de espuma, y á lo último, jadeante y trémulo, echó á caminar, con sus émbolos funcionando de prisa, como personas ocupadas que no quieren desperdiciar las horas.

Mansamente, nos separamos del muelle cuando principiaba á atardecer.

Meneses y yo, hablándonos apenas, realizamos la poética travesía sentados lado á lado en sendos bancos de lona, y de cara al volcán, cuya mole enorme destacábase y se divisaba desde cualquier punto de la embarcación.

Sin embargo, al doblar un cabo y descubrirse Managua, materialmente recostada sobre las ondas, el Momotombo disminuyó, hasta que en una curva que pasó inadvertida—así era de suave,—perdí de vista al monstruo, que se hundió mágicamente, como si se suicidara en el lago.

Ya era noche cerrada; el vaporcito multiplicaba ja-

deos y temblores, y comenzó á saltar al punto de derribar mareados á casi todos los pasajeros.

Allá, en la cinta enana, semicircular y negra de la costa, principiaban á brillar luces aisladas, que se apagaban y encendían ni más ni menos que luciérnagas en los bosques.

Y del fondo del lago, de las muchas montañas que lo circundan, ó Dios sepa de dónde, soplaba un viento huracanado.

Aminoró el vapor sus andares y la tripulación dió comienzo á las maniobras que preceden á los anclajes: voces de mando, arriar de banderas, gruñir de cadenas...

La costa se precisó; no era una línea fantástica y lejana, ahora adivinábanse árboles y edificios; las luces, fijas ya, diríase que avanzaban rodeadas de prole numerosa que se desparramaba por calles, encrucijadas y vericuetos, manteniendo entre sí guiños de inteligencia correspondidos. . .

Como potro argentino corcoveó el vapor, tánto, que nos obligó á asirnos de su borda, á dos manos. No lo calmaba la vecindad de la tierra, ni que le hubieran acortado el paso, al contrario, saltaba y saltaba hasta que no lo sujetaron al muelle con gruesos cables halados por hombres de rostro invisible en las sombras del puerto pequeñísimo.

Habíamos llegado y eran las ocho de la noche.

A saludarme en nombre del Gobierno, acercóse un ca-

ballero vestido de etiqueta y con acento marcadamente cubano.

—Hoy estamos de baile—díjome después de identificarse como Subsecretario de Relaciones y para justificar el traje de etiqueta,—y si el señor Ministro no se sintiera muy fatigado, también tenía el encargo de invitarlo, pues es baile en honor del señor Presidente. . .

¡Ni en honor del Pontífice bailo yo esta noche! Agradecí la invitación pero preferí la hostería, á la que nos dirigimos dentro de abierto *landeau* presidencial. Y durante el trayecto, conforme nos internábamos en Managua, ¡cómo se me encogió el corazón, Señor Dios!

Esto no merece el dictado de ciudad ¡que nó! Imaginen ustedes unos arenales en los que se hunden las ruedas y los caballos del coche; las aceras, tan altas, que en las esquinas—única parte accesible,—súbese á ellas por medio de tres ó cuatro gradas y en algunas por medio de cinco ó seis; los edificios, bajos, en lo general de madera, y muchos de cascote; los habitantes, tomando el fresco (con pergeños ligeros), en mecedoras de bejuco instaladas sobre la angosta acera, á la que llenan en su totalidad; á cada paso, chiquillos ventrudos y en cueros, sin más vestimenta que el impudor de sus pocos años; y gente adulta, varones y hembras de tez obscura; algunos ancianos completamente negros; porción de gente con la progenie india muy marcada; un calor sofocante; el conjunto mezquinamente iluminado y dominándolo todo, rumor inmenso y *sui géneris* de miles y miles de insectos invisibles, entre los que se destaca el grillo con su característico silbido trémulo.

Cuando penetré en el hotel y me lo encontré más que aceptable, no creí en mi dicha.

—Es muy caro—advirtiéronme al entrar,—ajústese usted antes. . .

¡Qué ajuste ni qué carestía! Con que me ofrezcan cuarto medianamente cómodo, me consideraré por bienaventurado y no regatearé precios, á pesar de que por donde quiera se lee:

«Precios: cuartos de éste ó de aquél modo, tanto más cuanto, para los señores diplomáticos, *precios convencionales*.

¡Vivan las convenciones!

Ha habido cuartos para Meneses, para mí y para mi ayuda de cámara, mi excelente y fiel Joaquín que me acompaña por todas partes.

¡Ea! A lavarse y mudarse para comer, que hay hambre y la cocina no huele mal. . . Interrumpe mi ablución vocerío inusitado, y Joaquín quédase con una camisa limpia suspendida de los brazos almidonados.

—¿Qué sucederá fuera, hombre?—le pregunté.

Oímos gritos, carreras, palos.

—¡Dale duro! ¡sácale la vuelta!. . . ¡ahí va!. . . ¡ahí va! . . . ¡que se escapa! . . .

—¿Será algún *ratero?* . . .

—¿Algún criminal prófugo? . . .

—Anda á averiguar, Joaquín!

Y entreabriendo las persianas giratorias de la puerta de mi cuarto, me asomé yo mismo.

—¿Qué pasa? . . .

—No es nada, señor—informáronme los criados son-

rientes y armados de varas flexibles,—es una *animala* que acabamos de matar. . .

—¿Una animala? . . .

Y ante su cadáver aprendí que aquí á las víboras se les dice *animalas*, y que los fámulos habían dado muerte á una de media vara, de especie venenosísima, que, por la semejanza con esta tela, les dicen *terciopelos!*

Como aperitivo, paréceme que éste no ha sido malejo, digo yo. . .

Pasé el resto de la noche en zozobra continua; comí mal; obligué á Meneses á que durmiera en mi propio cuarto, echado sobre un catre de tijera, y á que me narrara toda su historia, desde su infancia. . .

No apagué la vela, ni dormí tampoco. La entera noche no cesó el rumor caótico de los insectos invisibles. Sólo al clarear el nuevo día me adormecí.

2 DE FEBRERO.—Previa minuciosa busca llevada á cabo por Joaquín, de rincones, piso, ropa y arteza, trasládome á mi baño matinal, cuya estancia me resultó con techo de paja. . . De regreso á mi habitación, nuevo registro que habrá de hacerse á diario, en la ropa, el calzado, etc., trátase de evitar con él la sorpresa de algún bicho. Vestido ya, me refugié en el jardín del hotel y trabé relaciones con el dueño y su familia, cuya nacionalidad me explica por qué el albergo es tan aceptable. Su propietario, un señor Lupone, fué varios años *maitre d'hotel* en buenos *restaurants* de París y Londres; en este último lugar casó con londinense, y la pareja se vino á América en busca de una fortuna que ya encontraron en Nicaragua.

Ella entiéndese con cocina y arreglo de cuartos; él con *restaurant*, cantina, servidores y público, y ambos van viento en popa, á cada año mejor que los anteriores, á cada lustro recetándose unas vacaciones en Europa. Amén del hotel, son dueños de una quinta, y de una finca, y de terrenos de cultivo; pero la más bella de sus propiedades, la que me cautiva y retiene horas y horas sin salir del hotel, es su hijita, un ángel rubio de seis á siete años, á punto de partirse para un colegio de Inglaterra, y con la que en poquísimo tiempo he alcanzado intimidad positiva. Los niños son así, necesitan de muy poco tiempo para cerciorarse de que un extraño los ama de verdad.

A la hora del almuerzo, se llegó á mí un señor obeso y anciano, muy afable, muy risueño y de fácil decir:

—Soy el Ministro de Relaciones Exteriores, vecino de usted, pues habito en este mismo hotel; mi casa se halla en la ciudad de León. . . ¿Cómo se encuentra usted? . . . estábamos esperándolo con ansia. . . aquí se quiere mucho á México. . . y á sus hombres. . .

Con el señor Ministro me encaminé al Palacio para celebrar mi primera entrevista con el General D. José Santos Zelaya, Presidente de esta feraz Nicaragua.

El aspecto del tal Palacio, por fuera y por dentro es, al igual de todo lo de aquí, raro y fantástico.

Hiciéronme esperar en el Ministerio de Relaciones mientras el Sr. *** iba á anunciarme al General Ze-

laya. A poco, tornó diciéndome que el Presidente me aguardaba.

Volvimos á bajar, doblamos á la derecha; muchos soldados descalzos y sobre las armas, en todos los ángulos, en todos los pasillos, en todos los rincones, ni más ni menos que en Guatemala, hasta con el mismo uniforme: pie en el suelo y poco aseo en el individuo, que va cubierto con pergeño paupérrimo de manta estampada. Al extremo de un corredor del piso bajo, gran biombo de papel, y á la derecha, en el vasto patio, pulular de tropa y una pieza de artillería moderna abocada á la entrada del Palacio.

Tal detalle sí que me alarmó. ¿Si estallara en la ciudad el más pequeño é insignificante alboroto, dispararían estos angelitos sin otra averiguación? . . .

Unos oficiales bien uniformados (continúa también en esto la semejanza con Guatemala), interrumpieron una partida de ajedrez, se cuadraron políticamente y después de anunciarnos, nos introdujeron en el *sancta sanctorum.*

Hizo el señor *** las presentaciones de estilo y yo tomé asiento á la derecha del Presidente.

Amplia la estancia, ventilada y abundante de luz. En su testero principal, gran mesa colmada de libros, papeles, etc. Dando frente á la entrada, el General Zelaya, y dando el frente á Zelaya, su secretario particular, quien en cuanto me hube instalado, previa reverencia muda se ausentó acompañado del señor***

Instantes de observación mutua.

Es José Santos Zelaya hombre corpulento y de varo-

nil aspecto; bien despachado de mostacho, blanca la tez, claros los ojos, el bigote tirando á rubio, lo mismo que el cabello, que comienza á escasear. Revela su edad, cuarenta y cuatro á cuarenta y seis años, y si no fuera por lo vasto de sus manos y lo excesivamente dura que resulta su mirada en ocasiones, predispondría del todo en su favor desde el primer momento. Al hablar es frío y alardea de hablar muy despacio, como si mucho madurara lo que había de decir.

Al sentarme noté, colgado á la izquierda de su mesa, dentro de lujoso marco, un retrato, no de lo peor, del General D. Porfirio Díaz. (Con posterioridad me informaron de que Zelaya es no sólo entusiasta admirador del General Díaz, sino que asimismo se llama imitador suyo).

Rompimos los fuegos de nuestras amistades con una escaramuza bastante viva, en razón á que él insistía en imputarme particular interés por defender la causa de Colombia, con la que Nicaragua se halla en los peores términos. Rectificados los conceptos, entramos en una cordialidad más que aparente y la breve conferencia discurrió tranquila hasta el momento en que nos separamos cual dos viejos amigos.

Regresé sólo al Ministerio de Relaciones Exteriores y mi D. ***—de quien ya sé, y su aspecto me lo ha confirmado, que es varón de larguísimo pesquis,—me brindó con una botella de champaña y con el siguiente discursillo:

—«Mi querido amigo: quiero que juntos nos bebamos

esta botella y que charlando arreglemos lo que tengamos por arreglar (*aquí se rió*). Yo no soy diplomático, ni casi abogado; soy agricultor; un bienintencionado que llama pan al pan (*nueva risa*), y que cree que nuestras diferencias centroamericanas, nuestros grandes asuntos (*fingida ironía*), así han de ser tratados: conversaditos, sin notas ni tiquis miquis impropios de pueblos jóvenes y republicanos (¿?) que, como Nicaragua, sólo ansían que los dejen trabajar en paz. . . Con que, á la salud de usted! . . . por México! Y demos principio á nuestras negociaciones (*risa final más franca y de duración mayor*)». . .

¿No es cierto que lo anterior parece copiado de alguna de las mejores páginas del maestro Galdós? . . .

Después de comer—¿á dónde ir en esta ciudad futura?—nos instalamos Meneses y yo en un banco del jardín exterior del hotel, taciturnos y de pocas palabras.

Por suerte, nos cayó el joven chileno D. Samuel Mc. Gill, oficial en las reservas de su país y empleado aquí como instructor del ejército nicaragüense, que me fué presentado la mañana de hoy. Es muchacho educado y de maneras, con quien puede conversarse, siempre que pase uno por alto su ingrata manía—la de que los chilenos adolecen,—de colocar á todo propósito y á todo momento á Chile en los mismísimos cuernos de la luna.

Noche inocente, charla casi infantil; proyectos del joven oficial, narraciones recíprocas de cómo es Chile y cómo es México, conversación desmayada, que prolon-

gamos, sin embargo, para retardar el momento de ir á encerrarnos en los cuartos.

3 DE FEBRERO.—Por ciertas circunstancias que totalmente pertenecen á la parte oficial de mi viaje y que no me es dable, en consecuencia, estampar en estas páginas íntimas y más ó menos literarias, sospéchome que fracasaré en mi misión *pacificatriz.*

Mientras más días gasto en Nicaragua, más ganas dánme de salir de ella, á pesar de que abunda en riquezas y encantos naturales de todo género; á pesar de que aquí no existe, ni epidémicamente, el tremendo azote de la fiebre amarilla. . . no sé qué será, pero, á mí á lo menos, me despierta ideas extravagantes; hay momentos en que hasta creo no hallarme en América, sino en Africa; el sol, el suelo, la fauna, la flora, la etnografía, los usos, las costumbres, todo me hace pensar más bien en regiones remotísimas que recorriera yo á modo de un Livingstone ó de un Stanley, y no en beneficio de ciencia alguna, sino *ad majorem pax centro-americana gloriam.*

¡Quiera mi Gobierno tomármelo en cuenta!

Que, regularmente, no querrá.

4 DE FEBRERO.—En vista de mis murrias diurnas y de que por las noches poco duermo pensando en alacranes y demás bichos *inofensivos*, doy en la práctica de dormir siestas interminables.

Por más que hago, no encuentro respuesta á la siguiente pregunta que me obsesiona:

—Dado este clima, dadas las casas con sus techos de paja, los hombres de pensamiento, que no escasean en Nicaragua, ¿cómo harán para trabajar?

--Rubén Darío, hijo de estas comarcas, ¿cómo inauguraría aquí sus iniciales primores literarios? . . .

Arcano impenetrable.

5 DE FEBRERO.—Ya no puedo dudar. Gracias á una doblez manifiesta que hoy compruebo patentemente por un telegrama que se me mostró, mi misión ha hecho fiasco y México puede—y sobre todo, debe, en mi concepto,—renunciar á la pacificación de estos pueblos hermanos, que se aman entre sí con el mismo intenso afecto que Caín nutría por Abel.

Lo malo es que no pueda marcharme en seguida, pues no sería urbano el que dejara de aceptar, y agradecer cual de veras agradezco, los festejos que este Gobierno prepara en obsequio mío.

Después de la comida de esta noche, en que tuvimos como invitado á Mc. Gill, resolvimos dar un paseo á orillas del lago y sentarnos á disfrutar inocentemente de la luna--que está en creciente—al borde del muelle de madera.

Y nos lanzamos Mc. Gill, Meneses y yo por las calles sombrías; cruzamos el Parque; costeamos el cuartel de Artillería; bordeamos el paradero del camino de hierro hasta no dar con las orillas del lago, todo escamado de plata, grande, tranquilo, ideal. . .

Presas de honda admiración, á cada paso deteníamo-

nos, y con el aspecto más pacífico del mundo, transpusimos el largo muelle á cuyo extremo veíase atracado uno de los vaporcitos que hacen la carrera entre Managua y Momotombo. Charlábamos y reíamos quitados de la pena, nuestro avance era lento, al compás de la charla y de la risa. . . A medio muelle hállase una verja, mas como la encontráramos abierta, sin el menor escrúpulo la franqueamos. Allí tuvimos que hablar á gritos, porque el viento ensordecedor que se levanta del lago noche á noche y que apenas riza su argentina superficie, se llevaba nuestras palabras cuando salían apenas de los labios. . .

Intempestivamente escuchamos un destemplado y amenazador: «¿quién vive?», que nos paralizó y detuvo, porque nos llegó acompañado del ruido característico que hace un rifle cuando lo montan. No era broma, nó; hacia la derecha, dentro de semioculto garitón, un bárbaro soldado nos apuntaba con su rémington tendido. . .

—¡Nicaragua!—contestamos á una voz, y yo ordené á mis acompañantes la inmovilidad más absoluta, á fin de que el militar tuviera tiempo de cerciorarse de que éramos tres individuos inermes é inofensivos. Debió de convencerse, supuesto que levantó su fusil. Nosotros entonces, con fingida parsimonia, nos alejamos del muelle maldiciendo por lo bajo del cruel interruptor de nuestra deliciosa *paseggiata*.

Ardo en deseos de narrar mañana la ocurrencia al Ministro de Relaciones, para ver cómo me la explica y en qué términos la excusa.

6 DE FEBRERO.—¡Sin comentarios!

No queriendo dar al incidente de anoche la gravedad que en sí pudiera encerrar, preferí contárselo á D. ***, echándolo á la broma en vez de denunciarlo por escrito:

—Por poco no volvemos á vernos, D. ***. Anoche. . .

El señor ***, después de escuchar benévolo mi relato completo del sucedido, por toda explicación me espetó con la mayor tranquilidad:

—«Sí, aquí hay que andarse con mucho tiento, nuestros soldados son muy disciplinados, y como últimamente hemos tenido conatos de rebeldías, y á nadie que no sea extranjero le ocurre ir á esas horas á los muelles, hay dada orden de que á ninguno se le consienta aventurarse hasta cerca de los vapores atracados, porque ya en una ocasión los enemigos del Gobierno, así se apoderaron de uno de sus buques. . .»

Por un buen rato perdí el habla.

Después de la licencia que por el cable me ha concedido mi Gobierno para aceptar el nombramiento hecho en mi persona de árbitro inapelable y tercero en discordia que zanjará la añeja cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua, solemnemente me confirman hoy que he sido designado por ambos Estados.

—Usted, y sólo usted—me dice el Ministro,—ha de ser el árbitro, y si México nos enviara otro representante, modificaríamos esta resolución unánimemente.

Distinción tan honrosa, compénsame del mal rato de anoche.

7 DE FEBRERO.—En tren expreso, acompañado de dos Ministros del Gabinete, de un Subsecretario, de diversos empleados de categoría y de particulares y periodistas, emprendimos viaje hasta Jinotepe y Diriamba, que aquí por antonomasia llaman «Los Pueblos,» y que se encuentran ubicados en el Departamento de Carazo.

Muy ufanos manifiéstanse los nicaragüenses de este camino de hierro, y á fe que razón les sobra, pues aparte de que en sí es digno de alabanza por las dificultades técnicas vencidas para su atrevida construcción, ésta fué llevada á término con capital nicaragüense y toda la línea, su material rodante, sus empleados, etc., pertenecen al Gobierno; al igual que casi todas las vías de comunicación que hay en el país.

El panorama que se contempla es sencillamente prodigioso. ¡Qué naturaleza, qué perspectivas, qué lagos, qué montañas y qué precipicios!

En Masaya hicimos alto un buen rato, y en San Marcos cruzó el tren por entre palmas y banderolas con que los vecinos contribuyeron al mayor esplendor del paseo.

En Jinotepe la concurrencia dividióse en dos grupos para el almuerzo; unos fuéronse al hotel y otros nos dirigimos á la casa del señor D. ***, padre del actual Ministro de Relaciones Exteriores, que de la excursión formaba parte lo mismo que su atrayente y nada vulgar esposa.

Llevé en Jinotepe sorpresa gratísima.

El señor D. ***, nuestro anfitrión, es un anciano que pasa sobradamente de los ochenta años, y á pesar de ello, recto como un huso, muy aseado en su modesto

pergeño, coronado de canas abundantes—porque no luce ni asomos de calvicie,—con su dentadura completa y sus facultades expeditas; es, además, en extremo simpático, muy sobrio para reírse y de reposado decir; hay algo de patriarcal en sus ademanes, en su figura venerable y en su conversación amenísima, siempre vuelta al pasado y ligeramente despectiva para los hombres y cosas de ogaño. Le hallé muy enterado de nuestra guerra contra los franceses, esa página de gloria patria que tánto nos ha dado á conocer, en nuestro Continente sobre todo.

Fué la sorpresa, que antes de instalarnos á la mesa, de entre la chiquillería que por la sala correteaba y de tiempo en tiempo iba á amontonarse sobre el abuelo, (como pájaros en árbol añoso y corpulento), llamó mi atención un pequeño diablillo de cinco años á más tirar, quien, amén de dos ojazos expresivos y negros, lucía en su inquieta cabecita, un bosque de rizos luengos y sedeños; siendo de advertir en alabanza suya, que más llamó mi atención porque no he visto en Nicaragua muchas criaturas agraciadas.

El Ministro de Relaciones, que notó la delectación con que miraba yo al interesante rapaz, lo cogió de una mano y me lo acercó:

—Mi pequeño hermano Fernando,—exclamó á guisa de presentación y entre bromas y veras.

¡Su hermano, si podría ser su nieto! . . .

Ante mi incredulidad manifiesta, insistió, apelando al testimonio afirmativo de los circunstantes.

—Sí, sí, puede creerlo, su hermano es!

El anciano D. Agustín, intervino:

—¿Acaso el señor Ministro duda que este niño sea hijo mío? . . .

—No dudaba yo, señor, me sorprendía. . .

—Pues voy á acabar de sorprenderlo. . .

—¡Fulana! (se me escapa el nombre de su esposa).

Y á nuestro corro llegóse una joven que apenas si representaba veinte ó veintidós años, muy apenada, roja toda, sin poder disimular su avanzadísimo embarazo.

—También *«eso»* es mío, señor Ministro—me declaró el anciano D. Agustín, apuntando al vientre fecundado, con ademán tan casto, con entereza tan honesta y un orgullo tan sano y legítimo, que me cautivó, me hizo estudiarlo con cariño y recordar leídos paisajes bíblicos.

Me enamoró ese viejo erguido y solemne, publicando, honrado y casto, con su temblorosa diestra extendida, sin falsos pudores por la santa y maravillosa obra de la generación, que era él, el casi nonagenario, quien había engendrado una nueva vida en el vientre juvenil que por voluntad propia le pertenecía, sin curarse de si moriría hoy ó mañana, ¿qué le importa? . . .

Tranquilamente cerrará para siempre sus ojos, rugosos ya, con la seguridad del que tras de larga vigilia, pero con la conciencia de la labor y el deber cumplidos, se duerme en la muerte.

¡Hermoso ejemplo! Más que nunca me afirmé en lo que de tiempo atrás he pensado: que las canas son armas de doble filo; cuando bien llevadas, respetabilísimas; cuando llevadas mal, que por desgracia es la regla, hieren á quien las porta y lo convierten en objeto de ludibrio y mofa.

Hasta para ser viejo, necesítase saber serlo.

Después de comer, volvimos á nuestro tren.

Ibamos ahora hasta Diriamba, término actual de la pintoresca vía férrea.

El camino continuó bellísimo, un verdadero festín para los ojos.

Al regreso, detuvieron el tren frente á importante finca de campo, «Santa Cecilia,» cuyo dueño nos dispensó, asistido de su familia, improvisada y hospitalaria acogida.

Hubo desde piezas en el piano y refrescos sin alcohol, hasta exhibición minuciosa de la propiedad y la maquinaria que en el ingenio se quejaba.

8 DE FEBRERO.—*¡Ináudito! ¡Hinverosímil! ¡Hhhenorme!* Cuando me encaminaba esta tarde al Palacio del Gobierno, sin reparar en que la acera sombreada era la del costado del mismo Palacio y se encontraba desierta en toda su longitud, trepé en ella para ahorrarme las caricias de este sol de plomo derretido.

A su mitad, sentado sobre un cajón de vino y con el rémington sin bayoneta entre sus piernas dobladas, en la actitud más inofensiva y menos marcial que imaginarse pueda, reflexionaba ó dormitaba un soldado de infantería. No llamó mi atención, lo creí «clase,» cabo ó sargento á la sombra y á unos cuantos pasos del destacamento en forma, que con fusiles en pabellones, guardaba en plena calle uno de los ángulos de la presidencial morada.

Continué caminando de toda chistera y *redingota*, y al

pasar junto á él, levantó pesadamente su fisonomía broncínea é inexpresiva y me preguntó sin empleo de tratamientos:

—¿Qué, usted es militar? . . .

Como la leyenda quiere, según nuestra antigua mala fama que por el orbe vuela, que á todos los mexicanos se nos suponga más ó menos guerreros, á la leyenda atribuí la original pregunta del infante. Sin duda—díjeme á mí mismo,—este pobre ha oído hablar de que llegó á su tierra un ministro de México; mi chistera y mi levita, no frecuentemente usados en estas latitudes, le han indicado que yo he de ser ese «ministro,» y no cabiendo en su caletre que pueda existir ministro mexicano que no luzca (peor ó mejor ganadas), divisas y charreteras, por falta de educación y exceso de curiosidad, me ha interrogado. Y hasta con cierta benevolencia, acortando mi andar, le contesté:

—No, no soy soldado, soy civil. . .

¡Jamás lo hubiese hecho! En el propio instante, transmutado por la ira en un Bernardo del Carpio cimarrón, del destacamento apostado en la esquina desprendióse un capitán, con la espada semidesnuda, el kepis en el cogote, rojo de berrinche su vulgar semblante:

—¿Por qué habla usted con el centinela?—me increpó á gritos—¿Por qué camina usted por esa *vereda?* ¿No sabe que está prohibido? . . . ¡Bájese en seguida! . . .

Yo también tengo mi alma en mi almario, y cuando es fuerza, sé gritar. Me encolericé de veras, que, francamente, esta irregularidad y la de la otra noche en el muelle, colmarían la paciencia de Job.

Revestido de cómica gravedad, comencé á formular respuestas improvisadas, con tendencias á serenar aquel espíritu encrespado, pero mi energúmeno no oía de esa oreja, y lo propio que en la «Verbena de la Paloma,» nos cruzamos él y yo estas frases:

—(*El Oficial*) A mí no me responde usted. . .

—(*Yo*) Pues, entonces, no me pregunte usted!

La cosa se agravaba; ya la espada hallábase casi desnuda; del destacamento desprendíanse sargentos y cabos; los soldados deshacían los pabellones de sus fusiles y el centinela me cortaba la retirada echándose al medio de la calle. . .

No me seducía calcularme con el pellejo agujereado por los soldados, y sin embargo, no daba yo con la manera de imponerme. . .

—(*El Oficial, á pesar de todo, impresionado con mi traje*) Lo voy á mandar á usted preso, para que aprenda. . .

—(*Yo, hallando la salida*) Y yo voy á mandar que á usted me lo fusilen dentro de una hora, para que olvide. . .

—(*El Oficial, examinándome de pies á cabeza*) Para que me fusilen á mí! Pues, ¿quién es usted? . . .

—(*Yo, con toda la prosopopeya del que ha puesto á salvo su decoro y su individuo*) El Ministro de México. ¡Calcúlese usted!

Seguramenta el denodado capitán no era fuerte en cálculos ó los que hizo á la carrera no le resultaron, porque aunque es cierto que contuvo á sus hombres y que humilló su espada, no lo es menos que, después de mucho reflexionar, sólo acertó á decirme por vía de transacción:

—Ah! . . . ¿usted es el Ministro de México? . . . Pues de todos modos, hágame el obsequio, señor, de irse por la otra *vereda*. . .

Después de haber recalcado lo de *señor*, me apresuré á transigir, que en esto de fueros, inclusive el diplomático, siempre he tenido para mí que cualquiera de ellos termina en el extremo del bastón de un gendarme bárbaro ó en la punta de la espada de un militar ignorante.

—Porque me ha tratado usted al fin, según debió tratarme desde un principio, accedo á su súplica. . .

Y el bravo miliciano, que nada me había suplicado, abrió unos ojos inconmensurables, en tanto yo alejábame pausada y gravemente.

Para que el Ministro no vuelva á salirme con alguna explicación que no me satisfaga, decidí no comunicarle el acaecimiento ni en lo oficial ni en lo privado.

Carguemos la ocurrencia á gajes del oficio.

9 DE FEBRERO.—Segunda excursión á Masaya, donde el mexicano Estanislao Castaño, radicado en Nicaragua desde hace algunos lustros y actual poseedor del único teatro que existe en Managua, me obsequia con un almuerzo.

A la tarde fuí á Granada, en camino de hierro, para conocer esa segunda ciudad del país, que es, á mi juicio, la más agradable. Desde luego, el lago que lleva su nombre y que es superior al de Managua en todos sentidos, embellécela al extremo; es un lago enorme, azul y bravío, que baña la ribera de más de un Departamento y

que se ve surcado de bastantes embarcaciones de vela y aun de algunas de vapor.

Antes del banquete arreglado en honor mío por el caballero español D. Nicolás Ubago, me dirigí con él y demás comensales á presenciar desde el embarcadero una ideal puesta de sol, á orillas del pequeño y dulce mar.

Fué una nota de belleza intensa y grandiosa, tánto, que su hermosura perduró la tarde entera y la entera noche, en mi ánimo. Regresé deslumbrado á la ciudad, hondamente conmovido por el espectáculo, pero adrede no quise hacer partícipe á nadie de mis sensaciones, para que nadie me las menoscabara con explicaciones ó comentarios filisteos.

Rumié en silencio mi delectación espiritual y casi mística.

Después de la comida que sirvieron en el hotel de «Los Leones,» tuvimos velada musical en la casa de Ubago, y á la media noche, en tren especial, regresamos á Managua.

10 DE FEBRERO.—Hará cinco días que han comenzado á circular las invitaciones para el gran banquete oficial con que en la noche de hoy habrá de honrarme el Presidente D. José Santos Zelaya. El hotel Lupone está inconocible de tanto preparativo y adorno tantísimo.

Afírmame el Ministro de Relaciones que han sido aceptadas ochenta y pico de invitaciones, y como es persona mordaz á su modo y de muy regocijado ingenio, con vaguedad y cazurrerías campesinas quiere saber mi opinión

*avant la lettre*, acerca de la fiesta y sus preparativos; hasta llegó á censurar á sus paisanos:

—¿Qué se habrá usted figurado, mi querido amigo, de la recomendación que respecto al traje hice poner en las tarjetas? . . .

—Pues nada, que quizá esa será la práctica. . .

—No, no, no, qué práctica ni qué niño muerto! Es que como ha de asistir una porción de funcionarios de categorías diversas y no todos se hallan al cabo de tal exigencia. . .

La recomendación, en efecto, es inusitada. Dicen así las invitaciones:

«El infrascrito Ministro de Relaciones Exteriores, tie-
« ne la honra de invitar á usted para una comida que el
« Excmo. señor General Presidente Don J. Santos Zela-
« ya obsequiará al Excmo. señor Don Federico Gamboa,
« Encargado de negocios de México, el 10 del presente
« mes, en el Gran Hotel.

«Managua, 8 de febrero de 1900.

«Hora: 7. p. m.»

«Traje: frac.» «Se suplica contestación.»

De mí sé decir que me sumió en una meditación honda. . .

11 DE FEBRERO.—Lo justo, justo; el banquete de anoche salió redondo, y lo único relativamente censurable fué la bienintencionada recomendación del Ministro, tocante al traje, pues he confesar que, prestados ó propios, los fracs que los invitados lucieron, no merecían reproche.

La fiesta, pues, resultó; hubo derroche en todo, hasta de buen gusto en adornos, mesa, servicio, *menú* y caldos. Sí, éramos los ochenta comensales pronosticados: el Presidente de la República, su Gabinete, las primeras autoridades, los particulares más prominentes, cónsules de diversos países europeos y el de los Estados Unidos de América, varios extranjeros de suposición, diputados, periodistas, munícipes, ¡qué sé yo cuantos más!

En las afueras, la banda, el cielo estrellado, la voluptuosa tibieza de estas noches incomparables. . .

Adentro, todo género de atenciones y finezas para mí: luces, brindis sin palabras y á distancia, con sólo la copa en alto. . . A los postres, el Ministro de Relaciones pronunció el brindis oficial en que se me ofrecía la fiesta. . . Al levantarme yo para contestar, la galantería máxima, la delicadeza mejor que me forzó á permanecer silencioso por unos cuantos instantes, esperando que en mi espíritu se diluyera y pasara la emoción gratísima: la banda ejecutó irreprochablemente el himno mío, el de mi México distante y adorado! . . .

Anoche presentáronme á distintos colombianos que querían conocerme: emigrados políticos, desterrados, liberales, patriotas y prófugos.

¡Cuánto y con cuánta cordialidad charlamos, aunque sin mencionar asuntos políticos de parte ninguna, que debido á una complacencia de mi Gobierno en esta jira internacional y pacificadora, yo ando, en cierto modo también, representando á Colombia. ¿Cómo hubiera yo podido entonces dar oídos á las protestas y censuras de este puñado de valientes en éxodo, que han luchado en

su tierra porque la libertad se aclimate del todo y por echar abajo al gobierno actual, por cuyos intereses tengo yo que preocuparme?

Si nos hubiéramos franqueado ellos y yo, después de oir sus quejas, de haber escuchado la narración punzante de sus dolores en tierras extrañas, sin recursos y sin más escudo que sus ideas, les habría dicho:

—«Ilusos, ilusos, triples ilusos. ¿Por qué soñáis con «imposibles y perseguís quimeras? Ah! por caridad, no «interrumpáis vuestro sueño, antes continuadlo, así, ex- «patriados, errabundos, perseguidos y pobres, y morid «en patrias extranjeras, lejos de vuestras amadas ó de «vuestros hijos, cerrad los ojos para siempre, creyendo «que otros, los que vengan atrás, realizarán la obra. . . «es lo mejor!

«¿Cuándo se ha visto, poniendo aparte épocas fuga- «ces, que la Libertad viva del todo respetada en Améri- «ca? Desde los Estados Unidos, donde sin embargo pa- «rece que el clima y las prácticas le son más propicias, «pero donde también esa misma Libertad, mujer al fin, «ha cedido á los tenedores de oro y corruptores de las «masas, desde allí hasta la Patagonia, la Libertad ha «costado mucha sangre, ríos de sangre, océanos de san- «gre, y hasta hoy la diosa sólo alienta en algunos cere- «bros nobles, en unos cuantos corazones generosos. Ver- «dad tristísima que sólo confesamos un diminuto grupo «de hombres honrados.

«La Libertad, como la Justicia absoluta, como la «Verdad completa, como la Belleza suprema, como to- «das las grandes abstracciones y las grandes quimeras,

«quizá se halle condenada en el globo terráqueo. á no «pasar nunca del estado de abstracción y de ideal. . .»

Pero como no púde decirles esto, ni siquiera cosa que se le pareciera, pues tendría yo que principiar por irme á vivir en los montes y las selvas, y entonces mi palábra no llegaría nunca á oídos de los hombres y de mi esfuerzo reirían las fieras, mis bravos colombianos y yo limitamos la cordial entrevista á inocente y sabroso palique, hablamos mucho de los literatos suyos, de los literatos míos, hasta bien corrida la media noche en esta ciudad senegalesa que la luna bañaba de plata y melancolía.

14 DE FEBRERO.—(Corinto.) Desde anteayer en este puerto aguardando el vapor que ha de devolverme á Guatemala, acompañado de un representante del Gobierno nicaragüense, del mexicano D. Estanislao Castaño y del oficial chileno Mc. Gill, este último nombrado definitivamente instructor del ejército de Nicaragua.

Víme forzado á declinar la amable invitación para un día de campo en los alrededores managüeños. Ya tengo bastante de países nuevos y de festejos repetidos, ansío mi «tienda» guatemaleana, porque en ella espéranme mi mujer y mi hijo, lo único preciado que poseo y me endulza la vida en mis destierros; ocasiones hay, en que frente á la fotografía de mi hijo, suelto la risa á solas, alucinado por esperanzas que tal vez nunca se realicen ó por certidumbres de dicha, que son, sin duda, meramente sugestivas.

En Corinto, ninguna distracción; por las noches, nos

tumbamos sobre una porción de maderos apilados en los muelles, y damos la cara á los astros; todos mudos por largas horas, viviendo todos la reconcentrada vida sin palabras de las reminiscencias y de los anhelos.

15 DE FEBRERO.—A bordo del «Acapulco,» mi vieja y conocida barcaza, tripulada por amigos.

Poco después de medio día nos dímos á la mar, pero los cañones que tan regocijadamente saludaron mi arribo, no me dijeron adiós con sus redondas bocas bostezantes. . . ¿No hubiera sido preferible suprimir aquel expresivo saludo de fuego, ó guardar la mitad de aquellos disparos para regalarme con ella á mi salida? . . .

Aun cuando, bien mirado, todo es humo; y en materia de humo, lo mismo es más que menos.

A bordo, sensación de bienestar agudo, y en el amplio camarote que el comandante Catarinich me escogió en persona, sensación de indecible deleite.

A eso de las doce de la noche, en que aún permanecía yo sobre cubierta fuma que te fuma y piensa que te piensa, descubrimos los noctámbulos, relativamente cerca del «Acapulco» y navegando entre la costa y nosotros, un vaporcito minúsculo con sus luces apagadas, á la manera de buque bloqueador ó de buque en huída. Pronto logramos alcanzarle y para identificarlo, le echamos anteojo: no era ni uno ni otro, simplemente un barco nicaragüense de guerra, que hacía rumbo á Amapala. . .

Dejámoslo atrás, casi besando su quilla con la espuma de nuestra hélice. No obstante que el vetusto «Acapul-

co» no es nada extraordinario—dos mil quinientas ó tres mil toneladas,—el bélico navío era tan pequeño, que junto á nosotros, con sus luces apagadas, su toldilla muda y el aflictivo jadear de sus calderas, resultaba en la majestuosa inmensidad de este Mar Pacífico, algo lamentable, algo muy débil que á punto de zozobrar nadara con sobrehumano esfuerzo por ganar la costa distante, la costa visible apenas, que el plenilunio esfumaba, allá, en una lejanía borrosa é imprecisa.

16 DE FEBRERO.—Con el alba entramos en Amapala, puerto hondurense sobre el Pacífico.

Por las circunstancias de naturaleza reservada que han hecho se frustre la misión que me trajo á estas comarcas, de provocar una reconciliación honrada entre sus gobernantes, no habré ya de abocarme con el General D. Terencio Sierra, Presidente de Honduras, y, al decir de próximos y distantes, el mejor guerrillero de Centroamérica. No tengo, pues, que «meterme en honduras.»

La cosa me alegra, pues no obstante lo que gusto de conocer países, y más si son de mi raza, lo que ha llegado á mi noticia á propósito de los caminos de esta región, raya en lo inquisitorial, es imposible viajar por ellos. Las tales rutas son montuosas, inhabitadas é inclementes.

En consecuencia, sólo por mera cortesía determiné desembarcar de incógnito, identificarme en la Comandancia Marítima y ponerme al habla por telégrafo con el señor Sierra, á fin de poder volverme á bordo en seguidita, con mis propios honores.

Pero el hombre pone. . .

Sin duda de Nicaragua anunciaron mi paso por aquí, porque hasta la cubierta del «Acapulco» presentóseme un militar de alta graduación, representante del comandante del puerto que se hallaba encamado á causa de una fiebre.

El General puso á mis órdenes una falúa abanderada y me amenazó en la siguiente forma textual:

—«Por si el señor Ministro gusta (*por estos rumbos es de buen tono que le hablen á uno en tercera persona*), pasar á Tegucigalpa, de orden del Gobierno tengo bestias ensilladas y á su disposición.»

No, el *«señor Ministro»* no gusta, ni por pienso, de pasar á Tegucigalpa (vaya un paso! tres jornadas á lomo de mula, con pésimos albergos en algunas partes del camino y tragando leguas y leguas á merced de los elementos, ¡qué perspectiva!)

Al *«señor Ministro»* le impiden darse ese trote las múltiples ocupaciones que en Guatemala le aguardan. El *«señor Ministro»* se limitará á saltar á tierra y permanecer en el puerto las horas que el vapor permanezca anclado; durante ellas, se pondrá al habla telegráficamente con el señor General D. Terencio Sierra.

—¿Cómo andamos de fiebre?—pregunté á mi acompañante después de que los bogas le metieron mano á los remos.

—Pues no andamos bien. Está muriéndosenos un americano, y se han muerto personas de importancia, á docenas. . . sin contar la gente del pueblo, que ésa muere á porrillo.

Las informaciones no me parecieron mal, pareciéronme peor.

Y pensé que si salgo sano y salvo de lo poco que aún me falta para reintegrar mis trashumantes penates de Guatemala, mi mujer va á suponerse que me he vuelto loco ó actor de zarzuela, porque en rigor no deberé sino cantar la vieja copla de «La Conquista de Madrid:»

*«Habéis de saber que el que allá se va,*

*«Vuelve con cabeza por casualidad. . . »*

¡Qué viaje, señor Dios, qué viaje!

Saltamos en tierra y á pie dirigímonos á la Comandancia, destartalada y feísima casa de madera.

Tuvimos que cruzar gran parte del pueblo y mi azoramiento y espanto no reconocieron límites. Cuenta que Amapala es, en opinión de los que conocen la República, lo mejor de ella. ¿Qué tal será el resto?

Por algo hasta un pequeño evangelio, vulgo refrán, se ha fabricado acerca de la región:

—«¡No meterse en Honduras!»

El transcurso de los años ha desgastado la mayúscula, y de ahí que ahora se escriba con h pequeña; no importa, el consejo queda en pie y allá se las haya quien no lo siga.

El comandante enfermo, valiéndose de unas muletas, tuvo la atención de salir á saludarme en persona. Con marcada urbanidad enteróse de si yo necesitaba ó deseaba algo.

—No, sólo papel y un criado que lleve mis telegramas á la oficina. . .

Mas como la oficina encontrábase en la propia Comandancia, sin pérdida de tiempo inauguré mi pláti-

ca, por medio de los alambres, con el señor Presidente.

Nada en el fondo; que lamentaba el no poder llegar á su capital; que México y Honduras. . . ; que la amistad internacional que dichosamente nos liga. . . ; que el grato deber, y la alta honra, y la personal satisfacción. . . ; total: seis largos y repiqueteados mensajes, á saber: dos al Presidente y dos del Presidente, que hacen cuatro; uno al Ministro de Relaciones Exteriores y uno de este estimable funcionario, respondiéndome, hacen seis.

Mi visita diplomática había concluído.

Regocijado torné á bordo, donde almorcé á manteles limpios y pedí hielo; después, descabecé una siesta en la mullida y civilizada cama de mi litera.

A prima noche, zarpamos. Es muy probable que no vuelva á ver jamás estas tierras.

17 DE FEBRERO.—Desperté muy de mañana, porque mi cuerpo echó de menos el balance del barco que es delicioso y blando arrullador de sueños. Ya estábamos anclados en el puerto salvadoreño de La Unión.

Subieron las autoridades á saludarme y á invitarme á bajar.

—No, no, á pesar de lo que quiero á este bravo pueblo salvadoreño, muchísimas gracias, ya lo que ansío es mi gente, mi casa, mis libros, lo íntimamente mío. . .

Desde La Unión diviso Amapala; la distancia la embellece. . .

Al cabo de unas cuantas horas de travesía, arribamos

á La Libertad, donde por fuerza obligáronme á desembarcar acompañado de Meneses.

Reanudáronse los festejos con que en este país me han favorecido; y no obstante que voy escapado, probablemente para no volver nunca, recibiéronme con salvas, músicas, gran comida, improvisado baile y un número *N* de champañas.

18 DE FEBRERO.—Frente á Acajutla.

El Dr. D. Román Rivera, Ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, vino con algunos otros personajes á visitarme á bordo. Instábame á volver, siquiera dos ó tres días, á la capital salvadoreña; había tren especial; aguardábanme más festivales; el propio Presidente vería con agrado mi regreso. . .

Todo en balde; yo necesito de los míos, tengo hambre de los besos de mi hijo. Agradecí y renuncié.

Invité á mis visitas á comer conmigo, en el vapor; pasamos juntos la tarde en amistosa plática y al anochecer abandoné las aguas salvadoreñas en el momento preciso en que el majestuoso Izalco (al que dirigí una mirada de admiración y simpatía), comenzaba á encender sus fuegos, hasta hoy nunca apagados, á hacer visible en el cielo que se ensombrecía, su penacho, de llamas ahora, á diferencia de la columna de humo denso y de color plomizo que durante el día remóntase sin disgregarse, á duras penas, cual si estuviera tallada en un solo bloque.

19 DE FEBRERO.—Todo el día con secreta inquietud y ansias infinitas porque este viaje y esta ausencia de mis

mejores cariños tenga feliz término. Al unísono con las calderas del vapor, jadeo y ruego:

—¡Anda, *Acapulco*, anda, aprieta el paso, que ya es justo que me devuelvas á lo mío! . . .

Recargado en la borda, no he cesado de contemplar la ingrata y monótona costa centroamericana. ¿Cuándo se avistará San José de Guatemala? . . .

Ya que he sorteado, y á Dios sean dadas gracias por ello, tantísimo riesgo inminente de epidemias, endemias y climas, no me haría gracia ninguna «á la orilla ahogar.»

La tarde se me ha hecho eterna, he de haber dado como cien mil vueltas de la proa á la popa. . .

¡¡¡Por fin!!!

Ahí está San José, ya se divisa el caserío, pintoresco y bello á la distancia. . .

En el mástil de honor izaron la bandera mexicana, y cuando atardecía y las luces del puerto vibraban en la calma angustiosa del crepúsculo, nosotros echábamos anclas, los mozos anunciaban la comida y se esparcía el cruel rumor de que no desembarcaríamos hasta la mañana siguiente.

—A estas horas no hay lancheros, vea usted las lanchas de alijo ancladas en sus boyas, solitarias y cabeceantes—me dice el capitán,—paciencia, pues, *and let us have our dinner*.

¡Nos hemos lucido! ¿Con qué ganas voy á ir á comer y á pasarme prisionero una noche más, si sé muy bien, aunque no haya mediado aviso ninguno, que mi mujer

y mi hijo han venido al puerto para sorprenderme, para adelantarnos recíprocamente el gusto de volver á vernos; si sé que ahí están, á distancia cortísima; los siento, los husmeo como *pointer* amaestrado, y me exaspera que por obra de una ó dos horas nos chasquee el tiempo. . .

Sirvieron la sopa y el capitán me envió á su ayuda de cámara:

—Que fuera yo á comer y que él me ofrecía llevarme después en uno de los botes de su buque hasta las escaleras del muelle. . .

Generoso Catarinich!

—Yo también—me agregó al sentarme á su diestra,—marino y todo, cada vez que retorno á San Francisco, salto á tierra en cuanto el servicio me lo permite; yo también tengo hijos, y (*bajando la voz y con una sonrisa plácida que sin duda ha de evocarle la criatura, allá, en su «home» californiano*), un nietecito que adoro con locura. . .

Interrumpió la confidencia el ruido que indica siempre la aproximación á los buques anclados de una embarcación pequeña, un chapotear de remos en las aguas.

—¿Vendrán por usted?—pregúntame Catarinich,—el milagro se debería á su representación diplomática, que si no. . .

Iban por mí, sí; el comandante del puerto, el Secretario de la Legación Luis Ricoy, y Rafael, mi cuñado, que es casi otro hijo mío. Por supuesto que me levanté en el acto y en el acto me despedí.

A tierra! á tierra! aunque fuera de noche y estuviera picadillo el mar. . .

—Desde que se anunció que el señor Ministro—hablaba el comandante del puerto de San José de Guatemala, gobernando el timón del bote que nos conducía saltando cual un carnero, del barco al muelle,—venía á bordo del «*Acapulco*,» por orden del señor Presidente de la República se ha puesto un tren especial á disposición de usted. ¿Desea el señor Ministro salir esta noche para Guatemala? . . . La máquina está encendida. . .

—Pues que apaguen la máquina!—hablé yo,—que prefiero descansar, así sea en el hotel torquemadense de este puerto antítesis de Glasgow. Partiremos mañana, con el tren ordinario.

En el hotel aguardábanme mi mujer y mi hijo, mi hijo con dos meses más encima —lo que en su edad mucho significa.—Me lo hallé muy despierto, menos grueso y mirándome curiosamente; en su mirada hay algo ya de expresión.

Mi mujer me recibió llorando, que las lágrimas igual nos sirven para significar los grandes dolores y los grandes regocijos.

. . . ¡Oh! encantadora poesía deliciosa de los regresos! . . .

20 DE FEBRERO.—Con exceso de amabilidad y tal vez por no ser menos que los demás presidentes centroamericanos que tanto me agasajaron en mi viaje, el Presidente Estrada Cabrera no se limitó á ponerme tren especial—cortesía que aquí se gasta con los diplomáticos de cualquiera nacionalidad, cuando llegan y salen del país,

—sino que ha aumentado sus atenciones: en Escuintla, se me recibió por la autoridad política y fuí obsequiado en el *restaurant* del paradero con almuerzo que amenizó la banda de la localidad; la mañana de hoy, no admitieron en el hotel de San José que liquidara yo nuestro hospedaje; y en Amatitlán y no recuerdo qué otras estaciones, subieron á saludarme los jefes políticos y los comandantes de armas.

Por la tercera vez de mi vida ingresé en la ciudad de Guatemala.

Sus gentes honradas, su círculo decente, cónstame que de veras hánse alegrado con mi regreso.

Ello, por su sinceridad, compláceme muchísimo, pues yo transijo en el mundo con cuanto hay, menos con el engaño en cualquiera de sus múltiples formas.

21 DE FEBRERO.—Continúa el Presidente de Guatemala colmándome de atenciones.

La mañana de hoy recibí una carta fecha ayer, cuyo original queda adherido á páginas 98 y 99 del tomo cuarto de «El Proceso de mis Obras,» (colección que también á tí te lego, hijo mío, para que cuando se calmen tus incurias juveniles ó la fuerza dominante de tus pasiones; cuando la edad te aquiete espíritu y cuerpo; cuando el cariño á mí te despierte curiosidad por saber lo que de bueno y malo sobre tu padre escribieron, vayas y recorras, uno ó todos los tomos que lo componen, y hagas después con ello lo que mejor te parezca).

La carta presidencial dice:

(En el exergo, un sello en negro de litografía, con el escudo nacional guatemalteco):

«El Presidente de la República de Guatemala. América Central.»

En seguida:

«Guatemala, á veinte de febrero de 1900.

« Honorable Sr. Lic. D. Federico Gamboa.
& & &

« Presente.

« Muy distinguido señor mío y amigo:

« Con el mayor gusto doy á Ud. mi más cordial bien-« venida, después de su importante excursión por las « diversas secciones de Centroamérica, en donde, con « verdadero placer, he visto las ovaciones hechas al muy « digno representante de México.

« Sabe Ud., señor Gamboa, que, si como ministro de « la Nación Mexicana, es Ud. acreedor de mi parte á « muy distinguido aprecio, por las cualidades poco co-« munes y estimables en sumo grado, que en su carácter « oficial le adornan, es todavía mucho más grato para « mí, en lo particular, haber encontrado en su persona « las prendas de un excelente caballero, y unidas á ellas, « las de todo un amigo verdadero y leal. Desgraciada-« mente, las exigencias del puesto que ocupo me privan, « estimado amigo, de todas esas manifestaciones íntimas « de cariño y expansión que inspira la amistad, mayor-« mente cuando ese vínculo nos liga á personas tan dig-

«nas como Ud., á toda clase de consideraciones y defe-
«rencia.

«Puede Ud. estar seguro, señor Gamboa, de que, co-
«mo antes le he manifestado, he visto con verdadera
«satisfacción el que su viaje y su regreso se hayan efec-
«tuado con toda felicidad, y de que, al volver á su que-
«rido hogar, haya Ud. encontrado á su muy apreciable
«esposa y á su precioso niño llenos de bienestar y de
«salud.

«He de agradecer á Ud. se sirva presentar mis respe-
«tos á su muy digna señora, y mientras tengo el gusto
«de significar á Ud. personalmente mi bienvenida más
«cordial, reciba los sentimientos de distinguida consi-
«deración y particular aprecio con que me suscribo su
«afectísimo seguro servidor.

Manuel Estrada C.»

Dos razones me mueven á consignar en estas páginas la carta transcripta, á saber: que es un documento de naturaleza enteramente extraoficial, y que, quizá andando el tiempo, pueda convertirse en documento histórico.

27 DE FEBRERO.—Atareadísimo toda la semana, consagrado á la lectura de mi correspondencia rezagada y á empezar el despacho de los negocios que se han acumulado en la Legación durante el viaje que, por el lado de los festejos, puedo denominar viaje triunfal.

El triunfo ha continuado aquí, aunque en forma mucho menos ruidosa.

Compatriotas y guatemaltecos; diplomáticos y civi-

les; amigos é indiferentes, ora en mi casa, ora en la calle, hánme felicitado formulando augurios por próximas exaltaciones en mi carrera, que es donde me duele. Si del viaje resultara mi ascenso á ministro! . . . A oir al Conde Massiglia, que es Ministro de Italia, y á Bertrán Mathieu, que lo es de Chile, en breve recibiré mis credenciales.

Yo los creo—¿cuándo deja uno de creer lo grato y lo soñado?—los creo á pies juntillas; reviso á solas mi peregrinación, la trascendencia que de ella pueda resultar, mis esfuerzos, los personales riesgos corridos, las ovaciones; repaso en la memoria viajes análogos que llevaron á cabo contados antecesores míos: Díaz Mimiaga, Eduardo Garay, el General Alatorre; viajes no todos coronados de éxito. Fíjome en la circunstancia de que hacía casi ocho años que ningún representante de México visitaba las demás repúblicas centroamericanas, no obstante que nuestra Legación en Guatemala hállase acreditada cerca de los gobiernos de las cinco que forman esta región; compláceme, siempre en mis coloquios, poner de relieve que ninguno de los viajes anteriores fueron consumados en circunstancias tan excepcionales como las que á mí cupiéronme en suerte esta vez, y me aferro á la idea halagüeña, sí, me ascenderán, seré ministro dentro de poco! . . .

La única circunstancia positiva que hay para mi ascenso, es la de que la Secretaría de Relaciones de México no ha dejado ¡ni una sola vez! de aprobar mi conducta; y cuenta que en más de una, resolví *motu proprio* lo que era de hacer inmediatamente.

Para que nada falte al buen cariz de los sucesos, de la librería de Arturo Síguere me han avisado esta tarde, que hay á mi disposición doscientos pesos más, producto de los ejemplares vendidos de «Metamorfosis» durante mi ausencia.

Sólo una nube empaña mi regocijo por esta aglomeración de buenos indicios y de acaecimientos nada malos: que la vida, en su incesante acción y reacción, resérveme, á partir de ahora, igual ó más crecido número de amarguras y desengaños. . .

1º DE MARZO.—Algunos días antes de mi partida á las otras repúblicas de Centroamérica, llegó de México á Guatemala, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia cerca de los Gobiernos de México y Centroamérica, Lorenzo Marroquín, bogotano de origen, hijo del actual Vicepresidente de su tierra, y, al igual de su padre, aunque con menos fama y talento, hombre de letras.

De improviso se me presentó en la cancillería una tarde, en que el correo á México teníanos harto atareados.

Desde su presentación fué peculiar: Meneses abrió la vidriera que de su estancia divide á nuestro despacho, sin previo anuncio, cosa que no ejecuta sino cuando se trata de diplomáticos, y yo ví surgir dentro del marco de ella á un hombre guapo y de elegante pergeño, que desde luego predispúsome en su favor por su innegable parecido físico con mi inolvidable jefe D. Juan Sánchez Azcona.

—Si la montaña no viene á mí, yo vengo á la montaña. . . —exclamó sonriente y en voz bien alta.—¿No sabe usted quién soy? . . .

Lo inferí, porque en cartas de México teníanme anunciada su llegada próxima y porque la prensa de Guatemala había publicado la fecha de su arribo.

—Sí que lo sé—díjele,—es usted el señor Marroquín.

A partir de ahí, llevó á cabo una invasión perfecta; invadió la Legación, mi amistad y mi confianza, y lo que es para mí infalible, me compró con los mimos que desde entonces tiene con mi hijo.

Lorenzo Marroquín es un exuberante y un absorbente.

De su raudal de palabras saqué en claro que es literato, diplomático de carrera, conservador *á outrance*, amigo de medio México, íntimo de mi hermano Pepe y portador de la buena nueva:

—Sé que han resuelto ascender á usted á ministro. . .

Se inició la intimidad entre nosotros, con tuteo y todo; obtuvo Marroquín de mi Gobierno el que yo interpusiera discretamente mis buenos oficios en favor de Colombia, cerca de Nicaragua sobre todo. Antes de mi viaje, y ahora después de él, casi á diario visítame, sin hacer un misterio de que nuestra intimidad lo beneficia en extremo para los fines que persigue con su misión:

—Ustedes aquí son los que más valen y los que más alcanzan. . . no hay sino México y su Ministro. . .

Durante mi viaje, á menudo escribíamonos y aun telegrafiábamonos, y cónstame que, si cual en un principio

tenía yo resuelto no entrar en Costa Rica por Puerto Limón, sino por la vía Panamá y Colón, el Gobernador de Panamá, gracias á encargos y recomendaciones de Marroquín, habíame preparado espléndido recibimiento en su «ínsula.»

A mi regreso, ha vuelto á insistir Lorenzo en ser el padrino de confirmación de mi hijo, cosa que es una distinción que no debe rehusarse.

Habíale yo dado treguas, sin embargo, porque va contra mis principios, prácticas é ideas, el emparentar, siquiera sea espiritualmente, con personas de muy elevada posición ó de muy grande fortuna. No me gusta.

Ni los libros míos, que si para otros nada valen, valen para mí muchísimo, los dediqué nunca á próceres, millonarios y demás gente campanuda.

Por eso, cuando se bautizó mi hijo, fué su padrino el hermano de su madre, que con nosotros vive hace años, á pesar de que en Guatemala, tengo para mí que de los más altos funcionarios abajo, cualquiera hubiera aceptado el compadrazgo y habrían llovido sobre el heredero de mi modesto nombre y ningún caudal, regalos de valía.

Mas como peticiones de esta naturaleza lo obligan á uno á transgredir con las propias resoluciones, de común acuerdo Marroquín y yo fijamos para la confirmación el próximo día 9.

6 de marzo.—Hoy distribuyó Marroquín las invitaciones para la ceremonia. La sola redacción de esas tarjetas proclama cómo las gasta mi futuro compadre. Dicen así:

—«Legación de Colombia en México y Centroaméri-
« ca.—Guatemala, marzo 6 de 1900.—Lorenzo Marro-
« quín—saluda á Ud. atentamente y le suplica honre con
« su presencia la confirmación de su ahijado—Don Mi-
« guel Félix Gamboa Sagaseta,—ceremonia que tendrá lu-
« gar en la Catedral el viernes 9 de los corrientes á las on-
« ce a. m., y lo acompañe á almorzar el mismo día á las
« doce y media en los jardines del Guarda Viejo.»

Aunque los términos sean todo lo castizo que se quiera, ese *Don* antepuesto á los nombres de mi hijo, no me complace.

9 DE MARZO.—La confirmación de mi hijo en la Catedral y por la propia mano del Ilustrísimo señor Arzobispo.

A la europea. Las señoras y los caballeros que componemos el Cuerpo Diplomático en Guatemala, fuimos colocados en el presbiterio.

El Arzobispo, lujosamente revestido y asistiéndolo diversos familiares, ofició en persona; tuvo para mi hijo una delicadeza que siempre estimaré profundamente: al concluirse el rápido ritual de estos casos, se postró de hinojos en su reclinatorio, y así permaneció orando con mucho fervor algunos minutos; luego, al despedirnos, confidencial y paternalmente, me dijo:

—Ya ve usted, señor Ministro, cómo yo mismo he rezado porque su hijo sea muy feliz siempre, y porque nunca. . . se nos aparte de la Iglesia. . .

Con sinceridad y honradez le contesté lo que sentí en-

tonces, lo que siento ahora, y lo que, estoy seguro, sentiré mañana:

—Muchísimas gracias, ilustrísimo señor, ¡ése es también mi deseo!

¿Por qué estará tan universalmente difundido el error de que funcionario mexicano y ateo, son sinónimos?

El compadre supo hacer las cosas; nos dió en los jardines del Guarda Viejo un día de campo muy agradable á los miembros del Cuerpo Diplomático y á los contados particulares que invitó.

24 de marzo.—Hánme llegado algunos correos interesantes.

De París, cartas de dos literatos juzgando á «Metamorfosis.»

Gustavo Baz, ático y veterano hombre de letras, díceme:

«París, Noviembre 23 de 1899.—Sr. Don Federico
« Gamboa.—Guatemala.—Mi querido y viejo amigo:—
« Con agradable sorpresa recibí su libro *Metamorfosis* que
« estoy devorando, no leyendo, por más que hace ya tiem-
« po no me ocupo en obras de imaginación; pero ésta vie-
« ne de un amigo á quien siempre quise y que tiene mu-
« cho talento.

«De nuestros novelistas, el *Pensador* fué sobre todo un
« polemista; Fernando Orozco contó sus pesares íntimos;
« Florencio M. del Castillo hizo especie de cuadros de géne-
« ro precioso; Díaz Covarrubias tenía una imaginación des-
« bordante y no pintó mal nuestras costumbres: Payno,

« Pizarro Suárez, Mateos y Riva Palacio, creo escribían « sin plan, sin modelo y llenando entregas *calamo curren-* « *te;* Altamirano, Sosa, Roberto Esteva, escribieron cuen- « tos, pero no novelas. Cuéllar es sin duda el más nacio- « nal entre los viejos maestros y quien con más método « y chispa (el Dr. Peredo mediante), nos ha dejado una « obra completa; pero no era psicólogo como lo fué el *viejo* « Ramírez, que sólo dejó, por lo desordenado de su vi- « da, esa joya que se llama: «*Una Rosa y un Harapo.*»

«En nuestros días, vinieron *Sancho Polo*, pintor admi- « rable de las costumbres políticas de la Provincia; Del- « gado, del que sólo conozco «La Calandria,» y Ud., más « pujante, más metódico y más profundo, porque va más « al fondo del corazón humano para hacer de él pública « *anatomía.* Por eso es que las novelas de Ud. tienen pa- « ra mí más encanto, en el sentido de que me hacen me- « ditar más, y guarde Ud. este elogio que, sobre ser sin- « cero, viene de un lector asíduo de Balzac y de un co- « mentador escuchado de Stendhal.

« Después de esto, sólo me queda darle las gracias por « su envío, que espero no será el último.

« Mis libros y mis pasatiempos son otros que antes, la « antropología, la prehistoria, la etnografía, ocupan mi « tiempo; las ediciones raras y estampas viejas buscadas « y compradas en covachuelas, aumentan mi biblioteca, « que tiene ya más de mil volúmenes, además de los que « dejé en México, y la lira y la pluma de antaño, es de- « cir, la pluma para el público, están colgadas, y creo con « telerañas, porque no sé si el criado las desempolvará « de cuando en cuando.

«Sin decirle adiós, pues espero nos hemos de seguir «escribiendo, quedo como siempre su amigo que lo quiere.

Gustavo Baz.»

Y Domingo Estrada, el talentoso escritor guatemalteco, que también reside en París como Cónsul General de su tierra, opina:

«París, 29 de noviembre de 1899.—Señor Don Fede-«rico Gamboa.—&, &, &.—Guatemala.—Muy estimado «y querido amigo:—Remitíle un día un pobre folleto de «mi fábrica, y en retorno recibí de Ud. una carta encan-«tadora.—No pudiendo pagarla con otra mía, que merez-«ca el mismo calificativo, voy á limitarme en ésta á ex-«presarle, como Dios me ayude, las impresiones que en «mi espíritu deja, á raíz de su lectura, su grande y so-«berbia *«Metamorfosis.»*

«Desde luego, permítame comenzar por darle mis sin-«ceras y expresivas gracias.—Tan habituado estoy al «universal olvido, que cuando alguien se acuerda de mí, «en bien, por supuesto, me da la más agradable é inespe-«rada de las sorpresas; juzgue Ud., pues, cuál no será mi «gratitud cuando se me recuerda para hacerme un va-«liosísimo obsequio.—Voy á guardarlo con tanto orgu-«llo como cariño; habiéndolo elevado ya á la categoría «de los muy pocos libros que en premio de haberme «proporcionado momentos deliciosos, y como promesa «de hojearlos á menudo, reciben el regalo de una *toilette* «de cuero marroquí, para que puedan seguirme á donde «quiera que yo vaya á plantar mi tienda de nómade, á «guisa de compañeros fieles y predilectos amigos.

«Tiempo hace que lo quiero, mas sólo hace pocos días «que lo admiro.—Nunca había leído una línea de usted, «por más que mucho lo había deseado; y así, no sabía «que era escritor, y de los buenos, sino por criterio de «autoridad; criterio que, en nuestra América, me inspi- «ra cada vez menos confianza.—Fulanito hace un verso, «y sin más ni más, un crítico eminente lo compara con «Goethe y Víctor Hugo; Menganote medio imita, medio «plagia, en un español dudoso, á los decadentes franceses, «y por ello lo proclaman escritor genial, gloria de su pa- «tria, &, &. Así, cuando me dijeron que Ud. manejaba «péñola con gran maestría, me limité á pensar: es posi- «ble; que bien puede uno ser simpático, verboso, chis- «peante en la plática, cumplido caballero, excelente di- «plomático y buen amigo, y con todo eso escribir me- «diocremente; y tal podía ser el caso de usted.—Ade- «más—y esto era una razón mayor para mis desconfian- «zas,—Ud. se había dedicado á la novela, y este género, «en el cual aun España ha producido últimamente tan po- «co notable, parecía que no pudiera ser nunca un fruto «americano.—La razón? . . . no la encontraba; pero el «caso era que hasta ahora no había leído novela alguna «escrita en nuestras tierras, sobre todo del género natu- «ralista, que pudiese compararse, siquiera de lejos, con «las de los maestros franceses.—Las habrá tal vez, mas «no conociéndolas, debo y quiero creer que tal em- «presa para Ud. estaba guardada.—Ahora, después de «las varias noches que he pasado sin poner un pie en la «calle, devorando más que recorriendo las páginas de su «obra, sí puedo formarme un juicio propio sobre el va-

« ler literario de su autor; y no solamente lo conceptúo « altísimo y de primer orden, allá, en nuestros países, « sino que pienso puede guardar esa categoría aun en la « misma España.—«*Metamorfosis,*» al menos bajo ciertos « puntos de vista, puede compararse con las mejores no- « velas de Pereda, de Valera y de Pérez Galdós.—Tal es, « en breve síntesis, mi opinión, que considero de algún « valer, sin modestia alguna, creyendo que en mi gusto « he llegado á cierto refinamiento, en virtud de que, si « poco y malo he producido, en cambio he podido leer « mucho y muy bueno.

«Lo que en «*Metamorfosis*» me admira más, es que ha- « ya Ud. llenado 727 páginas, ni una menos, para escri- « bir una novela cuyo argumento puede ser referido en « dos líneas.—Un calaverón mexicano se enamora de una « monjita francesa; se la roba, no románticamente, como « don Juan á doña Inés, sino aprovechándose de un des- « mayo de ella; llévasela á su casita, y allí la infiel espo- « sa de Cristo, lo seduce. . . y lo fuerza casi.—*Rideau.*— « En verdad, si me hubiesen dado tal tema para desarro- « llarlo en una obra de imaginación, llegando á los últi- « mos recursos de la mía, y con laborioso esfuerzo, ha- « bría confeccionado una *nouvelle* de 27 páginas; me hu- « bieran sobrado 700. . . Así, el *tour de force* de Ud. me « pareció verdaderamente asombroso.—Con aquella sim- « ple aventura, que ni siquiera se sabe qué remate tuvo, « hacer un librón tan grande como *Fecondité* de Zola, que « acabo de leer; y *ainda máis*, lograr que ese librazo no se « le caiga á uno de las manos, sin embargo de su peso, y « que pueda ser leído, no sólo sin fatiga, sino con cre-

« ciente interés, desde la primera hasta la última foja, y « diciéndose al llegar á ésta: qué lastima que no tenga « sino un tomo! . . . vamos, mi querido Gamboa, que « encuentro esto verdaderamente enorme, y que difícil- « mente podré expresar todo lo que tiene mi entusiasmo « de grande y de sincero hacia el joven escritor que ha « entrado en el ejército literario de la América española « con el bastón de mariscal de campo, no en la mochila, « sino en la mano ya.—Nadie le *contestará* tal título, des- « pués de *«Metamorfosis»*. . . , ese Austerlitz.

«Que no haya sido indispensable la fantasía de un Du- « mas ó de un Sué para inventar el argumento, en vez de « ser una crítica, me parece el más cumplido elogio que « de su novela pueda hacerse.—Todo el mérito está en la « perfecta ejecución.—Tampoco tienen mucho de extraor- « dinario los incidentes episódicos que apenas se ligan « con la acción principal, y que pudieran haberse supri- « mido, sin perjudicar á ésta mayormente. Pero, son tan « bellos, tan interesantes por la manera cómo están tra- « tados, que uno solo bastaría quizás para hacer que su « novela fuese calificada como obra superior.—. . . La « muerte patética de Lupe, que no quiere partir sin ser « madre completa, sin amamantar siquiera una sola vez « al hijo que le robaba la vida, esto es de una exquisita « delicadeza.—Y la persona de Marcos, tipo pintado de « mano maestra, con sobrias y vigorosas pinceladas; y los « amores de *Noeline* (qué nombre tan bonito! ¿lo inventó « Ud.?), con el primo militar, en la humilde casita de Bur- « deos, cuando servíales de galeoto el empañado cristal « de la ventana; y la niñez de Paulino, el futuro pastor

« de almas, cuya alma sencilla y complicada desmenuza « Ud. en tan curioso y profundo análisis, como si hubie« ra pasado en la compañía del doctor angélico y del doc« tor seráfico todo el tiempecito que ha empleado en can« tar tangos, alegrar parrandas y echar canillas al aire en « todas las Américas.—Pero, señor, á qué horas y en qué « partes aprendió Ud. tantas cosas? . . . Y el corto y « fresco idilio de la «Virgen de la Paloma» con ese pobre « Chinto, que es, en mi juicio, el personaje más original « de todos los que Ud. ha hecho vivir en su obra, con in« tensa vida; y. . . pero no quiero citar más, porque, en « el camino que llevo, concluiría por citarlo todo.

«El secreto del encanto que su libro produce, y que « hace que no se pueda dejarlo de la mano, una vez co« menzada su lectura (yo me he pasado cuatro noches sin « poner un pie en la calle, en París! . . . ), finca princi« palmente en el estilo.—No conozco otro que sea más « sencillo sin vulgaridad, más imaginado sin pedante« ría, más elegante sin esfuerzo.—Con qué gracia y do« nosura maneja Ud. nuestro viejo castellano, encontran« do en él giros y expresiones que sólo creí pudiera « tenerlos el francés, principalmente para los análisis psi« cológicos, los estados de alma y los matices múltiples « del sentimiento y de la idea en evolución! Y qué rico, « inagotable arsenal de palabras, frases y locuciones el « suyo! . . . Cuando leía su libro, se me figuraba que se« ría muy fácil escribir así; y proyectaba, para cuando tu« viese tiempo, comprar unas resmas de papel, y echar« me á garrapatear sin detenerme un punto, unas 700 « páginas como las de su «*Metamorfosis.*»—Idéntica im-

« presión he tenido al escuchar á Sarasate, ¿lo ha oído « Ud.?—Toca con tal facilidad, no haciendo sino colocar « suavemente el arco sobre las cuerdas para que él mar- « che solo y produzca melodías admirables y maravillo- « sas variaciones; y la idea me ha venido de que, si yo « tomara en ese instante el violín, haría lo mismo que « él. . . He de probar ambas cosas. . .

«La riqueza y la gracia de su estilo se revelan, más que « en parte alguna, en las descripciones, que son, á mi jui- « cio, los mejores trozos de su obra—Si bueno es Ud. en « todos los géneros, es perfecto en éste, quizás uno de los « más difíciles, y sin duda uno de los más importantes « para el novelador naturalista.—Ud. no describe, sino que « pinta, con tal colorido, con tal fuerza, dando á sus cua- « dros tan poderosa vida, que ellos dejan en el lector, no « el recuerdo de algo leído, sino el de un espectáculo « real y verdaderamente contemplado.—Esas buenas no- « ches en que no he puesto un pie en la calle, hipnotiza- « do por el libro que vanamente quise algunas veces sol- « tar, sin lograrlo nunca, las pasé, no en el departamento « No. 12 de la Avenida Kléber, donde estoy á la dispo- « sición de Ud., oh, nó! . . . las he pasado en México, en « «San Francisco el Grande» . . . donde á Ud. le ha da- « do la gana, transladado allí en la carroza mágica que ha « querido prestarle la buena hada Mab.—¡Cuándo voy á « olvidarme de aquel paseo que me hizo Ud. dar en com- « pañía de Bello y de Amparo, en la madrugada, á la « hora en que se despierta la gran ciudad, y en que des- « pués de recorrer sus calles lujosas, pasamos á los tris- « tes arrabales, y en seguida al campo, dorado por el na-

« ciente sol! . . . Y las descripciones de la hacienda, la « entrada del ganado, los aguaceros tropicales, las oracio- « nes del crepúsculo! . . . todo esto es del más bello y « palpitante realismo, y en todo hay un espíritu de ob- « servación tan agudo y tan raro, y tantos y tan vivos co- « lores posee su paleta, que en este género se eleva Ud. á « la categoría de un verdadero maestro.—Y es mi idea, « que si «*Metamorfosis*» no debiera vivir como una de « las obras más notables que hayan visto la luz en nues- « tro Continente, por lo menos ciertas páginas suyas figu- « rarían entre los mejores trozos de la antología america- « na, cuando una se publique con los más bien escogidos « *especímenes* de nuestra literatura.

« Aquí terminaría—no por falta de ganas de continuar « charlando con Ud., sino por el deseo de que la presente « pueda llegarle pronto—si, para descanso de mi con- « ciencia, no tuviera que hacerle un reproche.—Hay al- « go en su hermosa novela que hubiera querido que fue- « se de otro modo; y ese algo es, precisamente, el héroe de « ella.—Dicen que el romanticismo murió ya, y con ello « puede excusarse no haher hecho de Rafael un per- « sonaje poético, un don Juan Tenorio ó un don Miguel « de Mañara, uno, en fin, como el lector de novelas de « folletines ó el espectador de los dramas del *Ambigú* le « demandaría, para robarse á la monja y minotaurizar al « divino Esposo, conquistando á paso de carga el núbil « corazón de *soeur Noeline;* pero vaya, que sí hubiera que- « rido encontrar al personaje, más noble, más inteligen- « te, más. . . *chic*.—Porque el señor Bello, en verdad, con « sus escrúpulos de beata, sus calaveradas de provincial,

« sus groserías de jayán rico, es tan prosaico, tan medio-
« cre, tan *terre à terre*, que no comprendo la pasión *fou-*
« *droyante* de la dulce hermanita, ni por qué la divina ma-
« riposa rompió su crisálida, para ir á quemar sus alas
« de oro en la llama de aquella mísera candela.—Poco
« hombre es Rafael para producir la misteriosa metarmo-
« fosis, pronunciar el sagrado verbo al oído de la tem-
« blorosa virgen é inundar con un rayo de amor el cáliz
« inmaculado de aquel místico lirio.

« Otra cosa le diré de Nona.—¡Qué vida ha dado usted
« á la niña deliciosa!—¡Qué rasgos tan graciosos, tan na-
« turales, tan verdaderos!—¡Qué colores tan dulces, y á
« la vez tan vivos, los de ese delicado pastel! . . . Bas-
« tara una creación como ésa para el éxito de una obra.

« Sobre la suya acabo de expresarle á la ligera, sin or-
« den y sin enlace, mis más intensas impresiones, escri-
« biendo á Ud. al correr de la pluma, sin escoger palabras
« ni hacer frases, como le hablaría si estuviera en su sa-
« la, charlándole entre dos vasos de cerveza.—No vea en
« la presente pretensión alguna, excepto la de serle agra-
« dable, lo que estoy seguro de lograr al repetirle que
« lo admiro muy sinceramente, como de antaño lo he
« estimado y querido; y que de todo corazón aplaudo
« este nuevo y brillante triunfo de Ud. esperando que,
« tras él, vendrán ótros que lo igualen, ó quizá lo supe-
« ren.—Tal vez no ha llegado Ud. todavía á su zenit.

« No me olvide, especialmente cuando vea la luz *Santa;*
« dé mis recuerdos al simpático Ricoy; y como ésta ha de
« llegarle en las agonías del año, reciba mis votos por su
« salud y felicidad y la de su estimable familia en el. . .

«siglo que viene, con un buen apretón de manos de su «afectísimo y viejo amigo.—D. Estrada.»

De México, varios juicios críticos, uno de José Juan Tablaba y otro de José R. del Castillo.

José J. Gamboa, mi sobrino, en larga y bien pendoleada epístola, anúnciame que «*Metamorfosis*» se está leyendo mucho en México.

Yo pienso que aun cuando con «Metamorfosis» no he logrado el triunfo que hace tantos años persigo á la chita callando, aislado y solo, sin afiliarme á grupo alguno, independiente y autónomo en ideas, en estilo y en factura, cada nueva obra mía se vende más, y aunque sea muy lentamente, voy acercándome al triunfo que anhelo. Prométome continuar escribiendo libro tras libro, hasta que con alguno, aunque sea yo un viejo, la victoria me abrace y me traiga el renombre y el éxito, firmes y duraderos.

¿Será con el próximo? . . . ¿Será con otro? . . .

*Chi lo sa!* . . .

Lo que importa es continuar.

De España llega una crítica de «La España Moderna,» de Madrid, en la que hay más—harto más!—de censura que de elogio.

De Barranquilla, República de Colombia, un novelista, D. Abraham Z. López-Penha, me dirige á propósito de mi «Suprema Ley,» que ignoro cómo pararía en sus manos, una tarjeta manuscripta, en la que me dice.

«Abraham Z. López-Penha—tiene el honor de salu«dar al eminente autor de *Ley Suprema*, y se permite

« hacerlo sinceramente, bajo la honda impresión que ha « dejado en su ánimo la reciente lectura de la obra. Car- « men, Ortegal, Clotilde, Julito, son todos personajes de « imborrables perfiles. Se desprende de la obra toda, tan « sano realismo, que el lector conserva por largo tiempo « la ilusión de haber tomado él mismo parte en todos los « acontecimientos; y es muy probable que la propia ilu- « sión sea la misma del autor cuantas veces recuerde esas « páginas trazadas con un nervio tan magistral y con tan « sobrias y elocuentes pinceladas. Podríase casi afirmar « que esa novela es en grandísima parte histórica. Reci- « ba usted homenajes de sincera admiración. Barran- « quilla (Colombia), 11 de mayo de 1900.»

Con la tarjeta, una novela suya, lindamente impresa é ilustrada en Barcelona, que se intitula: «Amalia Sánchez.»

De sentir la ola de júbilo interno que invade mi organismo, me pregunto: ¿cuándo nos curaremos de esta incurable vanidad literaria que á todos los escritores nos aflige, en mayor ó menor grado, y aun se nos manifiesta agudísima, si palpamos con una de estas casi minucias, que nuestro nombre camina, camina, y que hasta en apartadas latitudes se leen nuestras páginas, y...?

7 de abril.—Doy principio á mi novela «Santa.»

21 de mayo.—Termino el capítulo primero de la primera parte de «Santa.»

22 de mayo.—Cerré trato con el impresor D. Arturo Síguere, para que haga por mi cuenta la segunda edi-

ción de mi única comedia original hasta hoy: «La Ultima Campaña.»

Aunque la comedia luce muchos defectos radicales, es un hecho que desde su estreno no han cesado de representarla en mi tierra las pobres compañías del kilómetro que famélicamente recorren los Estados más remotos y los más infelices pueblos. ¿No un día 5 de mayo, hallándome por acaso en Sultepec, es decir, en plena sierra, me instaban á ir todavía más sierra adentro, al pueblo de Qué Sé Yo Cuántos y presenciar la representación de esa pieza?. . .

En ocasiones distintas he sabido que la tal se había representado ó á representarse iba, y siendo como es ella malucha de suyo y pésima la edición que corre por ahí, plagada de erratas garrafales, una entre mil, donde debiera de leerse: «una friolera!» me plantaron «una piedra!» capaz de desbaratar á un toro, prefiero continuar sin que las compañías trashumantes que la representan me paguen nada por derechos de autor, con tal que la comedia, mala y todo, la representen siquiera como yo la escribí.

23 DE MAYO.—Previa autorización, solicitada en forma, del Gobierno de México, quedo encargado de los negocios pendientes de la Legación de Colombia en esta Guatemala.

De oir á Lorenzo Marroquín—que es un Tequendama de exageraciones—ello ha de servirme más que si me hubieran nombrado Nuncio temporal en Madrid ó Viena.

Pero yo lamento para mis adentros el que caiga sobre

mi flaqueza la pesadumbre de una representación diplomática más, que ignoro hasta qué punto me quite el sueño y me aumente contrariedades.

24 DE MAYO.—Hoy fuí herido por mi respetable amigo el Conde de Pourtales, Ministro de Francia en Centroamérica.

Véase cómo:

Almorzábamos en la finca de campo *Oakland*, y después del almuerzo, la bellísima esposa del Ministro de Chile, Doña Elena S. de Mathieu, resolvió que bailáramos al compás de la música que amenizaba nuestro paseo. Pourtales quiso que él y yo, haciéndonos *vis á vis*, dirigiéramos una cuadrilla, pero con tan mala fortuna para mí, que á los primeros compases, el ferrado tacón de la bota de montar del Ministro de Francia, se abatió desde lo alto sobre mi espinilla.

A lo que no dí importancia al pronto, me la imponen dolores y fiebre; al acostarme, me cercioro de que se ha formado una verdadera llaga.

31 DE MAYO.—Principié el capítulo segundo de la primera parte de «Santa.»

18 DE JUNIO.—Perdido de mi pierna.

Desde el día del almuerzo en *Oakland* vivo en un sillón americano, con mi pata tendida, sin moverme, y paso por unas curaciones tan dolorosas, que en más de una vez al quemarme con nitrato de plata ó al arrancarme con pinzas la falsa cicatrización, he estado á punto de desmayarme como cualquiera señorita cursi.

Por la infaltabilidad, distínguense de mis diarios visitantes Pourtales, *mi heridor*, y Massiglia.

Con Massiglia, alternándonos y en alta voz, he leído la «Resurrección» de Tolstoi.

¡Qué libro admirable, á pesar de ser libro tendencioso y de prédica; qué páginas algunas, que hemos saboreado y releído hasta tres y cuatro ocasiones!

Este Massiglia es lo que son todos los italianos del mundo, un artista instintivo, y como reúne la condición de haber viajado mucho, y leído no menos, el comercio con él resulta á más de grato, provechoso. Es un espíritu muy cultivado.

Lástima que nuestra buena amistad naciente se haya de romper el día que el primero de nosotros dos abandone Centroamérica; pero tal es la ley entre *diplomáticos de carrera*, conocerse, tratar á todos y simpatizar con pocos, cambiar retratos, y después, no volver ni á escribirse.

Por la mañana suben los empleados de la Legación á que despachemos, junto al potro de resortes y terciopelo en que me revuelvo, los negocios oficiales; y por las noches, antes de que me martiricen con las curaciones, póngome á corregir pruebas de «La Ultima Campaña» que adelanta á paso de carga.

20 de junio.—Por no poder moverme de mi sillón y por haber salido electo director de escena, se resuelve que en casa sean las ensayos de una comedia escrita por Lorenzo Marroquín, que habremos de representar un grupo de diplomáticos en la Legación de Chile.

Tiene la comedia un acto y por título «El Doctor Puracé» (el Puracé es un volcán de Colombia, con nieves en su cima, que Marroquín ha escogido como símbolo del protagonista), que ha de serlo un joven abogado, frío en su exterior, esclavo de las leyes, de la del honor sobre todo, y ardiente en sus interiores, con un corazón virgen, que de pronto enamórase al extremo de conculcar, porque correspondan á su pasión, ese su culto por lo moral y por lo honrado.

Hemos de trabajar en la dicha comedia, Mathieu, su esposa Doña Elena, dama joven y preciosa que tiene la particular habilidad de remedar á cualquiera persona ó de caracterizar cualquier tipo, pareciendo increíble el que pueda desfigurarse y llegar hasta la fealdad y la vejez más perfecta; la señorita Josefina, hija del primer matrimonio de Mathieu y mujer muy extraña é interesante: sin ser bella del todo, está llena de atractivos; en cuanto se gana uno su confianza, se advierte que es inteligentísima, aunque al pronto aparezca un tantico reservada y cáustica; por mucho que su cuerpo es demasiado alto y no muy mórbido, resulta, sin embargo, esbelta y distinguida; es miope y no usa lentes; es elegante en su vestir; hierática en muchos de sus ademanes y actitudes; criatura excesivamente femenina y excesivamente interesante.

Lorenzo Marroquín hará de *Doctor Puracé*, y colaborarán con nosotros el Vizconde de Saillard, Agregado á la Legación de Francia, que vive con Marroquín para escribir, cada cual por su lado, un libro acerca de Guatemala; un caballero chileno, Agacio; otra hija de Mathieu,

Amelia, que es una chiquilla todavía; y Rafael, mi hermano político. Mi mujer es la consueta.

21 DE JUNIO.—La Secretaría de Relaciones acaba de recompensarme de mi viaje á las demás repúblicas de Centroamérica, enviándome por vía de indemnización de gastos, la suma de dos mil pesos en oro.

Ello me indica que mi ascenso á ministro pasó á la categoría de frustrado deseo.

22 DE JUNIO.—Si lo dije,—que no lo recuerdo,—no es malo que lo repita; si no lo he dicho, bueno es que lo diga.

De las pocas personas con quienes en Guatemala he intimado, está Juan J. Ortega, médico muy distinguido y amigo de mi afecto.

Es, en lo general, hombre de talento; en su profesión, más cirujano que clínico; y en lo íntimo, digan lo que quieran sus malquerientes y envidiosos, persona de trato gratísimo. No lo creo perfecto, precisamente porque vale, pero junto á las imperfecciones que lo aquejen, hay una porción de virtudes que vencen á aquéllas, dando un total á su favor muy estimable.

Unenme á él cariñosos vínculos que no nacieron ayer, sino hace una docena de años, cuando mi primera permanencia en Centroamérica, muy joven yo, soltero y aturdido; él, casado ya y reputado en su profesión.

Ahora hánse estrechado los vínculos y con mutua estimación tratámonos á diario. Excuso añadir que es el facultativo que ataja ó combate las dolencias de mi gente, y las mías propias.

Juan J. Ortega es ante todo, intelectual, que en París se graduó de médico después de haber obtenido igual título en su tierra, donde, por mucho que lo niegue, pálpase á las claras que se asfixia ó se aburre. Para contrariar ese aburrimiento, nostalgia ó lo que sea, trabaja, de las veinticuatro horas, en ocasiones hasta veinticinco, no desatiende clientela ni consultorio, y á fuerza de leer y estudiar libros y revistas, se encuentra al cabo, dentro de su profesión de médico, de todo lo nuevo y de todo lo útil.

Por temperamento, es artista y es amoroso; gusta del ritmo del verbo, conmuévelo la música y adora á la mujer.

Consiguientemente, menudos son los atracones que de charla sabrosa solemos darnos; muchos, los libros que nos prestamos, y no menos los puntos de contacto que nos descubrimos en debilidades comunes y comunes fortalezas. Su amistad signifícame una verdadera compensación á los muchos ratos insubstanciales y sin sabor de que padezco en esta Guatemala.

Siempre manifestó Juan un gran interés por mi obra literaria, que ha seguido con cariño y con observaciones inteligentes. Desde que por conversaciones mías, por fragmentarias lecturas de manuscriptos, trabó amistad con «Santa,» no cesa de averiguar cómo sigue en su crecimiento. Sabedor de que la pobre moza llamada está á morir en las páginas finales de la novela, á consecuencia del cloroformo en una operación quirúrgica de histerectomía, prometió llevarme á presenciar una de las que él debía de ejecutar en la *Casa de Salud de Mujeres*, anexa al Hospital General, de que Juan es director.

La mañana de hoy cumplió su oferta y me hizo asistir á una histerectomía por la vía vaginal, que magistralmente ejecutó en hora y cuarto.

Y como de costumbre siempre que contemplo estas carnicerías científicas, por poco no me accidento á la mitad de ella. Una hermana de la Caridad, mexicana por más señas, que me atendió cuando salí al corredor en busca de aire, dolida de mí y asombrada de mi debilidad, que ha de haber hallado muy despreciable junto á su fortaleza de mujer y á su fortaleza mayor aún de religiosa, me curó con una copa de jerez para enfermos.

El «Diario de Centro-América» ha dado la noticia de mi asistencia, como la habría hecho cualquier periódico europeo.

«En el Hospital. Una operación quirúrgica. Una novelista presenciándola.»

Ah! público, censores y demás gente vulgar y necia! ¡si supiérais lo que significa cada libro que se vende en las librerías y que leeis entendiéndolo apenas, cuán diferentes no serían vuestros fallos ignaros hacia obras de imaginación, y vuestras malévolas censuras! . . .

Los diarios de aquí siguen ocupándose en la segunda edición de «La Ultima Campaña.»

23 DE JUNIO.—Llegóme de México, acompañada de una epístola, larga crítica sobre «Metamorfosis,» publicada por Victoriano Salado Alvarez, en «El Domingo» de Guadalajara; «periódico—díceme Salado en su carta—que sostenemos Puga y Acal, López Portillo y yo.»

El juicio crítico es, en lo general, censura, aunque sin asomos de veneno, con alguna galantería aquí y allá, declarando superior «Suprema Ley» á «Metamorfosis.»

30 DE JUNIO.—D. Ricargo Ortega y Pérez Gallardo, ha tiempo que viene publicando en «El Nacional» de México, los títulos de nobleza española,-que según sus investigaciones, pertenecen á diversas familias mexicanas más ó menos conocidas.

Parece que á la mía le llegó su turno; ha salido á luz el que yo soy nada menos que Marqués de *Prado Alegre.* El tal título no es muy antiguo que se diga, remóntase apenas al 18 de octubre de 1773.

¡Todo sea por Dios!

6 DE JULIO.—Con motivo de la comedia escrita por Lorenzo Marroquín, hubo recepción esta noche en la Legación de Chile, y al fin representamos «El Doctor Puracé.»

Después, cena y su poco de baile.

Marroquín llevó á los músicos compatriotas suyos que forman «La Lira Colombiana,» cinco bogotanos, ciego uno de ellos, que están pasando la pena negra en esta tierra, donde mucho se les aplaude, pero de donde sacan poquísimo medro.

El grupo es interesante: el director, Morales Pino, es espíritu bastante culto y compositor no desposeído de mérito; los demás, el ciego aparte, son de aspecto vivaz y despejado, nerviosos, delgados, pálidos, de cabelleras y ojos negros, ligeramente jactanciosos, diciendo que conocen (por la distancia sin duda), y que tratan á medio Bo-

gotá; repitiendo ocurrencias de éste y respuestas de aquél; recitando versos de Julio Flórez. . . iguales á nosotros los mexicanos y al resto de hispano-americanos, que todos somos unos, todos más ó menos la cigarra de la fábula: imprevisores, viciosos, cantadores y pródigos; valientes, confiados, ignorantes y presuntuosos; todos caminando alegres y sin curarnos de porvenires, con su poquillo de tristeza sensual en nuestros cantos, con mucho de nuestros soles en la mirada, en la sangre y en el alma; riendo de los que nos predicen un desaparecimiento próximo, porque somos «inferiores,» holgazanes y revoltosos; reconociendo que, con poquísimas excepciones, no sabemos hacer dinero, ¡ni falta!, ni sabemos vivir á las derechas, juiciosamente, pero recordando y proclamando, en cambio, que sabemos llegar á la muerte—hasta la muerte heroica!—con indiferencias y sonrisas; reconociendo que hemos sido épicos, cuando nuestras independencias, y valientes—á los que les ha cabido en suerte demostrarlo—cuando han hollado nuestro suelo, so pretexto de civilización ó de castigo, soldados de naciones publicanas, invasores sin humanidad, más barbaros y crueles que los de las historias y leyendas. . .

Y, ¡qué diantres!, no nos la hemos pasado tan mal y hay certidumbre de que mejoraremos. ¿Cuándo? . . . Cuando Dios quiera, que en este ir y venir de razas, regístranse ejemplos de que no les sirvió á algunas tener recios los bíceps y encallecida la conciencia. Claro que podemos estar mejor, pero bien mirado, así estamos bien, no obstante que las «razas fuertes» y los países «civilizadores» siglos hace que vienen cantándonos la tonada de

que somos «inferiores» étnica, política y sociológicamente hablando, vergonzoso y caquéxico fin de una raza que aun en sus buenos tiempos padeció de oculta é incurable dolencia en la médula. . .

A pesar de esta antífona, monótona y enmohecida; á pesar de los deseos latentes y manifiestos de que alcancemos buena muerte, persistimos en vivir, en «crecer y multiplicarnos» dentro de nuestras latitudes dulcísimas y nuestros climas acariciadores, sin apartarnos de defectos constitucionales y hábitos arraigados, al compás de nuestras músicas voluptuosas, al místico claror de nuestras tropicales noches estrelladas, resucitando en nuestros poblados incipientes y en nuestras soledades y bosques pensativos, á la pareja arquetípica y única del Génesis, la cual, pecadora y todo, supo hacer que brotara de sus desnudeces y sus besos toda la Humanidad, que aventó á los siglos. . . !

Los años pasan, sucédense calamidades, crímenes, atropellos al Derecho y á la Justicia, igual entre nosotros los «inferiores» que entre ellos, los «superhombres,» y nosotros insistimos en seguir viviendo y en seguir caminando como todas las razas caminan, rumbo á los sepulcros, primero, y rumbo al misterio del «más allá» después.

Hay una ventaja de parte nuestra: que humildemente, por imitación ó por temor, procuramos enmendarnos y corregirnos, y así nos hemos extirpado ya más de un vicio congénito y más de un defecto que parecía sin remedio.

Mientras tanto, que nos dejen seguir nuestro sendero, cayendo aquí y levantando allá.

La sangre latina, por pobre que se halle de glóbulos rojos, es inmortal, y á la sangre india, que tanto abunda en nuestro Continente, aun le queda que recorrer mucho camino!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La fiesta de la Legación de Chile concluyó muy tarde.

Recogí una impresión: la «zamacueca» cuando es bailada por una dama, más que agradable baile regional y característico, es una tentación que puede llevarlo á uno muy lejos. . .

Recogí también de labios de Bertrán Mathieu, la siguiente frase escatológica, que como grito de guerra ó de júbilo todo chileno lanza en los momentos supremos.

—«¡Viva Chile de m. . .»

Frase que me evocó la que todo mexicano ha escuchado desde niño, sobre todo saliendo del pueblo, que en circunstancias parecidas, dice á veces:

—«¡Viva México, ch. . .!»

Fuerza es convenir en que uno y otro, son gritos salvajes todavía.

16 DE JULIO.—Un telegrama llegado de México, húndeme en conjeturas:

—«Telegrafíame hoy si no has tenido novedad ninguna.»

Ninguna he tenido, nó; pero ¿por qué haránme pregunta semejante? . . .

17 DE JULIO.—Concluído el capítulo segundo de la primera parte de «Santa.»

19 DE JULIO.—«El Diario de Centro-América» de hoy, y algunas visitas que anoche recibí, se han encargado de sacarme de dudas sobre la significación del telegrama que recibí de México: un periódico de San José de Costa Rica, «El Tiempo» del siete ú ocho de los corrientes, soltó este «borrego» á propósito de mi individuo:

«SENSACIONAL.

«Por cartas recibidas últimamente de nuestro corres-«ponsal en Guatemala, sabemos que fué herido de gra-«vedad por mano desconocida, en aquella República, el «Ministro de México, Don Federico Gamboa, quien supo «ganarse bastantes simpatías cuando estuvo entre nos-«otros.

«El Gobierno del General Díaz, inmediatamente que «tuvo noticia de tal hecho, mandó á Guatemala en el «buque de guerra *Juárez* (*¿por qué aguas andará ese bu-«que nuestro?* . . .) al General Latorre, (*habrá que buscar «en el escalafón á ese general mi vengador*) para llevarse á «México al señor Gamboa y para hacer las averiguacio-«nes correspondientes, dilatando en ésta tres días.

«Se teme un conflicto bastante serio.

«Muy en breve daremos más detalles que nos ha ofre-«cido nuestro corresponsal.»

«El Diario de Centro-América,» que reproduce lo anterior, reproduce asimismo la rectificación que á mentira tamaña dió por la prensa josefina el cónsul guatemalteco allá, Máximo Soto Hall.

Confieso que aunque todo sea una *bola* mayúscula, mal-

dita la gracia que me ha hecho suponerme asesinado, ó punto menos. No llega á tanto mi sed de notoriedad, ni me consolaría en lo mínimo tampoco que vinieran á vengar mi muerte las escuadras reunidas de todas las Potencias; prefiero cuidarme yo mi vida lo mejor que pueda.

Y bien mirado, nada más fácil que se lo escabechen á uno á la vuelta de una esquina, lo mismo acá, que allá, ó que acullá.

En efecto, ello es posible, mas aparte de que no creo á nadie interesado en mi muerte, suponiendo que alguien lo estuviese, no veo manera de disminuir los riesgos problemáticos ó próximos, ni con vigilancias ajenas, ni con otras medidas precautorias; que para este caso todo sobra, como sobra el que le digan á uno cuando se halla enfermo de gravedad:

—Cuídate mucho!

Es tan sencillo matar á un hombre, cualquiera sea la posición que ocupe y así camine rodeado de murallas humanas y vestido de cotas de mallas florentinas! Díganlo si no—que, regularmente ya no podrán decirlo,—los césares, czares, emperadores, reyes, presidentes y ministros asesinados.

Lo que se cosecha con una alarma de estas, es que la propia vida suba de precio, y que las horas y hasta los minutos, adquieran un agradable sabor, por amargos que algunos sean de suyo.

20 DE JULIO.—En «El Diario del Salvador» del 14 del actual, que hojeaba yo esta noche en el Club, tropecé con

una correspondencia subscripta por D. Valero Pujol, é intitulada:

«La literatura en Guatemala.—Algo acerca de un es-
«critor mexicano.—Los literatos guatemaltecos.—Re-
«traimiento.—Un poeta cubano en Centro-América.»

El «Algo acerca de un escritor mexicano» refiérese á mí, y quiero yo, á mi vez, ocuparme en «Mi Diario» de la personalidad de D. Valero Pujol, á quien conozco hace muchos años y á quien no pude apreciar totalmente hasta mi actual permanencia en Guatemala.

El día de hoy, D. Valero Pujol, si no ha cumplido los sesenta, poco ha de faltarle. Es español rancio, de Zaragoza, republicano rabioso—de la pléyade de Pí y Margall, Castelar, etc.—y hombre de letras hasta la raíz de los cabellos.

Físicamente, es uno de los hombres de carne y hueso que más se aproxima al Quijote: « . . . *de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador. . .* »

He palpado, tratándolo de cerca, la verdad del siguiente apotegma, que alguna vez leí ó escuché:

—«Hombre que se parezca á *Don Quijote*, en lo físico, ha de ser por fuerza, un caballero en lo moral.»

Y D. Valero es, ante todo, un caballero y un hidalgo á la antigua usanza; recto en el pensar y no tuerto en el obrar, honrado y franco, trabajador y casto, no obstante las opiniones en contrario que sus detractores y enemigos de aquí propalan á porfía;—si en Guatemala pasaran una corta temporada las once mil vírgenes del Cielo, los maleantes que aquí abundan, declararíanlas abarraganadas con los soldados que forman el batallón

«Canales» ó el batallón «Jalapa», de la milicia guatemaleana.

La gran equivocación de D. Valero, su grande pecado—según él mismo lo reconoce y proclama,—radica en haberse venido á «estos reynos» cuando decidió, hará treinta años, expatriarse de su tierra tan poco preparada para el republicanismo y venirse «á las Américas» deslumbrantes y engañosas á distancia, algunas de sus comarcas muy principalmente.

Pujol llegó en la época de Barrios (Justo Rufino), cuando sólo el reformista imitador de nuestro Juárez, aparecía entre sus gobernados, y la fiera que en sus entrañas dormitaba, aún no hacía uso de sus defensas y de sus zarpas.

A los principios, la existencia americana pintó bien á D. Valero, con mucho quehacer y mucha ganancia de plata: cátedras, periódico, estimación, y el nacimiento de los primeros hijos.

Con el galope de los años y las alzas y bajas de la política, á par multiplicáronse los herederos y apuntaron las dificultades, chiquitinas éstas, como los hijos, pero como los hijos sentenciadas á crecer y perdurar.

Todavía púdose á los varios lustros de destierro, realizar el ensueño: la vuelta á la patria, de paseo siquiera. Y á la Península cargó Pujol con la parienta y los vástagos; un viaje de casi veinticuatro meses, que devoró hasta el último de los maravedís economizados en la época propicia. . .

Hubiera querido D. Valero, entonces, no volver á Guatemala y probar fortuna en Buenos Aires ó México; pe-

ro las relaciones contraídas en Centroamérica, el haber nacido en ella sus hijos, la esperanza de rehacer en terreno conocido la pequeña fortuna que trajera aparejada la independencia con que soñamos todos los que trabajamos con el cerebro, estorbáronselo, y á Guatemala tornó, y en Guatemala sigue, y en Guatemala morirá, probablemente. . .

—«Lo *cual que* me tiene sin cuidado!»—exclama D. Valero, en castellano de los Madriles y chupando de prisa su cigarrillo inseparable.

Ahora es corresponsal de un periódico en Suramérica, y del «Diario del Salvador» en San Salvador; reimprime y realiza algunas de sus obras de enseñanza; en el Ferrocarril del Sur tiene el empleo de abogado consultor y permanente; juega ajedrez en el Club tarde á tarde; escribe hasta muy avanzada la noche; piensa mucho y duerme poco, y cultiva una media docena de amistades escogidas por él en persona.

Lleva publicados, entre otros libros:

«*Compendio de la Historia de la Filosofía,*» tomo en cuarto de trescientas páginas, 1885;

«*Compendio de la Historia Universal,*» tres tomos en cuarto, que en la actualidad está reescribiendo con profundidad mayor, por orden y cuenta de una casa editora neoyorquina, y una

«*Miscelánea Literaria é Histórica*» de quinientas páginas, de muchísimo interés.

Como español legítimo, y sobre todo, como español ilustrado, es orador, naturalmente orador; y lo que es más, conversador regocijadísimo y hasta instructivo. En

treinta y tantos años de América no ha perdido el acento castizo, ¡ni el zaragozano! Cuando quiere, parece un baturro acabado de desembarcar.

En Guatemala ha sido maestro de dos generaciones de hombres públicos de toda Centroamérica.

Bueno es consignar de paso, que una de las causas á que Guatemala debe el conservar innegable supremacía sobre las cuatro repúblicas sus hermanas, estriba en que á Guatemala vienen á graduarse de todas ellas (y hasta hace poco tiempo de nuestro Estado de Chiapas también), cuantos persiguen una carrera.

Tocóme á mí la buena suerte de que D. Valero me diputara por su amigo y me diera cabida en su «media docena» de relaciones; con ello proporcióname placer positivo en las visitas frecuentes y prolongadas que me hace por las noches. A solas él y yo, en mi confortante y espacioso gabinete de trabajo, charlamos de América y de España, de cosas abstractas y de cosas concretas, lejanas y próximas; de ideales políticos y de quimeras literarias-de desesperanzas, desengaños y prosas. . .

Y cuando me quiere obsequiar con mayores larguezas. se viene á comer conmigo, como la noche de hoy.

27 de julio.—Comencé el capítulo tercero de la primera parte de «Santa.»

28 de julio.—Vicente Acosta ocupa cuatro columnas del «Diario del Salvador» para juzgar «La Ultima Campaña,» cuyo estreno presenció en México, donde entonces se hallaba como segundo secretario de la República, Mayor de Centro América.

15 de Agosto.—Al concluir las carreras en el hipódromo, llevéme á casa á Rafael Spínola, actual Ministro de Fomento de este país. Quiere leer lo que vaya escrito de «Santa,» y él mismo, muy bien por cierto, da lectura en alta voz á los casi tres capítulos de la novela.

Este Rafael Spínola se distingue de la generalidad de gobernantes de estas comarcas. Desde luego, es sin disputa, un literato en la acepción noble y estricta del vocablo, que ha producido y continúa produciendo. En lo que más descuella, sin embargo, es en la oratoria.

Su vida ha sido de luchador y de bohemio, no obstante que aún no dobla el «Cabo de los Cuarenta.»

Hace muchos años que lo conocí en México, á donde llegó aventado por uno de los ciclones políticos centroamericanos, en instantes en que yo salía para esta tierra suya, muy ufano con mi primer traje de segundo secretario en la Diplomacia Mexicana.

Apenas, pues, si nos vimos y tratamos, yo en Guatemala, con sueldo y consideraciones fijas; él, de expatriado, pasando las de Caín, hoy con este destino y mañana sin él. Hasta empleado municipal muy subalterno fué en la «Pluviosilla» de Rafael Delgado, ó la Orizaba del Estado de Veracruz; pero en Orizaba y en todas partes sembró simpatías y se llevó consigo amistades, muy particularmente de la ciudad de México.

Lo perdí de vista durante la década que tardé en volver á Guatemala por segunda vez; allá, en alguna revista ó periódico suramericano paréceme que leí su nombre, calzando versos.

A mi llegada aquí, encontréme con Rafael de Subse-

cretario de Fomento, en lo oficial, pues en lo personal no había variado ápice: juvenil, corpulento, enhiesto; por encima de la cabeza, sus mismos rizos de cabellos; por los interiores, bulléndole los hijos ajenos y los hijos propios, es decir, lecturas de extraños y el pugnar de las obras exclusivamente suyas, *non natas*, por salir al mundo.

Spínola viste siempre descuidadamente, dando preferencia á la ropa negra ó muy obscura; gasta corbata flotante y chambergo de *rapin montmartrois*, prendas que mucho sientan á su tipo italiano–meridional; parece prófugo de Sorrento.

Jamás sepárase de José Joaquín Palma, el delicioso vate cubano, de quien también habré de hablar en estas páginas y á quien Spínola ama entrañablemente.

Cuando apareció mi «Metamorfosis,» Spínola le enderezó una señora crítica que ha de haber contribuído muchísimo al doble y excepcional éxito de aplausos y monedas que la novela ha alcanzado en Centroamérica.

Por lo tiránico de nuestras posiciones respectivas, que no consienten el que un funcionario de *Chapinia* sea muy íntimo de un representante azteca, ó viceversa, más bien nos hemos mantenido á distancia; un saludo que otro, en la calle, un rato de palique en apartado canapé después de algún odioso é insípido banquete oficial, y páre usted de contar.

Ofertas, sí, con deseo de poder cumplirlas y no cumpliéndolas nunca:

—«Muy pronto me iré á comer contigo. . . una noche de estas. . . para que leamos. . . y para que hablemos. . . »

Hoy pudimos resarcirnos; ha habido plática y lectura desde las cinco y media de la tarde hasta las once y media de la noche.

20 DE AGOSTO.—En los periódicos llegados de México, vienen reproducciones, con y sin comentarios, de los *narratives* de mi pretendido asesinato.

5 DE SEPTIEMBRE.—Certificadas por el correo y adelantándose á los diplomas, hoy llegaron para Luis Ricoy y para mí, las insignias de la Orden de Carlos III de España, que hará un año nos ofreció antes de su partida D. Felipe García de Ontiveros, Ministro de S. M. Católica.

Vino con las insignias carta expresiva del mismo Ontiveros, explicando por qué se nos hacía distinción tamaña.

Con ésta, son dos las condecoraciones extranjeras que poseo.

De las prodigalidades con que el Gobierno de Guatemala sorprende de cuando en cuando, pocas ha de haber que igualen en magnitud á las de las fiestas anuales consagradas por esta ciudad—que tiene de todo menos de griega,—á la diosa Minerva.

Dieron principio el año pasado, con las naturales imperfecciones que rodean á toda cosa que se inicia.

A un lado de la pista del hipódromo, frente por frente de la amplia tribuna oficial para presenciar las carreras de caballos, se edificó á todo coste un templo helénico, destinado á los festivales infantiles.

Confieso que, por lo pronto, no me ha parecido muy adecuado honrar á la diosa de la sabiduría en el centro de un hipódromo, aunque dicho sea por vía de atenuante, el local es muy espacioso, y el horizonte que circunda al templo, idealmente bello; no hay en Centroamérica, para cualquier rumbo que la vista se vuelva, un solo horizonte que no encante.

Mucho podría yo decir sobre la conveniencia ó inconveniencia que á mi juicio se desprende de la erección de este templo y de los festivales que en él se celebran anualmente; pero en el fondo, ¿qué me importa á mí el hecho, ni qué tengo que meterme en censuras ó alabanzas de lo que se halla fuera de mis dominios? Si algo algo hay que decir en pro, es más lo que me ocurriera decir en contra.

¡Templo y fiestas anuales á Pallas! . . . Si de mí hubiera dependido, tal vez habría mejorado antes algunas escuelas nacionales que he visitado y que están reclamando mobiliarios más completos, ó que se repongan sus techos, ó que se enmaderen sus pisos.

A raíz de la inauguración del templo, el año pasado, una grave calumnia, que no se sabe quién propalara, anduvo por ahí diciendo que la fiesta inaugural había concluído con espantosa matanza de niños, muertos por soldados guatemaltecos al disparar sobre unos amotinados que trataban de asesinar al Presidente. . .

Falsa, falsísima esa imputación, sirvió no obstante para que en los varios meses que tardó la maliciosa nueva en rectificarse, el nombre de Guatemala anduviera censurado en países extraños.

De ahí sin duda que en la fiesta de hoy, se procurara dar al acontecimiento mayor brillo y resonancia; que se solicitase colaboración harto más extensa y escogida de políticos y literatos de ésta y otras tierras, para llenar las páginas del «Album Conmemorativo;» álbum en el cual hemos estampado pensamientos alusivos los diplomáticos residentes en Guatemala.

Así fué cómo escribí la vez pasada:

« Amar á la niñez es el instinto.

« Instruirla es el deber.

« Lo primero, lo practican hasta los animales; lo se-« gundo, el hombre nada más.

« En nuestras sociedades modernas, sin embargo, no « todos los hombres pueden cumplir con éste y otros de-« beres; antes se impone la propia conservación, con sus « crueldades, ingratitudes y egoísmos.

« La única obra buena que el pobre hace, es su hijo. « Pero para que no se malogre, el Estado ha de interve-« nir, educándolo, sin reparar en la magnitud del coste « que su educación demande.

« Los gobiernos que mucho gastan en la educación de « los niños, son beneficiosos y previsores. Fundan, sin « saberlo quizá, su mejor caja de ahorros. Cuando los « niños se convierten en ciudadanos, pagan á la Patria « el capital y réditos de su vida y de su inteligencia.

« Dar la vida es fisiológico, no tiene mérito; la damos « inconscientemente y á cambio de un placer.

« Dar la educación, es filosófico y es grande; la damos « á costa de afanes, noblemente; previendo que en la « prodigiosa marcha progresiva de la Idea, nuestros pós-

«teros sabrán más que nosotros, y habremos de desper-
«tarles, cuando no el desprecio, porque somos «lo pasa-
«do,» la compasión que á la fuerza siente el que vive y
«más sabe, por el que ha muerto y supo menos.»

En esta vez, escribí:

«Los gobiernos que protegen y difunden la pública
«instrucción, son honrados; pues al hacer esto, retan va-
«lientemente á la generación que ha de juzgar de sus ac-
«tos y contraen el compromiso solemne de bien compor-
«tarse, á fin de salir absueltos de un implacable tribunal
«al que ellos mismos obsequiaron con la Pluma y con el
«Libro, únicas armas que no mella el majestuoso y gra-
«ve discurrir de los años.»

Desafío á que nadie pueda tacharme de lisonjero; que no ha sido mi hábito lisonjear á los gobernantes ó gobiernos de parte ninguna, ni siquiera á los de casa.

22 DE OCTUBRE.—«La Revista Nueva,» de Santiago de Chile, obsequia con un aplauso á mi «Metamorfosis.»

20 DE NOVIEMBRE.—Concluyo el tercer capítulo de la primera parte de «Santa.»

Después de muchas reflexiones y al cabo de casi dos años de consecutiva permanencia en Guatemala, hoy resolví solicitar por el telégrafo una licencia de mi Gobierno, para ir á México.

26 DE NOVIEMBRE.—Concedida mi licencia.

10 DE DICIEMBRE.—Todos estos últimos días, visitas y

comidas de despedida; arreglo de baúles y desarreglo de la vivienda; íntimo contento de volver á mi tierra, que hay que disimular, para que no se lastimen los buenos amigos que aquí nos dejamos.

Mañana embarcaremos en el puerto de San José, á bordo del vapor *Costa Rica*, de la Mala del Pacífico.

¡Y tan mala! . . .

11 DE DICIEMBRE.—Muy expresiva despedida oficial por parte de los funcionarios y autoridades, en la estación, á las 7.30 de la mañana, que vino á rematar la que ayer tarde tuvimos el Presidente Estrada Cabrera y yo, en su residencia particular.

Muchísimos amigos: los que vienen por venir y los que vienen porque nos quieren.

El Cuerpo Diplomático en toda su integridad de caballeros y damas.

Y en tren especial, bondadosamente puesto á mis órdenes por el Gobierno, á las ocho en punto partimos rumbo al puerto.

12 DE DICIEMBRE.—Frente á Champerico.

Anclados todo el día, con un balance desagradabilísimo.

13 DE DICIEMBRE.—Frente á Ocós, último puerto guatemalteco hacia el Norte, sobre el Pacífico.

14 DE DICIEMBRE.—En aguas mexicanas, frente á San Benito.

El personal de la aduana y el del resguardo rindié-

ronme atenciones con las que no contaba yo; es que el capitán del vapor izó bandera de ministro en el mástil de proa.

15 DE DICIEMBRE.—Porque no llegaron anoche los papeles de despacho del barco, que los expiden en Tapachula, hemos continuado anclados todo el día.

16 DE DICIEMBRE —Frente á Tonalá.

17 DE DICIEMBRE.—Desembarco en el puerto en construcción de Salina Cruz, que, á causa del ferrocarril del istmo de Tehuantepec, y si no se hace pronto el canal interoceánico de Panamá ó su hermano el de Nicaragua, acabará con el tráfico panameño.

Dije desembarcar, y dije mal, que no es desembarcar meterse en uno de estos pesados y peligrosísimos lanchones, movidos por andarivel, y sacudidos por unos tumbos que recuerdan los del *Pas de Calais*.

Azotábannos las espumas, las crestas de las olas inquietas y bravas que se estrellaban en los aires ó contra los bordes de la embarcación primitiva, nos empapaban ropas y rostros, y el hacinamiento de pasajeros, animales y bultos, nos daba aspecto de conjunto lamentable de aventureros de algún período precolombino. Por tortura tamaña, cobraron peso y medio á cada quisque, grandes y chicos. . . Cuando transidos por la mojadura y la congoja, tuvimos muy próxima la playa, una brusca sacudida al encallar en la arena, nos revolvió á todos, siendo extraídos después por los nervudos brazos de los

bogas, que casi como á fardos nos depositaron en tierra firme. . .

El ayuntamiento de Salina Cruz me compensó de la inhospitalaria entrada, me acompañó desde allí hasta el hotel, que lo mismo de lejos que de cerca no es más que un ventorro fementido, y en el hotel, cuando se descorchaban sonoras botellas de cerveza, obsequiáronme con unos cuantos discursos y con nuestro himno nacional ejecutado por modesta murga.

En mi trayecto, pude darme cuenta de que el pueblo corre parejas con cualquiera de los de Mozambique, y al penetrar en la posada, palpé que no sólo era una infección, sino lo que es peor, que se hallaba sometida incondicionalmente al antojo de los empleados extranjeros del ferrocarril ístmico.

Minutos antes de que nos llamaran á comer, se me acercó el hostelero á significarme apenadísimo que tenía *que quitarme* el cuarto que ya había yo alquilado, porque los señores de la compañía *se lo reclamaban, y él, por los términos de su contrato, no podía dejar de complacerlos. . .* !

Al pronto, atribuí el mensaje á algún estado delirante que por el desembarco me hubiera atacado, mas como mi huésped repitiérame su «epifonema,» ganóme una indignación impulsiva y acometedora.

—¿Les ha dicho usted que se trata de una señora y de un niño? . . .

—Se lo he dicho.

—¿Y á pesar de que saben que no hay ningún otro albergo en la localidad, insisten en ejecutar esa prerrogativa? . . .

—Insisten!

Salga lo que saliere, resolví oponerme hasta por la fuerza á que el acto se consumara.

El arrendatario del hotelucho no tenía la culpa; habíanle alquilado el local, propiedad de la compañía, en determinadas condiciones, y era una de éstas, que á la llegada de los empleados, *á cualquiera hora y en cualquier tiempo*, debería alojarlos y alimentarlos de preferencia á ocupantes anteriores.

Que el arrendatario, venido á ganarse su vida en estos riscos, diera su consentimiento, no me parece mal; pero que las autoridades lo toleraran, paréceme abominable.

¿A dónde ir en este páramo? ¿á levantar una tienda en la playa ó á implorar en algún «jacal» una limosna de alojamiento? . . .

—Muéstreme usted á esos empleados!

Junto al mostrador hallábanse apurando *whiskies* entre carcajadas, voces y manazos; rubios, congestionados, vestidos de *kaki*, con anchos sombreros de fieltro; dueños del campo, insolentes y conquistadores; ¿eran británicos? . . . ¿eran yanquis? . . . No lo supe, hablaban inglés. . .

A pesar de que llevaban el mismo traje y de que algunos imitaban, exagerándolos, sus bruscos modales, en el acto distinguíase á los empleados mexicanos, jóvenes ingenieros, contadores de provecho, que se ganaban la existencia arrostrando estos climas y estas comidas. . .

Al llamado del hostelero, desprendióse el sajón que exigía mi cuarto: un Mr. Johnson ó Mr. Brown ó Mr. Smith cualquiera.

—Quería decirle á usted—empecé yo,—que el cuarto que ocupo. . .

—*That's all right, that's all right, I know who you are and you can stay. . .*

E invitado por él, reconocido por un ingeniero mexicano, biografiado ditirámbicamente por el arrendatario de la venta, y de bracero de mi nuevo amigo el presidente municipal, apuré un *whiskey* en medio del grupo ruidoso.

Cosa que me resultó de perlas, pero si mi blondo invitante no hubiese cedido de tan buen grado, si yo fuese un viajero cualquiera, ¿qué habría pasado? . . .

18 DE DICIEMBRE.—A todo riesgo, pues la empresa á nada se compromete cuando le vende á usted su billete de pasaje, (si está usted de buenas y no hay contratiempo ni accidente que obligue al ferrocarril á detener su marcha en cualquier paraje, unas horas, unos días, ¡una semana!, llegará usted á su destino á la hora fija, más ó menos; pero si está usted de malas, dormirá en los wagones, ó á la mitad del monte, y comerá lo que encuentre, siendo de advertir que lo que más abunda es yerba, pero venenosa por ser el trópico,) á todo riesgo, digo, poco antes de las seis de la mañana nos embaulamos en el tren.

A ver si llegamos.

Muy agradable el camino.

Almuerzo en «Las Palomas.»

Alarma grandísima entre pasajeros y empleados: el tren va á hora de itinerario!

4 p. m. Con toda felicidad hemos llegado á donde hemos de transbordar. Una estancioncilla que se denomina «El Juile,» de la que arranca un ramal á San Juan Evangelista, á donde arribamos cuando era ya noche cerrada.

Con mayor comodidad de la que prometían estos andurriales, nos instalamos en una posada «jarocho-goda.»

Mesa redonda, comida comible y habitación espaciosa.

19 DE DICIEMBRE.—*Partenza* al medio día, rumbo á Alvarado, y embarque en el «Playa Vicente,» vapor pequeñísimo, de río, de calado irrisorio, de rueda de paletas á popa, que maneja un patrón venezolano con quien no tardé en trabar buenas amistades.

Llevamos también á un sobrecargo, á dos camareros para el comedor, á un cocinero con su ayudante—ébano puro ambos,—y hasta media docena de tripulantes, abajo, y un maquinista que tira á rubio.

Delicioso el viaje fluvial sobre este ancho y manso río de San Juan, que ofrece uno de los más encantadores panoramas que me ha sido dable contemplar en mis viajes. En ambas riberas abundan los caimanes, enormes algunos, como troncos de árboles abandonados, lentos en sus andares, zampuzándose pesadamente en el agua, ilesos de los disparos de pistolas y carabinas que desde á bordo les hacemos.

El sobrecargo afírmame que todos sus tiros han sido aprovechados y que debe de haber muchos caimanes heridos de gravedad... pero lo cierto es que ellos no lo parecen ó á maravilla disimúlanlo.

En vuelo majestuoso por los aires ó en su posar hierático sobre los arbustos y enramadas de las orillas, divísanse muchas garzas, blancas, azules, bellísimas. . .

La flora de la región, intertropical. El ambiente agradable y tibio, saturado de permanente brisa perfumada.

Bajo la toldilla, despotrique ó lectura; ociosidades contemplativas y meditabundas, cigarros amigos que con su humo evocan recuerdos gratos, rostros de amor y de odio que con el humo esfúmanse, ó aconsejando, en vez de evocar, las respuestas y actitudes para lo futuro, que también se esfumarán, como el humo. . .

El almuerzo, guisado en nuestras propias narices,—el comedor y cocina encuéntranse sobre cubierta, en seguida del cuartucho en que timonea el venezolano,—de ahí que devoráramos aquél en cuanto lo sirvieron.

Pasajeros, para dos servicios de mesa. . . porque mesas y pasajeros somos apenas unos cuantos.

Grandes honores á la comida de la tarde. En el transcurso del día hánse dibujado las amistades efímeras de todas las navegaciones.

En un paraje en que detuvímonos «á hacer leña,» subió un grupo de americanos de los Estados Unidos, y como yo me alarmara con el crecimiento del pasaje, tal alarma subió de punto cuando el sobrecargo me anonadó con su respuesta:

—No, no hay camarotes libres; los dos únicos del barco separáronlos desde San Juan Evangelista, en la agencia; uno pertenece á ese señor y el otro á aquel caballero.

Oh conflicto! ¿Cómo pasarán la noche mi mujer, mi hijo y su aya, más una señora suiza con varios herederos, que á mí encomendada viene desde Guatemala?...

¿En las hamacas que más tarde colgarán de la cubierta? . . .

Intenté que alguno de los propietarios me cediera su camarote, y no lo obtuve; el primero—empleado de aduanas—era anciano y enfermo que iba á México á sufrir una grave operación quirúrgica; y el otro, un rozagante teutón que con su cónyuge daba la vuelta al mundo, redondamente díjome que «nones.»

Con la noche, que se nos fué encima de un golpe, se levantó brisa fresquísima, á pesar de la latitud, y de puro afligido dí con el remedio:

—¿Cuánto me cobra usted por convertirme el comedor en dormitorio? . . .

Estupefacción del sobrecargo.

—Nunca se ha hecho eso, tendríamos que desatornillar la mesa, y habría que desocuparlo antes de las seis de la mañana para que sirvieran el desayuno. . .

—Desatornille usted lo que le plazca y yo le garantizo que mi gente desocupará la estancia á la hora que sea preciso.

Y por unos cuantos pesos, disfrutó mi familia, y aun la que no lo es, del mejor departamento de nuestra embarcación.

Yo, en cambio, pasé una noche de perros, ¡sin metáfora!, sobre que mi perro *Hamlet* (precioso *specimen* de *pug-dog*, un chato mal encarado y finísimo), durmió

echado encima de mis pies y yo echado encima de uno de los bancos pegados á la borda. . .

Todas las hamacas habían sido de antemano alquiladas por los gringos. . .

De súbito, anclamos á medio río.

—¿Qué ocurre?. . .

De ocurrir, no ocurría nada; parábamos, porque de noche no se navega, y parábamos á la mitad del río, para que no se nos colara á bordo un caimán hambreado de los que pululan entre las dos riberas despobladas y frías. . .

Convengamos en que la nota no era agradable.

A las diez de la noche, blindado el *Playa Vicente* con las lonas que durante el día sirvieran para defendernos del sol; iluminada la cubierta por una sola lamparilla mortecina, los seis americanos encaramáronse en sus hamacas respectivas, sin desnudarse, antes arrebujándose en sendas mantas, pues el cierzo arreciaba. Sólo despojáronse, ¡ay!, de sus zapatos incomensurables, que al caer sonaron á derrumbe de algo enorme y pesado. Agrandados por las sombras, diríase que eran torpedos almacenados.

Sin contar á mi perro *Hamlet*, fuimos cuatro los condenados á dormir sobre los bancos: un individuo que no conocí; D. Agatón Gosch, que venía de Guatemala, donde desempeñaba el mismo cargo, á ser canciller de la Legación de Alemania en México, y que, por lo pronto, extrajo de su maleta de mano una almohada de goma inflable; un ibero, que había sido preceptor en Centroamérica, resuelto á reanudar las labores de su antigua

profesión de actor, en la compañía dramática de Pancho Cardona; y yo, que no tenía á la mano ni un mal abrigo.

El preceptor, condolido de mí, me cedió su *pañosa*, léase capa española, que me cayó á modo de manto regio.

Poco dormí, por la incomodidad y el frío, y por lo que de cuando en cuando sonaba el agua al chocar contra los costados del barco.

—¿Los caimanes? . . .

Por fortuna madrugó también el *Playa Vicente*, y como sus calderas se la habían pasado en vela, le sobró vapor con que emprender su marcha muy de mañana . . . Continúa el panorama encantador de las dos riberas, la fauna y la flora lujuriantes. En cuanto el sol trepó un poco, continuaron en luz y colores los prodigios de ayer.

Las garzas, azules y blancas, bellísimas, siguen acompañándonos.

A eso de las tres de la tarde arribamos á Tlacotálpam, población netamente jarocha y con marcada semejanza, vista desde el Papaloápam, que es el río en que acabamos de penetrar, á un pueblo del Oriente.

El Papaloápam,—por aquí á lo menos,—es mucho más ancho y caudaloso que su vecino el San Juan, de mucho mayor fondo. A propósito de este fondo, no sé quién (pasajero? . . . tripulante? . . .) me enteró de que hasta por estos contornos aventuróse durante la Intervención, más de un buque de guerra francés, debidamente baleado por ols ribereños. . .

A las cinco en punto, atracamos en el desembarcadero de Alvarado.

Un empleado inglés de la casa Pearson y Compañía, me avisó que el tren sólo á mí esperaba y que habían puesto una de las nuevas locomotoras, á efecto de que sin contratiempo pudiéramos llegar á Veracruz cuanto antes.

Agradecimiento é instalación de mi tribu á bordo del tren.

*Hamlet* resistióse á que lo ocultáramos; saltaba y ladraba saludando á su nueva tierra, y en el coche se posesionó del ventanillo á que iban asomados mi hijo y su aya.

8.30 P. M.—Veracruz.

Manuel S. Iglesias, primo hermano mío y viejísimo amigo (lo que no es sinónimo), esperábame en el paradero.

Nueva atención que me sorprende: un conductor, gorra en mano, anuncióme que había un tranvía especial á mis órdenes.

21 DE DICIEMBRE.—Veracruz.

Encantado, como siempre que visito este puerto por el que desde niño he nutrido especialísima simpatía, tánta, que muchas personas me suponen nacido en la denodada ciudad, ¡heroica tres veces! A causa de esa simpatía, nunca las he sacado de su error, he dejado que me crean veracruzano, pues mucho quiero al lugar en que mi padre vivió apreciado una porción de años; ciudad la más sucia, enfermiza y descuidada de la República, mu-

nicipal é higiénicamente hablando, pero que ha producido, en cambio, de las mejores inteligencias nacionales; que ha sido la más digna, la más sufrida en todas nuestras convulsiones políticas y cuando las invasiones extranjeras; la única en que so pena de inmediata y merecida reciprocidad, no puede impunemente tutearse á nadie, ni á los negros más infelices; la única avara en . . . una porción de cosillas que no son del caso mencionar.

Con Manuel S. Iglesias, expansiones é intimidades, manoseos y recuento de instantes de infancia, de nuestras juventudes sin recursos, de nuestros planes de antaño, realizados hoy unos y otros destruídos; abrir y cerrar de armarios del corazón y arcones de la memoria . . . ¡cuánto polvo! ¡cuánta hoja seca!, pero también ¡qué buenas raíces, hondo clavadas, que nos han dado fruto y continuarán dándonoslo, Dios y podas mediante! . . .

22 DE DICIEMBRE.—Apenas con tiempo para recordar que hoy ajusto treinta y seis años de edad.

A la una de la tarde salimos rumbo á Orizaba, á la que hemos llegado en la noche ya.

El nuevo *Hotel de France*, en que nos alojamos, nos deslumbra por sus condiciones, debido principalmente á que traemos un recuerdo deplorable de Salina Cruz y de las ventas del camino.

23 DE DICIEMBRE.—En la «Pluviosilla» de Rafael Delgado, autor de «La Calandria,» soberbia novela ésta, que tanta honra ha dado, no sólo á la misma «Pluviosilla,» sino á la República entera.

24 DE DICIEMBRE.—Dulce Navidad. Dentro de algunas horas estaré con mi familia.

A las diez hemos partido rumbo á México.

Otumba á las cinco de la tarde.

Un grupo de amigos de verdad, vino á encontrarme hasta este lugar, adelantándome con ello el placer del regreso.

Amargado mi arribo. Una hermana mía no pudo esperarme en la estación, por la enfermedad que la retiene encamada: un cáncer. . .

Y también el cáncer es causa de que Jesús F. Contreras me abrace en el paradero con el único brazo que le queda. . . No podemos decirnos palabra, por lo que nos emociona la espantosa mutilación.

¡Un escultor sin su brazo derecho! . . .

25 DE DICIEMBRE.—Todo el día con amigos íntimos. Lleváronme á la tarde al nuevo café de Chapultepec, que no conocía.

¡Cuántas horas expansivas y gratas! ¡Cuántas ilusiones y cuántos proyectos! ¡Aun soy joven!

26 DE DICIEMBRE.—En la Secretaría de Relaciones, á saludar al señor Mariscal.

Mientras llega, pláticas con mi hermano José María, quien desde el mes de marzo hállase de Subsecretario en el propio Ministerio.

Secreta satisfacción de vernos él y yo ascendiendo por

nosotros mismos, sin ayudas que nos enrojezcan, ni apoyos que nos avergüencen ó humillen.

Tristeza de que mi padre no pueda contemplarnos. . .

Pavor que irrazonadamente me invade, de que Pepe ó yo podamos tropezar, caer, ser arrastrados el día en que un posible accidente nos derrumbe de las alturas escaladas con tanto trabajo.

¡Es tan fácil caer!

El señor Mariscal me recibió con la afectuosa benevolencia que desde años atrás me dispensa; sonriente y afectuoso, estrechando mis manos con las dos manos suyas, me sentó á su lado. . .

Tres cuartos de hora, gozando de su espiritual *causerie*.

Me interrogó ampliamente sobre seres y cosas de Centroamérica.

29 DE DICIEMBRE.—Entrevista con el Presidente de la República.

Breve y lacónica, como todas las que concede, pero ratificando por indirecto modo las felicitaciones y ofertas de su Secretario de Relaciones.

—«El Gobierno está satisfecho con el manejo de usted en Centroamérica.»

31 DE DICIEMBRE.—La atracción que mi familia ha ejercido siempre en mi ánimo, hizo que la noche de hoy me recogiera yo muy temprano, á esperar al lado de los míos el inminente advenimiento del siglo que va á nacer.

El siglo XIX, llamado de las luces (¿por qué, si ha

tenido tantas ó más sombras que las centurias sus antecesoras?), se halla en plena agonía irremediable.

Cuando haya muerto, dentro de unas cuantas horas, ¿lo dejarán descansar en paz? . . .

Y asáltame una idea formidable, por lo que conmueve doctrinas, filosofías y metafísicas.

—¿A dónde irán los años y los siglos que se mueren? . . .

—¿En realidad han existido en el tiempo y en el espacio, ó solamente por modo fenomenal en el cerebro del hombre? . . .

—¿Para qué mediremos el tiempo, si no admite mensura? ¿para qué usaremos el reloj y el calendario? . . .

Fuera de la existencia de Dios y de la eternidad del espíritu—en mi concepto por cima de toda discusión y de toda duda,—¿tendrá razón en lo demás, el nebuloso príncipe de Dinamarca, y no será todo sino:

—«*Palabras, palabras, palabras! . . . ?*»



# ÍNDICE ALFABÉTICO

## A



## B



## C

D



E



F



G

## H



## I



## J



## L

## LL



## M



## N

## O



## P



## Q



## R

## S



## T



## U

## V



## W



## Z

# ÍNDICE GENERAL

## ERRATAS MÁS NOTABLES:

| Págs. | Línea: | Dice: | Léase: |
|---|---|---|---|
| 82. . . . . . . . | 24 . . . . . . . . | Aspíroz . . . . . . . . | Azpíroz |
| 92. . . . . . . . | 13 . . . . . . . . | iende. . . . . . . . . . | tiende |
| 125. . . . . . . . | 8 . . . . . . . . | con . . . . . . . . . . . | de |
| 170. . . . . . . . | 15 . . . . . . . . | Hunt . . . . . . . . . . | Hunter |
| 192. . . . . . . . | 1ª . . . . . . . | M . . . . . . . . . . . . | Me |

Este libro se acabó de imprimir en la ciudad
de México el día 10 del mes de octubre
de 1910, Año del Centenario de la
Independencia, en los talle-
res de "La Europea."
Eusebio Gómez de
la Puente,
Editor

